



Jennifer Ashley

La seducción de Elliot McBride

Phoebe

JENNIFER ASHLEY

LA SEDUCCIÓN DE ELLIOT MCBRIDE

Traducción de María José Losada



Phoebe

LA SEDUCCIÓN DE ELLIOT MCBRIDE
Traducción de M^a José Losada
Primera edición: noviembre de 2013
Copyright © 2012 by Jennifer Ashley

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2013

© de esta edición: 2013, ediciones Pámies

C/Esteban Palacios, 10 #42 28043 Madrid phoebe@phoebe.es

ISBN: 978—84—15433—33—0 BIC: FRH

Diseño de la cubierta: Javier Perea Unceta

Ilustración de cubierta: Franco Accomero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal: M—23806—2013

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en EspañaEscocia, 1884

Índice de contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[Agradecimientos](#)

1

Escocia 1884

El novio llegaba una hora tarde a su boda. Mientras Juliana St. John esperaba, vestida de raso resplandeciente y con rosas amarillas trenzadas en el pelo, los amigos y familiares del futuro marido se habían aventurado bajo la lluvia que caía ese día sobre Edimburgo, intentando averiguar qué ocurría.

Su dama de honor, Ainsley Mackenzie, intentaba animarla, lo mismo que hacía su madrastra, Gemma; cada una a su manera.

Los amigos de Grant regresaron, avergonzados y con las manos vacías, ante lo cual Ainsley pidió a su marido, un escocés alto y corpulento, que se enterara de lo que había sucedido. El resultado de sus pesquisas fue muy diferente.

Lord Cameron Mackenzie abrió la puerta de la sacristía y asomó la cabeza.

—Ainsley... —se limitó a llamar a su esposa, antes de cerrar de nuevo.

Ella notó que Ainsley le apretaba las manos; las tenía frías como el hielo.

—No te preocupes, Juliana —la tranquilizó su amiga—. Descubriré lo que ha ocurrido.

Su madrastra, solo diez años mayor que ella misma, estaba enlaciada. No decía nada, pero se podía percibir su furia en cada uno de sus movimientos. A Gemma nunca le había gustado Grant Barclay, y la madre de este todavía menos.

Ainsley no tardó en regresar. —Juliana... —dijo en voz baja, tendiéndole la mano—. Ven conmigo.

Cuando alguien hablaba en ese tono era porque iba a dar una noticia terrible. Se levantó con un susurro de raso. Gemma se acercó para acompañarla, pero Ainsley la detuvo alzando la mano.

—Creo que es mejor que hable a solas con ella.

Gemma, que poseía un temperamento un tanto volátil, pareció dispuesta a protestar. Pero su madrastra era también una mujer inteligente, así que asintió con la cabeza y le apretó la mano.

—Te esperaré aquí, cielo.

También ella poseía un carácter explosivo, pero cuando salió al patio de la iglesia, bajo la agitada lluvia, solo sentía una entumecida curiosidad. Llevaba varios años comprometida con Grant; la boda era un acontecimiento que

siempre quedaba lo suficientemente alejado en el tiempo como para pensar que ese día jamás llegaría. Pero ahora...

¿Qué le había ocurrido a Grant? ¿Habría muerto?

La niebla y la llovizna vestían la ciudad como una capa, oscureciendo el cielo. Ainsley la guió a través de un patio diminuto en el que el barro manchó las nuevas botas blancas de tacón alto que había comprado para la ocasión.

Se cobijaron bajo un arco apuntado y se detuvieron, lejos de la iglesia principal. Gracias a Dios que todos los invitados estaban en el templo, esperando y cotilleando, elucubrando sobre lo que había salido mal.

Bajo la arcada, pero todavía a la intemperie, las esperaba lord Cameron; un gigante de hombros anchos que lucía el *kilt* de los Mackenzie. Cuando Ainsley y ella llegaron junto a él, Cameron la miró con unos ojos duros como el pedernal.

—Le encontré.

Incluso al escucharle, siguió sintiéndose entumecida. Nada de aquello parecía real; ni Cameron, ni el cielo encapotado, ni su delicado vestido de novia...

—¿Dónde está? —preguntó.

Cameron hizo un vago gesto con la mano, en la que sostenía una petaca de plata.

—En un carruaje detrás de la iglesia. ¿Quieres hablar con él?

—¡Por supuesto que quiero hablar con él! Vamos a casarnos dentro de...

Percibió la mirada que intercambiaron Ainsley y Cameron y se dio cuenta del breve atisbo de cólera que asomó en los ojos de su amiga, reflejo de la ira incontenible que brillaba en los de Cameron.

—¿Qué ha ocurrido? —Apretó la mano de Ainsley—. Dímelo antes de que me vuelva loca.

Fue Cameron quien respondió.

—Barclay se ha fugado —dijo, marcando cada sílaba—. Ya está casado.

Los arcos, el patio, todas las piedras del sólido Edimburgo parecieron girar a su alrededor... Pero no, seguía en posición vertical, con los ojos clavados en Cameron Mackenzie, que estaba quieto, junto a la apacible Ainsley.

—Casado... —Sentía los labios rígidos—. Pero iba a casarse conmigo...

Sabía que lo último que lord Cameron Mackenzie quería hacer ese día era seguir el rastro de su novio y tener que decirle que este se había fugado con otra mujer. Y aun así, ella siguió contemplándole como si al mirarlo con la

suficiente intensidad pudiera conseguir que él cambiara la historia y le contara una diferente.

—Se casó ayer por la tarde —explicó Cam— con su profesora de piano.

Aquello era una locura. Tenía que ser una broma.

—La señora Mackinnon —apuntó ella sin inflexión en la voz. Recordó a una mujer sencilla de cabello oscuro que estaba algunas veces en casa de la madre de Grant cuando ella llegaba—. Es viuda. —Sofocó una risa—. Bueno, ahora ya no, imagino.

—Le he dicho que tenía que dar la cara y decírtelo él mismo comentó Cam con su voz ronca—. Así que lo he traído conmigo. ¿Quieres hablar con él?

—No —repuso ella con rapidez—. No. —El mundo comenzó a dar vueltas otra vez.

Cam le tendió la petaca.

—Tómate un buen sorbo, muchacha. Te ayudará a asimilar el golpe.

Una dama correcta no bebía licores y a ella la habían educado para ser la más correcta de todas. Sin embargo, aquel giro de los acontecimientos había transformado esa ocasión en una tan incorrecta que las normas daban igual.

Inclinó la cabeza y dejó caer unas ardientes gotas del mejor whisky escocés en la boca. Tosió, tragó, tosió otra vez y se dio leves toquécitos en los labios después de que Cam recuperara la petaca.

Quizá no debería haber bebido; las palabras de Cam comenzaban a parecer reales.

Doscientas personas esperaban en esa iglesia a que Juliana St. John y Grant Barclay contrajeran matrimonio. Doscientas personas que tendrían que volver a sus casas. Doscientos regalos que deberían ser devueltos; doscientas disculpas que escribir. Y, sin duda, los periódicos pasarían un buen rato.

Apretó las manos contra la cara. Jamás había estado enamorada de Grant, pero pensaba que al menos habían forjado una amistad, un respeto mutuo... Sin embargo, debía haber sido solo por su parte.

—¿Qué voy a hacer?

Cam guardó la petaca en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Te llevaremos a casa. Ordenaré que mi carruaje se detenga en el final de este camino. —Señaló el discreto sendero que conducía fuera del recinto religioso—. No es necesario que te vea nadie.

Tenían buen corazón. Tanto Ainsley como Cameron tenían buen corazón, pero ella no quería bondad. Necesitaba dar patadas, gritar su cólera; no solo hacia Grant, sino también hacia sí misma. Había confiado mucho en aquel

compromiso, presumiendo que no corría peligro de quedarse para vestir santos. Es más, ansiaba la estabilidad de una vida común; algo que había buscado durante toda su existencia.

Y el futuro acababa de desmoronarse ante ella como una montaña de polvo. Su segura elección se había abierto bajo sus pies. La sorpresa todavía seguía teniéndola entumecida, pero sentía que la pena estaba a punto de tomar el relevo.

Se frotó los brazos, que de repente estaban fríos.

—Todavía no. Por favor, dadme un momento. Necesito estar sola durante un rato.

Ainsley lanzó una mirada al patio; algunas personas habían salido de la iglesia y se paseaban por allí.

—No, por ahí no. Hay una cripta debajo de la iglesia. Nos quedaremos en la puerta y no dejaremos que entre nadie.

—Que Dios te bendiga, Ainsley. —No fue capaz de relajarse para dar a su amiga el abrazo que se merecía.

Dejó que la guiaran hasta la puerta de la cripta, que Cam abrió. La pareja dio un paso atrás y ella entró sola, cerrando a su espalda.

En aquel lugar no hacía mucho frío, pero había oscuridad y tranquilidad. Permaneció durante un momento frente al altar vacío y observó la sencilla cruz que colgaba encima; era simple y sin adornos.

Grant se había casado... con la señora Mackinnon.

Se daba cuenta ahora del significado de algunas cosas que había percibido a lo largo de los últimos meses, pero a las que no había prestado la debida atención; Grant y la señora Mackinnon tocando el piano en casa de la madre de Grant, sus sonrisas bobaliconas, las miradas que intercambiaban. Su prometido la había mirado pensativamente en muchas ocasiones, como si quisiera contarle algo importante, aunque al final hacía algún chiste o comentario banal.

Ahora sabía qué era lo que tenía intención de decir.

«Señorita St. John, me he enamorado de mi profesora de piano y deseo casarme con ella, no con usted».

Sería un escándalo, una humillación.

Cerró los puños con fuerza. Quería gritar al destino por ser tan canalla. Pero incluso presa de aquella agitación, le parecía un gran agravio blasfemar en un lugar sagrado.

Se colocó las faldas para sentarse en uno de los bancos de la cripta. Sus

faldas de color marfil parecían flotar a su alrededor.

—¡Maldición! —soltó, al dejarse caer en el asiento encima de algo que... se movía.

Un hombre de piernas muy largas bajo un *kilt*; un ancho cuerpo que la sostuvo por los codos con firmeza. Un hombre que se despertó y se encontró con una novia sentada en su regazo.

—¿Qué demonios...? —Unos ojos grises del mismo color que los de Ainsley la taladraron desde una cara demasiado bronceada para llevar mucho tiempo en Escocia.

Elliot McBride no tema ningún reparo en blasfemar dentro de una iglesia, ni en tumbarse a dormir en uno de los bancos.

Juliana se levantó de golpe, sin haber llegado a sentarse del todo, y clavó los ojos en Elliot mientras él se incorporaba y se acomodaba en una esquina, con los pies todavía sobre la madera.

—¿Elliot? —preguntó ella, jadeante—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba tratando de disfrutar de un poco de tranquilidad —repuso él—. No me gustan las multitudes.

—Digo aquí, en Escocia. Pensaba que estabas en la India. Ainsley me dijo que estabas allí.

Elliot McBride era uno de los numerosos hermanos de Ainsley. El hombre de quien se había enamorado locamente unos cien años atrás, cuando era una niña inocente. Pero él se había marchado a la India en busca de éxito y no le había vuelto a ver desde entonces.

Vio que Elliot se frotaba la barba incipiente con la mano. Estaba sin afeitarse a pesar de que olía a agua y jabón, como si hubiera tomado un baño hacía poco tiempo.

—Decidí regresar a casa.

«Lacónico». Esa era la mejor palabra para describir a Elliot, el McBride indomable. También valdrían «grande» y «fuerte», o «con una presencia que la dejaba sin aliento». Había sido así incluso cuando era niña y él el salvaje hermano de Ainsley, y también cuando fue una altiva debutante y él asistió al baile de presentación con el uniforme militar de su regimiento.

Se sentó en la parte del banco que él había dejado libre, en la esquina opuesta, donde no llegaban sus pies. Sobre sus cabezas, en lo alto de la torre, las campanas repicaron dando la hora.

—¿No deberías estar en la iglesia, muchacha? —preguntó Elliot. Sacó una petaca de la chaqueta y bebió un sorbo aunque, a diferencia de Cameron, no la

invitó a tomar otro—. ¿No te ibas a casar con... con... como se llame?

—Grant Barclay. A estas horas ya debería ser la señora Barclay.

Él detuvo el brazo sin que la petaca llegara a sus labios una segunda vez.

—¿Deberías ser? Entonces, ¿le has dejado plantado en el altar?

—No —repuso ella—. Al parecer se fugó ayer con su profesora de piano.

Aquello sonaba demasiado extraño. Una risita comenzó a burbujear en su interior y finalmente salió por su boca. No estaba provocada por la histeria, pero aún así era una vigorosa carcajada que no pudo contener.

Él se quedó inmóvil, como un animal indeciso entre atacar o huir. ¡Pobre Elliot! ¿Qué iba a hacer él con una mujer que primero le había arrancado del sueño dejándose caer sobre su regazo y luego se reía de manera incontrolable porque su prometido la había abandonado por otra?

Por fin logró contener la risa y se enjugó las lágrimas con la punta de los dedos. El moño con el que había recogido su pelo rojizo se desplomaba y una de las rosas amarillas que Ainsley le había trenzado en su cabello le cayó en el regazo.

—Estúpidas flores...

Elliot se había quedado helado. Clavaba los dedos en el respaldo del banco con tanta fuerza que le resultó extraño que la madera no se astillara. Observó reír a Juliana y vio cómo aquel glorioso pelo rojo oscuro le caía sobre los hombros desnudos. Ella sonreía, aunque sus ojos azules estaban mojados y le temblaban los dedos con los que recogió la flor que le había caído en el regazo.

Quería rodearla con los brazos y acunarla.

«Ven aquí —le diría—. Estás mejor sin ese idiota».

Pero un instinto aún más fuerte le hacía querer ir detrás de Grant Barclay y dispararle un tiro por haberle hecho daño.

Sin embargo, sabía que si cometía el error de tocar a Juliana, no se conformaría solo con abrazarla. Inclinaría la cabeza hacia ella y la besaría igual que había hecho en su baile de presentación; la noche que ella permitió aquel único beso.

Los dos tenían entonces dieciocho años. Ocurrió antes de que él hubiera marchado al infierno y regresado. En ese momento aquel casto beso había sido suficiente para él, pero ahora no se sentiría satisfecho con tan poco.

La besaría y recorrería aquella hermosa garganta hasta los pechos, acariciaría con la nariz el escote de encaje del vestido y le llenaría los hombros de besos. Luego lamería el camino de vuelta a sus labios jugosos,

que dibujaría con su lengua hasta que consiguiera que le dejara entrar.

La besaría durante mucho rato, con suavidad, saboreando el néctar de su boca mientras la abrazaba. Jamás la soltaría.

Querría poseerla por completo, porque solo Dios sabía cuándo tendría la oportunidad de volver a hacerlo. Un hombre arruinado aprendía a saborear lo que quería cuando le surgía la oportunidad.

—Me quedará el sambenito para siempre —decía ella en esos instantes—. «Pobre Juliana St. John. ¿No la recuerdas? Estaba vestida de novia y todo. Incluso había acudido a la iglesia. Pobrecita...».

¿Qué le respondía un hombre a una mujer cuando decía eso? A él le gustaría poseer la elocuencia de su hermano, el abogado, que soltaba elegantes discursos ante los tribunales para ganarse la vida. Sin embargo, él solo sabía decir la verdad.

—Qué digan lo que quieran y al infierno con ellos.

Juliana esbozó una amarga sonrisa.

—El mundo se mueve según lo que dice la gente, mi estimado Elliot. Quizá en la India sea diferente.

¡Santo Dios! ¿Cómo podía pensar alguien eso?

—Allí las reglas son todavía más estrictas. Puedes morir, o ser el culpable de la muerte de alguien, simplemente por no conocerlas.

Ella parpadeó.

—Oh. De acuerdo, eso suena mucho peor que saber que la gente esperará que me esconda avergonzada y me dedique a tejer calcetines durante el resto de mi vida.

—¿Por qué demonios ibas a dedicarte a hacer calcetines? Haz lo que quieras.

—Típico de ti. Quizá tú serías capaz, pero me temo que yo no. Estaré en boca de todo el mundo durante mucho tiempo. Me quedaré para vestir santos. Treinta años y no demasiado ingenua. Sé que las mujeres practican toda clase de actividades en esta época, además de casarse, pero yo soy demasiado mayor para asistir a la universidad. E incluso si me decidiera a hacer tal cosa, mi padre se moriría de vergüenza al pensar que soy una sabionda. Me educó para servir el té, organizar fiestas... y decir lo correcto a la esposa de un vicario.

Elliot no se fijó en las palabras, se concentró en su voz musical y cómo le aliviaba. Se recostó en el respaldo y la dejó hablar, dándose cuenta de que hacía mucho tiempo que no se sentía tan relajado.

«Si pudiera escucharla durante el resto de mi vida... Si pudiera oírla en medio de la noche, quizá podría mejorar».

No, nada conseguiría que volviera a estar bien. No podría recuperarse de lo que había visto y llevado a cabo; de las tropelías que le habían hecho cometer. Hubo un tiempo en el que pensó que si regresaba a Escocia aquello se detendría; los sueños, los terrores nocturnos, la oscuridad absoluta en la que el tiempo transcurría y él no sabía lo que hacía. Pero ya no lo pensaba, y sabía que tenía que poner en funcionamiento el siguiente paso de su plan.

Juliana le estudiaba con aquellos ojos azules tan límpidos como un lago en verano. Su belleza, el recuerdo de aquella mirada, le había sostenido durante mucho tiempo en la oscuridad.

Algunas veces había soñado que ella estaba con él, intentando despertarle, con su dulce voz inundando sus oídos.

«Venga, Elliot, tienes que despertarte. Mi cometa se ha quedado enredada en un árbol y tú eres el único lo suficientemente alto para bajarla».

Recordó el día en el que se dio cuenta de lo que sentía por ella... Los dos debían de tener, aproximadamente, dieciséis años. Ella había estado volando una cometa con los hijos de unos amigos de su padre y él había ido a mirar. Rescató el juguete de un árbol y se ganó una sonrisa de aquellos labios rojos y un tierno beso en la mejilla. A partir de ese día estuvo perdido.

—¿Elliot? ¿Estás despierto?

Había cerrado los ojos para retener los recuerdos, y ahora la voz de Juliana se mezclaba con la que oía en su memoria. Se obligó a abrirlos.

—Creo que sí.

—No me has escuchado, ¿verdad? —Su cara parecía sonrojada en la tenue luz.

—Lo siento, muchacha, estoy un poco borracho.

—Bien. Bueno, no es que me parezca bien que estés borracho, sino que agradezco que no me hayas escuchado. Ha sido una mala idea.

Él abrió los ojos del todo, una campana de alarma resonó en su cerebro. ¿Qué puñetas se había perdido?

Aquella oscuridad que le envolvía provocaba eso algunas veces; podía perderse grandes intervalos de conversación sin saberlo. Cuando volvía en sí se daba cuenta de que su interlocutor esperaba una respuesta mientras se preguntaba qué le ocurría. Por eso había decidido que la mejor solución era evitar a la gente y sus conversaciones.

Pero con Juliana quería saber.

—Vuelve a decírmelo.

—No creo que sea prudente. Si fuera una buena idea, te habrías hecho eco de ella de inmediato. En tu estado actual...

—Juliana, te juro que... mi mente vaga a veces. Quiero escuchar esa idea y decidir si es buena o no.

—No, no quieres.

«¡Mujeres!».

Incluso aquellas de las que uno llevaba años enamorado en secreto podían volverle loco en un segundo.

Se puso derecho y se acercó a ella poniendo los pies en el suelo. Estiró el brazo sobre el respaldo. No la tocó, pero sus dedos quedaron lo suficientemente cerca como para sentir su calor.

—Juliana, dímelo o te haré cosquillas.

—Ya no tengo ocho años, Elliot McBride.

Él quiso reírse ante su tono arrogante.

—Ni yo. Cuando digo que te haré cosquillas, no quiero decir lo mismo que entonces. —Le tocó el hombro desnudo con el dedo.

Aquello fue un error. El contacto hizo que le subiera un ardiente calambre por el brazo que fue directo a su corazón.

Sus labios estaban muy cerca, exuberantes y jugosos. Notó que la nariz de Juliana seguía cubierta de pecas, igual que cuando tenía diez años. Siempre había sido así y siempre había querido deshacerse de ellas, pero para él cada una de ellas era un punto que besar.

Su mirada era apacible y su voz un susurro de aliento.

—Lo que te he preguntado, Elliot, es si querrías casarte conmigo.

2

Elliot se había quedado inmóvil, sus ojos eran tan grises como el invierno e igual de fríos.

Juliana se dio cuenta de que cuando le espetó la pregunta, se la estaba haciendo al Elliot que ella conocía; al provocador, al joven impulsivo y ardiente. Pero el Elliot McBride que tenía delante era un desconocido. Llevaba el pelo castaño claro mucho más corto y sus rasgos eran duros, con finas cicatrices en una de las mejillas.

Este Elliot había perseguido y matado a otros hombres, por lo que había sido hecho prisionero y retenido durante tanto tiempo que todos llegaron a temer que hubiera muerto. Los diez meses que estuvo preso fueron los peores de toda su vida. Después, Elliot regresó a casa de su hermano durante un tiempo para recobrarle, pero ella nunca llegó a verlo. Él no visitó a nadie, no dejó que nadie le visitara y, al final, había vuelto a la India.

—Como ya he dicho, es una idea estúpida —afirmó ella con rapidez—. Te has puesto verde, Elliot, así que olvídale. No era mi intención asustarte tanto. Venga, vuelve a echar una cabezadita.

La mirada de Elliot se dirigió al sencillo altar antes de regresar a ella, mientras acercaba la mano a su espalda; algo cálido en aquel lugar tan frío.

—No me parece una estupidez. De hecho me parece una idea grandiosa.

—¿De veras? Pues será mejor que actúes como si no hubiera dicho nada. De todas maneras, la primera vez no me oíste.

Él movió la mano y le rozó el hombro, transmitiendo calor a todo su helado cuerpo.

—Pero no puedo ignorar que te he escuchado la segunda, muchacha.

—Bueno, pues lo retiro. Me iré a casa de mi padre y comenzaré a devolver los regalos. Conservé las tarjetas que los acompañaban, siempre soy muy organizada. Gemma se ríe de mis listas y notas, pero ahora me las agradecerá.

Ella esbozó una ancha sonrisa... Elliot notó que sus ojos estaban demasiado brillantes y su corazón palpitó con tanta fuerza que le sorprendió que no resonara en el silencio.

Quería levantarse lo más deprisa que pudiera del banco de la iglesia gritando de alegría, arrastrar a Juliana de vuelta a la iglesia y ordenarle al ministro que diera comienzo a la ceremonia. Tanto su familia como la de Juliana pertenecían a esa diócesis, los dos tenían edad casadera y no habría

ningún tipo de impedimento. Conocía a quien podía extender una nueva licencia con rapidez. Y eso haría.

Había viajado a Edimburgo ese día para buscarla, para continuar los planes que había puesto en marcha. Y se había encontrado con aquella interminable espera en la abarrotada iglesia, que le había puesto nervioso y obligado a salir para estar solo en la cripta. Algunos tragos de whisky y el cansancio que acumulaba su cuerpo —jamás descansaba debidamente por la noche— le habían hecho caer en un profundo sopor.

Minutos después despertaba por culpa del delicioso peso de Juliana envuelta en raso y tul, de su aroma a rosas, del sonido de su voz. Sí. Era lo correcto.

—No voy a volver a la India —dijo—. He comprado una casa.

La vieja propiedad McGregor, a cincuenta kilómetros al norte de Aberdeen. McGregor, que es mi tío abuelo por parte de madre, se quedó sin dinero en efectivo. Puedes casarte conmigo y ocuparte del lugar.

Juliana clavó los ojos en él con los labios entreabiertos. Él quiso saborear la humedad que los impregnaba. Si ella se negaba, si prefería esperar, tendría que poner en práctica otros planes. Podía estar loco, pero sabía muy bien lo que quería y ser muy persuasivo.

—Está muy lejos —dijo ella con un susurro.

—Sí. —Los trenes acortaban las distancias en esos tiempos, pero aún así, el norte del país era un lugar remoto. Un sitio donde olvidarse del bullicio. Él necesitaba paz.

La vio parpadear temblorosamente. Bajo el escrutinio de sus ojos azules, sintió que se relajaba todavía más, que quería inclinarse sobre el cálido raso que la envolvía y aspirar su aroma.

—¿Estás seguro, Elliot? —La voz de Juliana volvió a arrancarle de su ensimismamiento.

Por supuesto que estaba seguro. La necesitaba a su lado para poder sentirse otra vez fuerte y sano.

Él se encogió de hombros, fingiendo despreocupación.

—Ya te lo he dicho, me parece una idea fantástica. Todo el mundo ha venido a asistir a una boda, tú estás vestida de novia y a mí no me gusta esperar.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Quieres decir que deseas que nos casemos hoy?

—¿Por qué no? Ya tenemos los invitados y el ministro está esperando.

La vio apretar los labios y aquel pequeño gesto le calentó la sangre.

—Será un auténtico escándalo.

—¿Qué más da? Mientras hablan, nosotros estaremos en nuestra propiedad, muy lejos de aquí.

Ella vaciló antes de esbozar una sonrisa que fue determinación en estado puro.

—De acuerdo. Como tú dices, ¿por qué no?

Su corazón le dio un vuelco, gritó de alegría y el júbilo creció sin pausa hasta casi estrangularle. Necesitaba terminar eso; llevarla a su casa, estar con ella.

Tiró de ella para ponerla en pie y la arrastró lejos del banco. Juliana trastabilló por culpa de los zapatos de tacón alto, pero él la sostuvo con mano firme. Su cercanía, sentir su brazo suave debajo de los dedos llenos de cicatrices, incrementó su ansiedad.

Necesitaba sellar ese matrimonio antes de que regresara la oscuridad, y no se refería precisamente a la oscuridad de la noche.

Llegaron hasta la puerta. Él la detuvo, estrechándola con fuerza, pero no podía obligarse a soltarla.

—Quédate con mi hermana mientras voy a informar al ministro de que el novio ha cambiado. ¿Estás preparada?

—Sí. —Juliana se humedeció los labios—. Sin duda.

—Bien.

Ella alargó el brazo para alcanzar el picaporte, pero él la retuvo.

—Espera.

Juliana notó que él deslizaba un brazo por su espalda, sólido como la rama de un árbol y la atraía todavía más cerca. Tan cerca que vio la marca blanca de una cicatriz en su mejilla, delgadas líneas que cubrían sus pómulos y desaparecían más allá del nacimiento del pelo. Aquellos cortes habían sido hechos por una hoja muy fina y afilada.

Elliot iba a besarla. Ella contuvo el aliento mientras esperaba el frío roce de sus labios, la presión de su boca. Había soñado con sus besos muchas veces después de que él le hubiera robado uno hacía mucho tiempo.

No llegó. Él se llevó su mano a los labios, la giró y depositó un largo y ardiente beso en la palma. Cualquier decepción se disolvió en el calor que subió por su brazo y en el ardiente fuego que atravesó su cuerpo a toda velocidad.

Elliot abrió la puerta de la capilla y la empujó al exterior, a la fría niebla

que cubría el patio, antes de volver a cerrarla. Ella se encontró frente a una preocupada Ainsley, el enorme corpachón de lord Cameron y su madrastra, Gemma, que se acercaba a toda velocidad para saber qué ocurría.

Así fue como Elliot McBride se casó una hora después con Juliana St. John, en la misma iglesia en la que ella debería haberse casado ese día con el señor Barclay.

Los invitados observaron, ya fuera con sorpresa o con gran gozo como él — con una chaqueta negra de gala y el *kilt* de los McBride— se colocaba junto a Juliana para recitar sus votos. Cuando el padre de la joven le entregó la mano de Juliana, él cerró los dedos sobre ella con fuerza. No fue un simple apretón, sino un duro agarre.

El servicio fue breve y sencillo. Ainsley había vuelto a colocar las rosas en el pelo de Juliana y la cola de su exquisito vestido de novia se extendía por el suelo de la iglesia. El ramo de novia seguía intacto, gracias a Ainsley y a Gemma, con una ramita de brezo escondida entre las flores para darle suerte.

Él siguió aferrando con fuerza la mano de su flamante novia mientras el vicario terminaba la misa, y ni siquiera la soltó después de ponerle la alianza en el dedo. Habían tenido que pedir prestados los anillos a su hermano Patrick y su esposa, Rona. El anillo de su cuñada era demasiado grande para Juliana y la vio apretar los dedos para mantenerlo en su lugar.

En el momento en que el vicario les declaró marido y mujer, Juliana se volvió hacia él para mirarle, alzando la cabeza. La besó.

Fue un beso posesivo. Como el que daría cualquier guerrero escocés a su recién conquistada novia, y él era descendiente de muchas generaciones de guerreros legendarios.

Cuando alzó la cabeza después de besarla, clavó la mirada en ella mientras le sujetaba los hombros con las manos. Sus ojos grises brillaban de triunfo. Ya estaban casados.

Varias horas más tarde, durante los festejos que siguieron en la casa de los St. John —Gemma no veía razón para desperdiciar lo que ya habían preparado—, Juliana escapó de los salones llenos de gente, risas y miradas con la excusa de hacer los preparativos para marcharse.

Suspiró de alivio cuando entró en un pasillo vacío. Le alegraba que todos los invitados estuvieran disfrutando del banquete que Gemma y ella habían preparado meticulosamente, pero las felicitaciones y las preguntas habían

comenzado a pesar en su ánimo. Lo que había hecho acabaría convirtiéndose en un suceso de interés pasajero, pero no sería ese día.

Notó una mano firme en el hombro y contuvo un grito de sorpresa. Elliot le puso un dedo sobre los labios, se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—Tenemos que irnos —le dijo él.

Eso era lo que ella quería hacer —la inquietud la dominaba como una fiebre—, pero se limitó a decir las palabras correctas.

—Sería un poco grosero, ¿no crees? Mi madrastra se ha esforzado mucho para preparar...

—¿Quieres que nos vayamos a casa, Juliana? —la interrumpió él, al tiempo que deslizaba la mano por su brazo hasta entrelazar sus dedos con los de ella.

Ella cerró los ojos, aspirando su calor.

—Sí.

—Entonces, vámonos.

Sin más discusiones, la llevó por la escalera de servicio hasta la cocina y de allí a la puerta trasera, donde un hombre de raza hindú con una casaca de seda blanca y un turbante les esperaba con su abrigo y dos maletas. El hombre sostuvo la prenda para que se la pusiera sin decir nada, y tampoco pronunció palabra cuando abrió la puerta y los acompañó fuera de la casa.

El trayecto a su nuevo hogar fue muy largo. Se subieron a un tren, que traqueteó lentamente hacia el norte y luego al oeste, hasta el corazón de las Highlands. En un compartimento privado, la esposa del sirviente hindú de Elliot ayudó a Juliana a cambiarse el vestido de novia por otro de viaje. El equipaje de mano estaba bien provisto de ropa resistente para los desplazamientos; sin duda, Ainsley y Gemma cuidaban de ella sin descanso.

Mientras viajaban, las nubes fueron arrastradas por el fuerte viento y el sol salió para bañar al mundo con su calor y secar las brillantes gotas de lluvia. Pronto sería pleno verano, lo que quería decir, en aquel punto tan al norte, que el astro rey no se ocultaría Lisia bien entrada la noche.

En Stirling tomaron otro tren hacia la costa, que se desplazó por el norte de Dundee, hacia Aberdeen, donde hicieron transbordo a otro ferrocarril de una compañía más pequeña. Por fin, se bajaron en una diminuta estación, en un pueblo llamado Highforth, unos cincuenta kilómetros al norte de Aberdeen, perdido entre las montañas y el mar. El sol del atardecer se ocultaba tras las colinas, al oeste, iluminando el mar, al norte y al este, con su reflejo.

La estación no era más que una pequeña edificación junto a las vías, y la plataforma resultaba tan pequeña que los pasajeros tenían que desembarcar de uno en uno. De todas maneras, ellos fueron los únicos que descendieron.

Su marido se puso a buscar al momento al jefe de estación, dejando al criado y a la familia de este pululando alrededor de ella como mariposas de colores. El viento típico de las Highlands azotaba la vacía plataforma, formando remolinos con las sedas coloridas de las mujeres hindúes, el brillante *kilt* a cuadros azules y verdes de Elliot y su larga falda tostada.

Según se había enterado durante el viaje, el criado se llamaba Mahindar y había llevado consigo desde la India a su esposa, Channan, a su madre, su cuñada viuda y una niña de corta edad que parecía ser hija de la cuñada.

La madre de Mahindar se había cubierto la cabeza serenamente con un pliegue del velo que llevaba al cuello, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, mientras esperaban a Elliot. La esposa de Mahindar, Channan —más rechoncha y con una figura cilíndrica que quedaba enfatizada por la estrecha falda, y otras prendas de seda que cubrían su cuerpo— miraba a su alrededor con más interés. La hermana pequeña de esta —hermanastra, si ella había entendido bien— tomaba a la niña de la mano mientras permanecía de pie junto a la esposa del sirviente.

Según aseguró Mahindar, solo él hablaba inglés, aunque añadió con altanería que Channan estaba aprendiéndolo. La cuñada solo chapurreaba algunas palabras y la madre no lo entendía.

Elliot, con su *kilt*., botas y abrigo, era el único que parecía en su elemento en aquel salvaje lugar. Sin embargo, mientras estuvo en la India, Juliana había escuchado historias sobre la manera en que se había integrado, volviéndose casi un nativo, según decían con desaprobación las habladoras. Al parecer, y según señalaban todos los rumores, Elliot se había alimentado con comida hindú, vestido ropa indígena y relacionado con mujeres nativas. Había pasado tanto tiempo bajo el sol que su piel lucía un bronceado tono café con leche, y apenas parecía escocés.

Vio que Elliot se daba la vuelta y regresaba junto a ellos a grandes zancadas, con el *kilt* de los McBride y el abrigo ondulando al viento. Si se había acogido a las costumbres propias de la India, sin duda había vuelto a adoptar las suyas al regresar, volviendo a ser un auténtico escocés en su tierra natal.

—No tienen transporte —anunció sin preocupación aparente en su voz—. Vendrá un landó desde la casa a recogernos, pero no vamos a caber todos.

Mahindar, tu familia y tú esperaréis aquí a que regrese después de dejarnos a nosotros.

El hombre asintió con la cabeza sin añadir nada. Su madre tampoco pareció dar importancia a los hechos cuando Mahindar tradujo las palabras, y se dedicó a estudiar las montañas, el cielo y las casas que componían el pueblo, un poco más arriba.

La hermana de Channan, Nandita, cuando entendió que permanecerían allí un tiempo, dijo algo en tono aterrado mientras se aferraba temblorosa a Channan, con los ojos oscuros abiertos como platos.

—Teme que si nos quedamos aquí vengan a arrestarnos los soldados —explicó Mahindar—. Es lo que le ocurrió a su marido.

—¡Oh, pobrecita! —exclamó ella—. Mahindar, por favor, aclárale que ese tipo de cosas no ocurren en Escocia.

—Ya lo he intentado —repuso el hindú en tono de paciente resignación—. No lo entiende. Este es un lugar extraño para nosotros y todavía no puede comprenderlo.

Juliana tendió la mano a Nandita.

—Si lo prefiere puede venir con nosotros. Nos apretaremos. Y también llevaremos a la niña. Ven, querida. Yo me ocuparé de ti.

Mahindar tradujo con rapidez. Al parecer a Nandita no le gustó mucho el arreglo que conllevaba dejar atrás a su familia y comenzó a llorar.

La madre de Mahindar le espetó dos palabras y Nandita soltó la mano de Channan y se acercó con pasos apresurados y cortos a ella, arrastrando consigo a la niña, sin que las lágrimas silenciosas dejaran de caer de sus ojos.

La niña, de aproximadamente tres años, parecía observar impávida todo lo que ocurría. Le brindó a ella una adorable sonrisa de dientes separados antes de observar con interés el landó que entró en el patio.

El vehículo iba conducido por un rubicundo muchacho de brillante pelo rojo con la cara llena de pecas. El la miró a ella con imperturbable curiosidad y luego se concentró en la familia de Mahindar mientras detenía los caballos justo delante de Elliot.

Ayudó a Elliot a acomodar a Nandita en los estrechos asientos del pescante del landó y ellos se sentaron detrás. La muchacha hindú tuvo que soltar a la niña para ajustarse con la mano el sari batido por el viento y fue Juliana quien tomó a la criatura.

La cría se subió feliz a su regazo y ella cerró los brazos a su alrededor. La niña tenía el pelo oscuro y los ojos castaños, y su cuerpecito estaba caliente

cuando lo estrechó.

—¿Cómo se llama? —preguntó a Elliot.

El cerró la puerta del landó.

—Priti.

—Priti. —Probó el nombre y la niña sonrió con deleite—. ¿Se llama así porque es muy guapa? —preguntó al comprobar que sonaba igual que «pretty», hermosa en inglés.

—Sí, por eso —aseguró Elliot con seriedad.

El carruaje se sacudió hacia delante. Mahindar levantó la mano para despedirse mientras su esposa y su madre continuaban mirando a su alrededor aquel paisaje nuevo para ellas.

¿Qué pensarían de aquel lugar? Ella había visto fotos y pinturas de la India, y aquel apartado rincón de Escocia debía resultarles muy diferente; laderas de altas colinas cubiertas de bosques, campos de cultivo entre las montañas y el mar. Nada de ríos perezosos, elefantes, tigres o selva.

Priti miró a su alrededor con mucha más atención que Nandita. La piel de la niña no era tan oscura como la de su madre, y el pelo no era totalmente negro, sino castaño. Se preguntó si el padre de la cría habría sido europeo, y si era por eso por lo que Nandita había abandonado la India con su hermana y su cuñado. Si su marido había sido un inglés, quizá la joven solo podía recurrir a Channan y Mahindar.

Pero el hindú había dicho que el marido de Nandita había sido arrestado por los soldados británicos. Sin duda suponía todo un enigma. Ya intentaría enterarse de la historia más adelante.

El landó recorrió un empinado camino pavimentado con adoquines. La carretera era de tierra compactada cuando llegaron a la cima y estaba rodeada de rocas, brezales y verdor. El mar se extendía al este, impresionantemente iluminado por el sol.

El muchacho pelirrojo que conducía el vehículo respondía al nombre de Hamish McIver.

—El pueblo está allí abajo, señora —le dijo por encima del hombro mientras conducía—. Es pequeño, pero para nosotros está bien. —El chico se giró en el asiento e hizo un gesto con el látigo que empuñaba—. Hay, por supuesto, un pub; una cervecería que pertenecía al viejo McGregor. Se la vendió hace años a unos ingleses y el señor McBride ha comprado la casa. Los McGregor eran los dueños de estas tierras desde hace más de seiscientos años, pero ahora el pobre viejo está arruinado y todo el mundo lo sabe.

Las ruedas del landó se hundieron en el barro que había a un lado del camino y Nandita emitió un gemido de terror.

—Mira hacia delante, muchacho —ordenó Elliot con voz seca.

Hamish ajustó las riendas sin preocuparse.

—Ahí vive la señora Rossmoran, es mi tía abuela. —El chico señaló con la cabeza un portón, combado y entreabierto, que se vislumbraba entre los árboles—. Está medio loca. Vive con mi prima y su hija. Esperará que la visite, señora, ahora que todo el mundo sabe que el nuevo laird ha tomado esposa.

Ella clavó los ojos en el portón que había quedado detrás de ellos.

—Caray, ¿cómo puede saberlo? Nos hemos casado esta mañana.

Hamish sonrió de oreja a oreja por encima del hombro.

—El jefe de estación recibió un telegrama. Ya sabe... El hijo del jefe de estación me vio en el pub y me lo dijo. Brindamos a su salud. Perdone, milady. Cualquiera de los que estaba en el pub puede habérselo dicho a mi prima cuando bajó a hacer la compra y ella habrá puesto al corriente a mi tía abuela.

El landó se bamboleó, saltando en el aire y cayendo de golpe.

Hamish volvió a concentrarse en lo que había por delante mientras Nandita soltaba un agudo grito. Ella también gritó, pero Priti solo se rio feliz, como cualquier criatura.

Acababan de cruzar un portón abierto y dado un bote en la parte más erosionada de un puente de madera. Hamish siguió hablando con rapidez; el landó traqueaba sobre el puente mientras un río corría veloz bajo ellos; una gran corriente de agua que moría en el mar cercano.

Nandita se aferró a un lateral del vehículo con los ojos abiertos como platos y el velo de seda revoloteó sobre su cara. La cacofonía de las ruedas sobre los tablones se unía al fuerte sonido del agua, pero la aguda voz de Nandita se escuchó por encima de ellos. La joven no parecía mayor que el propio pelirrojo, quizá unos diecinueve años, más o menos. Mucho más joven que su hermana Channan. Y ya era viuda. No era de extrañar que estuviera tan asustada.

—Está bien, muchacha —la consoló Hamish mientras el carruaje seguía traqueteando en el puente—. No es necesario tener miedo a la corriente, es un buen lugar para pescar.

Los gritos de la joven hindú cesaron cuando volvieron a estar en tierra firme, pero sus ojos siguieron estando muy abiertos.

—Elliot, ¿no puedes tranquilizarla? —preguntó ella—. Dile que está a

salvo.

El landó tomó entonces una brusca curva, lanzándolos hacia un lado y la puerta junto a Elliot se abrió, ondulando de manera salvaje.

—¡Elliot! —gritó ella. No podía abalanzarse sobre él porque tenía a Priti en brazos y Nandita estaba gritando otra vez.

Un hombre en peor forma física que él habría caído al camino, pero Elliot se aferró al coche marcando los tendones debajo del cuero de los guantes. Mantuvo el equilibrio, cerró la puerta y puso de nuevo el pasador.

Sin embargo, le vio mirar a Nandita como si no hubiera ocurrido nada extraordinario y comenzó a dirigirse a ella pausadamente en un idioma que Juliana desconocía. Nandita escuchó con atención y pareció reconfortada con lo que él estaba diciéndole. Sus gritos cesaron y el camino quedó en silencio al dejar el río atrás.

Salieron del bosque y comenzaron a bajar. La carretera abrazaba un lado del acantilado. A los pies de la colina había un amplio y verde campo bordeado por montañas a lo lejos y el mar, mucho más al este.

Al final del camino estaba la casa.

Era gigantesca. Laberíntica. Y desvencijada. Parecía desmoronarse por todas partes por el mal estado en el que se encontraba.

Ella se llevó la mano a la garganta y enderezó la espalda en el asiento.

—Oh, Elliot —dijo.

3

La casa de cinco pisos se erguía imponente desde una base rectangular. La fachada estaba cubierta por una desigual distribución de almenas, ventanas, ranuras estrechas y algunas torres que sobresalían donde menos te lo esperabas. El tejado era a mansarda y de él surgían diminutas buhardillas que parecían exclamaciones casi rozando el cielo.

No era un castillo medieval, sino la fantasía de un hombre rico, construida para impresionar a sus vecinos; un castillo de cuento infantil. Salvo que ahora aquella edificación tenía varios cientos de años y era tan vieja que se desmoronaba. Se mostraba ante sus ojos manchada y cubierta de musgo, con las ventanas rotas y el techo hundido, y el patio lleno de montones de escombros.

A Juliana el lugar le había parecido inmenso desde el pie de la colina, pero ahora se veía todavía mayor. La vegetación salvaje del bosque invadía los huertos y unos jardines enormes, en consonancia con el edificio.

Hamish detuvo el landó cerca de la casa y guio al caballo para que esquivara las piedras caídas. Elliot abrió la puerta y se bajó del carruaje para examinar el coloso con las manos en las caderas. Sus ojos brillaban con una nueva luz. Parecía... satisfecho.

El chico saltó al suelo desde el alto pescante y la yegua inclinó la cabeza para mordisquear la hierba. Elliot se volvió para ayudarla a bajar del vehículo y su mano resultó un foco de calor en el aire fresco de la tarde. A Nandita le llevó más tiempo bajar; temía poner el pie en el pequeño escalón a pesar de que Elliot estaba esperando para ayudarla. Por fin Hamish pasó junto a Elliot, rodeó el pequeño cuerpo de la joven con un brazo y la depositó en el suelo.

Nandita clavó los ojos en el pelirrojo con expresión de sorpresa y se subió el velo para cubrirse la cara.

—Hamish, muchacho —informó Elliot con voz calmada—, una mujer hindú no puede ser tocada por nadie que no pertenezca a su familia. —Su tono era severo, pero la mirada que dirigió al chico parecía casi divertida—. Podría ser la causa de tu muerte.

Hamish abrió los ojos como platos.

—¿Oh, sí? Lo siento. —Miró a Nandita—. Lo siento, señorita —dijo muy despacio, con la voz firme.

—Está viuda —aclaró Elliot. Estiró los brazos hacia Priti y la bajó del

vehículo—. No puedes llamarla señorita.

—Perdón, señora. —La voz de Hamish era cada vez más aguda. Se alejó de ella y subió precipitadamente al asiento del conductor—. No quiero ser la causa de la muerte de nadie; en especial de la mía.

Hamish se acomodó con rapidez y chasqueó las riendas para que la yegua se pusiera al trote, haciendo que el vehículo traquel cara por el patio. El landó se perdió por un estrecho camino lateral en dirección a lo alto de la colina, con las ruedas peligrosamente cerca del borde del precipicio.

La puerta principal no se encontraba cerrada y Elliot la empujó. El vestíbulo parecía vacío y el techo, en su día meticulosamente decorado, estaba lleno de telarañas. En el suelo podían verse huellas de barro, como si alguien —seguramente Hamish—hubiera caminado sobre él hacía poco tiempo.

Vio que Elliot atravesaba el espacio y abría la puerta del otro extremo, la que daba acceso a la casa propiamente dicha. La parte superior de esa puerta tenía una vidriera de colores, pero el cristal estaba tan mugriento que cada uno de los vidrios parecía negro.

El interior de la casa se hallaba en mucho peor estado que el exterior. Además del polvo, que flotaba en el aire con cada movimienlo, había telarañas en las paredes y a la grandiosa escalinata, que ascendía en curva desde el enorme vestíbulo, le faltaban algunos peldaños de madera y trozos del pasamanos. Una gigantesca lámpara de araña, en la que no quedaba ninguna vela, colgaba de una gruesa cadena en el punto medio de la escalera.

Las puertas que allí había daban acceso a salones grandes y pequeños. Ella recorrió con la mirada unos cuantos y vio que en algunos los muebles estaban cubiertos con guardapolvos, en otros no había mobiliario que tapar. La suciedad que cubría los cristales de las ventanas hacía que la casa resultara más oscura y la hizo tropezar.

Elliot la sostuvo al instante, ayudándola a recuperar el equilibrio. Ella se aferró a su brazo, que le pareció tan duro como el acero debajo de la manga.

—Santo Cielo, Elliot, ¿cómo se te ha ocurrido comprar esta casa?

—Tío McGregor necesitaba el dinero —repuso su marido—. No me importó echarle una mano. Cuando era un crío venía aquí de vez en cuando. Siempre sentí cariño por el lugar. —Se dirigió hacia la escalera—. Le pedí a Hamish que nos preparara un dormitorio. ¿Vamos a ver si lo encontramos?

Priti los adelantó con rapidez y comenzó a subir la escalera mientras Nandita gritaba tras ella desesperadamente. Fue Elliot el que llegó primero junto a la niña y la alzó por encima de su cabeza.

—¡Vaaamos arriba! —dijo a Priti.

Sin duda, el inglés de la criatura era mucho mejor que el de Nandita, porque batió palmas, feliz.

—¡Sí, sí, arriba!

Elliot subió las escaleras hasta el siguiente piso sin perder el equilibrio a causa de la carga en ningún momento. Ella le siguió con precaución, tanteando cada escalón pero, para su sorpresa, la estructura era tan sólida como el resto de la casa. Nandita la siguió también.

Una vez que llegaron al primer piso, Elliot caminó alrededor de la galería que rodeaba el amplio vestíbulo. Aquella casa había sido grandiosa, con techos altísimos, muy ornamentados e intrincadas esculturas en cornisas y frisos. Su marido comenzó a abrir puertas, revelando más muebles debajo de sábanas protegidos del polvo como grises jorobas reclinadas. Por fin, de la cuarta puerta que abrió salió luz y calor.

Un fuego bailoteaba alegremente en una vetusta chimenea de piedra; era lo más agradable que ella había visto desde que entró en la casa. La estancia estaba dominada por una cama maciza que se hallaba en el centro de la habitación en vez de contra una pared. El colchón no parecía demasiado mullido, pero al menos estaba entero y cubierto con sábanas limpias. Aunque no había alfombras, ni tapices, ni cortinas en las ventanas, comparada con el resto de la casa aquel cuarto era un palacio.

Antes de que ella pudiera entrar en el acogedor dormitorio, se oyó un portazo en el corredor. Nandita gritó e incluso Priti emitió un sonido de alarma.

—¿Qué demonios están haciendo en mi casa? —Una voz estentórea resonó en el pasillo—. ¡Fuera! ¡Tengo un arma y está cargada!

Un anciano pequeño, pero con la espalda muy tiesa, apareció desde una de las habitaciones y, en efecto, sostenía entre las manos una escopeta con la que les apuntaba. Tenía larga barba blanca y espesas patillas, pero lo que más destacaba en aquella cara peluda eran unos intensos ojos oscuros que se clavaron en ellos lanzando chispas.

—Voy a disparar, se lo aseguro. Un hombre tiene derecho a defender su hogar.

—Tío McGregor —dijo Elliot en voz alta—. Soy Elliot. He traído a mi mujer.

El hombre bajó el arma, pero no por completo.

—Och, ¿así que eres tú, muchacho? He pensado que podía tratarse de

ladrones. ¿Es ella, entonces? ¿La pequeña Juliana St. John —El señor McGregor recorrió el corredor hacia ellos. Un *kilt* colgaba de las huesudas caderas del anciano, acompañado de una camisa suelta y una chaqueta de lana que había conocido días mejores —. Conocí a tu abuelo, muchacha. La última vez que le vi fue el día de tu bautizo. Llorabas de tal manera que amenazabas con hacer caer la iglesia. Muy fuerte para una niña tan pequeña, pero claro, tu madre era una chiflada.

Ella contuvo la réplica que acudió a sus labios. Es un anciano, se recordó a sí misma, y habla con la brusca sinceridad de las personas de edad avanzada. Además, todavía sostenía la escopeta.

—¿Cómo se encuentra, señor McGregor? —Se las ingenió para decir.

—Tengo sesenta y nueve años, jovencita. ¿Cómo crees que estoy? —El hombre miró detrás de ella, donde se escondía una aterrada Nandita—. ¿Así que esta vez has traído contigo a tus nativos?

—Te gustarán —aseguró Elliot—. Mi criado es un buen cocinero.

—¿Cocina, eh? —McGregor clavó los ojos en Nandita, que seguía encogiéndose detrás de ella—. Por cierto, tengo hambre. ¿Dónde está ese maldito muchacho con mi cena?

—Hamish ha vuelto a la estación a recoger a mi criado y al resto de su familia. Y si tenemos suerte, también traerá nuestro equipaje.

—¿Y no podía haberme dado de comer antes de marcharse? Mi familia ha trabajado estas tierras durante seiscientos años, y ahora el laird no puede disponer ni de un mendrugo de pan...

—Buscaré algo para ti. —Elliot le puso una mano en la cintura y la guió hacia el dormitorio.

La expresión irritada de McGregor dio paso a una risita.

—¿Acaso no puedes esperar un poco para eso, muchacho? Sin duda la novia es preciosa, no puedo culparte, hijo. —Con una risa entrecortada, el hombrecillo desmontó la pistola y se retiró a la habitación de la que había salido. Cerró con tanta fuerza que cayeron del techo algunos pedacitos de yeso.

Elliot permaneció en el pasillo, con Priti todavía sobre sus hombros.

—Descansa un poco —le aconsejó él—. Mientras, bajaré a la cocina y prepararé algo de comer al tío McGregor.

—Me pareció entenderte que le habías comprado la propiedad —repuso ella, confundida.

—Sí, pero es el último de los McGregor y no tiene ningún lugar al que ir.

Jamás se acostumbraría a vivir en una de las casas de los arrendatarios. Le he dicho que puede quedarse mientras quiera.

Ella soltó el aliento.

—Lo entiendo, pero me gustaría que me hubieras advertido. Me ha dado un susto de muerte. ¿Puedo suponer que sus criados se quedarán con él para atender la casa?

Elliot puso a Priti en el suelo.

—Tío McGregor no tiene criados. Solo a Hamish.

—Ah...

Ella había crecido en una casa en la que había al menos veinte personas para ocuparse de dos. Aquel lugar era inmenso y estaba destartalado; no era lógico esperar que Mahindar y su familia hicieran todo el trabajo. Pensó en lo que le esperaba. Sin duda iba a tener mucho que planificar y organizar.

Elliot se dio la vuelta. Priti se escapó de Nandita, que estaba tratando de obligarla a permanecer en el dormitorio, y corrió en busca de Elliot.

—¡Cocina! —gritó.

El volvió a tomarla en brazos.

—Está bien, Priti. Vamos a explorar la cocina.

A Elliot no pareció importarle que la niña se aferrara a su cuello mientras recorría el pasillo, camino de las escaleras.

Ella cerró la puerta y miró hacia la cama. Una monstruosidad que acechaba en el centro de la estancia.

—¿Por qué estará ahí? —se preguntó en voz alta.

Nandita la miró fijamente, sin entenderla. De pronto, algo llamó la atención de la joven hindú en la esquina y gritó horrorizada.

Julia siguió la dirección que señalaba el dedo de la muchacha y escuchó un susurro en movimiento.

—Ah —se dijo a sí misma—. Por eso.

Había una fila de ratones corriendo a toda velocidad junto a las paredes de la estancia. Iban de un rincón a otro antes de desaparecer por un agujero. Cuando miró a Nandita, se encontró a la joven en el medio de la cama, rodeándose las rodillas con los brazos y cubierta con su velo de colores.

Uno de los ratones eligió hacer un atrevido recorrido por el suelo de madera para dirigirse hacia ella. Gritó tan fuerte como Nandita y corrió al lecho, la otra joven le tendió los brazos y ambas se abrazaron. De pronto, ella soltó una carcajada, comenzando a reírse con tanto ímpetu que no podía detenerse.

Elliot encontró la cocina con facilidad, al final de un largo corredor. Era un cuarto imponente, que estaba en mejor estado porque sin duda había sufrido alguna reparación. Había un fogón brillante y una buena provisión de carbón para su uso. Los cajones del gabinete tenían un pasador en las puertas para que los ratones no se apoderaran de la comida.

Se hallaba en sombras porque el sol se había puesto por fin detrás de las montañas. Encendió una vela mientras pensaba que tendría que mandar a Mahindar al pueblo para hacerse con algunas lámparas de aceite. Pasaría mucho tiempo hasta que las lámparas de gas iluminaran la casa de los McGregor.

Dos mesas de trabajo ocupaban toda la longitud de la enorme cocina, limpias y brillantes por el uso. Dejó a Priti en uno de los dos taburetes que había y comenzó a buscar comida. Al menos podría llevarle a McGregor un poco de pan con queso. Una botella de buen whisky escocés o una pinta de cerveza aliviaría el mal humor del hombre.

La desilusión en la voz de Juliana cuando le dijo que no había más criados que Hamish había sido muy reveladora. Cuando él visitó la casa anteriormente se fijó en su potencial, no en sus defectos. Era un lugar en el que podría alejarse del mundo y lamer sus heridas.

Pensaba rehabilitarla, no le importaba el trabajo duro. También era consciente de que los habitantes del pueblo recibirían con agrado un salario extra; tenía dinero suficiente para emplearlos. La fortuna que había hecho en la India, y que había continuado creciendo mientras estaba cautivo, era enorme.

Cuando eligió esa casa se imaginó compartiéndola con Juliana, la única mujer con la que alguna vez había considerado casarse, aunque ella estuviera comprometida con otro.

«Lo que te he preguntado, Elliot, es si querías casarte conmigo».

La pregunta había ondeado ante él como un salvavidas y se había aferrado a ella con firmeza, desesperado, sin dejar que se le escapara.

Nunca se le escaparía.

Cortó el pan en rodajas con un cuchillo que tenía ya algunas migas pegadas y le pasó una a Priti, que arrugó la nariz. A la niña no le gustaba la comida inglesa ni la escocesa, pero tendría que conformarse hasta que Mahindar pudiera cocinar su maravilloso *naan* de mantequilla o un delicioso *roti*.

Mahindar y su familia no le habían acompañado en su primer viaje, cuando

compró la propiedad, y él sabía que el estado en que se encontraba la cocina sería una decepción para el hindú. Pero el hombre ya había hecho milagros antes.

Tomó otro cuchillo y cortó un pedazo de queso. La cocina no estaba encendida, así que McGregor tendría que conformarse solo con pan y queso.

Estaba cortando otro trozo para sí mismo cuando escuchó un suave paso a su espalda. Un movimiento sigiloso de alguien que no quería que supiera que estaba allí. No se trataba de Juliana, que siempre olía a agua de rosas, ni de Mahindar o alguien de su familia. Tampoco era McGregor, que se hubiera acercado haciendo el mismo ruido que un batallón de soldados.

Todos esos pensamientos atravesaron su mente antes de que se quedara en blanco. El calor se apoderó de él; el calor ardiente del verano cuando la tierra era seca. Cuando no había sombras ni árboles bajo los que cobijarse. Tenía que huir; correr para salvar su vida. Pero estaba a cielo abierto y no había ningún lugar al que ir.

Y alguien le buscaba. No había otra opción; tenía que darse la vuelta y luchar. La bilis subió a su garganta. Iba a tener que matar o morir.

Gritó al girarse, apresó al musculoso intruso, lo empujó a través de la cocina y llevó el cuchillo a su cuello.

4

El cautivo de Elliot gritó. Aulló sin parar. Por encima del ruido escuchó la voz familiar de Mahindar.

—¡No! ¡No! ¡No, *sahib*! ¡No puede hacerlo!

Sí, tema que hacerlo. Tenía que matar. Tenía que huir.

Una mano enorme aterrizó sobre su brazo y detuvo el movimiento del cuchillo.

—No, *sahib*. Ahora está a salvo. Este joven es un amigo.

Elliot parpadeó. Y volvió a parpadear. La cara morena de Mahindar flotó hasta él a través de la oscuridad. Los amables ojos oscuros del hindú estaban llenos de desasosiego.

Notó que bajo su otra mano se retorció un cuerpo y que alguien respiraba con dificultad. Se le aclaró la vista y se encontró con que estaba sujetando al joven Hamish, y que el cuchillo con el que estaba cortando el pan estaba a punto de herir la piel de su garganta.

Mahindar permaneció a su lado, reteniéndole el brazo. Detrás del hindú estaban su madre y su esposa; más allá, Priti seguía masticando el pan mientras miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos.

De pronto, escuchó estrepitosas pisadas en el corredor y la voz preocupada de Juliana.

—¿Va todo bien? He oído gritos. ¿Elliot?

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! ¿Por qué puñetas se había acercado Hamish de manera tan sigilosa?

—*Sahib*, creo que realmente debería darme el cuchillo.

Gruñó. Apartó a Hamish de un empujón y lanzó el cuchillo a una mesa vacía antes de dirigirse a la puerta trasera de la cocina, buscando alivio en el tranquilizador crepúsculo de la noche escocesa.

Juliana permaneció inmóvil durante un momento, pero luego caminó hacia la puerta abierta.

—Elliot...

Mahindar dio un paso hacia ella.

—Es mejor dejarle marchar, *mensahib*. Uno no sabe nunca lo que podría llegar a hacer cuando se pone así.

—Pero, ¿qué ha ocurrido, Hamish? ¿Qué le has hecho?

—¡Nada! —Hamish se pasó el dedo entre la garganta y el cuello de la

camisa con los ojos desorbitados—. No he hecho nada, se lo prometo, señora. Entré como hago siempre. Entonces le vi y pensé, «aquí está el señor McBride. Él es un caballero muy rico y ahora trabajo para él. Quizá debería caminar más sigilosamente de lo que lo suelo hacer». El señor McGregor dice que soy como un tambor de brigadas. Solo intentaba ser delicado.

—A él no le gusta que nadie ande sigilosamente a su alrededor —explicó Mahindar—. Es mejor que seas como un tambor de brigadas.

—¿Por qué no le gusta? —preguntó Juliana—. Mahindar, ¿qué le ocurre? Por favor, dímelo.

El hindú pareció entristecerse.

—El *sahib* está muy enfermo. Ahora está mucho, mucho mejor, pero cuando le encontramos, después de que escapara de sus captores, parecía un loco delirante. Le cuidamos lo mejor que pudimos y pasó mucho tiempo antes de que volviera a hablar y nos explicara lo que le ocurrió. Pobre hombre, ha sufrido una prueba muy dura. Pero es fuerte y muy valiente.

Miró detrás de Mahindar, al camino inundado por la hierba que se atisbaba a través de la puerta abierta, hacia la noche que por fin había llegado.

—¿Estará bien?

—Sí, sin duda. En este momento lo mejor para él es estar solo. Volverá, como dicen los ingleses, con la lluvia.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Sí, *mensahib*, lo estoy. Ahora mi mujer subirá con usted y la ayudará a prepararse para dormir. Nandita es inútil cuando está aterrorizada, pero me encargaré de que ella y Priti se vayan a la cama. Mañana será otro día.

Sin duda lo sería, pero dudaba que todo se resolviera como por ensalmo. Sin embargo, le parecía una buena opción subir con Channan, que se abrió paso con decisión a través de la sucia casa en penumbra. La madre de Mahindar —Komal— las siguió sin decir nada, mirando a su alrededor con el mismo interés que llevaba mostrando todo el día.

Encontraron a Nandita todavía sobre la cama, con los brazos alrededor de las rodillas. Después de intercambiar algunas palabras con Komal, la joven gateó fuera de la cama y salió de la estancia con rápidos pasitos. Escuchó la llamada de Mahindar desde la planta baja y los pasos de la chica, dirigiéndose hacia él.

Channan se acercó al momento al equipaje de mano y empezó a vaciarlo con eficaces movimientos. Debía de estar acostumbrada a ejercer de doncella, pensó, porque sabía perfectamente qué prendas había que colgar en el armario

y cuáles doblar para guardar en los cajones de la cómoda.

Komal se paseó por la estancia mirando todos los artículos. Bajó el velo de seda con el que se cubría la cabeza y dejó a la vista un pelo negro vetado de canas. El cabello de Channan era negro como el azabache y su cara redonda y sin arrugas.

Cuando terminó de guardar la ropa, la mujer se acercó para ayudarle a desabrochar el vestido. Komal las ignoró y se aproximó a la cama, donde puso las manos en el colchón, alisando la colcha. De pronto, se volvió hacia su nuera para decirle algo y se rio.

Channan se rio también mientras ella permanecía entre ambas, desconcertada.

—Mi suegra me está diciendo que tiene usted mucha suerte —explicó Channan—. Que su marido es un hombre rico y apuesto. El *sahib* es un buen partido.

Se sonrojó, lo que provocó que las dos hindúes volvieran a reírse.

Komal siguió pasando las manos sobre la colcha mientras hablaba. Channan asintió con la cabeza y contestó antes de volverse hacia ella.

—Me ha dicho que le regalará un encantamiento, así concebirá muchos hijos.

Ella pensó en que Elliot se paseaba por las tierras McGregor en medio de la oscuridad y se preguntó si tendría incluso la oportunidad de tener hijos. Channan debió de leerle la expresión.

—No se preocupe —la tranquilizó la esposa de Mahindar—, el *sahib* estará bien. Mi marido se encarga de él.

Elliot seguía sin regresar cuando ella se metió en la cama, vestida con el camisón que le facilitó Channan. Había un ladrillo caliente envuelto en paños para calentar las sábanas. Channan y Komal siguieron hablando con bastante estrépito hasta que, por fin, salieron de la estancia, dejándola sola...

.. .En su noche de bodas.

El cielo estaba oscuro y por las ventanas abiertas entraba la fría brisa veraniega. La casa estaba tranquila. Las paredes eran suficientemente gruesas como para que no llegara ningún sonido desde la planta baja. En el exterior, sin embargo, el silencio se veía roto por el croar de las ranas que buscaban pareja y el viento que suspiraba entre los árboles. La paz que se respiraba, acostumbrada como estaba a la ruidosa ciudad, era ensordecadora.

La luna surcó el cielo; un disco plateado cubierto a ratos por los árboles, iluminando la cama donde ella reposaba. Y Elliot siguió sin aparecer.

Pasaba de medianoche cuando Elliot escuchó que se rompía una rama en el bosque, a su espalda. El sonido llegó seguido por el vozarrón de Mahindar.

—No se preocupe, *sahib*. Soy yo.

Elliot se había detenido encima de una roca que se asomaba sobre el río caudaloso. La luna se reflejaba con luminosidad sobre la superficie del agua, y también en los capiteles de su nuevo hogar; un castillo falso edificado sobre el lugar en el que se erguía uno antiguo.

Mahindar resbaló y cayó en el camino, agitando los brazos de manera violenta. Él le tendió una mano y le ayudó a subir a la sólida roca, a su lado.

Por supuesto que Mahindar había salido en su busca. Aquel hombre había convertido el hecho de cuidar de él en el objetivo de su vida. Así había sido desde que le prestaba servicio como ayuda de cámara; desde que él lo salvó de las garras de otro colono que le trataba casi como a un esclavo y un día, cuando estaba de visita, se encontró al hombre golpeando a Mahindar.

El colono se disculpó ante él por el comportamiento del hindú y empezó a enumerar los defectos de este hasta que él le interrumpió.

—Si no le gusta, puede trabajar para mí. —El colono le había mirado con asombro y luego con agradecimiento. Los *sij*s, le había dicho, no lograban mostrar nunca el grado de humildad adecuado y había sido un idiota por hacerse con los servicios de uno.

A partir de entonces, el agradecido Mahindar se había convertido en su sombra.

—¿Está usted bien, *sahib*? —preguntó el hindú mirándole con atención.

—Sí, estoy mejor. ¿Cómo se encuentra el muchacho?

—Oh, le ha dado un susto de muerte, sin duda, pero se recuperará.

—¿Y la señora McBride?

—Está durmiendo. Mi mujer pasó a verla antes de que yo saliera en su búsqueda. Como dicen ustedes, duerme como un bebé.

—Bien. —No lograba olvidar la expresión de Juliana cuando entró en la cocina y le vio amenazar a Hamish con un cuchillo en la garganta. Su desconcierto se convirtió primero en asombro y luego en preocupación. Pero no tuvo miedo. Juliana no le temía.

—¿Se reunirá con ella, *sahib*? —preguntó Mahindar.

Sonaba ansioso. Claro que, Mahindar disfrutaba de las bodas y los matrimonios y, cómo no, de la posibilidad de concebir hijos. Su esposa y él

habían tenido cinco, ahora ya casado y con su propia familia. Al hindú le gustaba ocuparse de las personas, por eso había llevado consigo a Escocia a su madre y a Nandita, hermana pequeña de Channan por el segundo matrimonio de su padre. Mahindar le había salvado la vida y consideró su deber asegurarse de que no volvía a ponerla en peligro, que su esfuerzo no había sido en vano.

—En todo caso tendrá que compartir su cama —explicó Mahindar—. No tiene otro lugar en el que dormir.

El bajó de la enorme roca y ayudó a su ayuda de cámara antes de tomar el camino de vuelta a casa.

Cuando llegaron al castillo McGregor, el silencio se había apoderado del lugar. Hamish y la familia de Mahindar debían de estar en cama.

El criado le detuvo antes de que entrara en la cocina.

—No debe ir junto a ella así, *sahib*. Tiene que mostrarse presentable.

Tenía razón, claro. Se encontraba manchado de hollín por culpa del viaje en tren y al perderse en el bosque se había ensuciado de barro. Mahindar bombeó agua en el fregadero de la cocina —procedente de un pozo— y le dijo que se despojara de toda la ropa.

El agua estaba helada. El criado le vertió un cubo por la cabeza ante la puerta y usó una pastilla de jabón que había comprado en Edimburgo para lavarle el pelo y el cuerpo de pies a cabeza. Mahindar había comprado jabón de glicerina y agua de rosas, lo que hizo mucha gracia a sus hermanos. En realidad a él le daba igual el olor, la cuestión era estar limpio.

A continuación, el ayuda de cámara le ofreció el batín y los pantalones sueltos de seda de estilo hindú que acostumbraba a usar para dormir. Se los puso y se dirigió a las escaleras con una vela en la mano tras rechazar la oferta de Mahindar de iluminarle el camino.

La luz de la vela titiló en el arco gótico que llevaba al pasillo, consiguendo que el lugar pareciera una caverna de piedra con extrañas estalactitas. Cuando era niño le daba miedo atravesar ese lugar, pero ahora estaba tranquilo. No era más que una casa vieja en la que habían ocurrido acontecimientos familiares: nacimientos, matrimonios, muertes; donde la gente había reído, llorado y hecho el amor. No era aterradora, no guardaba horrores. Nada era tan mortífero como el miedo que emanaba del propio hombre y de su llanto.

Abrió la puerta del dormitorio al tiempo que apagaba la vela soplando. La luz de la luna se derramaba desde una ventana partida y la sombra del parteluz caía sobre la cama, en el centro de la estancia.

Juliana estaba boca arriba sobre el colchón, con las sábanas subidas hasta la barbilla, pero no estaba dormida. El percibía su rápida respiración, lo que indicaba que estaba totalmente despierta por mucho que cerrara los ojos con fuerza.

Dejó el candelabro en la mesa cercana y se aproximó a la cama. Juliana parecía la princesa de un cuento de hadas que esperara a que el príncipe la despertara con un beso.

Pensó en el embriagador sabor de sus labios cuando la besó ante el altar. Su piel estaba húmeda por el calor y el nerviosismo, pero todavía notaba su sabor a miel en la lengua.

Apoyó la mano contra el poste de la cama y se inclinó para rozarle con los labios el suave hoyuelo que se le formaba junto a la comisura de la boca.

Ella abrió los ojos de repente y le miró sin rastro de sueño.

—¿Hamish está bien?

Él se enderezó sin alejar la mano de donde la había colocado.

—Lo estará.

—Espero que no haya pasado demasiado miedo.

—Se recuperará. —Intentó moverse, pero se dio cuenta de que no podía.

Ella palideció y se aclaró la voz.

—¿Vienes a dormir, Elliot?

El camión carecía de escote, pero era la primera vez que la veía sin la protección que suponían los corsés, camisolas, faldas y corpiños con los botones abrochados hasta el cuello.

Por fin, se soltó del poste y desató el batín, que dejó caer al suelo. La observó admirar su torso desnudo antes de bajar la vista a los pantalones de seda que se sujetaban a las caderas por un cordel. Las perneras le cubrían solo hasta la mitad de las pantorrillas y dejaban al aire el resto de las piernas.

—Una prenda inusual —comentó ella con voz suave.

—Son hindúes. Los prefiero a la ropa inglesa.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Son mucho más cómodos. —El aire frío que entraba por la ventana le tocó la piel—. Aunque resultan más prácticos cuando el clima es más cálido.

—Ya imagino.

Él se detuvo rígidamente junto a la cama. La ansiaba con tanta fuerza que el

deseo le agarrotaba de tal manera que no podía moverse.

La oyó aclararse la voz otra vez.

—Ha sido un día duro, ¿verdad? Pensar que esta noche debería estar en un hotel de Edimburgo con...

La vio apretar la mano contra la boca y cerrar los ojos. La luz de la luna hizo brillar con intensidad las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Con... —Se le rompió la voz en un sollozo.

Con Grant Barclay, ¡maldito fuera! Con el imbécil que había preferido fugarse con su profesora de piano. Quería estrangular a aquel hombre; primero por intentar robarle a Juliana y luego por hacerla llorar mientras yacía en su cama.

Y él sabía muy bien cómo hacerlo. Sabía asfixiar a un hombre con las manos, dónde apretar para interrumpir el flujo de aire, cómo asegurarse de que Grant Barclay jamás respirara de nuevo.

Juliana intentó enjugarse las lágrimas. Por fin pudo moverse, apartó las sábanas y se metió en la cama, a su lado.

5

Juliana no había tenido intención de llorar, pero se había dado cuenta de repente de que esa noche podría haber estado en la cama del hotel con Grant, en lugar de en un castillo de cuento al amparo de la cálida fuerza de Elliot McBride. ¡Qué suerte había tenido! ¡Bendita fuga!

Notó los labios de Elliot en las mejillas, secando con besos sus lágrimas.
—Lo siento —susurró ella.

Los besos de él llegaron hasta su boca. Firmes, seguros, rozando el labio inferior y dibujando la curva del superior. Hacía calor en la habitación, y más todavía debajo de las sábanas, donde la cercanía del cuerpo de Elliot la hacía sudar.

El lamió las gotas de transpiración que le aparecieron sobre el labio al tiempo que le retiraba el pelo de la cara con mano firme. Un impulso primitivo atravesó todo su cuerpo, borrando de su mente todas las advertencias que Gemma le había hecho sobre el primer coito. Aquella debería haber sido una obediente noche con el señor Barclay, pero se encontraba con Elliot, el hombre del que se había enamorado cuando era una niña y con el que jamás soñó que estaría.

El volvió a acariciarle los labios con los suyos antes de introducirle con rapidez la lengua en la boca. Elliot cerró los ojos mientras la besaba, moviéndole la cabeza con los dedos al tiempo que le pasaba los pulgares por las sienes. Notó que él abría el botón superior del camisón y deslizaba una mano en el interior, tocando la piel húmeda, hasta detenerse sobre un pecho. Ella se arqueó para sentir la mano ahuecada sobre el firme montículo, sin dejar de besarle con los labios separados y anhelantes.

Elliot volvió a barrer el interior de su boca con la lengua, ahora con más insistencia. Buscaba una respuesta, parecía querer devorarla, succionarla.

Era el beso de un amante. Elliot McBride, su amante.

El movió los callosos dedos sobre su pecho para amasarlo con suavidad. Atrapó el pezón entre dos dedos y tiró. Juliana jamás había experimentado aquella sensación envolvente alrededor de la areola, y notó que la punta se erizaba y endurecía.

Apenas podía respirar. La cama estaba demasiado caliente; la boca de Elliot sobre la suya no le dejaba tomar aire. Él volvió a tirar del pezón, provocando que las sensaciones fueran todavía más intensas.

El fuego que se avivaba en ese punto parecía ir disparado al centro de su vientre. El cuello del camión se humedeció con su sudor; pensó que moriría de placer.

Le empujó. La lengua de Elliot le llenaba la boca y no podía hablar. Intentó cerrar los labios, pero él no se lo permitió.

Le volvió a empujar con las dos manos en el pecho. Por fin, Elliot rompió el beso, pero dejó los labios suspendidos sobre los de ella.

Tenía los ojos entreabiertos y parecían oscuros a la luz de la luna, con brillantes destellos plateados. Una solitaria gota de sudor bajaba por su garganta.

—No podía respirar —se disculpó ella.

Elliot no dijo nada. Sacó su cálida y maravillosa mano del interior del camión, desabrochó el resto de los botones y le aflojó la prenda hasta la cintura.

Deslizándose hacia abajo sobre su cuerpo, Elliot inclinó la cabeza y cerró los labios sobre la punta del seno que antes había acariciado con la mano.

El aire entró precipitadamente en los pulmones de Juliana. Allí estaba el oxígeno que había perdido, pero ahora tenía de sobra.

Una oleada de calor la recorrió de pies a cabeza, irradiando desde el punto donde la boca de Elliot succionaba su pecho.

Le chupó con los ojos cerrados, como si así se concentrara mejor en las sensaciones. Notó que le apretaba el montículo suavemente con aquellos dedos callosos para que el pezón asomara un poco más. Entonces pareció tragarlo, succionarlo una y otra vez; lo mordió y tiró de él.

Ella se retorció bajo su cuerpo con el corazón acelerado. Entre sus piernas se avivaba un fuego candente y parecía estar poseída por el anhelo de frotar aquel punto contra él.

—Elliot, ¿qué estás haciéndome?

Él no se detuvo a responder. Movié la boca con más insistencia, hasta el punto que ella comenzó a sentir una dolorosa comezón y la abertura entre sus piernas pareció dilatarse y calentarse.

—Necesito... —Juliana se detuvo. No sabía lo que necesitaba.

Él le soltó el pecho y comenzó a jugar con la lengua sobre el pezón. Ella se arqueó hacia arriba, buscando su boca, pero Elliot se apartó, haciéndola lanzar un gemido de protesta.

Entonces, él hizo resbalar una mano más abajo, hasta que deslizó los dedos entre sus piernas. Ella contuvo el aliento y abrió mucho los ojos al notar que

tocaba el punto más caliente de su cuerpo.

Cuando hundió las yemas en su humedad, Elliot cerró los ojos otra vez y se detuvo. Casi podía oler el anhelo de Juliana por él, la miel en la oscuridad.

En esa cama, envuelto en la calidez de Juliana, estaba a salvo. La vacía negrura, el frío, el sofocante calor... desaparecían. Allí no podían alcanzarle. Ella era seguridad, luz, calidez.

También era una mujer que deseaba las caricias de un hombre sin comprender lo que pedía. Él le enseñaría. Le daba igual que le llevara uno o diez años, le mostraría todo.

Introdujo un dedo suavemente en su interior. Ella se contoneó contra su mano y él apretó la palma contra el tierno brote que era el epicentro de su necesidad.

—¿Qué haces...? —Las palabras de Juliana se interrumpieron con un sollozo.

—Estoy preparándote. —Él no sabía demostrar amor a las mujeres, no sabía consolarlas. Solo cómo tocar sus cuerpos y conseguir que estuvieran en silenciosa comunicación con el suyo.

Notó el rizado vello púbico de Juliana contra la palma mientras sumergía el dedo en aquella húmeda calidez. Juliana no había hecho eso antes; lo supo por la manera en que reaccionó cuando comenzó a acariciarla. Era una sensación nueva para ella, y también para él, porque estaba con ella.

«Llevo esperándote toda mi vida».

Perdido en la oscuridad y el hambre había soñado con ella, pero sus sueños habían estado incompletos. No había sentido todo su aroma, ni el calor de su piel; no la había percibido bajo su cuerpo.

Retiró los dedos y se los llevó a la boca. Tampoco conocía entonces su sabor; un dulce néctar. Necesitaba más.

Lamió entre sus pechos, degustando la sal en su piel. Luego besó su vientre mientras retiraba el resto del camisón de su cuerpo y depositó un beso en la unión entre sus piernas.

Cuando notó que ella contenía el aliento, comenzó a saborearla justo donde la había tocado antes, entrando con la lengua en el mismo lugar que había penetrado con el dedo.

Era dulce como la miel. La lamió y bebió de ella, recreándose en la estrechez de su cuerpo.

Se deleitó en su sabor, se alimentó de ella.

«Si tengo suficiente de ella, no volveré a tener miedo otra vez».

Juliana llevó las manos a su pelo y tiró de sus cabellos mientras él lamía. Sus pequeños gemidos ahogados le volvían loco. Notó que ella comenzaba a moverse, a seguir con las caderas el ritmo de su degustación, mientras él clavaba su dureza en el colchón.

—¡Elliot!

Cuando escuchó su grito, sintió las leves contracciones en su funda, la necesidad femenina, el placer más embriagador de todos.

Juliana era virgen y él sabía que le dolería cuando la penetrara, pero estaba mojada y bastante dilatada, y ya había perdido el control.

Le gustaría yacer allí, lamerla mientras alcanzaba el éxtasis contra su boca, volver a llevarla al clímax una y otra vez. Toda la noche.

Pero su cuerpo demandaba liberación. Su miembro estaba tan rígido que dolía. Arrancó la boca de aquel hermoso y salvaje lugar, se liberó de los pantalones de seda y se deslizó sobre ella.

Tuvo que detenerse un instante para disfrutar de lo suave que era sentirla debajo. Luego empujó con fuerza.

Ella abrió los ojos como platos. Su hermosa Juliana... Y su grito silencioso se convirtió en un gemido. Pero no fue de dolor. Le ciñó con su funda, anhelándole, queriendo que inundara su pasaje para que la leve barrera desapareciera.

Loco de necesidad, embistió una vez, y otra, y otra... antes de hundirse hasta el fondo y soltar su simiente, uniendo sus gritos a los de ella.

Siguió impulsándose, moviendo las caderas, necesítandola, incapaz de tener suficiente. La brisa entraba por la ventana y movía la vieja contraventana, que batía ruidosamente contra el marco hasta que una racha de viento cayó sobre la cama.

Le enfrió la piel y a ella la hizo temblar. Sus envites se fueron moderando y se dobló, formando una curva protectora sobre Juliana.

Protegerla. Siempre protegerla. Juliana era suya. Aquella misma mañana, en la iglesia, había declarado que le pertenecía. Para siempre.

Amanecía temprano en las Highlands en verano. Juliana abrió los ojos cuando el brillo del sol atravesó la ventana orientada al este y rozó el cuerpo de su marido, a su lado.

Se sentía extraña; exhausta y eufórica, y a la vez laxa y relajada. Gemma le había explicado lo que se esperaba que hiciera una mujer en su noche de

bodas. Tenderse en la cama, respirar hondo y mantener la calma.

No había mencionado en ningún momento que el hombre la mería, exploraría, tocaría o bebería de ella. Gemma había dicho que la primera vez dolía. Y lo había hecho, pero de una manera salvaje y tan llena de necesidad que no había sido realmente dolorosa.

Y aún así, sentía cierta molestia. También sabía que, sin duda, ya no podían decir que era virgen.

Elliot dormía boca abajo junto a ella, con la mejilla aplastada contra el colchón, sin almohada. Sus largas piernas se perdían hacia los pies de la cama, entre las sábanas arrugadas por el sueño.

Tenía el pelo revuelto, pegado a la cabeza en la coronilla y de color castaño claro, dorado por los rayos del sol. Sus pestañas también eran doradas, y arrojaban sombras sobre una tez que había sido escocesa antes de que el sol tropical la dotara de aquel tono bronceado.

Una de sus grandes manos reposaba cerca de la cara, con el brazo doblado y exhibiendo los gruesos músculos, producto de arduo trabajo físico. Había un tatuaje en su bíceps; una vid que envolvía todo el contorno.

Clavó los ojos en el patrón de tinta, fascinada. Jamás había visto nada igual. Había oído que los marinos que viajaban a lugares muy lejanos se tatuaban la piel, pero nunca había sabido de un caballero que tuviera uno.

No obstante, jamás había visto antes a un hombre sin chaqueta, chaleco, camisa, cuello y corbata, ni siquiera a su padre. Los atletas se quedaban en mangas de camisa o manga corta para correr, remar o jugar al béisbol, o eso le habían dicho, porque ella no había asistido nunca a una exhibición deportiva, así que era posible que muchos caballeros lucieran tatuajes en lugares que una terna jamás vería.

Parte de las nalgas de Elliot quedaban al descubierto al tener la rodilla enredada con la colcha. Ella estudió la cadera dura, deslizando la mirada por el vello que poblaba su muslo.

Era un hombre bien formado. Dios había sido generoso con él.

Tenía algunas cicatrices en la espalda, líneas blancas y esporádicas, largos cortes similares a los que le había visto en la cara. Elliot había sufrido, esas cicatrices lo decían; había sangrado por esos puntos. Los cortes habían sido hechos a propósito por alguien que quería hacerle daño.

Estiró un dedo y lo pasó por una de las largas marcas que dibujaba la forma de su hombro. La piel era suave donde la habían cortado y deslizó la yema por allí antes de bajar al bíceps para delinear las delicadas hojas del

tatuaje.

Esperaba que Elliot se despertara al sentir su contacto. Que abriera aquellos ojos grises y sonriera antes de, quizá —el corazón le palpitó más rápido—, rodar sobre ella y volver a besarla y saborearla. Las relaciones sexuales entre los miembros de un matrimonio eran, sin duda, muy placenteras.

Elliot no se movió. No le sorprendió... El día anterior había sido muy intenso.

Bajó la cabeza y le dio un beso en la vid del brazo... y luego otro, y otro. El pelo cayó hacia delante al deshacerse la trenza floja y rozó la espalda de su marido, pero él siguió sin despertarse.

Apartó la melena y se inclinó hacia su mejilla, le besó allí también antes de buscar sus labios.

Quería que él abriera los ojos, que le sonriera como había hecho cuando asistió a su baile de presentación y le robó un beso en la terraza. Aquel Elliot joven se reía, bromeaba, era el hombre con el que ella había hablado y bailado durante horas.

Este era un individuo silencioso y sus sonrisas habían sido sustituidas por un tatuaje en el brazo y cicatrices por todo el cuerpo provocadas por una hoja afilada. Las besó una a una.

El siguió sin moverse. Ella se enderezó y le miró.

Las sábanas cayeron sobre su cuerpo desnudo, pero él continuó durmiendo con la respiración pausada y superficial, sin ronquidos. Según le había asegurado Gemma, todos los hombres roncaban.

—¿Elliot? —le sacudió con suavidad.

Tenía la piel caliente a pesar de estar medio destapado. No se despertó.

—Elliot —susurró cada vez más asustada. Era posible que él fuera de esas personas que dormían profundamente, pero ella se sentiría mucho mejor si abría un ojo y le gruñía que le dejara en paz.

Su padre siempre había hecho eso cuando despertaba sobresaltado de la siesta. Aunque él insistía en que no había estado durmiendo a pesar de que tenía la cabeza caída hacia atrás, la boca abierta y las gafas torcidas.

Elliot no mostraba una estampa tan divertida. Su espalda se movía al compás de la respiración, pero no abrió los ojos, no se movió.

Ella apartó las sábanas de una patada, buscó el camisón y se lo puso, abrochándolo con dedos temblorosos. Channan había dejado la bata sobre la silla y se cubrió con ella con rapidez mientras buscaba el cordón para llamar a alguien. Había uno colgado junto a la pared, pero había sido roído por los

ratones y no lo alcanzaba ni dando saltitos.

Lo primero en el orden del día a realizar por la mañana... es decir, ahora, reparar los cordones para llamar.

Salió al pasillo, encontrando la casa muy silenciosa. No sabía dónde podían haber dormido Mahindar y su familia. Ni tampoco donde residía Hamish, si allí o en casa de su madre, a donde se desplazaría cada noche. Gritando solo atraería al señor McGregor, que podía volver a salir de su cuarto con una escopeta entre las manos.

Recorrió el pasillo hacia la enorme escalera. La galería estaba en penumbra, la única luz procedía de las ventanas existentes en el vestíbulo de la planta baja. La lámpara de araña colgaba oscura y vacía. Lo segundo que debería reparar: las lámparas.

Mientras ella comenzaba a bajar la enorme escalinata, Hamish cerró una puerta de golpe y atravesó el vestíbulo con grandes zancadas. La vio en mitad de la escalera y lanzó un grito de sorpresa, dejando caer la brazada de leña que transportaba contra el pecho. La madera rodó por el suelo al tiempo que el grito se alargaba.

—¡A mí! ¡Una aparición!

Hamish —intervino ella con voz aguda—. No seas tonto. Soy yo.

Él la señaló con un dedo tembloroso.

—¿Cómo sé que no es en realidad una aparición? Una bruja que domina a los demonios.

—¡Basta! ¿Dónde está Mahindar?

Hamish tragó saliva pero bajó la mano.

—En la primera planta. ¿Está segura de que no es un fantasma, señora?

—Muy segura. Me cambiaré la bata blanca por otra púrpura con rayas rojas si eso te hace sentir mejor. Ahora, ¿podrías ir a buscar a Mahindar? Dile que lamento perturbar su descanso, pero que el señor McBride le necesita.

Hamish hizo una reverencia.

—A sus órdenes, señora.

Se alejó con rapidez, saltando sobre la madera que se le había caído. Antes de que ella pudiera volver a decir algo, Mahindar entró precipitadamente desde la entrada trasera de la casa, seguido de su esposa y su madre.

Arriba se cerró una puerta de un portazo y el señor McGregor salió, seguramente, con su escopeta.

—¿Es que no puede un hombre disfrutar de un poco de paz en su casa? Hamish, muchacho ¿qué ocurre?

—Todo está bien, señor McGregor —aseguró ella a voces.

El McGregor recorrió lentamente la galería y miró por encima de la barandilla de hierro forjado.

—¿Por qué está toda esa madera por el suelo? ¿De quién es? —McGregor alzó la escopeta para apuntar a Mahindar—. ¡Madre del amor hermoso! Dios mío, son salvajes de Khartoum.

Mahindar alzó las manos y dio un paso adelante, alejándose de las mujeres como si intentara protegerlas. Juliana regresó a la parte superior de las escaleras.

—No, señor McGregor, son los sirvientes del señor McBride. Proceden de la India.

—Peor aún, son *thugs*. Los conozco. Estrangulan a cualquiera que se les ponga por delante en cuanto se descuidan.

Ella recorrió la galería con rapidez hacia él.

—Son amigos. Baje el arma.

Para su alivio, McGregor apoyó la culata de la escopeta en la barandilla, con el cañón apuntando hacia arriba, donde no podría hacer daño a nadie en caso de que se disparara accidentalmente.

—No me contradigas, muchacha. He manejado armas, hombres y niños en los casi setenta años de...

Las palabras finales se perdieron entre golpes y rugidos. La carga de la escopeta impactó en el techo mucho más arriba que la galería. Juliana gritó igual que Mahindar y su familia... Igual que Hamish.

Yeso, polvo y trozos de mortero cayeron al suelo que había debajo, provocando un gran estruendo. La enorme lámpara de araña comenzó a bambolearse.

6

Juliana contuvo el aliento cuando la lámpara de araña comenzó a balancearse de un lado a otro, insistentemente, como si fuera un péndulo gigante de una de aquellas aterradoras historias del americano señor Poe. Los demás también la observaron, congelados en el lugar, mientras seguían la trayectoria con la mirada.

La cadena gimió contra el techo, pero poco a poco la gigantesca araña moderó su movimiento y volvió al lugar donde llevaba años reposando.

Ella soltó el aire que retenía y escuchó que McGregor hacía lo mismo. Le miró y le tendió la mano.

—Deme esa arma, por favor, señor McGregor.

El hombre pareció tímido y desafiante a la vez cuando apartó el dedo del gatillo y le ofreció la escopeta. Ella abrió el arma con la habilidad que le había enseñado el ayudante de su padre y la mantuvo abierta sobre el brazo.

Estaba a punto de ordenarle al señor McGregor que se vistiera, por el amor de Dios, cuando la madre de Mahindar subió las escaleras como una res desbocada, gritando antes de pisar el último escalón. Komal sostenía las ondeantes sedas con una mano y alzaba la otra, no hacia ella, sino hacia el señor McGregor. La vio avanzar amenazadoramente hacia él, con unos gestos cada vez más agitados, como un pájaro enfurecido que le atacara al compás del encendido discurso. El anciano retrocedió varios pasos con los brazos alzados para defenderse de la furia.

—No se atreva a amenazarme, mujer. Un hombre tiene derecho a defender su casa.

Komal continuó gritando. El significado era evidente, aunque las palabras suponían un galimatías: «Vuelva a la cama, viejo chillado, antes de que haga caer la casa a tiros».

El hombre se dio la vuelta y corrió mientras Komal le perseguía. Su voz se hizo más fuerte cuando le siguió por el pasillo. Mahindar la llamó desde la planta baja, pero sus nerviosas palabras apenas se oían y su madre no le prestó la más mínima atención.

—Mahindar —dijo ella por encima del pasamanos de hierro forjado—. No soy capaz de despertar al señor McBride. ¿Podría ayudarme?

Mahindar dejó de suplicar a su madre y subió acompañado de Channan. Su esposa se separó de él en lo alto de las escaleras y tomó camino detrás de

McGregor y su suegra con una mirada de determinación en la cara.

Ella condujo a Mahindar al dormitorio. Sin duda alguna encontrarían a Elliot levantado, exigiendo que le contaran a qué se debía aquel escándalo, pero cuando abrieron la puerta, todavía seguía en la cama, sumido en aquel profundo sueño.

La expresión que vio en el rostro de Mahindar, hizo que se alarmara todavía más.

—Mahindar, ¿qué le pasa?

—Esperaba... Lo esperaba tanto... —Mahindar se acercó lentamente a la cama—. Tenga cuidado, *mensahib*. Algunas veces le pasa esto; duerme durante horas y horas como si estuviera en coma. Pero cuando se despierta, puede resultar violento. No sabe dónde está. A veces cree que soy su carcelero.

—Ahora está a salvo. Él lo sabe.

—Sí, lo sabe cuando se despierta del todo y lo comprende. —Vió que Mahindar se tocaba la frente—. Pero dentro de su cabeza todavía hay confusión. Algunas veces le alimentaron, otras no se molestaron; a veces le dejaron solo, otras le golpearon sin motivo. Mahindar parecía triste—. Sé que, sin duda, ha padecido más crueldades, pero esas son las que me ha contado.

Juliana miró a Elliot, que seguía dormido en la cama, apenas moviendo el pecho al respirar. Su cuerpo estaba casi intacto; solo algunas cicatrices en la espalda y la cara daban testimonio de aquella prueba tan dura, pero quizá la curación de la carne y del espíritu fueran temas diferentes.

¿Cómo podía un hombre enfrentarse a tales horrores y luego regresar a casa para hacer una vida normal? Jamás volvería a ser el mismo, ¿verdad? ¿Cómo podía hablar con las personas que nunca habían padecido aquella crueldad? ¿Con las que habían llevado una vida cómoda y segura y que nunca podrían entenderle?

Un hombre así haría lo mismo que Elliot; se mantendría aislado, compraría una casa en un rincón remoto de las Highlands y se sumiría en un profundo sueño.

—¿Qué puedo hacer? —susurró.

Mahindar, con su cuerpo rechoncho y su mirada inteligente, la observó con pesar.

—No lo sé, *mensahib*. He probado de todo para sanarle. Esperaba que cuando llegara aquí, al país que tanto ama, se pondría mejor. Quizá ahora, que se ha casado con usted, sea así.

Ella se encogió dentro de la bata y miró al que era su marido desde hacía apenas un día.

—Apenas le conozco, Mahindar. No conozco a este Elliot.

El Elliot de su adolescencia, el que la había ayudado a rescatar una cometa de un árbol, el que había sonreído victorioso cuando le besó en la mejilla como agradecimiento, había quedado en el pasado. Este Elliot era duro, tenía cicatrices y había sufrido más de lo que tendría que sufrir cualquier hombre. El mundo esperaba que se desentendiera del asunto como si tal cosa; como si poner al mal tiempo buena cara fuera posible. Querían que ignorara el dolor pero, ¿cómo iba a conseguirlo?

Tendría que volver a conocerle una vez más antes de intentar comprenderle.

—La ayudaré, *mensahib* —aseguró Mahindar, tranquilo como un río pausado—. Usted y yo juntos le traeremos de vuelta.

—Ah, por fin está despierto. —Elliot escuchó una voz que flotaba fuera de la oscuridad—. Gracias a los dioses. Su hermana está aquí.

Elliot se forzó a abrir los ojos y vio una cara revoloteando a pocos centímetros de la suya. Experimentó un momento de pánico...

«¿Qué pasa ahora? ¿Qué pasa ahora? ¿No pueden dejarme en paz?».

De pronto, se dio cuenta de que era el semblante amable y preocupado de Mahindar que le estudiaba con las gruesas cejas fruncidas bajo el turbante blanco, con la barba pulcramente oculta dentro de la tela.

—¡Maldición, Mahindar!

La intranquilidad de Mahindar no menguó.

—Lady Mackenzie ha venido a visitar a la *mensahib*. Su cuñada la ha acompañado también, e insiste en verlo.

Rona y Ainsley; su temible cuñada y su hermosa y vivaz hermana, no eran precisamente a lo que quería enfrentarse un hombre que acababa de despertarse con la misma sensación que si tuviera una resaca de tres días.

Se frotó la cara, encontrándose con la barba incipiente. Debía de haber dormido durante mucho tiempo. Había caído en otro de esos lapsus; no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba preso de la oscuridad.

¿Dónde demonios estaba? Entrecerró los ojos para mirar el dormitorio desprovisto de cortinas y con una cama enorme en el centro.

—¿Estamos en el castillo McGregor? ¿Cómo hemos llegado aquí? —Solo

la casa de su tío abuelo McGregor podía parecer tan sólida y desvencijada a la vez.

La última vez que estuvo allí, cuando compró la casa, había dormido en una cocina caliente bastante confortable.

Mahindar parecía preocupado.

—¿No lo recuerda? Ayer se casó.

El día anterior era un espacio en blanco; claro que durante mucho tiempo todos los días habían sido un espacio en blanco... excepto... —¿Me he casado? ¿De qué puñetas hablas? Dime que me has traído una copa de whisky.

—No. Claro que no, su hermana me lo prohibió. Me dijo que debía llevarle a la salita por cualquier medio necesario, salvo darle whisky.

—¿Ainsley ha dicho eso? —Quiso reírse. Siempre se había sentido muy cercano a su hermana menor, que le conocía mejor que nadie en el mundo. Sin embargo, ella conocía al viejo Elliot. Nadie sabía cómo era ahora.

Elliot apartó las sábanas. Estaba desnudo, pero Mahindar ni se fijó ni le importó.

—Prepárame el baño. No estoy presentable en este momento para alternar con mujeres decentes. Ni siquiera aunque se trate de mis hermanas.

Mientras el hindú se movía por la estancia preparando el baño con jarras de agua humeante, él se forzó a deshacerse de la espesa neblina del sueño. Mahindar le hablaba y él intentó concentrarse en sus palabras.

—Las he hecho pasar a la salita, con la *mensahib* —comentaba su ayuda de cámara—. Están esperándole.

—¿La *mensahib*?

Mahindar levantó la mirada del agua, consiguiendo que goteara al suelo.

—Sí, la *mensahib* —repitió lentamente—. Hasta ayer respondía al nombre de señorita Sinj.

Mahindar que llevaba toda su vida trabajando para los británicos, que estaba orgulloso de sí mismo por la corrección de su inglés, tenía dificultades para pronunciar los nombres. Pero, ¿quién podía culparle? Algunos eran puñeteramente difíciles.

Elliot se frotó otra vez la cara.

—¿Señorita Sinj? Jamás he conocido a nadie llamado Sinj... —Abrió los ojos como platos al caer en la cuenta. Se bajó de la alta cama y aterrizó de golpe sobre los pies desnudos. La habitación comenzó a dar vueltas.

—¿Te refieres a la señorita St. John?

—Por supuesto.

—¡Maldición! ¡Malditas sean todas las cosas!

De pronto, lo ocurrido el día anterior iluminó su mente. Juliana desplomándose pesadamente en su regazo envuelta en tules blancos, su sonrisa esperanzada, sus hermosos ojos azules...

El recuerdo de su piel bajo los dedos, el beso que le había dado en la palma de la mano. Había sentido su calor en su propia piel; un calor al que se aferró como si no se hubiera calentado en años.

Había deseado besarla allí mismo, en la cripta, pero no pudo con la boca agria por el whisky.

En ese momento recordó estar de pie ante el altar de una iglesia repleta de gente, casi a punto de verse dominado por un ataque de pánico por la cantidad de personas presentes. Todos aquellos ojos clavados en él mientras prometía ser un buen marido para Juliana St. John...

Las imágenes del viaje hasta allí también llegaron. Recordaba perfectamente que lo único que había querido era estar con Juliana. Luego llegaron los recuerdos de la casa, cuando apretó el cuchillo contra la garganta de un aterrado Hamish, la voz de Juliana atravesando la oscuridad.

Su mente recuperó otro recuerdo más; gozar del calor de Juliana, de su contacto, del perfume que la envolvía. El momento solo un momento— en el que se ahogó en ella y se olvidó de lodo.

Pero la oscuridad había decidido despojarle también de eso. Quería quitarle a Juliana, la paz que le proporcionaba, que tanto anhelaba.

«No. La necesito».

Se metió en la bañera y el agua caliente mordió su carne, las cicatrices de su espalda. Mahindar sabía cuál era la mejor manera de lavarle, de ayudarlo dentro y fuera de la bañera. Se enjabonó él mismo, haciendo que cayera mucha agua al suelo. Luego contuvo impaciencia para recostarse contra el borde y permitir que el hindú le afeitara.

Mahindar se apresuró todo lo que pudo, pareciendo infeliz de que no le permitiera envolver su cara con una toalla caliente ni darle un masaje. Elliot ignoró todas sus quejas, se secó y se vistió.

Hamish hablaba con rapidez en el vestíbulo de la planta baja y se quedó callado al verlo bajar, pero él no tenía tiempo para pararse con él. Notó que había un hueco del tamaño de un puño en el techo, a tan solo unos centímetros del lugar en el que colgaba la lámpara de araña.

Se dirigió con rapidez a la sala y se encontró a las tres elegantes damas llevándose las tazas de té a la boca. En alguna parte de la casa un reloj marcó

las tres. Ainsley le sonrió y Rona, su estirada cuñada, le miró con azoramiento.

Juliana le estudió por encima del borde de la taza antes de que la bajara con una mirada de preocupación.

¿Tenía tan mal aspecto? Debería haberse mirado en un espejo antes de bajar, pero en el dormitorio no había y él había aprendido a evitarlos. Confiaba en que Mahindar se aseguraba de que su ropa estuviera impoluta, pero no perdía más tiempo en el asunto.

—Oh, aquí estás, Elliot —comentó Ainsley en un tono demasiado efusivo.

—Sí, aquí estoy. ¿Dónde iba a estar si no?

Se escuchó gruñir, pero no lo pudo evitar. Ainsley, su emprendedora hermana, estaba resplandeciente con una creación cuya tela cambiaba sutilmente de matiz cuando se movía. Rona, regordeta y regia, lucía un vestido oscuro, gama de colores que utilizaba desde que cumplió los cincuenta años, con un gorrito de volantes fruncidos y encaje. A lo largo de su vida él siempre la había visto con la cabeza cubierta con alguna clase de gorrito; sencillos o de domingo, para visitar o para recibir visitas, para ir al médico o de compras. Cada vez que pensaba en su cuñada, lo primero que le venía a la mente era un gorrito.

Percibió todo eso con rapidez. Luego dejó a un lado cualquier otra cosa que no fuera Juliana. Era el único ser que existía para él.

Su vestido era de color crema con adornos negros en el corpiño, en los bordes de las mangas y el cuello. La falda tenía volantes fruncidos en el frente. El cuello alto enmarcaba su barbilla, suavizando la expresión de su cara y enfatizando el pequeño hoyuelo que tenía junto a la comisura izquierda de la boca. Había trenzado un lazo a juego entre sus oscuros mechones rojizos, pero algunos bucles parecían flotar alrededor de su frente y la nuca.

Parecía una de esas figuritas de porcelana china que había visto en las tiendas de toda Europa; damas elegantes, congeladas para siempre, con sus manos de porcelana sujetando sus faldas de porcelana.

Pero Juliana no tenía la frialdad de la porcelana; estaba formada por carne caliente, respiraba, vivía...

Ella le observó con aquellos ojos azules que le recordaban a las flores del maíz, o tal vez al cielo durante la primavera. Solo las mujeres de Escocia tenían los ojos de ese color. Juliana era de ese lugar, era su hogar.

—Elliot —le llamó Juliana. Su dulce voz le envolvió—. Rona ha venido a buscar las alianzas.

Las alianzas. Se miró la mano izquierda, en la que lucía una gruesa banda de oro. Recordaba haberle puesto el anillo a Juliana mientras recitaba sus votos. Su verdad, su fidelidad.

Como si pudiera imaginar tocar a otra mujer que no fuera ella. Nunca. Por ninguna razón.

—Imagino que tienes intención de encargarnos unas para vosotros —intervino Ainsley en un tono demasiado alegre.

Sí, la tenía. Recordaba habérselo dicho a Mahindar antes de dirigirse a la iglesia para esperar a Juliana, que avisara a los joyeros de la familia para que realizaran unos anillos. Recordaba también a Patrick, su bondadoso hermano, depositándole en la mano las dos alianzas, que no habían abandonado los dedos de Patrick y de Rona desde que se casaron, treinta años atrás.

—Ya me he ocupado de ello —aseguró. Se quitó el anillo, se acercó a Rona y lo dejó caer en su mano, cerrando los dedos alrededor de los de ella—. Gracias.

Vio que los ojos de Rona se empañaban de lágrimas antes de meter la alianza en una pequeña bolsita. Tintineó contra la otra, y él notó que el dedo de Juliana ya estaba desnudo.

—Te lo agradecemos mucho —dijo su esposa, sirviendo una taza de té—. Fue muy amable por tu parte.

—Era lo más lógico —intervino Rona, fingiendo que las lágrimas no habían aparecido—. No se podía hacer otra cosa. Elliot, ¿qué planes tienes para esta horrible casa?

El observaba a Juliana servir su té, sujetando con aquellas manos competentes la taza sobre el planto, manteniendo el conjunto en perfecto equilibrio bajo la corriente de líquido caliente. Ella volvió a depositar la tetera en la bandeja sin pestañear por lo que pesaba y tomó las delicadas pinzas de plata del azucarero.

Llegado a ese punto, ella vaciló... Una mujer debería saber cómo le gustaba a su marido tomar el té, pero ellos dos no habían tomado el té juntos todavía. Al menos, no desde que tenían catorce años.

—Un terrón, querida —susurró Rona, inclinándose hacia delante.

—Lo cierto es que ahora lo prefiero sin azúcar —intervino él, tomando la taza de la mano de Juliana.

Juliana sostenía el platito tan refinadamente que sus enormes dedos no corrían peligro de tocar los de ella, pero él posó la mano sobre la de ella para tomar la taza.

Ella separó los labios y en sus ojos apareció una llamarada de calor. Era igual que la que ardía en su sangre. Lo ocurrido durante la última noche regresaba como una venganza.

Necesitaba sentarse... junto a ella. Pero estaba situada en el borde de un sillón estrecho y su polsón ocupaba el resto del asiento. Había un diván de dos plazas perfecto en la estancia... ocupado por Rona y Ainsley, que se habían sentado muy juntas. Dos sillas más y una otomana completaban el círculo alrededor de la mesita de café. El resto del mobiliario estaba cubierto por sábanas.

Enganchó la pata de la otomana con el pie y la arrastró cerca del sillón de Juliana. Se dejó caer allí y acomodó el *kilt* al tiempo que presionaba la rodilla contra la de Juliana, con el platito y la delicada taza balanceándose en su enorme mano.

Ainsley y Rona le observaban con atención, pero él solo era consciente de Juliana, de su cercanía, de su calor... De lo correcto que era estar con ella.

—¿De dónde has sacado el juego de té? —preguntó, alzando la taza para estudiarla. La porcelana era fina, casi tanto como el papel, y las flores que la decoraban habían sido pintadas por una mano experta. Aquellas tazas de té habían sido importadas por una empresa desde Inglaterra o Alemania a un gran coste. Jamás ha habido nada tan delicado en la alacena del tío McGregor.

—Un regalo de bodas —explicó Juliana—. Son unas piezas preciosas, ¿no crees?

Él tomó un sorbo de té, que no estaba mal, pero lo que necesitaba era whisky. Giró la cabeza para poder ver a Juliana... y nada más.

—Pensé que estabas devolviendo los regalos.

—Lo está haciendo —intervino Ainsley—, pero este juego de té es un regalo mío, así que es apropiado que se lo quede. Y no tienes por qué preocuparte por el resto, Juliana, Rona, tu madrastra y yo nos encargaremos de mandarlos de vuelta con las explicaciones pertinentes. No es necesario que regreses a Edimburgo por eso.

—Pero debo hacerlo —aseguró Juliana—. Es muy amable por tu parte, pero realmente tengo que ir a ayudar. Por no mencionar el resto de mis cosas. Gemma debe estar volviéndose loca. Si os quedáis a pasar la noche, mañana puedo tomar el tren de regreso con vosotras.

—No. —La palabra fue tan brusca que las tres mujeres se quedaron paralizadas. Tres tazas de té fueron bajadas y tres pares de ojos femeninos se abrieron como platos ante el poder masculino de su voz.

Él puso la mano sobre la rodilla de Juliana y le clavó los dedos en el muslo antes de poder evitarlo.

—Juliana no puede marcharse.

—¿Qué? —preguntó Ainsley con forzada indiferencia—. ¿Nunca?

7

Elliot intentó suavizar su agarre, pero no fue capaz.

—No —dijo.

Juliana le miraba solo a él, pero no le miraba con miedo, sino más bien con sorpresa y un brillo en los ojos que parecía desafío.

—Elliot tiene razón —comentó Juliana a Ainsley—. Hay mucho que hacer en la casa. Vais a tener que disculparme, pero debo quedarme aquí para supervisarlo todo.

Tanto su cuñada como su hermana asintieron con la cabeza sin dejar de observarles con aire dubitativo, como si se esforzaran en seguir un guion que habían convenido de antemano.

—Es comprensible —comentó Rona—. Tiene que haber alguien con criterio al frente.

A Ainsley le brillaron los ojos.

—Creo que existen más razones que esa, Rona. ¿Ya no recuerdas lo que es estar recién casado?

—Oh, sí... —La estirada Rona esbozó una sonrisa. Patrick y ella siempre habían estado locos el uno por el otro, y Ainsley y Cameron también estaban muy enamorados. Tanto que aquel dato atravesó la neblina que le envolvía y se preguntó por qué Ainsley estaba lejos de su marido y por qué Rona había dejado atrás a su amado Patrick.

Entrecerró los ojos con sospecha.

—¿Dónde habéis dejado a vuestros maridos? ¿En el pueblo? —Rona se sonrojó, sin embargo Ainsley, que sabía disimular mejor, tomó otro sorbo de té.

—Están en el pub —comentó tan fresca—. Ya sabes cómo son los hombres.

—Lo que sé es cómo sois vosotras —gruñó él—. Reconocedlo, no sabíais lo que os ibais a encontrar y os adelantasteis para allanar el camino. No esperabais que estuviera presentable.

—Bueno —intervino Rona, en un tono tan suave como había sido desafiante el de Ainsley—. Debes admitir que has estado algo indispuerto, Elliot. Intentamos hablar antes contigo, pero tu criado no logró despertarte.

—Estaba cansado —afirmó en tono duro—. ¿Recuerdas lo que es estar recién casado?

La cara de Juliana adquirió un brillante color rosado y sus ojos

centellearon como estrellas.

—Da igual —se apresuró a decir su esposa—. Tuvimos un contratiempo a primera hora de la mañana; pensé que, de todas maneras, era mejor dejar que Elliot durmiera hasta más tarde.

Él sintió un nudo en la garganta.

—No me disculpes, Juliana. —Miró a su hermana de arriba abajo y luego a su cuñada; las dos se removieron en el asiento como si se sintieran culpables—. Los mimos no sirven para nada, Ainsley. Es mucho más conveniente dejarme a solas en el infierno.

—¿Es por eso? —preguntó Ainsley. Su tono «vamos a consolar al pobre hermanito enfermo» había desaparecido—. ¿Por eso has comprado esta casa en medio de la nada? Ayudar al tío McGregor es solo una excusa, pero si te sepultas aquí jamás mejorarás. Hay muchas casas adecuadas en Edimburgo, incluso en Londres, para un hombre de fortuna como tú. Ya sé que la tienes. Me refiero a la fortuna.

—Me gusta el campo.

—Un campo al que resulta muy difícil acceder para una familia determinada.

—Un campo donde un hombre puede encontrar algo de paz y tranquilidad. —Su voz subió de volumen.

—Pero ahora has traído a Juliana contigo —le recordó Ainsley ¿Es justo para ella que la encierres en esta prisión contigo?

Juliana se inclinó hacia delante para dejar la taza en la mesita con un brusco movimiento. El gesto que hizo para estirar el brazo provocó que le rozara el torso con el hombro y más abajo. Llevaba corsé, pero incluso aquel leve contacto resultó muy íntimo.

Le pediría a Channan que hiciera un sari para Juliana, para poder tenerla envuelta en sedas y nada más. Entonces podría tocarla a placer sin desnudarla, deslizar las manos por la tela, calentada por su cuerpo.

—Elliot es ahora *mi* marido —afirmó Juliana, enfatizando el «mi»—. Y este es *nuestro* hogar. —Ahora hizo énfasis en «nuestro».

Ainsley y Rona la miraron, parpadeando como si estuvieran reorganizando sus ideas.

¿Qué se habían esperado? ¿Acaso pensaban que se había escabullido con Juliana cargada al hombro? ¿Que la retenía prisionera en un castillo en el bosque? ¿Que mantenía presa a aquella pobre e ingenua que no tenía la más remota idea de cómo manejar a Elliot, la bestia?

Era lo que pensaban. ¡Santo Dios! Sus caras eran un libro abierto. Notó que su temperamento comenzaba a bullir en su interior, pero fue la voz de Juliana la que le sosegó de nuevo.

—De verdad, lo entiendo... —La vio servirse más té, cada movimiento de ella arrancaba una reacción en su cuerpo. Dejó caer dos terrones de azúcar y una nube de leche antes de volver a incorporarse con la taza en la mano, rozándole de nuevo el pecho—. Estáis preocupadas por Elliot porque nuestro matrimonio resultó muy apresurado. —La vio esbozar una leve sonrisa—. Bueno, él quiso que fuera así de apresurado y yo ya me había hecho a la idea de casarme ese día, era obvio. No importaba quién fuera el novio.

Ainsley alzó su taza de té a modo de saludo.

—Pues, ¡bravo, Juliana! Porque has sido afortunada, quizá el lecho matrimonial del señor Barclay estuviera lleno de chinches.

—Ainsley... —advirtió Rona, aunque era evidente que estaba de acuerdo con sus palabras—. Qué vergüenza.

—Tonterías. Es el señor Barclay quien debería avergonzarse —aseguró Ainsley—. Fue una suerte que apareciera Elliot para salvar la situación.

—No fue una cuestión de suerte —intervino él con voz ronca—. Fue gracias a Mahindar y al whisky.

—Entonces, agradezcámoselo a Mahindar y al whisky —convino Ainsley.

—Lo que quiero decir es que todo ha salido a pedir de boca —les interrumpió Juliana—. Elliot y yo vivimos ahora aquí. Compadecednos si queréis, pero es lo que hay.

Las dos parpadearon a la vez. Ainsley y Rona habían corrido hasta allí como si fueran las hadas madrinas de la Cenicienta, dispuestas a rescatar a Juliana, pero ella se había sentado ante ellas y les había dicho educadamente que no hacía falta. Su mujer se había enfrentado a su hermana y a su cuñada como un zorro a los sabuesos, y estos no sabían muy bien qué hacer.

Se levantó. No era lo que quería hacer, porque le gustaba sentir el calor de Juliana junto a él, pero el tiempo que había pasado en aquel círculo femenino ya se había alargado demasiado.

—Id a buscar a vuestros maridos —ordenó—. Y, o bien os quedáis y realizáis una visita en condiciones, u os volvéis a vuestras casas. Juliana y yo no vamos a movernos de aquí.

Ainsley le lanzó una mirada de exasperación y Rona se limitó a arquear las cejas.

Él vio en sus expresiones que su siguiente estrategia habría sido llevar allí

a Patrick y a Cam.

«Elliot no está bien —les habrían dicho— y no debería quedarse aquí. Hablad con él».

—Pero solo si Patrick y Cam quieren jugar al billar, cazar o beber. No necesito que los hombres de la familia me tengan también entre algodones.

—¿Quieres que nos marchemos en este mismo momento, estimado hermano? —preguntó Ainsley—. Es que todavía no he terminado de tomar el té.

Él gruñó. Alguien había abierto las ventanas para que corriera la brisa, pero él no la sentía. A veces, notaba una especie de presión en su interior y ahora comenzaba a percibirla.

Jamas comprenderían —él no lograría hacérselo comprender— que parte de su cerebro estaba siempre en la oscuridad y nunca lograría desprenderse de ella. Había surgido mientras lo retenían en aquel lugar donde el tiempo no significaba nada, donde la sed y el hambre eran tan solo una indicación de que seguía vivo. Un lugar donde los hombres más fuertes enloquecían, donde la oscuridad acechaba agazapada para poder colarse en el interior de uno.

«No estoy allí. Estoy aquí».

Mahindar le había enseñado a decir eso cuando esas sombras le amenazaban. Lo repitió ahora en silencio para sus adentros, con los dientes apretados, mientras las tres mujeres le miraban fijamente, llenas de consternación.

Tenía que salir de allí. Ahora.

Se dio cuenta de que todavía sostenía la taza de té, ilesa. Se la tendió a Juliana, que se apresuró a cogerla, antes de que él saliera de la estancia a grandes zancadas.

Sabía que las mujeres solían hablar de los hombres cuando no estaban presentes y que discutirían sobre lo que acababa de ocurrir. Que Juliana hubiera salido en su defensa le calentaba por dentro; ella había querido regresar a Edimburgo con Ainsley, pero había cambiado de postura en el momento en que se dio cuenta de que él no estaba preparado para volver.

Él sabía que, como era lógico, no podían quedarse en el castillo McGregor para siempre, pero podía posponer el regreso todo lo posible. Todo, todo lo posible.

Ahora solo quería caminar.

Cuando entró en la cocina, Hamish dio un saltito en el lugar donde estaba bombeando agua en el fregadero y abrió sus ojos azules como platos.

Mahindar estaba dentro de la despensa, donde hacía ruidos desaprobadores, y Channan se encontraba sentada ante la mesa, cortando verduras que dejaba caer en un tazón.

—Tranquilo, Hamish, muchacho —le tranquilizó—. No llevo ningún cuchillo encima, aunque quiero un arma.

En otro tiempo se hubiera reído de la cara del chico, que pasó del terror al alivio y luego al horror. Pero ahora ya no tenía paciencia.

Mahindar salió de la despensa.

—La *mensahib* se hizo con la de *sahib* McGregor y me obligó a guardarla bajo llave —comentó.

—Entonces, dámela. —Siguió mirando fijamente a Hamish—. Quiero cazar un conejo o algún ave. Aquí no hay demasiados víveres y es posible que mi hermano y mi cuñado se unan a nosotros en la cena.

—¿Cena para seis? —Mahindar se frotó la barbilla barbuda como hacía siempre que algo le preocupaba—. Son demasiados, *sahib*.

—Entonces manda al chico al pub a por comida —propuso. Mahindar se acercó a una alacena, la abrió con una llave y sacó la escopeta y los cartuchos.

Guardó los cartuchos en el *sporrán* antes de revisar el arma y su mecanismo. Con la escopeta apoyada en el brazo se dirigió a la puerta trasera.

Gracias a Dios nadie le siguió. El viento era vivificante, el sol brillaba en lo alto y las nubes parecían inmóviles sobre las montañas. Llovería por la noche, pero de momento, no. Necesitaba moverse en una zona salvaje. Quería estar solo.

Una pequeña figura manchada de barro se lanzó sobre él cuando traspasó el portón del jardín.

—¡Vamos! —Priti le tendió las manos sucias con una sonrisa de ansiedad.

Algo en su interior hizo clic y la oscuridad se retiró un poco, gruñendo de frustración.

Se inclinó y levantó en sus brazos a la niña para sentarla sobre sus hombros, a cierta distancia del arma.

Priti se balanceó feliz, inclinada sobre su cabeza, mientras caminaban hacia las colinas.

Aquella criatura no sabía lo que era el miedo y él se juró para sus adentros que jamás lo sabría.

Cuando las mujeres terminaron de tomar el té, se pusieron de pie.

—Creo que deberíais regresar a Edimburgo. Quiero decir ahora, sin cenar con nosotros —dijo Juliana.

—Tonterías —se negó Rona con energía. Pero Ainsley asintió con la cabeza, mirándola con aquellos ojos iguales a los de Elliot.

—Creo que le entiendo. —Ainsley se acercó a ella, tomó sus manos y la besó en la mejilla—. Es mi hermano, pero ahora es tu marido y os tenéis que familiarizar el uno con el otro. Si alguna vez nos necesitas, mándanos un telegrama. Te prometo que vendremos a hacerte una larga y agradable visita cuando te hayas acomodado. —Esbozó una amplia sonrisa—. Has emparentado con una familia muy grande y esta casa, por desgracia para ti, es lo suficientemente amplia para albergarlos a todos.

Hubo más besos y un valiente abrazo de Rona.

—Cuida de mi muchacho —le dijo la cuñada de Elliot—. Sé que él cuidará de ti.

Tras intercambiar algunas reconfortantes palabras más, se encaminó con sus invitadas hasta la enorme puerta principal y recorrieron el camino de acceso bordeado por arbustos crecidos. Las dos visitantes habían llegado a pie, bajo un cielo azul, aunque ella no pudo evitar lanzar una mirada de preocupación a las nubes que se agolpaban en el horizonte. El clima era cambiante en las Highlands.

Se despidió de sus invitadas en el portón y luego se dio la vuelta hacia su nuevo hogar, deteniéndose a contemplar la casa.

El castillo y los terrenos eran realmente hermosos. Los rayos del sol iluminaban la edificación dándole una pátina dorada que ocultaba los desperfectos de la piedra. Detrás estaban las montañas; la luz parecía licuarse entre sus pliegues y, más al fondo, un trozo de mar brillante.

Había llegado el momento de convertir aquel lugar en un hogar. Ella había realizado ese trabajo en casa de su padre desde la tierna edad de ocho años, cuando se dio cuenta de que su madre era una vividora que prefería ir de compras, cotorrear o medicarse con láudano, que sacar adelante a su familia. Había aprendido mucho del mayordomo y el ama de llaves, que acabaron siendo sus mejores amigos y, tras la muerte de su madre, que falleció cuando ella tenía catorce años, la administración de la casa recayó oficialmente en ella. Gemma se casó con su padre poco después de su vigésimo cumpleaños, pero había sido lo suficientemente lista como para dejar todo en sus manos, jamás le impidió hacer lo que tanto amaba.

El castillo McGregor supondría sin duda un reto mayor que la elegante

casa que su padre poseía en Edimburgo o la propiedad cercana a Stirling, pero podría hacerlo. Estaba segura. El lugar requería de un buen organizador, y ella era la mejor.

Ya había comenzado a hacer una lista de cosas que debían hacerse, que subdividió en otras de lo que había que comprar, lo que podía ser llevado a cabo por trabajadores ordinarios y lo que requería la habilidad de un especialista, como el sistema de campanillas interiores, que estaba hecho un desastre. Para repararlo deberían pasar la cuerda correspondiente por las rozas que ocupaban el interior de las paredes y quitar la que había. Pero no importaba. Era otra tarea más a realizar.

Su optimismo decayó un poco cuando regresó al polvoriento interior del castillo. Hamish había dejado otra capa de huellas enlodadas desde el día anterior, pero salvo eso, seguía en un estado tan deplorable como entonces; lo que quería decir que era un caótico desorden.

Como el sistema de campanillas estaba como estaba, tenía que llamar a voces al personal cuando necesitaba algo, o ir directamente a buscarlo. Cuando regresó a la salita que habían ocupado, decidió devolver ella misma la bandeja con el servicio de té a la cocina. Las tazas usadas no resultaban pesadas y Mahindar y su familia tenían ya mucho que hacer.

Recogió las tazas y los platitos, colocándolos pulcramente en la bandeja. Si retenía la taza que había usado Elliot durante más tiempo que las demás, nadie se enteraría, ¿verdad?

Cuando entró en la enorme cocina con la bandeja, se vio asaltada por los penetrantes aromas de una receta que no supo identificar, muy aromática y, sin embargo, apetecible. Sobre la cocina había una cazuela y Mahindar vigilaba el contenido mientras Channan, sentada sobre los talones junto al fogón, removía con una cuchara dentro de una cazuela más grande.

Hamish estaba en el fregadero, limpiando la loza.

—¿Dónde está Nandita? —preguntó, mientras dejaba la bandeja sobre la mesa—. ¿Se encuentra bien?

La habían encontrado aquella mañana, tras una frenética búsqueda por toda la casa, escondida en la sala de calderas. El disparo de McGregor había asustado tanto a Nandita que pensó que los soldados habían ido a por ellos. Channan y Mahindar habían tenido que hablar con la joven durante mucho tiempo antes de que se atreviera a salir.

—Está con mi madre —explicó Mahindar—. Se encuentra bien.

Juliana pensó en que Komal había regañado a Nandita con dureza, sin

mencionar la manera en que había perseguido a McGregor hasta su dormitorio.

—¿Priti está con ellas? —preguntó.

Channan levantó la mirada desde el fogón. Mahindar negó con la cabeza.

—No, Priti se fue con el *sahib*. Se dirigía hacia las montañas.

—Con la escopeta. —Hamish no sacó los brazos del agua espumosa, pero giró la cabeza cuando habló.

—Ah... —Se mordisqueó el labio inferior—. ¿La niña estará bien... con él?

—Sí, indudablemente —aseguró Mahindar sin alterarse—. El *sahib* siempre cuida de Priti.

Juliana se relajó. Elliot parecía encariñado con la pequeña y había sido testigo de lo tierno que podía ser con ella.

—Se porta muy bien con Priti —comentó. Alzó una de las tazas de la bandeja para admirar lo fina que era. Ainsley había sido muy amable al regalarles aquel juego.

Mahindar la miró con sorpresa.

—Es lo natural, *mensahib* —replicó—. Después de todo, Priti es su hija.

8

La taza de té se deslizó de las manos de Juliana y cayó... hasta hacerse añicos contra el suelo.

La miró con pesar mientras el corazón le retumbaba dentro del pecho y notaba que se le calentaba la cara.

Channan dijo algo a Mahindar en tono cortante y el hombre pareció infeliz y desconcertado.

—¿Su hija? —Intentó tragar saliva pero tenía la boca demasiado seca—. ¿Con Nandita?

—¿Con Nandita? —Mahindar parecía anonadado—. No, no. Nandita no es la madre de Priti. Es su ayah, como decís vosotros; su niñera. Pero todos la cuidamos. No, su madre está muerta, pobrecita.

—Oh...

Sus pensamientos revoloteaban uno tras otro. Había supuesto que Nandita era la madre de Priti porque siempre estaba pendiente de ella, y Channan había comentado que sus propios hijos ya eran mayores, pero jamás hubiera imaginado que Priti era hija de Elliot... ¿De Elliot y quién?

Se humedeció los labios.

—El señor McBride... ¿estuvo casado anteriormente? ¿En la India?

Mahindar y su esposa intercambiaron una mirada.

—No —repuso Channan.

Mahindar intentó ahogar sus palabras, pero su esposa le replicó con firmeza antes de volverse hacia ella.—El *sahib* no estaba casado con esa mujer —explicó Channan—. Ella era la esposa de otro hombre.

Ella no podía respirar. Comenzaron a nublársele los ojos y a dolerle el corazón.

—¿No lo sabía? —preguntó Mahindar con un hilo de voz.

Channan intervino en ese momento hablando con rapidez y firmeza en su lengua materna, y Mahindar pareció cada vez más avergonzado.

Una dama no da parte de su vida a los sirvientes, en la cocina, se reprochó Juliana a sí misma. Es más, una dama ni siquiera debería pisar la cocina, ni atravesar la puerta verde que separa las instalaciones del servicio del resto de la casa. Si bien allí vivían con escasos medios y la susodicha puerta había desaparecido hacía mucho tiempo, debería haber observado las buenas costumbres.

Se aferró a esa idea mientras ladeaba la cabeza con educación, intentando que la revelación de Mahindar no la avasallara.

—Tú no lo sabías, Mahindar —repuso—. Hamish, ve a por una escoba y barre la taza rota.

Se alejó de ellos, pisando uno de los fragmentos de porcelana con el talón y reduciéndolo a polvo.

Mahindar sabía que Channan iba a regañarle. Que lo haría sin descanso. A su esposa se le daba bien echarle broncas, pero solo lo hacía cuando lo merecía, por lo que aquellas regañinas dolían el doble.

El *sahib* nunca había mantenido en secreto el hecho de que Priti era su hija, pero él hablaba tan poco sobre sí mismo que la mayoría de la gente no se daba cuenta de que era el padre de la cría. Todo el mundo asumía, como la *mensahib*, que Priti era hija de una criada. El mismo tampoco hablaba del tema con nadie; Channan y él sabían muy bien lo que opinaban los ingleses de los mestizos. Todo resultaría mucho más fácil para el *sahib* y para Priti si la gente no lo sabía.

Pero había dado por hecho que la *mensahib* estaba al tanto. El amo le había hablado de ella a menudo; la había descrito como una amiga de la infancia, como una joven con la que no había tenido nunca dificultades para hablar de cualquier cosa.

Se preparó para recibir una buena reprimenda, pero no llegó. Channan se limitó a concentrarse en su *tanduri* y en revolver las verduras que había dentro.

—Lo sé —comentó él en su lengua materna—. Soy imbécil.

—Yo no he dicho nada —repuso ella sin mirarle.

—Pero tienes razón. Quiero que el *sahib* sea feliz. Necesito que encuentre la felicidad.

—Lo que le ocurrió no es culpa tuya, ya te lo he dicho.

Él se concentró de nuevo en sus mezclas de condimentos, reflexionando con tristeza que sus suministros estaban agotándose. Había hecho amistad en Londres con otro *punjabi* que sabía dónde encontrar en la ciudad las mejores especias procedentes de la India. Le había enviado una lista de necesidades junto con dinero y el hombre repuso sus existencias por correo urgente; preciosos frascos de cúrcuma y azafrán, una mezcla llamada masilla y especias que no se podían encontrar en los mercados ingleses o escoceses. Tendría que escribir pronto a su amigo.

Como siempre que pensaba en lo que le había ocurrido al *sahib*, en la

enemistad entre el *sahib* McBride y el *sahib* Stacy, sintió remordimientos. Él podría haber impedido la pelea, podría haber impedido aquel viaje en el que el *sahib* fue secuestrado.

Había removido cielo y tierra para encontrarle después de que desapareciera, pero no logró dar con él. Le buscó todos los días y aquellos largos meses habían sido la peor época de su vida.

—No fue culpa tuya —repitió Channan.

Hamish, que no comprendía una sola palabra de lo que decían, barría el suelo con rapidez y energía, como hacía todo lo demás.

—Entonces, ¿Nandita no tiene ningún hijo? —preguntó el muchacho.

No —repuso él en inglés—. Era apenas una cría cuando se casó. Su marido era soldado. Ella no tenía más de dieciséis años cuando lo arrestaron y murió.

—¿Qué había hecho? —preguntó Hamish, moviendo la escoba más despacio.

—Nada —dijo él. Vio algo que no debería haber visto, así que fueron a por él una noche y fingieron arrestarle por traición. Le dispararon como a un perro. —Meneó la cabeza—. Pobre Nandita.

—Es terrible. —La escoba se detuvo por completo, y Hamish se apoyó en ella con el ceño fruncido—. ¿Por eso se esconde en la sala de calderas?

—Le dan miedo los soldados... y las armas. Para ella representan tristeza.

—Pobrecita, sí. —La simpatía irradiaba de Hamish como una luz—. ¿Habla algo de inglés?

—Apenas sabe unas palabras.

—Bueno, entonces tendré que enseñarle. —Vio que el chico bajaba la mirada a la escoba y se daba cuenta de que estaba parada, antes de ponerse a barrer otra vez de manera vigorosa.

Se fijó también en que Hamish no se había ofrecido para enseñar inglés a Channan o a Komal. Se concentró de nuevo en sus queridas especias. Sonrió, sintiéndose un poco mejor.

La cena se demoró ligeramente porque, cuando Elliot y Priti regresaron, estaban cubiertos de pies a cabeza de barro oscuro.

—¿Qué demonios os ha ocurrido? —preguntó Juliana, entrando en el corredor de servicio para descubrir la causa del retraso.

Encontró a Priti en la lavandería, dentro un enorme recipiente de metal. Channan vertía agua sobre ella con una esponja. Elliot, desnudo de cintura para arriba, estaba de pie en un balde más pequeño y Mahindar le frotaba con la misma intensidad.

—La orilla del río —balbuceó Elliot mientras Mahindar apretaba una esponja llena de agua sobre su cabeza—. Yo me metí sin querer en el agua y Priti se cayó al intentar rescatarme. El sitio por el que salimos era de este color —señaló el oscuro barro color betún que manchaba su *kilt*.

Ella contuvo el deseo de reírse y, al mismo tiempo, no supo qué decirle. Elliot parecía relajado, feliz, tras su escapada con Prili y la graciosa estampa que presentaban.

Mahindar siguió restregando la esponja, que era enorme, por todo el cuerpo de Elliot. La piel de su marido brillaba mojada y el agua centelleaba en sus brazos, dibujando el tatuaje del bíceps, antes de caer al suelo.

De pronto, él arrancó la esponja de la mano de Mahindar.

—Basta. Llevad a Priti arriba y secadla.

El hindú renunció a su tarea con un suspiro, como si se diera cuenta de que Elliot había llegado a un punto en el que no aceptaba más sus cuidados. Ella observó cómo su marido dejaba caer el agua por su cara y su torso.

El *kilt* estaba empapado, así como sus piernas desnudas; las botas estaban junto a la puerta. El agarró una toalla y comenzó a frotarse el torso de manera vigorosa mientras se dirigía hacia la salida.

Ella se apretó contra la pared, en el pasillo de servicio que comunicaba la lavandería con la cocina, al ver que él salía a grandes zancadas vestido solamente con el *kilt*. Elliot se detuvo al verla y se acercó a ella, con sus ojos grises brillando salvajemente bajo la tenue luz del corredor.

A pesar de haber usado la toalla, seguía mojado y de sus pestañas colgaban algunas gotas, lo mismo que de sus cabellos. Elliot no le dijo nada, solo se acercó cada vez más. Ahora, su corpiño también estaba mojado y el frente de la falda manchado con el barro que cubría el *kilt*.

Le calentaba los labios con su aliento y había apoyado las manos, en las que todavía sostenía la toalla, en la pared, a ambos lados de su cabeza. El deslizó la mirada hacia abajo, justo antes de besarla en la frente y la barbilla.

Los leves toques de sus labios le hacían sentir escalofríos en todo el cuerpo y avivaban un ardiente fuego en su vientre. Ella quería levantar los brazos y acercarle más, ponerse de puntillas y besarle, a pesar de los pensamientos que giraban inquietos en su mente.

—¿Has tenido un paseo agradable? —balbuceó—. ¿Has disfrutado con la compañía de Priti?... No estoy refiriéndome a haberte caído al río.

Él no respondió. Siguió besándole la cara poco a poco antes de posar la boca sobre la suya. Le separó los labios con la lengua.

Hizo que su cabeza chocara contra la pared cuando él se apoderó de su boca, envolviéndola a la vez con el calor de su cuerpo.

Elliot lamió lentamente, buscándole la lengua con la suya. Ella saboreó el agua en sus labios, la sal de su sudor, su excitación. Su larga dureza presionaba desvergonzada contra sus faldas a través del *kilt*.

Fue él quien puso fin al beso, llegando a la comisura de su boca y lamiendo el diminuto hoyuelo que allí había. Se enderezó sin decir nada, se colgó la toalla del cuello y se dio la vuelta.

Juliana notó que tenía el corazón desbocado y que ardía entre las piernas. Se apoyó con firmeza en la pared, lo único que la sostenía en ese momento, mientras observaba el balanceo del *kilt* contra sus piernas desnudas mientras él se alejaba por el corredor.

Ella continuaba allí apoyada cuando Channan se acercó con un cepillo de cerdas para limpiar el agua y el barro del frente de su vestido.

Elliot volvió a bajar la escalera quince minutos más tarde, seco y presentable; hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. Se había puesto un *kilt* limpio y una chaqueta formal antes de peinarse el pelo húmedo.

Juliana salía de una estancia de la planta baja, con cada cabello en su lugar, sin que pareciera que acababa de ser besada a conciencia. Le había resultado imposible evitar detenerse a saborearla mientras ella se apretaba contra la pared del pasillo de la cocina.

Bajó los escalones que le quedaban y le tendió la mano. Ella parecía un poco tensa cuando la tomó. Estaba demasiado pálida.

La próxima vez que saliera a dar un paseo la llevaría consigo. Estaba seguro de que a Juliana le encantaría la belleza del paisaje y quería mostrársela. Si tenía que volver a caer al río, no podía pensar en nada más placentero que revolcarse con ella por el lodo.

Cuando ambos se dirigían hacia el comedor, Hamish salió corriendo precipitadamente de la cocina. Pasó junto a ellos con algo que parecía un pájaro muerto colgando de la mano, con las patitas balanceándose por debajo. El chico subió tres escalones mientras colocaba el pájaro bajo el codo y se llevaba una de las patas a los labios; tomó aliento... y estalló el caos.

Elliot se abalanzó sobre él.

—Hamish, por el amor de Dios, no...

Pero el muchacho ya había llenado el fuelle de aire y lo apretaba con el

codo, un lento y agudo chirrido inundó el vestíbulo, rompiéndole los tímpanos.

Juliana se cubrió las orejas con las palmas de las manos. Hamish siguió soplando con la cara roja, tapando los agujeros con los dedos, siguiendo una especie de patrón.

Él tomó a su esposa del brazo y la empujó hacia el comedor. Hamish les siguió, tocando la gaita para el laird y su señora.

En cuanto llegaron al comedor, Hamish soltó los palos de la gaita, que enmudeció con un graznido, y arrastró una silla de madera gigante para ofrecérsela a Juliana.

Él se dirigió al otro extremo de la mesa, que había sido pulida hasta que brilló. Los servicios ocupaban su lugar, minuciosamente colocados; copas y vasos de latón junto a voluminosas jarras llenas de agua y whisky.

Esperó hasta que Juliana se sentó y Hamish empujó la silla hacia la mesa con entusiasmo, entonces se alisó el *kilt* y la imitó, Ocupando la silla de madera labrada en la cabecera de la mesa. El respaldo de la silla superaba la altura de su cabeza y la madera formaba un duro asiento bajo sus nalgas.

Hamish recogió la gaita del suelo, con lo que el instrumento soltó otro graznido, y salió de la estancia con los palos golpeando su *kilt*. Mahindar apareció en ese momento con una enorme sopera de la que sobresalía un cucharón. El hindú sirvió primero a Juliana y luego rodeó la mesa para llenar su plato.

Cenaron solos. Tío McGregor había indicado que prefería comer en la tranquilidad de su habitación, sin tener que padecer los disparates de un servicio formal. Él se sintió encantado cuando lo supo, prefería cenar a solas con Juliana.

Un fragante vapor ascendía del pollo y las verduras que Mallindar vertió en su plato y que cubrió con un trozo de pan en forma de lágrima que llamaba unan. El criado dejó un pequeño tazón de loza junto al plato lleno con algo que parecía aceite y olía a mantequilla: *ghee*.

Juliana tomó el tenedor y movió un trocito de pollo de debajo del pan para mirarlo con suspicacia antes de morderlo.

El observó cómo cambiaba su expresión cuando los condimentos estallaron contra su paladar. También él se había acercado con sospecha a su primera comida *punjabi*, hasta que el sabor le había hecho comprender que aquel manjar era real.

Ocultó la sonrisa y buscó un trozo de pollo en la *garam masala* para disfrutar del bocado, luego arrancó un pedazo de pan y lo mojó en el *ghee*.

—Este plato es maravilloso, Mahindar. ¿Qué es? —preguntó Juliana desde el otro lado de la mesa.

—Lo llamamos *tikka*, *mensahib*. Está compuesto por pollo y condimentos.

—¿Y esto? —señaló el tazón junto al plato.

—*Ghee*. Es una especie de mantequilla, la cuecen hasta que queda una gruesa capa de grasa arriba, la retiran y usan el resto. Untan el pan con ella —explicó Elliot.

Juliana dio otro mordisco al pollo *tikka*.

—Es excelente. —Se relamió los labios—. Un sabor inusual. —Estiró la mano hacia la copa y bebió un sorbo de agua—. Y muy especiado. Elliot, no me habías dicho que preferías la comida hindú —le reprochó con la voz entrecortada.

El encogió los hombros mientras tomaba otro bocado más grande.

—La cocinera de Rona me advirtió de que en su cocina solo quería comida escocesa, lo que provocó un gran desasosiego en Mahindar. Le dije que aquí pueden cocinar lo que quieran.

—Bueno. —Juliana jadeó otra vez—. Estoy deseando probar lo que quiera preparar para nosotros, Mahindar.

El hindú no parecía convencido.

—¿Quizá la *mensahib* prefiera haggis? —Su expresión decía que prefería morir antes que preparar tal cosa, pero su principal interés era agradar.

—No, no —aseguró Juliana con rapidez—. Esto está muy bien.

—El *sahib* fue siempre muy amable con nosotros cuando estábamos en la plantación. Me dejó tentarle con un buen número de viandas *punjabi*, y no insistió en que le sirviéramos carne de cordero hervida y guisantes. Es muy agradable nuestro *sahib*, muy —amable con todo el mundo.

Juliana miró a Elliot y él arqueó las cejas antes de llevarse otro trozo más de *tikka* a la boca, acompañado de un pedazo de pan. Sin duda al apetito de su marido no le había pasado nada.

Ella sabía muy bien por qué Mahindar enfatizaba la bondad de Elliot. Lo bueno que había sido con él, con su familia, con Priti...

—Gracias, Mahindar —dijo ella—. Por ahora es todo.

El hombre la miró a ella y luego a Elliot.

—Pero todavía hay más en la cocina. Puedo traerlo.

—No, usted y su familia también deben comer y disponer de tiempo libre. Cuando terminemos, o si necesitamos algo, llamaré. Quiero decir que el señor McBride gritará para que venga Hamish.

Mahindar giró la cabeza hacia Elliot buscando su aprobación. Le alzó la cabeza y asintió. El hindú, apesadumbrado, bajó la bandeja y caminó lentamente fuera de la estancia, cerrando la puerta al salir.

Ella pasó el tenedor por la sabrosa salsa anaranjada mientras intentaba saber cómo sacar el tema a colación.

Se suponía que las mujeres debían resignarse a que sus maridos tuvieran amantes, e incluso hijos con ellas. No era un tema que una esposa debiera mencionar, ni siquiera si dichos niños eran llevados a la casa familiar para ser educados allí.

Pero quizá esa situación era diferente; la amante en cuestión estaba muerta y el asunto había sucedido años antes de que Elliot pensara en casarse con ella. La muerte de aquella mujer quizá provocara que él fuera más compadecido que censurado. Aunque incluso así, una dama decente no debía hablar de esas cosas, sino ignorar las aventuras de su esposo.

Sin embargo, a ella nunca se le había dado bien volver la mirada ante nada. Había tenido que mantener los ojos muy abiertos mientras crecía, mientras observaba a su distante pero respetable padre y a su inmoral e indolente madre.

—Mi madrastra... —comenzó. Tuvo que interrumpirse y aclararse la voz.

Elliot levantó la mirada. La chaqueta negra y la camisa blanca eran elegantes, pero su piel estaba dorada por la vida al aire libre y sus manos eran fuertes y callosas a causa del trabajo.

Ella carraspeó y tomó un sorbo de agua.

—Le diré a Mahindar que la próxima vez no eche tantas especias —comentó él.

—No, no, está bien. —Se pasó la servilleta por los labios—. Como te decía, mi madrastra puede ser muy ruda; discute las cosas con franqueza. Cuando venga de visita querrá saberlo todo sobre Priti y su historia. ¿Qué voy a decirle?

El pareció sorprendido.

—Dile lo que quieras. No me avergüenzo de ella.

—Pero, mi estimado Elliot, yo no sé cuál es la historia real.

El frunció el ceño.

—Te la he contado.

—No. —Juliana soltó de golpe el aire que contenía—. No, no lo has hecho.

Su ceño fruncido se hizo más profundo.

—¿No lo he hecho?

—No.

—Mmm... —Elliot tomó la jarra de whisky y vertió una buena cantidad en la copa. Luego apuró un largo trago y se pasó la lengua por el labio inferior—. Algunas veces no recuerdo qué he dicho y qué no.

—Entiendo. Debe de ser doloroso para ti.

Él se detuvo cuando estaba a punto de tomar otro trago, con la copa a medio camino de su boca.

—No me compadezcas, Juliana. Ya no soporto más piedad.

Juliana alzó la mano.

—No es piedad, sino interés. Realmente quiero conocer la historia.

Él bebió el whisky y mantuvo la mano en la copa cuando la dejó sobre la mesa.

—No es una historia bonita. No es apropiada para damitas que toman el té en una salita.

—Estamos en el comedor. Además, ahora soy una mujer casada. —Notó que se le calentaba la cara al recordar el peso de Elliot, la noche anterior, sobre ella en la oscuridad y el placer que sintió cuando él se internó en su cuerpo por primera vez—. Hemos consumado el matrimonio.

Elliot no varió la expresión.

—Existe la posibilidad de que no sea mi hija —confesó—, pero muchas más de que lo sea.

—¿Qué es lo que tú quieres? —Contuvo el aliento esperando su respuesta.

—Que sea mía, pero eso ya no importa. Su madre ha muerto, Archibald Stacy también y Priti seguirá viviendo conmigo, pese a quien pese.

9

Juliana soltó el aire poco a poco.

—Ese señor, Archibald Stacy, ¿era el marido de esa mujer?

—Stacy era un escocés al que ayudé a asentarse en la India. Le conocí en el ejército, donde fui su instructor. Recurrió a mí cuando abandonó su comisión, y yo le ayudé a encontrar una plantación cerca de la mía.

Ella supo por Ainsley que, después de que dejara el ejército, Elliot se había establecido como colono y que también había convertido en un lucrativo negocio enseñar a otros europeos a vivir y prosperar en la India.

—Éramos amigos —prosiguió Elliot—. Stacy estaba casado con una muchacha escocesa; volvió a Glasgow para casarse con ella, pero enfermó y murió solo un mes después de su llegada.

—¡Santo Dios! Pobrecita...

—La enfermedad puede acabar rápidamente con uno en la India —comentó su marido con contenido sentimiento—. Stacy lo lamentó mucho, pero acabó encaprichándose de una mujer hindú llamada Jaya.

«Una cortesana», pensó ella para sus adentros. Sabía que las jóvenes respetables eran ferozmente protegidas en el subcontinente para impedir que mantuvieran relaciones extramatrimoniales con hombres europeos. Con cualquier hombre, en realidad.

—Fue un asunto sin importancia —comentó Elliot—. De hecho, yo también me acosté con ella. Pero Jaya sentía inclinación por Stacy; temía que él no sintiera verdadero afecto por ella y solo la utilizara para satisfacer sus impulsos, así que para obtener una reacción por su parte, aseguró que me prefería a mí. Hizo las maletas y se trasladó a mi casa. Stacy se indignó muchísimo y la siguió para llevarla de vuelta. Creo que solo se dio cuenta del cariño que le tenía cuando ella le dejó. —Movié el whisky en el interior de la copa con dedos rígidos—. Cuando regresé a la plantación, después de escapar de mi secuestro, me encontré con que Stacy se había casado con Jaya, que ella había tenido un bebé y que luego había muerto. Stacy había abandonado a Priti, y Mahindar y Channan se habían hecho cargo de ella. Les pagué para que siguieran haciéndolo y también por los gastos ocasionados mientras estuve ausente. Priti tiene edad suficiente para que ya hubiera sido concebida cuando me capturaron.

Ella intentó decidir qué sentía. Sobre todo, celos; unos enormes y

dolorosos celos. En su mente, Elliot siempre le había pertenecido, desde que tenían diez años y él le había besado la mejilla al tiempo que le deslizaba una rana en el bolsillo del delantal.

Había estado dispuesta a casarse con Grant porque sabía que no servía de nada anhelar a Elliot, que había preferido irse a la India y aventurarse a conquistar el mundo. Pero el hecho de que Elliot hubiera recurrido a esa mujer desconocida, que hubiera hecho el amor con ella, provocaba un dolor enorme en su corazón.

Después, piedad... Por Priti, que se había quedado sola y no comprendía lo ocurrido, y también por Elliot, que regresó de una prueba durísima y horrible para encontrarse con que la mujer que le había dado una hija estaba muerta. Y cólera, por el misterioso señor Stacy, que abandonó a una criatura sin importarle qué le podría llegar a ocurrir.

—¿El señor Stacy continúa vivo? —preguntó.

Elliot meneó la cabeza.

—Creo que no. Abandonó su plantación y, según Mahindar, se fue a Lahore. Fue él quien me dijo que murió allí, en un terremoto, —observó a su marido mientras se servía otra copa—. Ya te advertí que no era una historia bonita.

—Tienes razón. No es apta para oídos de damas que toman el té.

—Forma parte del pasado. Ya da igual.

—Lo sé.

Elliot apuró el whisky y volvió a poner la copa en la mesa; no parecía tener intención de contar nada más.

—Bien —comentó ella con tono enérgico—. Priti es una niña muy dulce y me alegra que podamos facilitarle un hogar. Tendré que ocuparme de que tenga ropa adecuada y una institutriz. Además, una de nuestras prioridades será adecuar la habitación infantil. Por ahora puede alojarse con Nandita, pero Priti no vivirá como una criada.

—No, no vive como tal.

Ella dejó el cuchillo y el tenedor perfectamente paralelos a ambos lados del plato.

—Sé lo que quieres decir, mi querido Elliot; que vive como tú. Pero eso no significa nada. No es mi intención quebrar su espíritu, si es eso lo que temes, pero es necesario que aprenda modales, inglés y muchas otras cosas.

—Le preguntaré —repuso él con expresión seria.

—Y deberías reconocerla como a una McBride lo antes posible, para que

nadie se pregunte sobre su origen cuando crezca. Te lo advierto, siendo hindú su madre, no resultará fácil para ella. De todas maneras, nos esmeraremos en suavizarlo lo máximo posible.

—Gracias.

Aquella pacífica gratitud hizo que le bajara un escalofrío por la espalda. No era culpa de Priti ser hija de una cortesana a la que habían amado dos hombres. Los celos hicieron su aparición otra vez. Tenía que decidir cómo encarar ese tema, después de todo era un asunto pasado. Que Elliot hubiera decidido hacerse cargo de Priti sin importarle si era o no hija suya mitigó un poco aquella desagradable sensación.

—Sí, hay mucho que resolver. —Se refugió de sus emociones, como siempre, organizando. Poner orden en el caos resultaba muy reconfortante—. No solo con respecto a Priti, sino también a nosotros. En cuanto podamos debemos visitar a los vecinos de la zona. Es nuestro deber, lo mismo que es nuestra obligación ser anfitriones en una reunión. Quizá a mediados de verano. Eso indicará a nuestros vecinos que pensamos establecernos aquí y no somos solo una pareja de ciudad que quiere pasar una semana de vez en cuando en el campo. Tendremos que dar una *fête* y un baile. Voy a tener que averiguar dónde contratar violinistas y obtener alimentos que, por supuesto, serán los típicos de la zona. Quizá tú podrías...

Se interrumpió al ver que Elliot se había quedado paralizado y clavaba en ella una mirada insondable.

—¿Elliot? —preguntó con rapidez—. ¿Te encuentras bien?

—No puedo estar con gente —explicó en tono duro—. Ya no puedo.

No, no podía. Ella había sido testigo, incluso le costaba estar con la familia.

—Eso es lo bueno de tener esposa —explicó ella—. Tu única ocupación será parecer un laird y dejar que fluya el whisky. Yo me ocuparé de saludar a la gente y comprobar que todo el mundo se divierte. Confía en mí, es mucho mejor que dediquemos algunas horas a ello antes de estar en boca de todos. No te preocupes, Elliot, yo me ocuparé.

Ella no sabía, pensó Elliot, lo preciosa que estaba en ese momento. Sus ojos azules brillaban a la luz de las velas y su pelo centellaba cada vez que movía la cabeza. Hablaba con rapidez, haciendo gestos con aquella elegante mano, mientras le condenaba alegremente a visitar a los vecinos y ofrecer *fêtes* de verano.

Era fácil confesar al mundo, incluso a la educada y correcta Juliana, que

había engendrado una hija con Jaya; la mujer que le había protegido del frío cuando los gélidos vientos bajaron de las montañas que separaban el norte de la India del mundo. Era fácil admitir que Stacy y él la habían compartido al principio.

Aquel pecado había sido barrido por la terrible pesadilla que supuso ser capturado y exhibido como un trofeo. Barrido por lo que los hombres de esa tribu feroz habían hecho con él, lo que le habían enseñado a hacer para ellos. Había experimentado la esclavitud de primera mano; cómo la vida humana era considerada menos importante que la de un animal... Cómo toda su existencia, su nacimiento y sus orígenes no significaban nada.

Pero no podía contarle a Juliana que, mientras fue prisionero, esclavo, se había olvidado por completo de Jaya. No podía contarle que el tiempo que pasó con aquella mujer y con Stacy, que los años en la plantación, que los amigos que hizo allí y en el ejército eran como si nunca hubieran existido. Que la única persona a la que podía aferrarse, la única cara que vio durante todo aquel tiempo, era la de ella.

Juliana siguió charlando desordenadamente sobre *fêtes* y compras, sobre visitas a la mujer del párroco... Pero él no escuchaba sus palabras. Tan solo oía su voz, clara como una gota de lluvia.

Dejó a un lado el whisky —sabía que estaba bebiendo demasiado esos días— y apartó la silla. Juliana le observó con sorpresa; un caballero jamás abandonaba la mesa hasta que las damas decidían que era hora de que se retiraran a la salita.

Rodeó la mesa y movió también la silla de Juliana. Mientras ella le contemplaba con asombro, la hizo levantar de aquella ridícula silla que parecía un trono y la obligó a sentarse en una zona libre del impoluto mantel blanco que cubría la mesa.

—Elliot, no creo que...

La silenció con un beso. Deslizó los dedos debajo del intrincado peinado y lo aflojó.

Cuando estaba en la oscura celda había fantaseado con aquello, mientras recordaba lo suave que había sido su pelo cuando lo acarició la noche de su baile de presentación, antes de que le ordenaran al día siguiente que se uniera a su regimiento. Se había acordado mucho del contacto y de la forma exacta de sus labios cuando la besó, de la suave esencia a rosas que la envolvía.

Ella le había sostenido en la oscuridad y ahora necesitaba que le sostuviera otra vez.

Dibujó sus labios con la lengua, buscando la humedad que ocultaban cuando se entreabrieron. Juliana subió las manos para ahuecarlas sobre sus codos, hundiendo los dedos en sus bíceps por encima de la chaqueta.

Beso su boca, cada centímetro, y luego la mejilla, lamiendo la piel que tenía el privilegio de tocar. En la oscuridad, en el dolor, el recuerdo de su beso había sido el único alivio en medio de la agonía. Ella jamás sabría —él no encontraría nunca las palabras para explicárselo— cuántas veces le había salvado la vida.

«Te necesito».

Se movió hasta su oreja para rozarla con la punta de la lengua. Ella emitió un suave gemido gutural cuando él capturó el lóbulo con los dientes.

Estaba seduciéndola otra vez, pero ella le había seducido a él cada noche durante aquellos meses que estuvo perdido. La había anhelado cada día para que cesara la tortura, para que sus captores le ignoraran durante más tiempo, porque así podía hundirse en un bendito ensimismamiento en el que solo existía ella.

Nunca habían logrado que la olvidara porque no sabían que existía. Jamás dijo su nombre. Juliana era su secreto, su alma.

Y ahora era real.

Le chupó suavemente el lóbulo y se recreó en la manera en que ella se estremeció bajo su contacto. Le encantaba su aroma, su sabor... jamás tendría suficiente.

Regresó despacio a su boca, un beso diminuto tras otro, hasta que le separó los labios y le acarició el interior con la lengua. Adoraba su lengua. La atrapó con los dientes y comenzó a chuparla con ternura.

Ella emitió otro diminuto gemido de placer mientras él seguía succionándola, frotándola, disfrutando del sabor, del calor de su boca. La soltó para estirar el brazo hacia la jarra de whisky y verter más en la copa.

Luego la llevó hasta sus labios para que bebiera un sorbo y se zambulló en su boca, paladeando el whisky con su propia lengua.

Los ojos de Juliana brillaban con suavidad cuando él se retiró.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Saboreándote.

—Oh... —Ella se sonrojó. Y la única sílaba que había emitido hizo que él se tensara de placer.

Llevó de nuevo la copa a su boca. En esta ocasión Juliana tomó un sorbo antes de cerrar los ojos, para que él bebiera el whisky de ella.

Una y otra vez, él deslizó el mejor malta McGregor en su boca, y una vez tras otra bebió de ella. Era un hombre sediento y ella era su vaso.

Cuando la copa estuvo vacía, ella sonrió al tiempo que le miraba con ardientes ojos azules y el pelo despeinado.

—Vas a conseguir que me achispe.

El la besó una vez más sin responderle. Le deslizó los dedos por la garganta, desnuda hasta el borde del encaje del corpiño de seda que le dibujaba los hombros y los pechos. Aquella moda femenina siempre le había resultado desconcertante. Las mujeres llevaban los botones cerrados hasta la barbilla durante el día, pero atrevidos escotes que apenas les cubrían los pezones por la noche.

Pues tanto mejor para él. Desabrochó el corpiño en la espalda y tiró de las mangas para deslazárselas por los brazos, revelando el arco superior del corsé y la tímida camisola de encaje que llevaba debajo.

El padre de Juliana era un hombre rico y ella usaba ropa cara y delicada para cubrir su piel. La seda del corpiño quedó prendida en las callosidades de sus dedos, la tela del corsé era suave y bordada con flores de seda.

Aflojó los cordones del corsé y los desató, abriendo la jaula de ballenas para quitársela. La camisola de debajo apareció suelta ante sus ojos, llena de pliegues, tan suaves como la seda del vestido.

Fue fácil desatar la cinta que la cerraba y bajársela, dejándola caer sobre la tela del corpiño, a la altura de su cintura.

Ella observó con temblorosa curiosidad cómo derramaba otra buena cantidad de malta en la copa. La alzó y dejó gotear el whisky sobre sus clavículas para observar cómo resbalaba por su abdomen y sus pechos descubiertos.

Juliana contuvo el aliento.

—Elliot, el vestido...

El apenas la oyó. Se inclinó hacia ella y lamió el whisky de su piel antes de buscar la calidez de sus pechos. La saboreó y bebió, cerrando la boca sobre un pezón para comenzar a succionar.

Dejó marcas con sus dientes y su lengua, decorando el busto de Juliana. Ella tendría que ponerse ahora cuellos más altos, pero no le importaba. Podía envolverse en un paquete de seda si quería, para que solo él la desarrollara.

La lamió por completo mientras la hacía reclinarsse sobre la mesa, hasta que apoyó la espalda en el tablero, con el polisón torcido hacia un lado y las faldas subidas.

Entonces volcó el contenido de la copa, alzándola a gran altura, y el whisky se deslizó por su piel. Juliana soltó un gritito antes de comenzar a reírse.

Dejó de hacerlo cuando él se inclinó sobre ella para lamerla y saborearla, besándole los labios antes de secar cada gotita que cubría sus pechos.

Se detuvo en sus pezones, brillantes cúpulas rosadas mucho más oscuras que su piel cremosa. Recogió todas las gotas que allí había antes de cerrar la boca sobre cada uno.

Juliana se aferró al borde de la mesa al tiempo que separaba las piernas para envolver con ellas las caderas de Elliot, mientras una sensación salvaje crecía en su interior. Era más intensa entre mis muslos, pero el cálido hormigueo que provocaba su boca también la volvía loca.

Él tenía los ojos entrecerrados y el ceño fruncido con concentración. La mano con la que le cubría el pecho derecho estaba llena de duras cicatrices, al tiempo que el dorso parecía dibujado con marcas entrecruzadas, venas y vello dorado.

Le acarició el pelo, le gustaba sentir el tacto de sus mechones en los en los dedos. Decidió que era más hermoso ahora, después de haber sido maltratado y de haberse curado, que en su intacta juventud.

Él levantó la cabeza y la miró con ardientes ojos grises. Con el siguiente beso la presionó contra la mesa con todo su largo cuerpo.

La devastó por completo con ese beso. La asaltó con la lengua, se apoderó de sus labios. Ella salió al encuentro con su propia lengua, lasciva y despreocupada.

Justo en el momento en que pensó que él retrocedería, que quizá la ayudaría a levantarse para poder subir a su habitación, Elliot tiró de sus muñecas y la obligó a bajar de la mesa, sosteniéndola contra su cuerpo mientras le llevaba las manos a la parte de atrás de las faldas.

—Quiero desnudarte —dijo él—. Del todo. No puedo tocarte como es debido por culpa de este estúpido polisón.

Ella comenzó a tocar con dedos temblorosos los broches que sujetaban el corpiño a la falda y la sobrefalda a las enaguas. Se bajó todo lo más deprisa que pudo.

El propio Elliot soltó el polisón con tirones impacientes y ella supo que tendría que volver a coserlo más tarde. También fue él quien dejó caer el armazón de alambre al suelo, donde se detuvo con un chirrido parecido al que había emitido antes la gaita de Hamish.

Después él atacó los calzones, que resultaron mucho más fáciles de desabrochar, y se deshizo de ellos. Por fin se quedó desnuda, en el comedor, bajo la luz de las velas. Todavía llevaba puestas las medias de seda blanca sostenidas por ligeros de seda, y sus esarpines favoritos adornados con perlas.

Elliot volvió a subirla a la mesa antes de llevar la mano a la cinturilla del *kilt* y soltar el tartán que le rodeaba las caderas para mostrarse ante ella duro y completamente excitado.

Él le separó las piernas y se inclinó al tiempo que le colocaba las nalgas en el borde de la mesa. Se situó con rapidez entre sus muslos y se deslizó en su interior.

10

Una vez más, la sensación de que aquello era correcto inundó a Elliot. Era incluso superior al placer que suponía el sexo por sí mismo. No era que sumergirse en la húmeda calidez de Juliana no fuera placentero; por supuesto que lo era.

Ella era deseo y bondad. Olía a jabón de glicerina, perfume francés y mujer excitada. La imagen de su erección desapareciendo en su interior, ver su rojizo vello púbico rodeándole, brillante por sus fluidos femeninos, hizo que la sangre le hirviera en las venas; que su cuerpo ardiera sin remedio.

Los ojos de Juliana centellaban de pasión mientras sus pechos subían y bajaban al compás de su respiración. Tenía unos senos hermosos; cremosos y pálidos, con sedosas areolas.

Ella se aferró a él con los dedos y los muslos, sus cuerpos estaban entrelazados y trabados. Allí él estaba a salvo; su refugio estaba en su interior. Si pudiera quedarse allí siempre, estaría bien. Todo lo que había hecho en el pasado sería borrado y solo existiría Juliana.

Se movió dentro de ella, observando con cariño cómo la cara de su esposa se suavizaba con el placer, cómo su pelo se extendía sobre el *kilt* que él había puesto sobre la mesa. Estaba abierta para él, deliciosa, desnuda... Su Juliana. Había pensado en ella muchas veces, imaginando que hacían eso, pero la realidad era cien veces mejor que la fantasía.

En realidad quería decir que podía sentirla a su alrededor, cada textura de su piel, su calor, que podía oler su anhelo, algo que ahogaba por completo cada pensamiento de su mente. Podía saborear su preciosa piel, la suave calidez de sus areolas; oír los hermosos sonidos que hacía y que querían decir que ella encontraba placer en sus caricias.

Cada sentido traía consigo un deleite diferente, pero todos indicaban que era más bella que cualquier otra cosa que él pudiera haber imaginado.

De repente el frío se derramó sobre él, pero era solo el efecto del aire en el sudor que cubría su piel ardiente; un estremecimiento en lo más profundo de su cuerpo que significaba que estaba a punto de alcanzar la liberación.

No quería llegar al orgasmo todavía. Quería esperar, permanecer en el interior de Juliana para siempre.

Gimió, incapaz de detener su propio cuerpo, sintiendo pesar de que hubiera acabado, en vez de estremecedora alegría. Abrazó a Juliana en cuanto se

derramó en su interior, rodeándola con los brazos y aferrándose a ella con tanta fuerza como ella se aferraba a él.

—Elliot —la escuchó susurrar.

Una sola palabra, pero en la quietud de aquella estancia iluminada con velas fue suficiente.

Juliana no supo nunca durante cuánto tiempo se aferraron el uno al otro. Ella descansaba la cabeza en el firme hombro de Elliot mientras escuchaba cómo su corazón latía acelerado bajo su oreja. Le besó bajo el labio inferior, saboreando la sal en su piel.

El la sostenía con brazos temblorosos, pero no la soltaría; no la dejaría apartarse. No estaba segura de cómo sabía eso, pero lo sabía.

Una de las velas siseó cuando le mecha quemada cayó sobre la cera, al tiempo que el viento exterior sacudía con fuerza las ventanas batientes.

Salvo eso, todo estaba en silencio. Ella se sintió como una princesa de un cuento de hadas en aquel viejo castillo falso, y el caballero que la había llevado allí le mostraba un mundo que jamás había conocido. Sin salir de su palacio, había aprendido más en los últimos dos días que en los primeros treinta años de su vida.

El cuerpo de Elliot era tan sólido como los cimientos del edificio, pero aún así ella sentía su fragilidad. Él podía desmoronarse emocionalmente con un simple toque en el lugar adecuado, igual que le ocurría a muchas de las paredes de ese viejo lugar. Ella tenía que asegurarse de que ese golpe jamás llegara a producirse.

De pronto, en el pasillo se escucharon multitud de ruidos. Un golpe sonoro y cristales rotos fueron seguidos por bruscos pasos y una voz chillona en lengua punjabi ahogada por el bramido de un hombre.

Ella alzó la cabeza, alarmada. Elliot y ella estaban desnudos como Dios les trajo al mundo, el *kilt* de Elliot extendido bajo ella sobre la mesa. Sus ropas estaban esparcidas por el suelo y la estancia solo tenía una puerta. Ocultarse era tan imposible como huir.

Se escuchó la estentórea voz de McGregor al otro lado de la puerta.

—¡Basta ya, mujer! Un hombre hace lo que quiere en su propia casa.

Otra diatriba de Komal, porque ella era la única persona a la que podía corresponder la aguda voz que respondió al anciano. Más ruido de pasos en el corredor seguidos por la voz de Channan, que sin duda intentaba tranquilizar

los ánimos.

Elliot estrechó los brazos a su alrededor.

—No te preocupes —susurró él contra su pelo—. Mahindar no dejará que entre nadie. Está de guardia ante la puerta.

Ella notó que le ardía la cara.

—¿Ante la puerta? Pero si le mandé de vuelta a la cocina.

—Mahindar protege cada puerta tras la que yo esté. Sabe lo que podría ocurrir si me veo perturbado.

—¿Qué podría ocurrir?

Él encogió los hombros.

Podría atacar a cualquiera que entrara de manera precipitada. No estoy en mi sano juicio, puedo ponerme a repartir golpes.

Juliana percibió que su boca se convertía en una dura línea de resignación, como si él ya hubiera decidido que era inútil combatir su locura. Había aceptado y asumido que era algo con lo que debía vivir.

En alguna parte del interior de aquel Elliot duro y lleno de cicatrices, estaba el risueño joven del que ella se había enamorado tantos años atrás. Todavía estaba allí dentro... en alguna parte.

No se hacía la ilusión de que ella fuera lo suficientemente especial, o sabia, como para poder salvarlo. Solo sabía que tenía que intentarlo. El gritaba en silencio que no necesitaba más.

El estruendoso ruido resultó proceder de un aparador con las puertas de vidrio que se cayó en la salita y ahora estaba boca abajo con el cristal hecho añicos. Juliana se enteró de la historia a trozos.

McGregor había estado buscando en el aparador una caja con cigarros que juraba haber escondido allí quince años atrás. Al ser de corta estatura, se había subido a una silla para buscar en los estantes superiores, hasta que decidió subirse al propio mueble para buscar sus tesoros en la parte de arriba.

Komal, que entró en la estancia para realizar algún recado, vio a McGregor subido en el aparador y comenzó a regañarle con dureza. Cuando él intentó saltar al suelo, el *kilt* se le enganchó en un saliente de la parte de arriba. Su peso rompió la tela y siguió su camino hasta el suelo, claro está, pero su movimiento hizo tambalearse el mueble, que acabó cayendo con un increíble estrépito.

Komal comenzó a gritar a McGregor y los dos corrieron por los pasillos,

espetándose mutuamente, sin comprender ninguno de ellos ni una palabra de lo que el otro decía.

—He sido el laird de la propiedad durante cuarenta y cinco años —alzaba la voz McGregor, sacudiendo en el aire un dedo curvado por el reumatismo—. Cuarenta y cinco años. Y no pienso permitir que una banda de salvajes ateos me persiga en mi propia casa.

—Somos *sij*s, *sahib* —intervino Mahindar en tono ofendido—. Creemos en un dios.

—No puede negar que esa mujer grita como una salvaje.

—Es vieja, *sahib*.

—¿Vieja? —Rodeada por su pelo blanco, la cara de McGregor se puso roja como la grana—. No es mayor que yo. ¿Está insinuando que todas las personas de mi edad estamos locas? Déjeme que le diga que...

Juliana dio un paso adelante.

—Señor McGregor.

—No es necesario que intente aplacarme, jovencita. Lo sé todo sobre la manera de cautivar que tienen las mujeres. Mi esposa, que Dios tenga en su Gloria, era la más dulce de todas. Conozco todos los trucos de las hembras.

—Tío McGregor. —La fuerte voz de Elliot resonó en el pasillo antes de salir del comedor, en camisa y *kilt*, con la chaqueta sobre el brazo—. Hay un buen alijo de whisky en el sótano. ¿Por qué no vienes conmigo y me ayudas a catarlo?

McGregor se irguió en toda su altura.

—Es la primera sugerencia aceptable que he oído en toda la tarde —dijo bien alto.

Se dio la vuelta para dirigirse al vestíbulo. Cuando Elliot le alcanzó, McGregor comenzó a hablarle en un tono que pensaba que era discreto.

—Así que haciendo manitas en el comedor, ¿eh? La señora McGregor y yo solíamos dejarnos caer por el invernadero. Si hace buena noche se tiene una buena vista de la luna. —Su risa entrecortada dejó de oírse cuando Elliot le invitó a bajar las escaleras del sótano y cerró la puerta a sus espaldas.

Elliot sabía que iban en su busca, pero había encontrado un lugar para esconderse en las mismísimas entrañas de la tierra, en una parte de su prisión; el azar había hecho que descubriera una madriguera que nadie sabía que existía. Alguna tribu había excavado aquellas profundas cavernas dentro de las

colinas en un tiempo lejano, ya olvidado, y él se refugiaba ahora en ellas. Las puertas que le impedían huir eran antiguas y estaban oxidadas; los cerrojos eran fáciles de forzar, pero no había lugar a donde ir y sus captores lo sabían. La única vía hacia la libertad conducía a un guarda armado.

No había tardado mucho en observar la lucha de un pobre cautivo que buscaba luz y aire; lo único que se escuchó fue el trueno de un rifle y el grito amortiguado del hombre. El disparo no le mató al instante; el infeliz se había desangrado lentamente bajo un sol de justicia a lo largo de todo un día, suplicando que le dieran agua o, al final, que el guardia le pegara el tiro de gracia.

La suya fue la última cara humana que él había visto durante semanas. Sus captores le ignoraron; en ocasiones se acordaban de tirarle un mendrugo de pan y un maloliente pedazo de carne de cabra para mantenerle con vida.

El jefe de la tribu, sin embargo, quería mantenerle con vida porque quería jugar con él. El jefe odiaba a los europeos y les culpaba del caos que observaba desde su guarida en las montañas.

Elliot había encontrado túneles donde esconderse, agujeros tan diminutos y apestosos que solo los desesperados podían vivir en ellos. Ellos sabían que estaba allí, atrapado como un zorro en su guarida; sabían que no podía salir. Iban en su búsqueda cuando le querían y ahora estaban cazándole. Los escuchó llamarle cuando pasaron por encima de su escondite, y sus voces inundaron todos los espacios.

Se encogió en el agujero. No sentía regocijo al eludirlos, solo quería paz, pero el dolor llamaba constantemente a su puerta. El *kilt* le calentaba, pero sus dedos estaban helados, ateridos de frío.

Le habían arrancado las uñas una a una, tan solo para disfrutar de su dolor. Él se negó a gritar o a emitir sonido alguno; eso les decepcionó, así que le arrojaron en su celda y le negaron el agua.

Sed... Tenía tanta sed.

La búsqueda continuó hasta que las voces se desvanecieron. Ahora le dejarían solo. A solas para lamerse las heridas hasta que la sed y el hambre le desenterrara otra vez. Pero hasta entonces, se extendían ante él días de oscuridad y silencio en los que estaría solo.

Cuando Mahindar y Hamish salieron del sótano a la mañana siguiente, sin encontrar a Elliot, la preocupación de Juliana estuvo a punto de convertirse en

pánico.

El día amaneció despejado y fresco. Elliot había caído en su lado de la cama bien entrada la noche; estaba muy borracho después de haber probado con el señor McGregor todo el whisky disponible. La había tomado entre sus brazos para darle un beso con sabor a malta y luego se acurrucó junto a ella y cayó en un sueño ligero.

Ella le dejó dormir cuando se levantó y bajó a desayunar sola. Tema suficiente experiencia con los escoceses y el whisky como para saber que Elliot aún estaría un buen rato en la cama. Asimismo —y gracias a Dios— tampoco se escuchaba al señor McGregor.

Desayunó huevos y más *naan*, que le ofreció un alegre Mahindar, mientras planificaba su agenda.

Le había preguntado a Hamish sobre sus vecinos y el muchacho la puso al corriente hasta del último detalle. Estaba el señor Terrell, un inglés que había adquirido la cervecería de McGregor. El sirviente le contó que su esposa era de buena cuna y el hombre hijo de un caballero, así que ocupaban uno de los primeros puestos en su lista de visitas, pero el líder era el highlander que poseía la propiedad vecina, Ewan McPherson, viejo amigo del señor McGregor.

La señora Rossmoran, aunque no era tan rica como los Terrell, era una hija de la tierra, de Escocia; según Hamish, su familia era la que llevaba más tiempo en la zona. Ella apuntó en su lista que también sería una de sus primeras visitas.

Cuando terminó el desayuno, fue otra vez en busca de Hamish. No tuvo suerte en dar con él hasta que bajó al pasaje de servicio y le llamó por su nombre a gritos.

El salió repentinamente de la cocina con expresión de preocupación, pero Hamish solía estar siempre preocupado por algo, así que no dio demasiada importancia al hecho.

—Hamish, por favor, tienes que hacer correr el rumor de que necesitamos obreros. Cualquier clase de obrero, desde fontaneros a vidrieros o carpinteros. Pueden comenzar a venir hoy mismo, el señor McBride hablará con ellos.

Hamish la escuchó atentamente.

Sí, eso será si logramos encontrarle —apostilló con seriedad.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Si podemos encontrar a quién? ¿Al señor McBride?

—Sí. —El chico asintió con la cabeza y su expresión de preocupación se hizo más aguda—. Se ha ido, señora. No hay ni rastro de él.

11

—¿Cómo que no hay ni rastro de él? —Juliana clavó los ojos en Hamish mientras un miedo helado hacía desaparecer cualquier plan de ir de visitas o de ponerse a arreglar la casa—. Habrá ido a dar un paseo. El señor McGregor y él bebieron mucho whisky la noche pasada, y seguramente necesitará aclararse la cabeza.

—No, señora. Ya hemos pensado en eso, pero no ha ido a dar un paseo. Mahindar está seguro de que ha escapado para esconderse.

—¿Para esconderse? ¿Qué diantres significa eso?

—Mahindar dice que algunas veces, cuando todo lo que ocurre le supera, el señor McBride desaparece. Asegura que, en ocasiones, no le pueden encontrar durante días enteros. Pero también ha comentado que hace mucho tiempo que no se comporta de esa manera.

—¿Dónde está Mahindar? —exigió ella—. Quiero hablar con él.

—Está mirando fuera. Él, su esposa, Nandita y la niña le están buscando por todas partes. Yo también estaba en ello, pero usted me llamó.

¿De qué podía tener miedo Elliot? Estaba en las Highlands, en su casa. Allí estaba a salvo.

Pasó junto a Hamish y corrió hacia la cocina, olvidando de golpe todo lo que se había dicho a sí misma de que el ama nunca iría en las instalaciones de los sirvientes. —¿Mahindar?

El hindú salió de improviso de una esquina oscura. Lo hizo con tanta rapidez que ella soltó un grito.

El hombre comenzó a disculparse, pero ella le interrumpió.

—¿Le has encontrado?

—No, *mensahib*. Pero estamos buscando. Usted debería salir igual a hacer esas visitas. Yo le encontraré; siempre acabo haciéndolo.

—No seas tonto, hombre. No puedo irme tan tranquila y ponerme a tomar el té y hablar del clima sin saber si Elliot está bien o no. Podría estar herido. No me iré hasta que sepa que él está a salvo.

Mahindar abrió las manos.

—De acuerdo, pero podrían pasar días.

—¿Días? —Se le contrajo el corazón—. No lo entiendo. ¿Por qué hace esto? Esta es su casa.

Hamish surgió amenazadoramente por encima de su hombro.

—Porque está loco, ¿verdad?

Ella se volvió hacia él.

—Hamish McIver, no vuelvas a decir eso otra vez. Si lo haces... hablaré con tu madre al respecto. El señor McBride no está loco. Estuvo preso durante mucho tiempo contra su voluntad, y eso es muy duro, ¿sabes? Es normal que ahora tenga pesadillas sobre eso.

—Pero ahora está despierto.

Hamish tenía su parte de razón y ella tampoco comprendía por completo lo que le ocurría a Elliot. Pero al mismo tiempo, recordaba algunas cosas que su marido le había confesado; «mi mente vaga», «algunas veces no recuerdo qué he dicho y qué no».

—El muchacho tiene razón —intervino Mahindar—. El *sahib* está un poco loco ahora mismo. En realidad jamás ha llegado a recobrase por completo de los meses que estuvo retenido. ¡Pobre hombre!

—¡Basta! —gritó ella—. No quiero volver a oír a nadie hablar de locura. Mi marido no se ha vuelto loco, pero debemos encontrarle.

Los dos reaccionaron ante su tono y se escabulleron para continuar con la búsqueda.

Miraron por todas partes. El señor McGregor se integró en el grupo, por una vez no discutió, no reconvino ni gritó; era evidente que la borrachera de la noche anterior le había aplacado.

El hombrecillo le puso una huesuda mano en el brazo.

—Conozco un lugar en el que podría estar. Solía ir por allí cuando era un crío y buscaba fantasmas.

Hamish palideció al escuchar la palabra fantasmas y sus pecas destacaron en su piel blanca.

—Esta casa es demasiado nueva para tener fantasmas —aseguró ella con energía, mientras permitía que el señor McGregor la guiara.

—Ah, pero se edificó sobre el viejo castillo —explicó el anciano— que fue la fortaleza de los McGregor durante seiscientos años. Antes de eso hubo un pequeño destacamento para defender el pequeño valle de los invasores. — Bajó la escalera que comunicaba la cocina con la sala de calderas, donde habían encontrado a Nandita la mañana anterior—. Hay una manera para acceder al viejo castillo McGregor, o por lo menos a los sótanos que pertenecían a él. La descubrí cuando era un niño.

El señor McGregor se movió al fondo de la sala de calderas y apartó un desvencijado panel de la pared. Detrás había un nicho estrecho, que parecía un

escobero vacío y sin uso. El anciano tomó el farol que había allí dentro, sobre el suelo de piedra.

—Hay una trampilla oculta —explicó.

—¿Dónde? —Ella clavó los ojos en el suelo pero no vio nada que pareciera una entrada secreta.

Él hombrecillo se rio entre dientes.

—Ni mi abuela ni mis preceptores pudieron encontrarme nunca. —Dejó la lámpara en el suelo introdujo los dedos en algo i |ue parecía una grieta fortuita. Tiró.

Toda la losa de piedra subió y se apartó a un lado, revelando un malsano hueco negro y húmedo.

—Vamos, venga —la animó McGregor con alegría—. No es demasiado profundo. Una robusta muchacha de las Highlands como usted no tendrá ningún problema.

Él se dejó caer en el agujero y aterrizó en el pequeño espacio, suficiente para que un hombre bajo como él pudiera estar en posición vertical. Sin embargo, un tipo alto como su marido encontraría serios problemas para permanecer erguido.

McGregor la ayudó a bajar y luego volvió a tomar el farol, que encendió.

—Cuando era muchacho, pensé que eran las mazmorras —explicó, iluminando las paredes irregulares con la luz. Los muros eran viejos, pero aquellas antiguas piedras todavía eran una base sólida para la edificación que sostenían—. Sin embargo, se trataba de bodegas. En una ocasión, encontré un plano del lugar.

La oscuridad era absoluta y las paredes formaban un laberinto. Ella avanzó detrás del anciano, rezando para que no le fallara la memoria.

Escuchó un ruido. Un movimiento.

McGregor lo oyó también y se detuvo, alumbrando con la luz una esquina entre dos paredones. La linterna había descubierto algo que brillaba con intensidad. Ojos.

Una forma poderosa se abalanzó fuera de las sombras. El farol del señor McGregor salió volando y la vela se apagó cuando la lámpara cayó al suelo. El anciano gritó y luego se escuchó el golpe de un cuerpo chocando violentamente contra la piedra.

Corrió hacia el sonido y se topó con la figura musculosa de su marido arrodillada en el suelo, reteniendo al señor McGregor contra el suelo a pesar de todas sus patadas y manotazos. El anciano resollaba y las palabras que

intentaba formar resultaban incoherentes.

—¡Elliot! —gritó ella tan fuerte como pudo. Le agarró por los hombros e intentó detenerle.

Su marido se resistió, retorciéndose para liberarse de sus manos, sin soltar a McGregor, pero ella no dejó que lo consiguiera. Se inclinó y acercó los labios a su oído.

—Elliot. Basta —dijo muy suave.

Él no respondió. Ella le rodeó con los brazos; notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Por favor... —Se le rompió la voz con un sollozo y le besó en el nacimiento del pelo.

Elliot se quedó paralizado. Cesó de moverse por completo y su cuerpo pareció convertirse en una estatua de mármol. Debajo de él, McGregor tosió.

—Juliana —susurró entre desconcertado e inseguro.

—Estoy aquí.

Él se volvió con una rapidez casi violenta y le pasó las manos por los brazos, por los hombros, por la cara.

—Juliana...

—Estoy aquí —repitió ella, intentando mantener la voz pausada—. Le has dado al pobre señor McGregor un susto de muerte.

—Esto... bien. —El anciano tosió otra vez y se aclaró la voz—. Muchacho, eres rápido como un rayo. Si participas en algún momento en los juegos de las Highlands, apostaré todo mi dinero a que ganarás todas las pruebas.

Elliot le ignoró. En cambio, siguió acariciándola, volvió a pasarle las manos por la cara y se las bajó por los brazos. Ella le acarició a su vez, su única conexión en aquel oscuro lugar, y buscó sus labios con los dedos.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó él en tono brusco.

—Da igual. Te hemos encontrado.

Le rodeó con sus brazos y él se inclinó sobre ella, tembloroso. Tenía el cuerpo muy frío cuando se aferró a ella como si jamás pudiera soltarla.

Juliana salió a realizar las visitas esa tarde, sin Elliot.

Pensó que sería mejor ir sola, con Hamish, que conducía el landó, como única compañía, pero en el último momento apareció el señor McGregor, que bajó en tromba las escaleras y salió de la casa anunciando que la acompañaría.

El *kilt* de McGregor bailaba sobre sus huesudas rodillas y llevaba la chaqueta mal abrochada. Komal salió tras él, le agarró del brazo y le obligó a

girarse para abrocharle bien el cuello.

—¡Déjeme en paz, maldita mujer! —farfulló el escocés, pataleando junto al landó. Komal apartó las manos y desapareció en la casa.

Primero fueron a la hacienda vecina, propiedad del señor McPherson. La casa de McPherson era un castillo en condiciones, del que se tenía constancia escrita hasta el siglo XIV, según aseguró McGregor. Se había levantado junto a la orilla de un lago en un pliegue entre montañas. La carretera conducía hasta un puente levadizo que estaba subido cuando llegaron.

Hamish detuvo el landó y ella contempló la maciza fortaleza, agazapada contra las montañas. Se había sentido inquieta al dejar a Elliot, pero Mahindar le había prometido que lo cuidaría y el propio Elliot la había animado a marcharse con un gruñido.

Dejándola fuera otra vez, como el puente levadizo de madera oscura que cerraba el castillo McPherson.

Apareció un hombre en una de las almenas. Era grande como un oso y estaba envuelto en un tartán azul y rojo.

—¡Alto ahí, McGregor! —bramó—. Llengo veinte cañones apuntándote. Deberás pagar el peaje.

Ella lanzó una mirada de soslayo a Hamish, pero el joven no parecía alarmado en absoluto con aquello. McGregor se levantó del asiento.

—Abre, McPherson, viejo chiflado. Llevo conmigo a la nueva señora McBride.

McPherson les estudió con atención, haciendo sombra con una mano sobre los ojos.

—¡Oh, de veras? —Miró por encima de su hombro—. ¡Duncan, despierta! ¡Levanta el puente levadizo!

La enorme hoja de madera —que debía necesitar una buena reparación— comenzó a subir al girar las aceitadas cadenas. Hamish, tomó las riendas de nuevo e hizo avanzar el vehículo a través del puente.

Una vez dentro, la casa de McPherson resultaba moderna y agradable. El castillo había sido renovado y convertido en una morada confortable y habitable con suelos de madera, vidrieras, cortinas, alfombras, libros, muebles adecuados y personal que se ocupara de todo. El castillo también tenía una larga galería donde se hallaba expuesta una completa colección de armas, retratos de antepasados McPherson y reliquias, no solo de Culloden, sino de guerras mucho más antiguas del clan.

McPherson les esperaba en la puerta y procedió a mostrarle aquellas

maravillas. Era un hombre gigantesco; tan grande como McGregor pequeño. Era alto y corpulento frente al menudo y enclenque tío de su marido; robusto y musculoso por la buena mesa. Su pelo y barba rojizos apenas estaban veteados de gris y su rostro era típicamente escocés: pecoso y levemente bronceado por el sol veraniego.

—Las colecciono —explicó McPherson a Juliana mientras ella admiraba aquellos pedazos de historia—. Muestran la verdadera historia de Escocia, no los tartanes y claymores falsos que venden a los turistas ingleses. La mayoría de las reliquias que hay aquí son de los McPherson, pero también tengo algunas que pertenecen a los McGregor o los McBride.

—Las colecciona... —bufó McGregor—. Eso dice. Sería más fiel a la realidad si dijera que su clan de mendigos se convirtió en uno de ladrones. Invasores, es lo que son. La mitad de lo que enseña es de los McGregor.

—Sí —aceptó McPherson en tono amable—. Y los McGregor a su vez también nos robaron a nosotros. —Se rio a mandíbula batiente—. Siempre hemos estado igual su familia y la mía, robándonos a la espalda. Sus hombres nos birlaron a nuestras mujeres y nosotros nos apoderamos de las suyas, por eso estamos íntimamente emparentados. Somos medio primos o algo por el estilo.

—Este botín, por ejemplo —McGregor señaló un puñal—, es McGregor. Juliana lo estudió en su urna de cristal.

—Lo conserva en buen estado para usted.

McPherson volvió a reírse a carcajadas.

—Me gusta esta muchacha. ¿Qué sería de todos estos tesoros si estuvieran en esa ruinoso casa tuya?

—La señora McBride va a renovar el castillo. —McGregor parecía medio orgulloso, medio avaricioso—. Nos dará de comer en platos de plata con servilletas blancas antes de que nos demos cuenta.

—Estoy deseándolo. —McPherson la miró mientras ella terminaba de estudiar el contenido de la última vitrina—. Dígale a su marido que es bienvenido a acompañarme a cazar cuando quiera. Le vi deambulando ayer por las colinas con un arma, pero sé que no disparó a nada en su propiedad. McGregor no tiene un ayudante desde hace más de treinta años.

—McBride llevará su propio ayudante —aseguró McGregor, ansioso por defender a Elliot.

—Sí, pero hasta que lo haga, es bienvenido a cazar en mis tierras. Mi hijo se ha mudado a Edimburgo y se ha convertido en un hombre de ciudad que no

quiere ensuciarse las manos en asuntos del campo. Pero tiene hijos —añadió McPherson con los ojos brillantes—. Estoy corrompiendo a mis nietos; les enseño a amar las tradiciones de las Highlands. Su padre las odia —proclamó con una risita.

—El señor McBride le agradecerá su generosidad —aseguró ella—. Le envía sus disculpas por no venir él mismo, pero no se encuentra bien.

Los ojos del gigante perdieron su brillo pícaro y apareció en ellos una nota de simpatía. Sin duda sabía exactamente lo que había ocurrido la noche anterior. Las noticias volaban.

—Sí —intervino McGregor—. Anoche pasamos un buen rato estudiando la malta McGregor.

McPherson estalló de nuevo en risas.

—Se necesita una constitución fuerte para ello. Se pondrá bien, muchacha. —La miró fijamente como si estuviera enterado sobre lo ocurrido con Elliot pero estuviera dispuesto a creerse la explicación de McGregor.

Algo después, una criada entrada en carnes llevó el té a la salita y Juliana lo sirvió.

—Hablando de malta McGregor —intervino McPherson—, imagino que visitará también a los Terrell.

—¿A la familia inglesa? —preguntó ella—. Sí, pensaba hacerlo.

—No es mala gente —aseguró McPherson—. Son recién llegados y no intentan ser más escoceses que los propios escoceses, pero ahora mismo tienen visita, una pareja de las tierras bajas a la que le gusta mucho guardar el protocolo. Al parecer están recién llegados de las Indias. Presumen conocer a su marido o, en todo caso, de tener amigos comunes con él.

¿Habría alternado el salvaje Elliot con gente severa que se habría negado tercamente a degustar manjares como los que Mahindar les había servido la noche anterior? No obstante, Elliot ocultaba profundidades. Ella no podía estar segura del tipo de personas que él podía llegar a conocer.

—Quizá podríamos ir otro día, ¿no crees, muchacha? —sugirió McGregor.

—No, mejor hoy. —Observó el chorro de té mientras rellenaba una taza. Tanto McGregor como McPherson aprovecharon su aparente distracción para verter un poco de whisky de la petaca del anfitrión—. Tendremos que ir y saludar.

—¿Ves? —dijo McGregor a su amigo—. Siempre correcta y guardando las formas. Quiere ofrecer una *fête* de verano y un baile. Igual que cuando vivía mi esposa, Dios la tenga en su Gloria.

—¿En tu casa? —inquirió McPherson—. Entonces va a realizar un milagro.

—No será un milagro, señor McPherson —aseguró ella—. Será fruto de una cuidadosa planificación. Con organización se puede conseguir hacer cualquier cosa.

Juliana se despidió con pesar del señor McPherson poco tiempo después. El castillo era un lugar tan acogedor como su dueño, a pesar de él mismo.

Después de que una doncella la ayudara a ponerse la chaquetilla y los guantes, McPherson se acercó a ella.

—Mucho me temo que esto se le va a escapar de las manos, muchacha —le dijo el hombre sin que McGregor le oyera.

—¿Se refiere al castillo McGregor? —preguntó, enderezándose los guantes—. Es posible que lo parezca, pero una buena organización hará que supere cualquier obstáculo.

—No, no me refería a esa monstruosidad que él llama hogar.

El gigante la miró con simpatía—. Quería decir con McBride. Ahora no vaya a ponerse toda altiva. Él ha regresado del infierno eso afecta a cualquier hombre. Yo he estado en alguno de los lugares más salvajes de África y sé lo que es. Hay horrores que ningún hombre debería tener que experimentar. —El hombre le puso la enorme mano en el hombro—. Si es demasiado para usted, o para él, envíemelo, me lo llevaré de pesca. Nada calma el ánimo como un buen día de pesca.

—Gracias, señor McPherson. Es usted muy amable.

—Y por lo que puedo ver, usted es una muchacha orgullosa. Ha decidido encargarse de él y punto. McBride es un tipo afortunado. Pero recuerde que aquí será bienvenido. Los dos lo serán.

—Gracias —repitió ella justo antes de que McGregor comenzara a bramar que tenían que darse prisa.

Todos estaban preocupados por Elliot, pensó ella mientras el landó atravesaba el puente, de camino hacia el pueblo.

La idea la satisfizo y, al mismo tiempo, le resultó un poco molesta; Elliot no era una patética criatura digna de lástima. Era mucho más fuerte de lo que todos pensaban. Lo atestiguaba que a pesar de lo dura que había sido la prueba que sufrió, no se hubiera convertido en un lunático babeante inmovilizado a una camisa de fuerza. El mismo sabía que la locura le acechaba y luchaba

contra ello. Ella no pensaba permitir que nadie lo olvidara.

La siguiente parada fue en la casita campestre de la señora Rossmoran, que estaba al otro lado del bosque que rodeaba el castillo McGregor. La casa de piedra encalada con tejado de pizarra parecía en tan buen estado como el huerto con sus filas de coles, zanahorias, judías y otras verduras. Aquel terreno práctico floreció provocadoramente como un parche en sus pensamientos.

Fiona, la bonita joven nieta de la señora Rossmoran y prima de Hamish, aparentaba la misma edad que su primo. Cuando se detuvieron les dijo que desafortunadamente su abuela no se encontraba bien esa mañana, pero que le alegraría saber que habían pasado por allí. Fiona se despidió con la mano cuando Hamish hizo girar el landó para dirigirse a casa de los Terrell.

Los ingleses ocupaban una casa mucho más moderna, en lo alto de una colina que dominaba el pueblo. Era un edificio alargado de dos pisos construido en piedra de buena calidad, con tejado de pizarra. Las ventanas y las chimeneas estaban pintadas de negro, a juego. El jardín era convencional, con zonas de arbustos, fuentes y setos llenos de flores de verano.

La salita era grande y elegante, recordándole la que había en la casa que su padre poseía cerca de Stirling. Les llevaron otra bandeja con un servicio de té, que en esta ocasión sirvió la señora Terrell. Los caballeros degustaron whisky en vez de té en otro ambiente de la misma estancia, donde se centraron en temas más masculinos.

A Juliana no le gustaron los señores Dalrymple. No supo la causa de su aversión, porque eran agradables en el trato a pesar de la descripción que el señor McPherson había hecho de ellos.

La señora Dalrymple llevaba puesto un correcto vestido gris, con un polisón tan pequeño que parecía un mero guiño a la moda imperante. El pelo era castaño vetado con cabellos blancos y estaba sencillamente peinado; no usaba pendientes ni broches, la única joya que lucía era una delgada alianza de bodas. La imagen era clara: nada de frivolidades para la señora Dalrymple.

Ella misma confirmó que tanto ella como su marido habían conocido a Elliot en Punjab.

—No alternamos, por supuesto —proclamó la mujer—. El señor McBride era colono y soltero, mientras que mi marido tenía un puesto en otros círculos.

—Servicio civil del gobierno hindú —tradujo la señora Terrell.

—No nos mezclábamos con los dueños de las plantaciones —siguió la señora Dalrymple con bastante arrogancia—. Las reglas eran esas, ya sabe.

Los colonos a veces tomaban esposas nativas. No es que el señor McBride lo hiciera —se apresuró a matizar—, pero nuestro estimado amigo el señor Stacy fue uno de los que, desafortunadamente, sucumbió.

—Todavía no entiendo por qué el señor Stacy tomó esposa hindú —intervino la señora Terrell—. ¡Qué horror! Imagine, vivir en las mismas estancias que un pagano.

Ella pensó en Priti, hija de la mujer a la que se refería, y sintió que su temperamento comenzaba a bullir en su interior.

—Cuando se vive en la India se está en contacto todo el rato con gente nativa.

—Bueno, sí, pero son sirvientes —adujo la señora Dalrymple. Uno no se casa con ellos.

—Entonces, ¿era una criada? —preguntó ella, antes de poderse contener—. Me refiero a esa mujer.

—Santo Cielo, no tengo ni idea. No son preguntas apropiadas. Es posible que procediera de una buena familia hindú, pero lo veo poco probable, ¿sabe? Ellos jamás dejan que sus mujeres abandonen el *purdah*, ni tampoco les dejan emparentar con las familias extranjeras.

—Entiendo... —Dejó la taza en el platito—. ¿Qué le ocurrió al señor Stacy?

La señora Dalrymple se quedó quieta. Su marido también se paralizó en el otro ambiente de la estancia, interrumpiendo el canturreo del señor McGregor.

En el silencio resultante, fue la señora Dalrymple quien tomó la palabra.

—El señor Stacy fue asesinado. Siento mucho tener que decirle esto, señora McBride, pero estamos convencidos de que su marido fue el asesino.

12

Juliana no podía moverse. Le dolía la muñeca por el ángulo en el que sostenía la taza, pero no podía inclinarse para dejarla sobre el platito.

—¿Asesinado? —repitió sin apenas mover los labios—. Sí, he oído que el señor Stacy murió en la India, pero fue en un terremoto.

—Eso es lo que dice el señor McBride —convino la señora Dalrymple—. Estamos reuniendo pruebas para demostrar que su marido mató al señor Stacy. —Juliana vio cómo la mujer levantaba su taza de té—. Que no se diga que no la he advertido.

La señora Terrell pareció algo avergonzada y el señor McGregor dejó su vaso de whisky de golpe sobre la mesa.

—¡Qué disparate es ese! McBride es un buen chico, no haría daño ni a una pulga. ¡Está usted loca o algo peor!

La señora Terrell contuvo el aliento.

—Por Dios, McGregor, ese lenguaje.

—¿Por qué tengo que tener cuidado con lo que digo, cuando su invitada no hace más que arrastrar por el fango el nombre de un buen muchacho de las Highlands? Debería estar avergonzada.

—Seamos honestos, querida —dijo con suavidad el señor Dalrymple a su esposa—, no tenemos la certeza de que dañase a nuestro estimado señor Stacy, solo son rumores.

McGregor tomó de nuevo el vaso de whisky.

—Muy bien dicho. Me gusta usted, Dollimple.

—Dalrymple —corrigió el hombre.

—Como sea. —McGregor apuró de un trago el resto del whisky.

La señora Dalrymple pareció afligida. Juliana se levantó.

—Creo que será mejor que nos vayamos. Gracias por el té, señora Terrell.

McGregor se puso en pie bruscamente, haciendo que su *kilt* se meciera.

—Excelente, muchacha. Tanto whisky está comenzando a hacer efecto. Me alegro de haberle conocido, Dall Blimple.

Ella se obligó a salir de la estancia rígidamente. Una vez fuera de la casa, agradeció a la doncella escocesa que le llevara sus prendas, resistiéndose al deseo de sugerirle a la chica que se buscara otro empleo.

Pero, pensó con crueldad, cuando el castillo McGregor esté preparado, ofrecería empleo a todos los del pueblo, y los Terrell y sus amigos tendrían

que volver a Inglaterra u ocuparse de todo ellos mismos.

A su espalda, escuchó como la señora Terrell amonestaba a la señora Dalrymple en voz baja y la chillona respuesta de la mujer.

—Mató a nuestro querido señor Stacy. No tengo ninguna duda al respecto, y debería pagar por ello.

—No te preocupes, muchacha —anunció McGregor mientras se subían al landó—. La venganza será terrible. He escupido en la jarra de whisky.

Elliot caminó. En esa ocasión, y para alivio de Mahindar, no había llevado la escopeta, aunque tampoco había llegado a cargarla la última vez; Priti estaba con él entonces y no quiso arriesgarse a hacerle daño.

Ahora pisaba pesadamente sobre los helechos y el barro, rodeando los pequeños campos con la cosecha crecida de finales de verano. Al este, la tierra se inclinaba hacia el mar, que se extendía ancho y azul para ser tragado por el horizonte gris.

Caminaba para olvidar la mirada que vio en la cara de Juliana cuando salieron de los sótanos, con las mejillas sucias por el polvo y las lágrimas, con el precioso vestido arruinado. Ella le había contemplado con ansiedad, incluso con miedo; una mirada que no quería volver a ver.

Juliana había descubierto en ese momento cómo era él realmente. Si cuando estaban sentados en la oscura cripta hubiera sabido lo que sabía ahora, jamás habría sugerido sonriente que se casara con ella.

Aquella mañana, en los sótanos, él había creído de verdad que estaba de nuevo en su prisión. Todos sus sentidos se lo decían: había escuchado voces hablando en el dialecto de la tribu, había olido la porquería que se acumulaba por los rincones, había saboreado el polvo en el aire... Había estado allí.

Y aún así, no podía recordar por qué había entrado en los túneles que había bajo la sala de calderas ni como los había encontrado aunque le fuera la vida en ello. ¿Había estado explorando la casa? ¿Buscando algo? No lo sabía.

Estar al aire libre era más seguro. No existía el peligro de que confundiera Escocia con la selva del norte del Punjab y Afganistán, donde una pared de montañas afiladas era el único horizonte y el mar tan solo un distante sueño.

Aquí, las coníferas y los árboles frondosos se erguían hacia el cielo, cubriendo las faldas de las montañas. Los prados estaban llenos de flores silvestres y los rebaños de ovejas cubrían las colinas.

Se encontró de pronto frente a una casita blanca con el tejado de pizarra

que tenía un huerto de hortalizas en un patio lateral. Una joven pelirroja se ocupaba de la huerta, arrancando las malas hierbas con manos enguantadas. Ella escuchó sus pasos y se levantó, sonriéndole encantada.

—Señor McBride. Ha venido... Mi abuela se sentirá feliz de verle.

La muchacha se quitó los guantes tirando con fuerza de los dedos y se aproximó a la puerta abierta de la casa, presuponiendo, sin duda, que él la seguiría. Sin pensar, entró tras ella, agachando la cabeza para salvar el dintel bajo y contundente.

El interior de la casa era pequeño pero cálido. Aquella era la vivienda de un viejo arrendatario que, en sus orígenes, tenía un dormitorio y un altillo, pero en la que en los últimos años se habían añadido paredes interiores para distribuir el espacio de manera equitativa. Por la puerta principal se accedía a una pequeña salita que daba a la cocina, y en la que había sillones confortables y una amplia alfombra frente a la chimenea.

Las paredes estaban recién pintadas. Alegres cortinas colgaban en las ventanas y había una maceta en el alféizar con flores de verano. Resultaba un lugar acogedor. A Juliana le gustaría.

La puerta del fondo estaba abierta y en ese momento emergía por ella la señora Rossmoran, apoyada en un bastón negro. Él le ofreció su brazo y la guio hasta uno de los sillones, donde la ayudó a acomodarse sin que ella protestara. La nieta, Fiona, se dirigió a la cocina, donde llenó un cubo con la bomba del fregadero antes de colocar el caldero sobre un pequeño fogón negro.

—Gracias, muchacho —dijo la señora Rossmoran—. Es usted todo un caballero a pesar de que esté emparentado con McGregor. —Golpeó el asiento de otro sillón con el bastón—. Siéntese y déjeme examinarle. Su esposa vino hace un rato, pero estaba con McGregor y no quise recibirle. La señora McBride es una criatura preciosa. Muy guapa, sí, señor. Su madre era una Duncan —gruñó la señora Rossmoran acomodando el trasero en el sillón—. Era hija de una de mis amigas del colegio. Sin duda su suegra era una cabeza hueca. Fascinante, pero una cabeza hueca.

Él no tenía respuesta a tal efusión. Ladeó la cabeza de manera educada y tomó asiento obedientemente mientras ella seguía hablando.

—La madre de su esposa sedujo al estirado y correcto St. John para que se casara con ella por su fortuna, y hasta ahí todo fue como la seda. Luego le ignoró por completo; adquirió más ropa de la que cualquier mujer necesita y descuidó a su hija. La señora St. John permitió que los sirvientes hicieran lo

que quisieran y, como casi siempre, no querían hacer nada, así que la pobre Juliana tuvo que ocuparse de sí misma. No es bueno que un niño esté tan solo. Oh, sí, tuvo a sus abuelas, una institutriz adecuada y, por último, el colegio; su padre no es el tipo de hombre que se olvide de la educación de una hija. Sin embargo, sus compañeros de juego fueron lacayos y criadas, y sus confidentes el ama de llaves y el mayordomo. Cualquiera brillo que la señorita St. John adquiriera fue gracias a sí misma, jamás he dado mérito alguno a esa academia a la que asistió, siempre he pensado que fue una pérdida de tiempo y dinero.

Elliot recordó aquella época en la que había visitado la casa de Juliana acompañado de Ainsley. Jamás estaban en una habitación en la que pudiera entrar la señora St. John. Juliana había fingido siempre que no le importaba — era un hecho de la vida que los niños no se entremezclaban mucho con sus padres—, pero él había visto el dolor en sus ojos cuando su madre se cruzaba en su camino y actuaba como si no percibiera su presencia.

—No parezca tan sorprendido de lo que sé, muchacho. Es posible que esté sepultada en este remoto lugar, pero conozco a todas las buenas familias escocesas de esta zona del país y más allá de las islas Orcadas, y recibo montones de cartas.

Fiona llevó la bandeja del té y la dejó sobre la mesa.

—Doy fe de ello, señor McBride. Recibe cartas todos los días. Y también envía muchas.

—Así que lo sé todo sobre su joven esposa —aseguró la señora Rossmoran, mientras indicaba a su nieta que le sirviera a él primero—. Por lo que he oído, es una buena muchacha. Meneé la cabeza cuando me enteré de que iba a casarse con el señor Barclay; no era el hombre adecuado para ella. Ese tipo se deja llevar demasiado por su tonta familia. Fue una suerte que se fugara, pero, ¡por el amor de Dios!, ¿tenía que ser con la profesora de piano? Bueno, es posible que sean felices.

Él tomó la taza de té que le ofrecía Fiona.

—Yo me siento muy feliz de que se haya apartado de nuestro camino.

La señora Rossmoran sostuvo la taza que le tendió su nieta con ambas manos, pero no le temblaban.

—Por supuesto. Siempre he pensado que usted y la joven Juliana harían una pareja fabulosa. Ayuda mucho que ella sea amiga de su hermana, y que su hermano y el padre de ella sean socios. Sin embargo, no sé por qué los hombres tienen que dedicarse a los negocios. Está claro que en estos días la tierra ya no es importante y que son los banqueros y comerciantes los que

rigen el mundo. He escuchado que usted tiene mucho dinero ahorrado.

—Sí, algo. —Bebió el té. La conversación con la señora Rossmoran estaba resultando muy refrescante. Apenas era necesario que hablara.

—Lo consiguió en el subcontinente, ¿no es cierto? Son muchos los que marchan para allí dispuestos a hacer fortuna y terminan desposeídos, muertos por culpa de alguna enfermedad extraña o adictos a sustancias nocivas. Pero a usted no le ha ocurrido nada de eso, ¿verdad? Multiplicó su dinero y ayudó a esos tontos ingleses a averiguar cómo puede uno hacerse rico allí. —La señora Rossmoran se rio entre dientes—. Es usted un muchacho listo. Cuando era niña fui testigo de cómo los *sassenachs* ahuyentaban a los campesinos escoceses, cómo quemaban sus casas para convertir Escocia en una gran granja de ovejas. No deja de ser justicia poética que uno de los nuestros se llevara todo el dinero que hicieron con esos rebaños.

No había sido tan sencillo, pero él no se molestó en corregirla. La efusión de ella aligeraba un poco la oscuridad.

—¿Y qué va a hacer ahora? —La señora Rossmoran se detuvo para tomar un sorbo de té—. El joven Hamish dice que está como una cabra, aunque a mí me parece que está muy cuerdo. Sin embargo, mi nieto asegura que en ocasiones se comporta como un loco delirante. Al chico le gusta exagerar, pero el corazón me dice que tiene razón. ¿Ha visitado a algún médico?

—Lo hice y no fue de mucha ayuda. —Patrick le sugirió que fuera a ver a un especialista que le escuchó, le tomó el pulso y dijo mmm muchas veces antes de prescribirle agua de cebada.

La señora Rossmoran respiró hondo por la nariz.

—Los médicos solo dicen lo que uno quiere oír. Apuesto lo que quiera a que le dio algún brebaje asqueroso en una botella negra que no hizo ningún efecto. O le dijo que todo era un disparate y que solo necesitaba superarlo. Sin duda, ahora los médicos son demasiado jóvenes, salen de la universidad con ideas pomposas sobre lo que hay en los cuerpos, pero hacen caso omiso de lo que marca la vida de las personas, ¿no es cierto? —Le dio una palmada en la rodilla cubierta por el *kilt*—. Lo que usted hace, muchacho, es sufrir. Sufre por usted mismo; por todo lo que ha pasado, ¿verdad? Ha visto demasiado y se ha sentido demasiado herido. El hombre que fue no volverá jamás.

Todo eso era cierto, cada palabra. Escuchar aquella valoración directa de la pequeña boca fruncida de la señora Rossmoran era sorprendente y reconfortante.

—Sin embargo ya ha empezado a superarlo al casarse —aseguró la

anciana—. Aférrese a ella, muchacho, y todo saldrá bien.

—Sí. Estoy de acuerdo con eso.

La señora Rossmoran se rio, mostrando que había perdido muchas de sus muelas.

—Ya me parecía a mí que estaría de acuerdo. Le brillan los ojos al pensar en ella. Muchacho, ¿sabe lo que necesita? Niños. Muchos hijos. Váyase a su casa y póngase manos a la obra.

No tardó mucho en marcharse, saciado por el té y las galletas calientes que Fiona acababa de sacar del horno. Le habían obligado a llevarse la mitad a casa.

La señora Rossmoran tenía algo de razón, pensó Elliot mientras subía una ladera al abrigo de los árboles en dirección al castillo McGregor. Niños.

Siempre se sentía mejor cuando estaba con Priti. ¿No se sentiría todavía mucho mejor si Juliana y él se rodeaban de pequeños pelirrojos como su madre? Una habitación entera de críos con los que Priti pudiera jugar y él deleitarse.

Pensar en los actos que tendría que llevar a cabo para concebirlos le aligeró el corazón.

Se excitó al recordar a Juliana en el comedor, sentir su cuerpo bajo el suyo había sido tan bueno como ir después a la cama con ella y estrecharla contra su pecho. Habría hecho mucho más si no hubiera estado tanto tiempo apaciguando a McGregor. Pero esa noche...

El bosque continuó monótono y el silencio lo inundaba todo. Sin embargo, él se detuvo con cada nervio alerta.

Escudriñó la colina que se erguía a la izquierda, donde los altos árboles recortaban su línea de visión. Pero lo supo; aquel hormigueo en la nuca se lo decía.

Había alguien en el bosque.

Alguien que le observaba.

Sus pensamientos se abrieron —«No, por favor. Otra vez, no»—, y él los aplastó. Estaba loco, sí, pero su locura no podía provocar que el bosque se quedara en silencio.

Aquel lugar rebosaba vida. Aves, bestias e insectos llevaban su particular existencia en aquel territorio; nacían, crecían, se aventuraban fuera de los nidos, encontraban parejas, criaban a sus hijos y morían. Toda esa vida hacía ruido.

Que un bosque se quedara en silencio quería decir que un depredador

mortal hacía que todos los animales se hubieran quedado quietos, como él mismo. Aquel depredador podía ser un oso, un lobo o, lo más probable, un humano.

No supo cuánto tiempo se quedó inmóvil bajo los árboles silenciosos.

Poco a poco, los sonidos regresaron. Un petirrojo cantó y otro le respondió. La maleza comenzó a susurrar... Ardillas o conejos que regresaban a sus madrigueras.

Volvió a escudriñar la colina. Aparentemente nada había cambiado, pero los animales sabían —igual que él— que el cazador se había marchado.

Recordó ahora por qué había ido a la sala de calderas y la excitación que sintió al encontrar la trampilla. Recordó lo que había estado buscando antes de que las imágenes se apoderaran de su mente y le transportaran al pasado.

Comenzó a andar más rápido, mucho más rápido, hasta que bajó corriendo la cuesta para descubrir si había estado en lo cierto.

Mahindar informó a Juliana cuando llegó después de la visita a los Terrell de que Elliot no estaba en casa, pero antes de que tuviera ocasión de preocuparse, su marido atravesó a grandes zancadas la puerta abierta.

—Juliana, acompáñame.

Él estaba jadeante y caminaba deprisa, y en sus ojos había una llama de determinación.

Ella abrió la boca para preguntarle adonde quería llevarla, pero la cerró cuando él le ofreció a Mahindar la torta de maíz y mantequilla, la tomó de la mano y tiró de ella hacia la cocina.

—¿Puedo al menos quitarme el sombrero? —preguntó.

El frunció el ceño al bajar la mirada hacia la inclinada ala del sombrero, con las rizadas plumas flotantes en lo alto y el trozo de encaje que cubría el frente. Ella se dio cuenta de que no estudiaba el tocado, sino la mejor manera de deshacerse de él.

Introdujo los dedos bajo las horquillas, alzó el sombrero y lo dejó en manos de Channan, que había salido corriendo de la cocina para unirse a ellos.

El volvió a tomarla de la mano y la arrastró hacia la escalera que partía de la cocina; hacia la oscuridad del sótano y el calor de la sala de calderas.

Al menos ahora la caldera estaba en funcionamiento. Un parpadeo rojo procedía de la enorme máquina de hierro en la esquina, donde se podría

calentar agua para cocinar y, con suerte y tiempo, para los cuartos de baño de arriba. Elliot encendió dos linternas con una vela y le tendió una a ella.

Mahindar apareció en la puerta.

—*Sahib*, ¿qué hace usted aquí abajo otra vez?

Él le ofreció a Mahindar su linterna, se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa para abrir la pesada trampa.

—He recordado para qué vine aquí abajo esta mañana. —Recuperó la linterna de manos del hindú—. Quiero que te quedes aquí —ordenó—. Quiero que alguien sepa dónde estamos, por si acaso la trampa se cierra y no la puedo abrir, que es lo que me ocurrió a mí.

—Ah... —articuló Mahindar como si eso lo explicara todo.

—¿Juliana? —se dirigió a ella—. ¿Estás dispuesta a explorar conmigo?

—Quizá la *mensahib* querría cambiarse de ropa —sugirió Mahindar—. Ahí abajo hay mucha suciedad.

Ella bajó la mirada a la seda color óxido. Cuando se lo puso esa mañana, aquel vestido le gustaba, pero ahora estaba manchado porque se había enfrentado con él a los Dalrymple. Elliot parecía impaciente y ella no quería impacientarlo más subiendo y cambiándose.

—Está bien —aseguró—. Después de todo, ya lo he usado una vez.

El frívolo comentario no funcionó. Elliot no dijo nada y Mahindar pareció afligido.

—Espere, se lo ruego. Esperen un momento.

Salió disparado y regresó, corriendo, menos de un minuto después con una prenda blanca muy grande. Dejó la linterna que ella sostenía en el suelo, alzó la tela y la dejó caer por su cabeza.

Era una de esos blusones enormes que usaba Mahindar con sus pantalones de seda. Estaba limpio y era lo suficientemente grande como para cubrir la mayor parte de su vestido.

—No quiero estropearlo —dijo ella.

Mahindar le hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y le ofreció de nuevo la linterna.

—Tengo muchos. Venga, vayan.

Elliot bajó por el hueco, dejó la linterna en el borde y le tendió los brazos.

Él tuvo que encorvarse para poder avanzar por el pasadizo, pero en esta ocasión, la cercanía no parecía preocuparle. En cuanto ella recuperó el equilibrio, Elliot la guio hacia delante.

—Debo comentarte algo —dijo ella mientras le seguía por las entrañas del

viejo castillo—. Me temo que concierne al señor Archibald Stacy.

Él no respondió. Siguió caminando deprisa a pesar de tener que inclinar la cabeza y los hombros, y ella se apresuró a seguirle.

—Eres de lo más exasperante, Elliot McBride —protestó ella.

Él se volvió hacia ella y le tomó la mano.

—Lo sé.

Su fuerte agarre era un apoyo que la salvaba de la oscuridad. Sus linternas emitían una débil luz; solo pequeños círculos en el espacio. Hamish había asegurado que el queroseno estaba a punto de llegar, pero quizá las velas de cera dentro de aquellas linternas de hojalata fueran más seguras en esa oscuridad desconocida.

—¿A dónde vamos? —susurró ella. No era necesario hablar en voz baja, pero el denso calor que les envolvía parecía requerirlo.

Elliot respondió en tono normal, sonando muy cuerdo.

—Cuando era un muchacho encontré los planos del viejo castillo en uno de los libros de la biblioteca de tío McGregor. El castillo había sido enorme, con instalaciones secretas, almacenes y dormitorios que usarían en caso de asedio. Mi tío me trajo aquí abajo y me mostró un poco el lugar; he comenzado a explorarlo otra vez después de comprarlo.

—¿La gente vivía aquí abajo? —Ella se estremeció. Aquel laberinto tenía el techo muy bajo, estaba muy oscuro y esa gente no dispondría de las buenas linternas que Elliot y ella llevaban consigo.

—Vivían aquí cuando era necesario —aseguró él—. Tío McGregor dice que los McPherson hacían redadas a menudo en esos tiempos, y que mujeres, niños y cualquier cosa valiosa se ocultaba aquí abajo.

—El señor McPherson parece muy orgulloso de descender de invasores. Por cierto, me ha dicho que eres bienvenido para pescar o cazar en su hacienda cuando lo desees.

—Hace seiscientos años, los McPherson eran salvajes guerreros, lo mismo que los McGregor. La suya fue una larga contienda. Los tiempos cambian, sí, pero las personas no.

Lo que fuera que quisiera decir, no lo explicó.

—Elliot —comentó ella mientras él seguía obligándola a internarse en la oscuridad—. Sé que se supone que debo ser una esposa obediente, que debo dejar que mi marido decida mi destino sin oponerme, pero me temo que jamás he dispuesto de buenos ejemplos de esposas obedientes en mi vida. Mi madre siempre hizo lo que le dio la gana; mi madrastra es algo más considerada con

la opinión de las demás personas, pero no mantiene precisamente en secreto sus opiniones, así que hay algo que debo preguntarte. ¿Tienes intención de vivir en el castillo McGregor durante el resto de tu vida? ¿Explorar el castillo y pasearte por las Highlands? ¿O regresaremos ocasionalmente a la civilización, aunque solo sea para un breve interludio? Al ritmo que llevamos, pronto me quedaré sin ropa.

Él se irguió bruscamente y ella se dio cuenta de que habían entrado en una estancia en la que el techo permitía que se enderezara en toda su altura. La luz de su linterna no llegaba a iluminar el techo, pero sintió que estaban en un lugar enorme, y la frescura de la atmósfera indicaba que aquel aire limpio procedía de alguna parte.

—Todavía no regresaremos a Edimburgo —comentó él distraído, iluminando a su alrededor con su luz.

—Sé que tener demasiadas personas a tu alrededor te pone nervioso —dijo ella—. Has perdido el hábito de alternar con la sociedad y sueles provocar las habladurías de la gente. Lo sé. De hecho, me sorprendió mucho que fueras a Edimburgo. Sin embargo tuve la fortuna de encontrarte el día de la boda.

—Por supuesto que fui a Edimburgo.

Su voz contenía una nota de seriedad y ella le miró para encontrar sus ojos clavados en ella, plateados e intensamente brillantes a la luz de la llama.

—¿Para asistir a mi boda? —preguntó ella en voz baja—. Qué detalle por tu parte.

Había enviado una invitación genérica a Rona, convidando a la familia McBride. Se había dicho a sí misma que lo hacía así porque no tenía manera de saber si los tres hermanos McBride menores estarían o no en el país para la ocasión.

Pero ahora era consciente de que jamás habría podido escribir una invitación para Elliot. Al enviar una nota general había evitado garabatear su nombre.

La mano con la que Elliot todavía sostenía la de ella se tensó, agarrándola con más fuerza.

—No fui a Edimburgo para asistir a tu maldita boda. Fui para detenerla.

Ella parpadeó.

—¿Para detenerla?

Su mirada gris era tan afilada que cortaba.

—Por supuesto que fui para detenerla, muchacha. ¿Acaso crees que hubiera permitido que te casaras con otro hombre que no fuera yo?

13

—Pero... —A Juliana se le secó la boca. La mirada de Elliot estaba llena de ardiente determinación, era el Elliot que había ido a buscarse la vida en una tierra lejana y que no permitió que pasar casi un año prisionero acabara con él—. Si no querías que me casara con Grant, ¿por qué esperaste hasta el día de la boda para hablar conmigo?

—Porque sabía que tenía muchas más posibilidades de conquistarte si me ponía de pie en la iglesia delante de todo el mundo y decía que tenía una razón para no permitir que te casaras con él.

—¿Qué razón es esa? —preguntó ella con un hilo de voz. Solo se podía detener una boda si se podía probar que alguno de los cónyuges estaba casado con otra persona, que tuvieran un grado de parentesco demasiado cercano o que uno estuviera forzando al otro a casarse; y ninguna de esas premisas podía ser aplicada en su enlace con Grant.

—Habría dicho que tú, Juliana, eres mi pareja; mi mujer. Que siempre has sido mía. Que no permitiría que te fueras con ningún otro.

Elliot la miraba con tanta intensidad que sus ojos decían todavía más que las palabras. Había un crudo dolor en aquellos iris grises; la soledad de un hombre que pensó que siempre estaría solo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella con voz suave, pero ronca por la emoción—. ¿Por qué no me lo dijiste antes de que pensara en casarme con él? ¿Cuando creía que no podías ser mi marido?

El le soltó la mano y volvió a iluminar con la linterna a su alrededor.

—¿Qué habrías hecho si me hubieras visto cuando volví a casa de la India? Era un hombre arruinado, asustado por igual de la oscuridad y de la luz. No era nada. —Su voz era aguda—. Ya has visto lo que todavía hago; no habrías querido a un marido como yo... Te hubieras casado conmigo por piedad y no hubiera podido soportarlo. Quería poder ofrecerte algo; una casa, un marido que pudiera caminar erguido la mayoría de los días

Ella permanecía quieta, incapaz de moverse. Jadeó, ahogada por las apretadas cintas del corsé. Un pensamiento sobresalió entre todos los que daban vueltas en su cabeza; jamás había sabido lo que Elliot sentía por ella. Durante todos esos años, cada vez que pensaba en él, cada vez que deseaba estar cerca de él sabiendo que vagaba por el ancho mundo fuera de su alcance, él también había pensado en ella.

—Deberías habérmelo dicho —susurró.

Él no cambió de expresión, pero la mirada que le dirigió contenía toda su alma.

—Ahora ya lo sabes.

Elliot se giró y se alejó en la oscuridad.

Ella corrió tras él con el corazón acelerado. Se dividía entre el júbilo y la cólera, entre el desconcierto y una salvaje felicidad. Elliot, su hermoso Elliot, el muchacho al que había amado siempre, le había correspondido durante todo ese tiempo. Le había observado cuando se subió a un árbol para rescatar su cometa, admirando en secreto lo atléticamente que se movía pero fingiendo que no le interesaba. La firmeza de su mejilla cuando le premió con un beso al devolvérsela había quedado grabada en sus pensamientos durante semanas. El beso que él le robó cuando bailaron en su baile de presentación la había obsesionado durante años.

Notó que se le mojaban los pies y que perdía el hilo de sus pensamientos.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó, subiéndose el ruedo de la falda.

Elliot iluminó un cerco a su alrededor.

—Si no me equivoco, en una caverna en la colina que separa las tierras de los McGregor y los Rossmoran. —Él se apoderó de nuevo de su mano, apretándola entre sus dedos calientes.

—¿Por qué está mojado el suelo?

—El túnel transcurre junto al río; es posible que incluso lo atraviese.

Elliot le sirvió de guía a un paso lento, alzando mucho la linterna para estudiar el suelo antes de permitir que ella avanzara con él. La superficie de la caverna estaba inclinada y al fondo se intuía el brillo del agua.

Él se movía con seguridad y ella se dio cuenta de que debería preocuparse de que él no supiera el camino de vuelta. Pero no le preocupaba. Elliot había estudiado los planos y explorado los túneles previamente. En la India le habían contratado para hacer justo eso: explorar, descubrir, encontrar para otros.

Este Elliot exudaba competencia capaz y calmada. El hombre arruinado que le había dirigido hacia unos momentos aquella mirada salvaje mientras le confesaba que había acudido a Edimburgo a detener su boda había desaparecido.

Él la guio por el suave suelo de piedra hasta el punto más alto, dejando a la izquierda el sonido del agua. La impresión que ella había recibido antes se incrementó; el aire era fresco y renovado tras haber atravesado el calor

malsano y húmedo de los túneles.

Elliot la escoltó sin vacilar hasta un hueco que comunicaba con el mundo exterior. La abertura —de la altura de Elliot— estaba cubierta por espesa maleza y los arbustos la cubrían por completo. Él sopló para apagar la vela de la linterna y se volvió para que le sostuviera la lámpara y poder romper las ramas que les impedían salir.

Arrancó con facilidad muchas de las más delgadas, pero también había dos gruesos troncos bloqueando el hueco. Salir sería posible, pero llevando a cabo bastantes maniobras.

Elliot apagó también la vela de la otra linterna y tomó las dos de sus manos para arrojarlas a través del hueco. Se forzó a traspasar la abertura y luego escaló, alzándose a sí mismo sobre los arbustos. Las afiladas ramas se engancharon en el *kilt* y se lo subieron hasta las caderas mientras se abría paso entre la vegetación.

—Elliot... —susurró ella—. No llevas nada debajo de la ropa.

Sus muslos y fuertes nalgas se tensaron mientras atravesaba el agujero. Juliana avanzó un paso cuando lo consiguió y él se volvió hacia ella con una sonrisa colmada de pecado.

—Soy escocés —dijo.

Todavía con aquella pícaro sonrisa, separó más ramas desde fuera y le tendió los brazos.

Ella se aferró a ellos mientras pateaba en el aire, escapando con maña de la oscuridad. El blusón de Mahindar estaba ahora roto y manchado de tierra.

El hueco desembocaba en la ladera de una colina. Elliot se apoyó contra la pared de piedra casi vertical y ayudó a Juliana a buscar apoyos; matas de hierba que no se desgajaran bajo su peso.

Habían emergido en medio de un brezal sin árboles, pero lleno de rocas, y los arbustos habían crecido sobre el hueco. La ladera sobre la que estaban caía en pendiente sobre un río... De hecho, un paso en falso podía hacerla zambullirse en él.

Pero Elliot no estaba dispuesto a permitir tal cosa. La sostenía con fuerza inamovible mientras la guiaba por el improvisado camino, hasta que alcanzaron un sendero que recorría un lado de la colina. El balido de las ovejas a lo lejos indicaba cuál era, probablemente, el uso del camino.

Su marido la ayudó a subir a una enorme roca redondeada antes de seguirla. Una vez que se aseguró que estaba segura, bajó de nuevo la ladera. Ella le observó cubrir el hueco, reemplazando las ramas rotas y borrando

cualquier rastro.

Elliot recuperó las linternas que había lanzado antes por el agujero y regresó junto a ella, caminando con seguridad por el escabroso camino, sin dar nunca un paso en falso. Por su actitud, podía estar caminando por una ancha carretera y bien pavimentada.

Él llegó a la enorme roca donde estaba ella y se detuvo a su lado.

—Este valle debe haber sido un buen lugar para que los McGregor se escondieran de los McPherson —comentó Elliot—. Podían cruzar el río y refugiarse en los prados, más allá, sin que nadie se diera cuenta.

—Pero entonces habrían dejado el castillo en manos del clan rival —reflexionó ella, mirando hacia el río—. ¿Crees que los salvajes antepasados del señor McGregor habrían hecho eso?

—No, pero sí que habrían puesto a salvo a las mujeres y los niños. Las familias pudieron haber vivido de lo que proporcionaba este valle.

Ella tomó nota de la belleza del lugar; el río que se apresuraba bajo ellos, el mismo que tanto asustó a Nandita cuando atravesaron el puente el primer día. Tanto el señor McGregor como Hamish afirmaban que en aquel río había pesca abundante, y en los pliegues del valle, las mujeres y los niños habrían encontrado bayas u otros alimentos. En épocas más pacíficas, habrían explorado el valle que se perdía entre las colinas, para saber exactamente dónde esconderse cuando llegaran las batallas.

—Te apuesto lo que quieras que ahí abajo hay un montón de arbustos cargaditos de moras —dijo ella, notando que se le hacía la boca agua—. ¿Qué te parece, Elliot? ¿Llevamos un cubo de ellas al castillo y le enseñamos a Mahindar cómo hacer mermelada?

—No tenemos cubo.

Ella alzó el blusón blanco que la cubría y formó un recipiente con la tela.

—Solía hacer esto con mi delantal cuando era niña. En la propiedad de mi padre me dedicaba a recoger moras que acostumbraba a comer en el mismo camino. Volvía loca a mi institutriz.

Él no la miró, pero esbozó una leve sonrisa.

—La Juliana que yo conocí siempre tenía el delantal immaculado. Nunca llevaba un pelo fuera de su sitio. Cumplía todas las normas.

—Esa es la Juliana que alternaba en sociedad. Cuando estaban en el bosque, era muy distinta. Allí nadie podía verme.

—Yo no era la sociedad, era el hermano travieso de tu mejor amiga.

—Es posible, pero cuando Ainsley venía de visita, o cuando la visitaba yo,

todo eso tenía que hacerse muy correctamente. Tu hermana siempre se ha reído de mi insistencia sobre guardar la etiqueta, pero me seguía la corriente.

—El hecho de que convencieras a Ainsley para seguir las reglas es por sí solo un milagro —aseguró él con la objetividad que tenía un hermano mayor para con una hermana atolondrada.

—Recuerdo que ella disfrutaba asaltando la despensa cuando estábamos en la escuela. Siempre la consideré muy audaz, pero jamás le importó compartir su botín. Sin embargo, todo ha salido bien, ¿no crees? Ahora está felizmente casada, tiene un bebé y otro en camino.

—Quiero tener hijos.

La brusca declaración de Elliot la hizo detenerse. El sol se ponía por detrás de las colinas, a la derecha, llenando el río de sombras. Elliot recorrió con la mirada la corriente de agua antes de rodear otra roca enorme. El crepúsculo hacía que sus rasgos parecieran más afilados y rodeaba su figura con un leve resplandor.

Cuando él volvió a mirarla, la líquida luz rozaba la fina red de cicatrices, que se perdían desde la sien bajo el nacimiento del pelo.

—Muchos hijos —insistió él.

—Entiendo. —A ella se le aceleró el corazón—. ¿Es esa la razón por la que te apresuraste a ir a Edimburgo con idea de detener mi boda y quedarte con la novia?

—No, solo quería alejarte de ese imbécil, Barclay. Por suerte para él, se fugó antes de que tuviera que matarle.

—¿Matarle?

—Por su bien, espero que se haya largado con la profesora de piano a Inglaterra. Te lo hizo pasar mal y eso no se lo perdono. —Elliot parecía otra vez distante—. Entonces todavía no me había dado cuenta de que quería tener hijos.

—¿Te has dado cuenta ahora?

—Algo de lo que dijo hoy la señora Rossmoran hizo que lo hiciera.

—¿La señora Rossmoran? —Ella parpadeó—. ¿Has hablado hoy con ella? Cuando me detuve para visitarla su nieta me dijo que se encontraba mal. ¿Ya está bien?

—La señora Rossmoran es una mujer fuerte de las Highlands. Le dijo a su nieta que mintiera porque no quería ver al tío McGregor.

—Ah. —Ella rectificó en su mente la idea sobre una débil anciana de las Highlands—. Recordaré ir sola la próxima vez. O quizá contigo. Al parecer no

le importa recibirte.

—Hoy lo hizo. Quizá la próxima vez haya cambiado de idea.

Ella hizo un gesto de exasperación con las manos.

—Da igual la causa, no visité a la señora Rossmoran, pero sí a los Terrell, y es necesario que te cuente qué ocurrió allí. Los *sassenachs* tienen unos amigos llamados Dalrymple, y mucho me temo que piensan que tú mataste al señor Stacy.

Él no la miró. La única indicación de que Elliot la había oído provino de un leve frunce en su ceño.

—¿Elliot?

—¿Quién sabe? —pronunció lentamente—. Es posible.

Ella había abierto la boca para convenir que tal cosa era absurda, pero las palabras murieron antes de abandonar sus labios.

—Yo sé que no... Ella es una... ¿Cómo? Pero tú mismo dijiste que el señor Stacy había desaparecido cuando regresaste a tu plantación. Que no le habías vuelto a ver.

—No recuerdo haberle visto otra vez —la corrigió—. Mahindar me dijo que Stacy se había trasladado a Lahore, donde murió, pero en esa época estaba muy mal y recuerdo muy poco de lo que hice durante esos meses.

—Pero Mahindar lo sabría —adujo ella—. Te cuidó, ¿verdad? Estuvo contigo todo el rato. Quizá deberías decirme exactamente lo que te ocurrió.

Elliot hizo una pausa y ella pensó que estaba pensando la mejor manera de desgranar la historia.

—Será mejor que se lo pidas a Mahindar —dijo él en cambio—. Será más coherente.

—Pero si hubieras hecho algo tan atroz, incluso aunque no lo recordaras, Mahindar estaría al tanto. Te lo habría dicho.

El negó con la cabeza.

—Mahindar podría haberlo ocultado. A mí... a todo el mundo.

—¿Por qué haría eso?

—Para protegerme. Si no sé lo que he hecho, no huiré. No me entregaré a las autoridades.

Él hablaba de aquello con lejanía, con demasiada calma.

—Bueno, pues yo me niego a creerlo —afirmó ella—. ¿Qué razón tendrías para matar al señor Stacy?

Elliot encogió levemente los hombros.

—Quizá quisiera vengarme de él.

—Eso es absurdo. Le pediré a Mahindar que me cuente lo ocurrido.

—Miente muy bien. Y sobre todo por mí.

Ella alzó la barbilla.

—A mí no me mentirá. Pero debemos tomar medidas con respecto a los Dalrymple. No podemos permitir que la policía venga a arrestarte.

Elliot entrecerró los ojos para mirarla.

—En eso estoy de acuerdo. Jamás he oído hablar de esos Dalrymple.

—Afirman haber llegado de las Indias, donde eran amigos del señor Stacy. Dijeron que habían coincidido contigo al menos una vez.

—Stacy jamás los mencionó y yo no los conocí.

—Interesante... —Se dio varios toquécitos en el labio con el dedo—. Creo que deberíamos informarnos sobre ellos, y me parece que sé a quién preguntar. Y ahora, como tú mismo dijiste antes de arrastrarme por esos pasadizos, has recordado por qué bajaste a ellos esta mañana. ¿A qué te referías?

—Ya no estoy seguro. Tenía una idea, pero...

Ella entrelazó los dedos.

—Es que ahora que he atravesado los pasadizos y estoy sucia y arañada, me interesa saber por qué.

Elliot se dio la vuelta y la miró fijamente. Cualquier interés que tuviera en el señor Stacy o en los Dalrymple y su horrible acusación había desaparecido.

—Creo que lo que más me interesa en este momento es volver a retomar el tema de los hijos. —Volvía a estar concentrado totalmente en ella, traspasando cualquier barrera que ella pudiera haber alzado y pasando por encima de cualquier pensamiento—. Quiero tener hijos contigo. ¿Tú quieres tenerlos conmigo?

Aquella mirada de Elliot hizo que se le detuviera el corazón. Su cuerpo comenzó a calentarse y la brisa que provenía de las sombras no lo evitó.

—Sí —dijo—. Quiero tener hijos contigo.

La pequeña sonrisa que esbozó Juliana cuando le respondió, medio tímida medio inocente, hizo que a Elliot le ardiera la sangre en las venas.

No quería que Juliana se viera involucrada en su pasado, no quería que este la tocara. Ella era suya ahora, representaba su futuro.

Se puso delante cuando ella apoyó la espalda contra la pared de roca, metió una rodilla entre sus piernas, se inclinó y la besó.

Sabía a polvo y a viento del atardecer. Su piel estaba húmeda de sudor, tenía las mejillas sucias; estaba muy hermosa.

Él no había perdido el tiempo poniéndose ropa interior debajo del *kilt*, el clima era benigno. Que Juliana le recordara que estaba desnudo debajo del tartán había hecho que le atravesara una ardiente sensación. A ella le gustaba mirarle, no le avergonzaba ver su cuerpo al natural. Él siempre había sabido que ella no era una mujer fría y ahora se alegraba más que nunca. Su miembro se irguió contra la falda de Juliana a través del *kilt*; quería estar dentro de ella, quería que se desnudaran y retozaran por el suelo en aquella tranquila y agreste colina.

Era peligroso. Pero sabía que el observador se había marchado, que les rodeaban los ruidos naturales del campo. Las aves se desplazaban con rapidez y los conejos susurraban, sin preocuparse por ellos.

La boca de Juliana era cálida y acogedora, sus labios eran ahora más expertos. Los moldeó contra los suyos mientras ella le buscaba la lengua sin que él tuviera que animarla a hacerlo.

Su erección se puso todavía más dura. Quería sentir allí su lengua, verse rodeado por sus labios mientras él enredaba los dedos en sus cabellos y se perdía suavemente en su boca. Pero esa era la habilidad de una cortesana. Le enseñaría a hacerlo, pero no allí, no en ese momento.

Fue él quien rompió el beso, pero le gustó que Juliana mantuviera los dedos entrelazados en su nuca, que le mirara con los ojos entrecerrados como si no quisiera soltarle. Su boca estaba húmeda y roja. La volvió a besar.

Entonces, con suavidad, separó las manos de su cuello y se arrodilló ante ella. Tomó su falda y, arrugándola entre sus dedos, enrolló el mojado borde, ahora manchado de lodo, y se la subió.

Ella le miró.

—Elliot, ¿qué haces?

Él le alzó la falda y las enaguas hasta las caderas. El polisón que llevaba ese día era más pequeño que el que había usado la noche anterior y la tiesa armazón que ahuecaba sus faldas estaba sujeta por detrás; delante solo había un suave trozo de lino.

Desabrochó los ganchos y se deshizo del polisón. Tenía que decirle que no lo usara cuando creyera que iban a estar solos.

Después desató el cordel que aseguraba sus calzones y se los bajó.

Apenas escuchó su ahogado jadeo de protesta. Inhaló el cálido perfume de su Juliana, estudió el ardiente vello rojo que protegía su sexo y los rizos ya húmedos. Luego se inclinó hacia delante y la besó, aspirando su aroma.

—Estás mojada para mí.

Ella le pasó un delgado dedo por la sien.

—Parece que no puedo evitarlo.

—Me gusta que te mojes por mí. —Le pasó la lengua por la hendidura—. Me gusta saborearte.

Ella desplazó los dedos temblorosos hasta sus cabellos.

—Podría venir alguien.

—Avísame si lo hace.

A él no le importaba quién pudiera verlos. Que los habitantes de las Highlands le encontraran de rodillas, amando a su esposa; así sabrían que ella le pertenecía, que los perseguiría si le hacían algún tipo de daño.

El sostuvo las faldas arrugadas con las manos. El suave algodón le rozó las mejillas cuando se recostó sobre ella, moviendo la lengua a lo largo de su abertura.

Ella separó las piernas sin que se lo pidiera. Olía a miel y a sal, a su dulce néctar. Tomó un poco con la punta de la lengua y se detuvo a saborearlo.

Notó la firme baya cuando respiró. Con las manos llenas de tela, deslizó la lengua sobre ella y abrió la boca para tomarla por completo. Ella separó todavía más las piernas, ofreciéndole su humedad, su dulzura...

—Estás empapada —susurró. La veloz respiración de Juliana consiguió que la anhelara un poco más.

La capturó con la boca y bebió de ella. Movié la lengua haciéndola gemir, mientras dibujaba con ella el contorno de su sexo. Aquella mujer era bella en todas sus facetas; en su calidez, su deseo, su inocencia...

Cuando eran jóvenes y él se dio cuenta del asombroso *erotismo* de las mujeres, había pensado en ella. El día en que la ayudó con la cometa que se enredó en un árbol cuando ambos tenían dieciséis años y ella se puso de

puntillas para besarle la mejilla, no solo se había enamorado de ella, además la había deseado de la manera más básica y primitiva.

La mirada comedida, el sonrojo que cubría sus mejillas cuando se apartó después de besarlo... hablaban de lo inocente que era. Él quiso bajarle el corpiño hasta la cintura, dejar al descubierto sus rosados pezones; hacer que su sonrojo se intensificara cuando le levantara las faldas e hiciera lo que estaba haciendo ahora. Quiso tenderla sobre aquel prado y demostrarle que realmente eran una pareja.

En cambio la observó alejarse corriendo, regresar con los niños a los que estaba cuidando. Pero en su mente, permanecieron escondidos detrás de los arbustos, y allí la penetró con fuerza, marcándola, haciéndola suya.

—Mía —susurró en el presente. No podía evitarlo.

La lamió y pellizcó con los dedos, y ella hizo todos aquellos sonidos atenuados, tan femeninos y dulces. Él notaba que su miembro latía con fuerza, pero lo ignoró, prefiriendo deleitarse en su sabor.

Ella se puso de puntillas con las manos todavía en su pelo, tirándole de los cabellos con los puños. Él apenas sintió dolor; estaba rodeado de ella, se ahogaba en su aroma. Notaba sus muslos calientes contra las mejillas. Apenas podía respirar, pero no le importaba.

Cuando cerraba los ojos, solo había oscuridad, el perfume y el sabor de Juliana, el sonido de su placer cuando gemía más alto.

Notó que se arqueaba contra él, diciéndole lo que quería de su boca. Él la recompensó haciendo vibrar la lengua en su interior hasta que más fluidos manaron de su sexo.

—No puedo... No puedo...

Él sujetó con fuerza la tela de las faldas contra su cintura mientras bebía su néctar.

Juliana se amoldó contra la redondeada roca cuando se le doblaron las piernas. Comenzó a estremecerse y apoyó las manos en sus hombros para no caer.

Por fin, él le concedió lo que suplicaba. Se limpió la boca con una esquina del *kilt* mientras se ponía en pie y, soltándole las faldas, apresó su boca con la suya. Ella le devolvió el beso con una intensidad que provocó que le doliera el corazón.

—Tenemos que volver a casa —dijo él. La besó en el pelo, en la cara, en los labios una vez más. Necesitaba estar dentro de ella. Lo necesitaba ya.

—Tendremos que volver andando —comentó ella—. No creo que pudiera

regresar a los túneles.

—Entonces volveremos andando.

Le colocó el pequeño polisón, la agarró con firmeza por el codo y comenzó a caminar a paso ligero, arrastrándola consigo y buscando el camino más corto hacia el castillo McGregor.

En verano el sol no se ocultaba hasta después de las diez. Juliana yacía desnuda en la enorme cama junto a Elliot; los últimos rayos acariciaban los largos músculos de su cuerpo.

Él no estaba dormido; deslizaba la punta de los dedos por su costado húmedo, le rodeaba un pecho, buscando el pezón con el pulgar y rozándolo de manera juguetona.

La había llevado allí, la había desnudado y la había tendido en la cama para hacerle el amor durante dos horas.

Ahora estaba tumbado a su lado, con el miembro medio erecto presionado contra su muslo. Los ojos grises de Elliot se habían suavizado con la luz del atardecer, pero no parecía cansado.

—Cuando me dijo en qué consistía el sexo en el matrimonio, mi madrastra no mencionó esto —comentó ella con suavidad.

Elliot le capturó el pecho entre los dedos y acarició el prominente pezón.

—¿No mencionó qué?

Tenían la cabeza apoyada en la almohada, las sábanas habían desaparecido hacía tiempo.

—Nada de lo que hemos hecho hoy. Me dio instrucciones de tumbarme boca arriba y subirme el camisón lo necesario. Después tú te colocarías sobre mí y me penetrarías. —Sonrió al recordar lo que había preguntado. «¿Qué debo hacer entre ese momento y el instante en que él derrame su semilla?». Parecía haber transcurrido mucho tiempo desde esa conversación y el momento actual—. Tú encontrarías placer en el acto, pero probablemente yo no. Debía abrazarte y animarte cuando alcanzas el éxtasis porque es, en ese momento en concreto, el único en que el hombre es, por una vez en su vida, más débil que la mujer.

Él se rio. Una carcajada profunda y masculina.

—¿Eso viene en un libro?

—Eso creo. —Ahora que lo pensaba, no podía imaginar que Gemma le mintiera con tanta facilidad. Y Ainsley le había comentado, con un destello en

sus ojos, que las relaciones entre los miembros del matrimonio podían llegar a ser algo maravilloso—, Pero nadie dijo nada de mesas de comedor, ni de lo que hiciste hoy en la ladera, ni que te desearía de tantas maneras diferentes.

—Mmm... ¿A qué maneras diferentes te refieres?

Ella le pasó la mano por el hombro.

—Jamás pensé que necesitaría tocarte todo el rato. Pero me encanta tocarte. —Le deslizó la yema de los dedos por las clavículas, acariciando las cicatrices que le cubrían la piel—. No me gusta que te hagan daño.

—Ya no me duele.

Pero le había dolido. Le habían hecho mucho daño.

—Ahora estás a salvo —aseguró—. Aquí, en esta casa, conmigo, estás a salvo.

—Lo sé.

—Y sin embargo, esta mañana pensaste que estabas de regreso en la prisión.

El buscó su mano y entrelazó sus dedos, deteniendo su contacto.

—Me suele ocurrir.

—¿Muy a menudo?

La mirada de Elliot perdió su calor mientras le besaba los nudillos. Luego le soltó la mano.

—Ahora no tanto.

Ella examinó rápidamente el tatuaje recorriéndole el bíceps antes de seguir camino hacia las tetillas, donde el vello dorado era iluminado por la última luz solar.

—Quiero que estés bien.

—Estoy bien cuando estoy contigo, Juliana.

—Quiero que lo estés incluso cuando no estás conmigo.

Él le capturó la muñeca cerrando sus dedos alrededor y a ella le dio un vuelco el corazón al ver su sonrisa.

—Entonces, tendrás que estar siempre a mi lado.

—Bueno, por supuesto. Me he casado contigo. Pero, hablando en serio, Elliot, sabes que algunos días tendremos que estar separados.

Él le acarició la muñeca pero no se la soltó.

—No sé si llegaré a estar tan sano como tú pretendes.

—Quizá si hablaras de ello...

—No. —Fue la brusca respuesta—. No quiero recordar, no quiero que nadie opine sobre lo que pasó ni que me haga preguntas. Quiero estar aquí y

ahora. Ellos jamás supieron de ti. Nunca lograron que hablara de ti.

Ella no sabía a qué se refería con sus últimas palabras, pero lo demás tenía sentido. Él quería dejar a un lado los malos recuerdos y disfrutar de la seguridad y tranquilidad que le suponían estar en su hogar. Pero también sabía que la distancia que había entre ellos dos no desaparecería hasta que comprendiera lo que le había ocurrido.

O quizá esperara demasiado. En muchos matrimonios había una enorme distancia entre los cónyuges que no llegaba a cerrarse nunca. Los maridos se concentraban en sus negocios o en su club, mientras que las esposas lo hacían en realizar visitas y planificar sus compromisos sociales. La pareja se juntaba cuando eran los anfitriones de una fiesta o cuando tenían que asistir juntos a una, pero solo por un breve tiempo. Ella tenía amigas que apenas hablaban con sus maridos. Habían concebido niños con esos hombres, pero apenas les conocían.

Elliot había afirmado que quería tener más hijos; había visto verdadero anhelo en sus ojos cuando anunció tal deseo.

Dejó que su mano vagara por el torso de Elliot, que bajara hasta el musculoso abdomen, rodeándole el ombligo. Él le soltó la muñeca cuando siguió más abajo, hasta el órgano que volvía a estar tan duro como cuando había hecho el amor con ella un cuarto de hora antes.

Él puso las manos en la nuca y rodó sobre la espalda, dándole completo acceso a su cuerpo.

—Así que te gusta tocarme, ¿verdad? —preguntó él con un pecaminoso ardor en los ojos.

Ella le había sentido enorme en su interior, había observado aquella oscura y bella dureza, pero todavía no la había tocado. Sumergió la mano atrevidamente entre sus piernas para tocar los cálidos testículos, que se tensaron contra su palma.

El yació allí, rígido, como si estuviera obligándose a permanecer quieto, con las manos sujetas detrás de la cabeza. Emitió un sonido de placer cuando ella deslizó los dedos de arriba abajo por el eje, recreándose en la suavidad de raso de la piel. A la moribunda luz, él estaba oscuro de deseo, pesado en su mano.

Cerró los dedos en torno a él y apretó. Elliot gimió en voz alta. La punta se puso más roja cuando la capturó con la mano. El glande era muy diferente al resto, pensó mientras lo estudiaba; más elástico, pero igual de caliente y duro.

Se preguntó a qué sabría. Sus pensamientos volvieron a aquel momento en

el que Elliot lamio y saboreó su sexo en el bosque. Jamás había sentido nada parecido. El calor de su boca, el roce de su lengua... apretó las piernas al recordar.

Se inclinó y lamio la punta.

—¡Por Dios, Juliana! Acabarás conmigo. —Las palabras fueron suaves pero tensas.

Ella volvió a rozarle con la lengua, disfrutando del leve sabor salado de su piel. También le gustaron las diferentes texturas, lo mullido que estaba el borde del glande, lo duro donde se encontraba con el eje. El áspero vello de la base le hizo cosquillas en la lengua, y sin embargo los testículos eran como terciopelo caliente.

Recorrió el abdomen de Elliot con la boca abierta, no pudo contenerse y le chupó el ombligo. Su pelo cayó como una cortina alrededor de él.

El jadeó con fuerza antes de apresarle los cabellos con una mano, cerrando el puño.

—No, no pudieron arrancarme ni una palabra sobre ti.

Las palabras fueron tan suaves que ella no estuvo segura de haberlas escuchado. Rodeó el ombligo con la lengua y luego siguió la línea de vello que bajaba hasta su miembro.

Volvió a saborearle otra vez, moviéndose de arriba abajo por los lados del eje, besándolo hasta llegar a la punta. Luego alzó la cabeza y le sonrió, segura de que él se reiría de lo tonta que era.

La expresión en la cara de Elliot le hizo detenerse. En sus ojos se reflejaba una carnalidad pura, una cruda necesidad. Era un hombre hermoso, desnudo y tendido sobre la espalda, con el cuerpo bronceado sobre las sábanas para su disfrute y placer.

Solo le dio tiempo a lanzar una voraz mirada antes de que él la apresara entre sus brazos y la deslizara sobre su cuerpo. El abrió la boca sobre la de ella al tiempo que le separaba las piernas.

Elliot le alzó las caderas un poco y luego la hizo bajar sobre las suyas, penetrándola con un duro envite que llegó muy hondo. Ella contuvo el aliento; en aquella posición estaba abierta por completo, su cuerpo se arqueaba más hacia él haciendo que la penetrara hasta el fondo.

El comenzó entonces a mover las caderas al tiempo que le sujetaba con fuerza la cintura. Ella notó que el éxtasis crecía en su interior, que se movía en espiral entre el punto donde Elliot se clavaba y las sensaciones que inundaban su corazón.

Cuando comenzó a gemir, él la giró con un gruñido del colchón y la puso debajo de su cuerpo. En la penumbra, sus ojos brillaban con una determinación casi tan alocada como el movimiento que impulsaba sus cuerpos.

Ella volvió a gritar y justo a la vez, él también aulló. Al instante cayeron desmadejados sobre las frías sábanas.

El aterrizó junto a ella y la apresó en un estrecho abrazo. Una honda sensación de paz y satisfacción la invadió y cayó en un profundo sueño.

Elliot se despertó de golpe.

Nada se había movido. Nada había cambiado. Y aún así...

La luz de la luna se mezclaba con la luminosidad previa al crepúsculo al otro lado de la ventana, manteniendo la oscuridad a raya. La media luz hacía que la piel de Juliana pareciera blanca como el mármol.

No era su calmada respiración lo que le había despertado. Ni tampoco un grito en el pasillo; McGregor y Komal no habían entablado una de sus discusiones en dos idiomas, y Hamish no proclamaba ninguna de sus ideas en el vestíbulo. La casa estaba en silencio. Las ranas, los grillos y las aves nocturnas llenaban el alba de sonidos musicales.

El reloj del vestíbulo —que Juliana había insistido en que fuera limpiado y puesto a punto— repicó doce veces. Era medianoche. La hora encantada.

Se levantó silenciosamente de la cama. Podía moverse como un fantasma; era una de las habilidades que había aprendido como rastreador, y el depredador que había en él ni siquiera tenía que pensar para hacerlo.

Juliana continuó durmiendo, ajena a todo. Él se puso la camisa, envolvió el *kilt* a su cintura, tomó las botas y salió al pasillo.

Se calzó sentado en los escalones del pie de la escalera antes de caminar en silencio hacia la cocina. Buscó la escopeta que Mahindar había ocultado en la despensa del mayordomo y tomó las balas de un cajón de la alacena de la cocina.

Mahindar no estaba a la vista; toda la familia disfrutaba de un merecido descanso. Sabía que era más probable que se topara con McGregor, que algunas noches vagaba por la casa, pero incluso él estaba tranquilo.

Una fresca brisa recibió a Elliot cuando salió por la puerta trasera, pero no se molestó en llevar un abrigo. Se cobijaría con el *kilt* si fuera necesario.

Un zorro aulló a lo lejos, provocando que los pequeños animales huyeran

en todas direcciones, llenando la noche de sonidos. Al final del jardín, justo al otro lado del portón, se detuvo a cargar el arma buscando las balas en el *sporrán*, donde las había guardado junto con unas galletas que encontró en la despensa. Mantuvo el arma abierta sobre su brazo.

Empezó a recorrer el largo camino que le llevaría al puente peatonal que cruzaba el río y separaba sus tierras de las de los Rossmoran. Juliana y él habían utilizado esa misma ruta para volver a casa por la tarde.

Mientras caminaba, revivió las sensaciones táctiles de estar con Juliana — perderse en su interior, que ella le ciñera estrechamente sin saber lo que le hacía, los mullidos pechos contra su torso—. Recordó también la deliciosa emoción de sentir su lengua en el pene. Pequeños e indecisos lametazos, besos cada vez más atrevidos... Todo aquello había hecho que casi perdiera el control.

Juliana era todavía demasiado inocente para lo que quería hacer con ella. Su bienintencionada madrastra le había enseñado que un hombre se acostaba con su esposa utilizando una posición, que se aliviaba con rapidez y luego desaparecía en su club o volvía con sus amantes. Él tendría que mostrarle que eso no era necesariamente así. Además, no tenía intención de pasar días en un sofocante club acompañado de hombres de mentes estrechas ni pretendía tomar una amante. ¿Cómo iba a ser tan idiota cuando tenía a Juliana?

Llegó al puente peatonal y al camino que conducía al desfiladero donde desembocaban los túneles. Avanzó con cuidado, la luz de la luna hacía que no fuera necesaria una linterna.

La colina se curvaba alrededor del valle y otra montaña se elevaba más allá. Él sabía que debía haber más entradas en los túneles; los McGregor jamás hubieran permitido que sus enemigos les arrinconaran si descubrían la salida, por eso tendrían varias. Caminó hasta la siguiente colina, donde los árboles volvían a repuntar a su alrededor.

El bosque estaba en completa quietud, el espía había regresado.

Cerró la escopeta y puso el dedo en el gatillo.

—Venga, sal. Sal y enfréntate a mí —gritó con tono tranquilo—. Si haces lo que digo, no dispararé.

15

Silencio. Un búho ululó en la lejanía.

Solo alguien con la misma experiencia que Elliot podía rastrearle de esa manera. Pero ese hombre estaba muerto; muerto y enterrado, había sido olvidado por el mundo. Era injusto que fuera así porque había sido muy bueno en lo que hacía, pero el mundo era así.

Stacy tenía que estar muerto. Cuando Mahindar le había contado sobre su muerte, él aceptó la historia como plausible porque Stacy había sido un ser volátil y tendía a enfrentarse a la gente.

Pero era igual de probable que Stacy le hubiera provocado y él le hubiera estrangulado. Sin embargo, por el bien de su *sahib*, Mahindar podía haberse inventado la historia de que Stacy había muerto en Lahore en un terremoto. A fin de cuentas, el hindú siempre trataba de velar por él.

Que él no recordara haberlo matado no significaba nada. Se había olvidado de muchas cosas y había aprendido a ser un asesino experto.

El observador mostraba habilidades que le resultaban muy familiares, y había sido él quien enseñó a Stacy la mayor parte de ellas.

Le estaba acechando un hombre muerto. O más bien un hombre que suponía que tenía que estar muerto y no lo estaba. Él todavía se sentía perdido algunos días, pero su instinto, agudizado por los meses viviendo como un animal, le decía verdades que su razón no parecía captar.—Si tengo razón——habló a la noche——, entonces dile a tus amigos que no te maté. Mantenlos a distancia de mi mujer y de mí.

El viento suspiró entre los árboles, las hojas caídas corrieron por encima de la tierra. Ahora el terreno estaba seco, tras días sin llover.

Volvió a hablar con voz profunda, sin gritar.

—Si estás aquí para llevarte a la niña, no la dejaré marchar. Priti es mía y su lugar está conmigo.

Silencio. Al parecer el observador no tenía intención de hablar.

Se acercó al lugar donde creía que estaba la siguiente salida del laberinto de túneles, y dejó las galletas sobre una roca.

—Si intentas vivir de lo que la tierra te ofrezca, alguien acabará denunciándote a la policía como furtivo. Le diré al chico que te traiga comida.

Todavía nada. El viento volvió a suspirar, y justo después supo que el observador se había marchado.

No se movió una rama, ni siquiera se rompió. Stacy era casi tan buen rastreador como él. Aquella había sido la base de su amistad al principio.

Esperó durante un buen rato después de eso. Los ruidos del bosque regresaron a la normalidad una vez más, pero él no se movió ni regresó a su casa hasta que la luna se ocultó profundamente detrás de las colinas, al oeste.

A la mañana siguiente, Juliana tomó un baño y se vistió en el dormitorio antes de bajar y encontrarse que el vestíbulo principal estaba lleno de hombres en busca de trabajo.

Hamish había cumplido su palabra como una venganza. Hombres de todas las edades, formas y tamaños habían llegado procedentes del pequeño pueblo de Highforth y las granjas cercanas; desde muchachos robustos que deberían estar estudiando, hasta un anciano encorvado que se había personado allí para dar sus opiniones sobre cualquier tema. Había llegado el momento de poner en marcha el castillo McGregor.

Mahindar parecía un poco preocupado por cómo alimentar a toda esa gente, pero ella envió a Hamish al pueblo en busca de víveres. Es más, los campesinos y arrendatarios traían suministros con ellos: pollos, huevos, una cabra, queso, pan, cerveza... Regalos para el nuevo laird y su esposa.

A Priti le gustó la cabra, aunque esta encontró de inmediato uno de los bonitos velos de seda de Channan y se lo comió. El animal pareció muy inocente cuando descubrieron lo ocurrido a pesar de que un trozo de seda color añil asomaba por un lado de su boca.

McGregor se sentó al lado del anciano para charlar y fumar en pipa con él mientras Mahindar y Channan corrían a la cocina, donde Nandita intentaba ocultarse de todos aquellos extraños. Priti se dedicó a jugar con su nueva amiga, la cabra.

El día anterior, Juliana había comenzado a redactar listas de lo que era necesario hacer, pero la ronda de visitas, seguidas de la aventura a través de los pasadizos con Elliot y hacer el amor con él durante el resto del día, había impedido que las terminara. Escuchó la resonante voz de Mahindar intentando controlar el caos y vio a Komal ocupada en dar indicaciones a la gente con órdenes que nadie entendía.

Mientras ella decidía qué debía hacerse primero, entró Elliot y se encargó de ello con serenidad.

Puso a algunos hombres a reparar el tejado y a otros a arreglar ventanas. A

un buen número de ellos les indicó que encontraran las rozas por donde iban los alambres y cordones del sistema de poleas de la campanilla y a los que quedaban les ordenó, simplemente, que se pusieran a limpiar. Dio las instrucciones con voz clara y sin gritar, preguntando quién era el más indicado para realizar cada trabajo.

A media mañana, el castillo McGregor parecía una colmena. Los trabajadores ocupaban cada rincón, acumulando polvo, martillando, arrancando partes viejas y sustituyéndolas por otras nuevas. La cocina desbordaba comida; Mahindar, Channan, Nandita, Hamish y Fiona, la nieta de la señora Rossmoran, se ocupaban de ello al tiempo que cuidaban de Priti. La cabra miró a Mahindar con desconfianza cuando el hindú se acercó a ella, pero el hombre solo quería obtener un poco de leche.

Ella requisó una sección de la mesa del comedor para escribir sus cartas y acabar sus listas. De vez en cuando, llamaba desde allí a Hamish con una campanilla que encontró en el cajón de un aparador.

Era una de las habitaciones más pequeñas de la planta baja y disponía de unas ventanas enormes desde las que se podía ver cómo la tierra se inclinaba hasta el mar. Por las mañanas era una estancia soleada, por lo que resultaba perfecta como estudio para escribir. La sala anexa, grande y de techos altos, sería el comedor para el desayuno. Se imaginó allí todas las mañanas con Elliot; él leyendo sus periódicos y ella supervisando y respondiendo su correspondencia.

Resultaba una estampa doméstica, acogedora, cálida...

Se dijo a sí misma que cuando la casa estuviera lista, Elliot ya no padecería aquellas horribles pesadillas y habría superado el pasado. Era un líder nato; la manera en que había manejado a los hombres hacía unos instantes era la prueba palpable. Volvería a ser él mismo. Ofrecerían *fêtes* de verano y organizarían una cacería en agosto. La familia se reuniría allí en Navidad y Año Nuevo antes de regresar a Edimburgo, Londres o donde quiera que decidieran comenzar la temporada.

Mahindar preparó un almuerzo compuesto por pan, carne y queso, seguramente sugerencia de Fiona Rossmoran, aunque a ella le sirvió lentejas y un estofado de pollo que estaba muy condimentado realizado con la leche de cabra.

Los hombres trabajaron durante toda la tarde. Sus traqueteos y gritos resultaban de alguna manera reconfortantes. La vieja casa llevaba demasiado tiempo tranquila y ahora rebosaba actividad.

Incluso el propio McGregor parecía entusiasmado. Dijo que llevaba años deseando reparar el lugar, pero no había dispuesto del dinero necesario y no era el tipo de laird que obligaba a sus arrendatarios a trabajar sin cobrar.

Cuando la actividad laboral decreció y los hombres regresaron a sus casas, con sus familias, Mahindar se acercó a la esquina del comedor y carraspeó. Ella alzó la cabeza, apartando la vista de la lista de necesidades que estaba elaborando y se lo encontró retorciendo sus enormes manos con nerviosismo.

—¿Qué ocurre Mahindar? —preguntó alarmada—. ¿El señor McBride se encuentra mal otra vez?

—No, no, el *sahib* está bien —se apresuró a asegurar el hindú—. No, lo que quiero decirle es que tenemos un ladrón.

—¿Un ladrón? —Ella lanzó una mirada de confusión a los muebles que se amontonaban en la estancia, allí guardados para que los hombres pudieran adecuar las demás habitaciones—. ¿Cómo puedes saber que falta algo? ¿Cómo es posible que eches algo de menos?

—Es de la cocina —aclaró Mahindar—. Falta comida.

Su alarma se disolvió.

—Hoy has hecho muchas comidas diferentes, Mahindar. No dejaron de salir platos de la cocina. Muchos de los hombres trajeron su propia comida... Dudo que robaran nada.

—*Mensahib*, por favor, permítame explicarle.

Tenía razón. Ella cerró la boca y le hizo un gesto para que procediera.

Pero no lo hizo. Se quedó parado, retorciendo los dedos con desasosiego.

Al final fue ella misma la que tomó la palabra.

—Te aseguro que cualquier cosa que me digas, no saldrá de aquí. Ni siquiera se lo diré al señor McBride, si así lo prefieres.

El hindú suspiró.

—Me gustaría estar equivocado con respecto a esto. Lo deseo con todas mis fuerzas. Me gusta el chico, es muy servicial siempre, aunque algunas veces meta la pata. Pero tomó un plato enorme con lonchas de jamón y seis *naan* que Channan acababa de sacar del horno y se largó por la puerta trasera. Estoy seguro de que pensó que nadie le vio, porque solo lo hizo mi madre. Fue ella quien me lo dijo.

Juliana sonrió.

—Si estás hablando de Hamish, quizá solo tuviera hambre. Ha trabajado muy duro.

Mahindar meneó la cabeza.

—No, *mensahib*. Ya había comido de sobra. Los empaquetó y se largó con ellos, regresó al poco tiempo con aire inocente.

¿Hamish? Jamás lo hubiera pensado de él. El chico le había contado que vivía con su madre, su hermana y un tío en una pequeña granja; su padre había fallecido hacía algunos años. Ella no había escuchado que la familia McIver fuera especialmente pobre, pero los tiempos eran difíciles en las Highlands. La agricultura no reportaba los ingresos que debía, las ovejas eran un negocio de propietarios más importantes y muchos de los arrendatarios continuaban marchándose para trabajar en las fábricas de Glasgow y el norte de Inglaterra, donde tenían un sueldo estable.

—Gracias, Mahindar —dijo—. Hablaré con él y aclararé el asunto. — Puso la tapa al tintero y dejó a un lado la pluma y las listas—. No es necesario decir nada de esto al señor McBride.

Mahindar pareció infeliz y aliviado a la vez.

—Me gusta ese muchacho. Me recuerda a mí mismo cuando era joven. Intenta ser complaciente y no siempre lo consigue.

—Yo misma lo buscaré. Ve a descansar, hoy ha sido un largo día.

Pareció sorprendido.

—No tanto, queda mucho por hacer. Mucho más. Gracias, *mensahib*.

Ella esperó a que el hindú se alejara para ir en busca de Hamish.

—Juliana...

La voz de Elliot retumbó en el estrecho pasillo de servicio que comunicaba el salón y la cocina cuando se encaminaba allí en busca de Hamish. Un momento después, Elliot estaba a su lado y la apretaba contra la pared.

Él amoldó su cuerpo contra el de ella, envolviéndola en su calor. En lugar de hablarle, de preguntarle adónde iba, Elliot le alzó la barbilla al tiempo que inclinaba la cabeza. La besó.

La aplastó contra la pared, sujetándola en el aire con su peso mientras introducía la lengua entre sus labios. Saqueó su boca, se apoderó de ella dejándola jadeante.

El beso terminó tan bruscamente como comenzó. Elliot la dejó en el suelo. Bajó la mirada hacia ella un momento antes de soltarla, le acarició con los labios la comisura de la boca y desapareció por el pasillo sin decir palabra. El *kilt* se movía sobre sus nalgas, meciéndose con sus largas zancadas.

Ella permaneció contra la pared con las rodillas débiles, aplastando las palmas de las manos contra la fría piedra de la pared, para no caerse, mientras le observaba alejarse.

Todavía seguía intentando recuperar el aliento cuando el propio Hamish apareció en el pasillo con su rapidez habitual.

—Hamish. —Se obligó a erguirse—. ¡Hamish, detente!

El chico obedeció, jadeante por su vigorosa marcha.

—¿Sí, señora? ¿Qué puedo hacer por usted? —Sonaba feliz, sin pizca de culpabilidad reflejada en su expresión.

Ella buscó la mejor manera de sacar el tema a colación. Aunque debía hacerlo con tacto, decidió que preguntar sin rodeos era lo más conveniente.

—¿Qué sabes sobre el jamón y el pan que ha desaparecido?

El la miró con sorpresa. No había demasiada luz, pero sí la suficiente como para saber que aquellos ojos azules se clavaban en ella con expresión inocente.

—No han desaparecido, señora.

—Me temo que te vieron saliendo con un buen plato de jamón y *naan* recién hecho. —Sonrió—. ¿O se ha equivocado Komal y fue la cabra quien se los comió?

El chico pareció todavía más perplejo.

—No fue la cabra. Está atada en el jardín y le llevé comida antes. No, no creo que ella sea la culpable.

Le miró de soslayo.

—¿Admites que has sido tú quien se lo llevó?

—Sí. —El chico no parecía preocupado.

—¿Y qué hiciste con ello?

—Recorrí el camino hasta el puente peatonal, el que conduce a la colina que hay encima de la casa de mi tía abuela. Rodeé el castillo y abandoné el sendero antes de llegar al puente... —Hizo mi gesto con su musculoso brazo indicando la dirección donde se hallaba la casa de la señora Rossmoran.

Estaba describiendo el camino que ella y su marido había tomado para regresar a casa la tarde anterior.

—¿Le llevaste la comida a la señora Rossmoran? Deberías habérmelo dicho, hubiera llenado una cesta de...

Hamish volvió a mirarla con perplejidad.

—No era para la señora Rossmoran. Lo dejé a un lado del camino, como él me ordenó.

—¿Cómo te ordenó quién?

—El amo.

Ella le miró fijamente.

—Déjame asegurarme de que te he entendido bien, Hamish. ¿El señor McBride te dijo que llevaras esa comida hasta el camino y la dejaras allí? ¿Para qué?

Hamish se encogió de hombros como si le dijera que las razones del laird eran inexplicables para él.

—No lo sé. Mi abuela solía poner vasos de leche a la gente menuda. Es la manera de conseguir que no roben nada, ya me entiende. Los vasos siempre estaban vacíos por la mañana.

—Sin duda —convino ella—. Pero un buen plato de jamón y pan hindú con mantequilla me parece algo diferente a unos vasos de leche.

—Sí. —Hamish frunció el ceño—. Pero no pregunté. Las cosas del laird no son asunto mío.

—No importa, Hamish —se rindió ella—. Ya me encargaré de ello. Pero si el señor McBride vuelve a pedirte que le lleves comida a la gente menuda, ven y dímelo.

—Me pidió que no dijera nada, señora. No lo hubiera hecho, pero ha sido usted quien me preguntó.

—No obstante, me lo dirás.

El chico le sostuvo la mirada mientras meditaba si debía más obediencia al laird o a su señora. Suspiró.

—Sí, señora.

—Muy bien. Gracias, Hamish.

La sonrisa de Hamish se extendió de oreja a oreja al tiempo que se tocaba la frente en un saludo marcial. Luego se giró y galopó hacia la cocina.

Ella aplastó las dudas y fue en busca de su marido.

Tío McGregor había arrastrado a Elliot hasta el viejo salón de billar que ocupaba la última estancia del final del pasillo de la planta baja. Allí había varias mesas de billar, pero solo una estaba descubierta. Las demás se encontraban ocultas bajo enormes sábanas que estaban cubiertas por capas de polvo.

—Mientras tu mujer está entretenida con adecuar el salón de baile y la sala de visitas, nosotros no debemos olvidar el refugio de los maridos, ¿verdad? —comentó McGregor—. Cuando ella ofrezca su grandiosa *fête*, los sufridos miembros del clan necesitarán un lugar al que retirarse.

Elliot abrió los armarios en busca de los palos de billar. Recordaba los tediosos bailes a los que había asistido con el resto del regimiento; la mayoría de los maridos no tenían interés en las fiestas que tanto gustaban a sus esposas

ni en bailar con ellas. Los caballeros ansiaban escapar para jugar a las cartas y al billar, justo como había comentado McGregor.

¡Pobres infelices! Lo último que él quería era huir de Juliana. Bailaría con ella durante todo el tiempo que quisiera. Se sentía entero y fuerte cuando la abrazaba, ¿por qué iba a pasar por alto la posibilidad de hacerlo? Cuando se cruzó con ella en el pasillo un rato antes, no pudo resistirse a robarle un beso. ¿Por qué conformarse con un «buenas tardes, ¿qué tal estás?» cuando podía disfrutar de un beso embriagador y satisfactorio? El hecho de poder besar a Juliana siempre que deseara era algo que bien valía la pena celebrar.

—He pasado aquí muchas buenas noches con mis compañeros de la universidad —decía McGregor con pesar—. Entonces odiaba a McPherson, no le permitía traspasar la puerta. Es irónico que sea el único que lo hace ahora. El único que no se alejó cuando murió mi mujer y se acabó el dinero...

Elliot encontró una caja de madera con bolas de billar en el mismo sitio que los palos y llevó todo a la mesa.

—Mis amigos, o están muertos o se han enterrado en las reglas del regimiento para no volver a asomar la nariz.

—Sí. —McGregor meneó la cabeza mientras cogía el resto de las bolas de la caja y las hacía rodar encima de la mesa—. Cuando somos jóvenes, pensamos que lo seremos siempre.

Elliot no estaba preparado para mostrarse caprichoso y nostálgico. Tendría que vivir muchos años con Juliana antes de que llegara el momento de ponerse a recordar el pasado en una sala de billar con la próxima generación.

Juliana entró justo en ese momento, con los ojos brillantes y la mejilla manchada de hollín; esa sería una de las imágenes que recordaría en el futuro.

—Señor McBride —saludó ella—. ¿Podemos hablar?

«Señor McBride...». Sonaba tan formal... Pensó en la mesa de billar que tenía a la espalda e imaginó sentar a Juliana en el borde, con las faldas levantadas. Ella podría llamarle «señor McBride» todo cuanto quisiera mientras le sonriera con los ojos llenos de deseo.

McGregor se rio entre dientes.

—Ya te lo he dicho. Tengo fe ciega en el invernadero. En sus rincones y escondites, en sus confortables bancos...

Juliana le lanzó una mirada de sorpresa.

—Falta algún tiempo para que esté listo el invernadero, pero le aseguro que será un lugar maravilloso cuando celebremos la *fête* del verano.

McGregor continuó sonriendo.

—Me encantan las mujeres prácticas. —Dejó sobre la mesa de billar las últimas bolas y salió de la estancia—. Os dejo solos para que charléis. No desgarréis la tela de la mesa; es lo único que queda en buen estado.

Salió y cerró la puerta. Una vez fuera, sus risas ahogadas se alejaron con él.

El sonrojo de Juliana y su vestido marrón hacían destacar su pelo cobrizo y sus ojos azules, incluso aunque llevaba los botones cerrados hasta la barbilla. Juliana, que cumplía a rajatabla todas las normas, se cambiaría de ropa para la cena. Quizá dejaría los hombros al descubierto con un vestido azul. El podría cenar imaginando que volvía a verter otra copa de whisky sobre sus pechos.

No pudo evitar acercarse a ella y le salió al encuentro. Le colocó un mechón suelto de pelo. El beso que había reclamado en el pasillo había prendido fuego a su sangre y todavía no se le había enfriado.

—Elliot, ¿me has oído?

—No. ¿Qué has dicho, cariño?

—Te he dicho que Hamish ha hecho algo de lo más extraño.

—Dice que tú le has ordenado llevar un plato de jamón al bosque y dejarlo allí junto con un poco de *naan*.

—Sí. —El asintió con la cabeza mientras le acariciaba otro mechón de pelo—. Bien. Me alegro de que se acordara.

—Pero ¿con qué objeto? No me digas que con idea de dar cuenta de él si te entra el hambre en tu próximo paseo por el bosque.

Parecía tan indignada que tuvo que sonreír.

—No, no es para mí.

—Entonces, ¿para quién? Y, de todas maneras, si Hamish lo dejó a un lado del camino, los animales se lo comerán.

—Lo metió en una bolsa y lo colgó de un árbol. O por lo menos eso le dije que hiciera.

Juliana parecía intentar traspasar la neblina que le envolvía para dar con su yo más auténtico. Sabía que esa era su intención. Pero aquel Elliot se había perdido hacía mucho tiempo.

—Por favor, dime para qué. ¿Para un vagabundo?

—Para Archibald Stacy —repuso. No tenía sentido mentir inventarse bonitas historias con Juliana—. Ha venido a por mí.

16

Juliana clavó aquellos bonitos ojos azules suyos en él. Era evidente que estaba tratando de decidir si le creía o no. No importaba... Stacy estaba allí, le creyera Juliana o no.

—El señor Stacy está muerto —afirmó ella—. Tú mismo me lo dijiste. La señora Dalrymple tampoco tenía ninguna duda.

—Dije que había muerto porque abandonó su casa y Mahindar escuchó que había muerto en Lahore. Es obvio que la historia estaba equivocada.

—¿Y qué me dices de la señora Dalrymple? Está absolutamente segura de que tú le asesinaste.

—La señora Dalrymple no sabe de lo que habla —gruñó él.

Observó cómo Juliana trataba de hilvanar sus emociones sometiendo aquel nuevo desarrollo a su naturaleza práctica. Se comportaba de manera contraria a él, que cedía y permitía que sus emociones le dominaran, dejando que fueran ellas las que actuaran. Intentar contenerlas solo le volvía más loco.

A su esposa no le gustaba que sus emociones tomaran el mando. Quería orden, no caos. Tendría que demostrarle algún día que un poco de caos no era tan mala cosa.

—Bien —dijo ella—. Si el señor Stacy está vivo y ha venido a Escocia, entonces debemos ponerlo en contacto con la señora Dalrymple para que deje de difundir esa absurda historia de que le has matado.

—Es posible que no sea tan simple.

—¿Por qué no? Estoy segura de que el señor Stacy está hambriento, o no le habrías dejado comida. Lo invitaremos a comer en casa.

Ella no le creía, o al menos no creía que aquello fuera peligroso.

—Stacy ha venido a matarme. A cazarme. No me ha mostrado su cara, pero sé que es él.

—Pero, si no le has visto, ¿cómo puedes estar tan seguro?

Él se dio la vuelta. Se acercó a la mesa de billar donde hizo rodar una bola blanca, dirigiéndola con la mano hasta que, de manera infalible, impactó en una roja.

—Es difícil de explicar. Stacy y yo éramos rastreadores y buenos francotiradores en el ejército. Cada rastreador tiene un estilo propio y reconozco el de él. Fui yo quien le enseñó casi todo lo que sabe.

—¿Quieres decir que no necesitas más que ver su rastro para saber que se

trata de él?

El sonrió mirando la mesa de billar.

—Exacto, pero ni siquiera tengo que comprobarlo, lo sé.

—Elliot. —Ella se acercó a su espalda, con su falda susurrando como hojas agitadas suavemente por el viento—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo, cariño. —Se dio la vuelta y apoyó las manos en su cintura encorsetada—. Desearía no estarlo.

—Bueno, si estás seguro de que está aquí, al menos significa que no le mataste.

—Todavía. Es posible que tenga que hacerlo.

—No, debes llamar al oficial de policía y al magistrado. Si crees que el señor Stacy ha venido a hacerte daño, debe ser detenido y arrestado de inmediato.

—No —dijo él con severidad—. El oficial de policía es un muchacho no mayor que Hamish, y a Stacy no le costaría nada deshacerse de él. Si pongo en marcha una cacería contra él, Stacy se escabullirá de la red o lastimará a los que intenten cazarle. No quiero poner a nadie en peligro por su culpa. Déjame hacer esto a mi manera.

—¿Regalándole comida?

Elliot sabía que debía tener paciencia con ella. Juliana no entendía y él no podía obligarla a hacerlo.

—Tendrás que confiar en mí. —Movi6 las manos sobre sus pechos—. No permitiré que haga daño a nadie. Sé cómo actúa, sé cómo conseguir que salga de su escondite.

La vio humedecerse los labios. Sabía que a Juliana le estaba costando asimilar todo aquello. Lo había visto en los ojos de todos aquellos con los que había hablado desde que escapó de su prisión, incluyendo a Mahindar. Era una duda dolorosa... una pregunta silenciosa: ¿y si Elliot está realmente loco?

Estaba loco; lo sabía. Si no padecía los sueños, le asaltaban imágenes retrospectivas, el certero pánico de pensar que todavía estaba atrapado en la celda, prisionero después de todo aquel tiempo. No podía explicarle a nadie que su mayor temor en ese momento era despertarse una mañana y descubrir que eso —lo que tenía ahora— era en realidad el sueño.

Deliraba, sí. Pero no sobre aquello.

—¿Elliot? —La voz de Juliana contenía una nota de incertidumbre y él se dio cuenta de que se había quedado inmóvil otra vez, mirando fijamente la nada.

—McGregor y yo encontramos hoy todas las entradas a los túneles que hay debajo del castillo y las taponamos —explicó.

En algunos casos había bastado con la vegetación, en otros había ordenado a los hombres que cegaran las salidas con tablones.

—Stacy no se colará en la casa —continuó—. Lo que él y yo tenemos que dirimir lo haremos fuera. Pero tú tienes que quedarte dentro y no salir sin mí, ¿lo has entendido?

Ella abrió mucho los ojos.

—Mi estimado Elliot, no puedo permanecer encarcelada en casa. Tengo demasiadas cosas que hacer. Tendré que acercarme al pueblo para arreglar algunos asuntos relacionados con la *fête*, quizá incluso deba desplazarme a Aberdeen.

El negó con la cabeza.

—Hasta que todo esto se resuelva, envía a Hamish con las instrucciones precisas, o a otro de los hombres.

—¿Y cuándo se resolverá todo?

—No puedo saberlo. Por mucho que quiera apurar, tengo que dar con Stacy y enfrentarme a él.

Otra vez, Juliana le dirigió una mirada crítica intentando cubrir emociones e incertidumbres con sentido práctico.

—En ese caso, por favor, dile que se apresure a resolver el asunto antes de mi *fête*. No quiero que arruine mi debut como anfitriona del castillo McGregor.

Él le rozó la barbilla con los dedos y se inclinó para besarla en los labios con rapidez.

—Se lo diré.

Ella suavizó su mirada con una sonrisa antes de girarse para salir de la sala. Él la detuvo poniéndole la mano en el brazo con firmeza.

—Que no se te ocurra salir del castillo, Juliana.

Al ver un destello de culpa en sus ojos, supo que su esposa había tenido la intención de hacer justo eso. Se preguntó brevemente por qué la ceremonia del matrimonio se molestaba en intuir entre los votos la promesa de que la esposa obedecería al marido; no había conocido a ninguna mujer que la cumpliera.

—Finge creerme, y quédate a salvo en casa —pidió. Ya le había ordenado a Mahindar que mantuviera una estricta vigilancia sobre Priti y que no permitiera que se aventurara sola más allá de la puerta trasera.

Juliana le estudió con sus penetrantes ojos azules antes de hablar.

—De acuerdo.

Por supuesto, aquella inmediata capitulación con voz suave, despertó sus sospechas.

—Lo digo en serio, muchacha. Da igual que pienses que estoy loco o no, quiero que estés a salvo.

Ella alzó la barbilla.

—Me has pedido que confíe en ti. Ahora te pido que confíes tú en mí. Inclinarsé por la precaución no es malo. En cualquier caso, así, yo no me pasaría sola por ahí como si tal cosa. ¿Qué pasaría si me cayera a una ciénaga?

Él contuvo un estremecimiento, no era necesario pensar en tal peligro para estar de acuerdo con todo lo demás. No temía demasiado lo que Stacy pudiera hacerle a él, pero sí lo que podría ocurrirle a ella.

Prefería regresar al sufrimiento de su oscura celda y a las torturas que allí padeció que permitir que Juliana sufriera el menor daño.

Se quedó quieto ante aquel pensamiento. Era la primera vez que había considerado tal cosa. Su cuerpo y su mente habían estado arruinados, pero supo de golpe que el dolor físico no sería nada frente a lo que le ocurriría a su corazón si a Juliana le pasaba algo.

Se inclinó sobre ella y la besó otra vez, disfrutando del calor de su cuerpo contra el de él. Si la perdía, si resultaba herida...

Se moriría.

La estrechó con más fuerza, acariciando su rígida nuca mientras profundizaba el beso.

«Nunca la dejaría, nunca la perdería». No habían podido arrebatársela antes, no permitiría que lo hicieran ahora.

Tuvo que obligarse a soltarla. Sabía que Juliana quería volver a ocuparse de sus asuntos. Ella se refugiaba en sus listas y horarios de la misma manera que él lo hacía en el whisky y en ella.

Además, mantenerla con él y llevar a cabo sus fantasías implicaría desgarrar la tela de la mesa de billar; no tenía ninguna duda.

La observó alejarse después de darle un último beso en la mejilla, con el polsón contoneándose al ritmo de sus pasos. La necesidad incontrolable que sentía de proteger a Juliana frente a todo incrementaba su fuerza.

Permaneció mirando fijamente durante un buen rato la puerta por la que ella había desaparecido mientras examinaba aquella nueva sensación. La frágil chispa de la esperanza comenzaba a crecer en la oscuridad como una brasa

medio apagada que volviera suavemente a la vida con un soplido.

Elliot no durmió en su cama aquella noche. Juliana permaneció tumbada boca arriba a solas, mirando las vigas del techo. Había estudiado varias de las muestras de tela que había llevado un pañero de Aberdeen, pero todavía no había decidido cuál sería la que elegiría para hacer las cortinas del baldaquín una vez que convenciera a los ratones de que cambiaran de domicilio, por lo que por ahora los postes de la cama estaban desnudos, como árboles deshojados.

El sol se puso, la luna salió y Elliot no apareció.

La última vez que lo vio fue durante la cena, a la que también asistió McGregor. El anciano había mirado la comida que llevó Mahindar con gesto suspicaz, declarando que las lentejas y el pollo al curry debilitaban a los hombres. Lo repitió varias veces mientras devoraba cada bocado.

Elliot y McGregor habían discutido durante toda la cena y luego Elliot se ofreció a mostrar a su tío el rifle Winchester que había hecho traer de América varios años antes. Ella les dejó ensimismados en su charla para continuar con sus listas de las tareas de acondicionamiento del castillo, ofrecer la *fête* y el baile, y organizar la vida diaria.

Se puso las manos sobre el pecho y pensó en todo lo que Elliot le había contado sobre el señor Stacy.

Sin duda se enfrentaba a dos elecciones. La primera era creer que alguien, ya fuera el señor Stacy u otra persona estaba oculto en el bosque que había al Este de la casa, por encima del río. La otra era llegar a la conclusión de que, después de todo, Elliot no estaba demasiado cuerdo.

No había visto ni rastro del observador que Elliot había descrito, pero le había prometido que no saldría del castillo sola ni buscaría a nadie. Eso no quería decir, pensó para sus adentros, que no pudiera poner a otros a buscar pruebas para ella. Pero si el señor Stacy era tan peligroso como Elliot aducía, pondría en peligro a Mahindar o a Hamish si les enviaba en esa misión.

Le había preguntado a Hamish si cuando bajó a ver a su tía después de la cena, se fijó en si alguien se había llevado la comida que colgó en el árbol. Él le aseguró que la bolsa seguía allí, meciéndose bajo su peso, sin que nadie la hubiera tocado. La había colgado lejos del alcance de los zorros, apostillando con altanería, tal como el señor McBride le había dicho.

Entonces, ahí estaba. Elliot había dejado comida en el bosque y no había

señal alguna de que alguien la tomara.

No sabía exactamente qué tipo de tortura había sufrido durante el tiempo que estuvo retenido en las montañas afganas, cuánto había sufrido ni hasta qué grado. Sin embargo, sí había sido testigo de cómo se hundía en un ensimismamiento del que nada podía arrancarlo; vio dos veces cómo se creía de regreso con sus captores y la manera en que intentaba resistirse.

Ahora, pensaba que un hombre de su pasado había resucitado de entre los muertos para acecharle.

De todas maneras, esta certeza era un poco diferente. Cuando le habló sobre sus sospechas se enfrentaba a ella con los ojos claros, completamente consciente de dónde y con quién estaba. Creía que el hombre que había en el bosque era un escocés que conoció en la India, no uno de sus captores indígenas. La había puesto al corriente del peligro que ella, Hamish y los demás corrían. .. No estaba concentrado en el que podía correr él mismo.

Ordenó sus pensamientos en unas nuevas listas, sobre las que enumeró los pros y los contras de la situación. En una de ellas su marido estaba en lo cierto; en la otra, se dejaba guiar por el terror que había sufrido en el pasado.

Las lágrimas se deslizaron desde sus ojos a la funda de lino de la almohada mientras miraba fijamente el techo y hacía su elección.

Elliot tomó posición en el árbol que había seleccionado y esperó. Se había cambiado el *kilt* por la práctica ropa de seda oscura que vestía en ocasiones en la India y las resistentes botas por unas suaves zapatillas de cuero, mucho más adecuadas para trepar.

El árbol era ancho y había tres ramas que formaban una especie de cuna en la que se acomodó sin problema. Había elegido el lugar cuidadosamente.

En el regazo sostenía el Winchester 1876, un rifle de palanca que había adquirido después de abandonar el ejército. La compañía que los fabricaba había diseñado años más tarde un calibre 40—60, aunque todavía le llamaban 1876. Una vez que renunció al ejército, su afición por las prácticas de tiro habían pasado a ser un juego de acertar a un blanco; los tigres y elefantes eran demasiado hermosos en su hábitat natural para matarlos, y qué mal le habían hecho esas criaturas? No veía necesidad de hacerse con un arma de mayor calibre. Los ingleses que vivían en la India disfrutaban disparando a blancos móviles como platos o bolas que lanzaban al cielo. Para él, un francotirador con *kilt*, había sido su entretenimiento favorito.

El rifle llevaba cinco balas en la cámara, y la palanca servía para acoplar el cartucho siguiente de la recámara en la posición de tiro. Eso significaba que podía disparar cinco veces muy seguidas.

Stacy sabía de esa arma, por supuesto, y tenía una similar. Lo que no sabía su antiguo amigo era que él le había acoplado una mira telescópica. La había pedido antes de regresar a la India por segunda vez. Los francotiradores habían utilizado tales dispositivos en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos para apuntar a los oficiales enemigos en vez de a ciervos u osos.

Él había adaptado el alcance del rifle antes de salir de casa. A McGregor le había fascinado aquella operación y le hizo prometer que le permitiría mostrárselo a McPherson en la próxima visita que le hicieran. Según había asegurado McGregor con regocijo, el laird vecino se pondría verde de envidia.

Alzó el rifle y observó por la mira telescópica; la brillante luz de la luna convertía a la bolsa con los alimentos en un blanco perfecto.

Todavía colgaba en el lugar donde la había dejado Hamish, llena, sin haber sido tocada. Las ardillas y las aves darían buena cuenta a la mañana siguiente, pero esa noche, a tales horas, solo Stacy podría asomarse a por ella.

El viento suspiró entre los árboles y algunas nubes pequeñas surcaron el cielo a la deriva. El clima de esa zona cercana al mar era cambiante. Unos kilómetros al norte de la propiedad McGregor, la tierra se erguía hasta alcanzar las mayores cotas del Norte de Escocia antes de hundirse en el mar, hacia las islas Oreadas.

Estaba seguro de que a Juliana le encantaría hacer una excursión de verano a las Orcadas. Podrían acercarse en un bote al pináculo que se conocía como El Anciano de Hoy, el perpetuo centinela de las islas. La imaginó en la cubierta del barco, con el viento enredado en su pelo rojo y los ojos llenos de admiración mientras los clavaba en la alta aguja de basalto.

Había tantos puntos que admirar en el mundo. Quería mostrárselos todos.

En aquella posición hacía frío, pero dio la bienvenida al viento. Borraba de su mente el asfixiante calor de la India, aunque en el Punjab podía llegar a haber gélidos inviernos que helaban hasta los huesos.

Archibald Stacy. Cuando llegó al Punjab con su joven esposa escocesa, era un hombre ansioso de triunfos y él había reanudado aquella amistad que iniciaron en el ejército. Cuando la señora Stacy murió de fiebres tifoideas, cuidó de Stacy, acompañándole en su dolor.

Fue entonces cuando conocieron a Jaya, que estaba emparentada con el

príncipe regente de uno de los estados nativos. Él no se enamoró de ella como Stacy, pero había sido un joven viril que se encontraba solo, y en aquel momento pensaba que jamás reuniría el dinero suficiente para regresar a Escocia e ir en busca de Juliana.

Fue en esa época cuando Jaya comenzó a jugar con ellos, haciéndole creer a Stacy que prefería a Elliot, lo que hizo que su hasta entonces amigo perdiera la razón por culpa de los celos. Aquella reacción le había sorprendido mucho, puesto que Stacy siempre había hablado de Jaya con indiferencia, asegurando que había amado profundamente a su esposa. El escocés jamás dio muestra alguna de que tuviera prisa por reemplazar a su primera mujer, así que no se había dado cuenta de los intensos sentimientos de su amigo por la hindú.

Riñeron y él renunció a Jaya a favor de Stacy, que prometió casarse con ella. Siempre pensó que el asunto quedaba resuelto.

Pero no mucho tiempo después de eso, Stacy y él recorrieron juntos las lejanas colinas del Norte, sin saber que había comenzado una escaramuza tribal entre las gentes que habitaban las tierras afganas. Había sido allí donde comprobó que Stacy todavía le guardaba rencor y había preparado su venganza.

La luna de las Highlands se hundió detrás de las montañas, tragada por la primera luz que asomaba muy temprano en los veranos del Norte.

Era extraño que el sol brillara tanto tiempo en el cielo en esas latitudes y sin embargo el aire siguiera siendo frío, mientras que en los trópicos el sol se hundía con rapidez en el horizonte pero el calor perduraba hasta altas horas de la noche.

Mientras duró la oscuridad, Stacy no apareció y la bolsa con comida siguió colgando, ilesa.

«No te gustan mis treinta monedas de plata, ¿eh?», sonrió para sus adentros.

Cuando el sol comenzó a surcar el mar, alzó su rifle, apuntó y disparó a la cuerda. La bolsa cayó y se rompió, desparramándose en el camino.

Se bajó del árbol, se acercó a recoger los restos caídos de la bolsa y la llevó algunos kilómetros más abajo, para alimentar a los agradecidos perros de McPherson.

Juliana salió un momento al huerto anexo a la cocina con una cesta, decidida a rellenarla con las alubias rojas que había visto el día anterior. Alzó

la mirada después de recolectar el primer puñado y vio a su marido. Vestía una chaqueta color añil claro y pantalones negros que se ceñían a sus piernas a cada paso que daba; se aproximaba desde las colinas caminando en dirección Oeste.

Llevaba la cabeza descubierta, cargaba un rifle al hombro y le seguía una perra; una setter irlandés con largo pelaje rojizo.

Juliana observó cómo se acercaba Elliot presa de una encontrada mezcla de cólera y alivio. El disparo que la despertó al amanecer la había aterrorizado. Mahindar y Hamish habían partido para averiguar lo ocurrido y regresaron asegurando que no habían encontrado nada. No habían visto a Elliot, a ningún extraño ni ninguna bolsa de comida. Nada.

No pudo volver a dormirse; temía que hubiera habido derramamiento de sangre y que Elliot no regresara nunca. Ahora notaba los ojos irritados y estaba un poco enfadada al ver que su marido atravesaba el portón del huerto como si tal cosa, caminando casualmente hacia ella.

Cuando él se acercó, a pesar de su cólera reconoció que con aquellas extrañas ropas resultaba una imagen deliciosa. Su piel atezada proporcionaba un toque exótico y los pantalones, ceñidos en los tobillos, dibujaban cada músculo de sus piernas y glúteos. La chaqueta corta se abría sobre una camisa blanca de tela fina, que se amoldaba con comodidad a su torso bronceado.

Ella se aclaró la voz.

—Buenos días, Elliot.

El bajó el rifle y apoyó la culata en la tierra.

—Te has levantado muy temprano.

—Me despertó un disparo.

Elliot asintió con la cabeza.

—Lo hice yo. Pero la única víctima fue una bolsa. Ella cerró los ojos y dejó salir el aire que retenía.

—Elliot...

Él le tocó la mejilla, instándola a abrir de nuevo los ojos y se lo encontró mirándola con aquellos ardientes ojos grises.

—No era necesario que te preocuparas, muchacha. Sé cuidarme.

—Es posible, pero...

—Esperaba encontrarte en la cama.

El corazón le dio un vuelco y volvió a su lugar con un apresurado zumbido. Intentó encoger los hombros.

—En el huerto todavía crecen verduras. Surgen de manera salvaje, pero aquí están. He pensado recoger algunas para tener provisiones suficientes a fin de que Mahindar cocine para todos.

Balbupear ayudaba un poco, pero no podía dejar de observar los tensos

muslos y la gruesa protuberancia que aquellos pantalones no se molestaban en ocultar.

El esperó a que terminara de hablar.

—¿Dónde está Priti?

—Con Mahindar. Le está ayudando con la cabra.

—Asegúrate que está con él o con alguien de su familia cada momento del día y de la noche. ¿Está Hamish por aquí?

—Estaba haciendo ruido en la despensa. A veces pienso que no duerme nunca.

—Es un muchacho. —Vio que Elliot se frotaba la barbilla donde había barba incipiente de color dorado—. Pero no importa, me ocuparé yo mismo de mi baño.

Sin embargo, Elliot no hizo ningún movimiento para entrar. Permaneció en el camino, con las manos apoyadas en el cañón del rifle.

—Elliot, una perra te ha seguido hasta aquí, ¿lo sabías, verdad?

La setter se había sentado a pocos metros de Elliot. Al notar que ella le miraba, el animal comenzó a golpear el camino con la cola.

Su marido siguió la dirección de su mirada y la perra movió la cola más rápido.

Pertenece a McPherson; debe de querer más jamón.

—¿Jamón? ¿No crees que estás obsesionándote un poco con eso?

—Es el mismo jamón. Acabé dándoselo a los perros de McPherson.

—¿Es ahí adonde te fuiste tan temprano? ¿A buscarlo?

—Fui a vigilar quién se lo llevaba. Pero no lo hizo nadie. Decidí que los perros podían darse un festín con él.

—Entonces estabas equivocado sobre el señor Stacy —dedujo ella—. No está aquí.

El meneó la cabeza.

—No, no estoy equivocado. De hecho, esta argucia me lo ha demostrado.

—Pero si no fue a buscar la comida...

—Si el tipo que se esconde en el bosque hubiera sido un vagabundo o un gitano errante, habría ido a buscar la comida. Stacy es más listo.

—Oh. —Sus nervios volvieron a ponerse en tensión—. Sabes que está allí, pero todavía sigues sin verlo.

—Sí.

«Por supuesto... Es lo más lógico».

Elliot se inclinó hacia ella sin soltar el rifle. Ella notó el calor que

emanaba de su cuerpo a través de la ropa, de la tela calentada por él. La besó. Su barba incipiente le arañó los labios; su piel olía a viento, a frío y a seda.

—Termina de recoger la verdura —dijo él. La besó en la frente, alzó el arma y se encaminó hacia la casa a paso ligero.

Ella le observó marchar. Los pantalones de seda se ceñían a las nalgas más masculinas que Dios había creado nunca.

Elliot apretó las rodillas contra el pecho dentro de la vieja bañera de hojalata mientras recogía agua en una taza de latón para dejarla caer sobre su cabeza. El líquido caliente se deslizó por su cuello y su espalda, llevándose consigo la espuma y la suciedad.

Sintió la corriente de aire, aunque no había escuchado que se abriera la puerta por culpa del sonido del agua. Tenía la cabeza inclinada sobre las rodillas y no miró hacia arriba. Volvió a llenar la taza y sintió el calor en la piel cuando se echó el agua por la espalda.

—Adelante, Juliana.

La puerta se cerró y la ráfaga de aire desapareció.

—¿Cómo supiste que era yo?

Él la reconocería en cualquier lugar, en cualquier momento.

—He reconocido tus pasos. Sé cómo suena cada persona.

—Lo admito, no podrías confundirme con Hamish.

No, sin duda ella no era Hamish. En cuanto la escuchó entrar en la habitación, su dulce aroma llegó hasta él con la brisa y su miembro despertó, irguiéndose en todo su esplendor.

¡Maldito Stacy! Podía haberse pasado la noche abrazado a Juliana en lugar de sentado en las ramas de un árbol, esperándolo.

Tenía los ojos irritados por la falta de sueño, y los dedos comenzaban a arrugársele debajo del agua. Sin embargo, su pene estaba muy despierto.

El sacó la mano del agua, dejando un rastro de gotitas sobre la alfombra que Mahindar había colocado debajo de la bañera. Tomó los dedos de Juliana y se los llevó a la mejilla.

—Me he afeitado —dijo—. Ya no parezco un bárbaro.

Vio que ella se ruborizaba.

—Me gusta cuando pareces un bárbaro.

Él se puso tenso y su pene corrió el peligro de asomar fuera del agua.

Ella le acarició el pómulo antes de rozarle los labios con las yemas. Él

abrió la boca y le mordió la punta del dedo.

Notó que Juliana se estremecía, pero no se apartó. De hecho, observó con fascinación cómo él cerraba los labios alrededor de un dedo y lo succionaba.

—Por favor, cuéntamelo —pidió ella sin apartar la mirada de su boca—. Cuéntame qué te ocurrió en la India. Quiero entenderlo.

El ardor que hacía que le hirviera la sangre en las venas se comenzó a apagar. La soltó.

—Ahora no.

—No es un antojo mío. He venido aquí con el propósito de pedirte.

Él volvió a meter la mano en la bañera y cerró los ojos.

—No quiero regresar allí. Quiero estar aquí. Contigo.

—No insistiré en ningún detalle que resulte demasiado horrible para ti, pero quiero conocer lo esencial del asunto. Por favor, eres mi marido, déjame comprenderte.

Que ella usara la palabra «marido» hizo que el ardor volviera a crecer en su interior, pero sus dedos siguieron dentro del agua, con los músculos tensos.

—Mahindar...

—No quiero preguntarle a Mahindar. Quiero que me lo cuentes tú.

Se forzó a abrir los ojos, pero se deslizó en la tina para apoyar la cabeza en el borde superior.

—¿Por qué?

—Porque Mahindar solo sabe lo que tú le contaste. Estoy segura de que omitiste muchas cosas.

—Mmm... es probable.

Juliana se puso la mano en el pecho, sobre el corazón. Los dedos, húmedos por el contacto con su mejilla, dejaron un rastro mojado en el corpiño azul.

—Sé que lo que experimentaste fue horrible. Sé que dañará tu orgullo hablar de eso con tu mujer...

Él se rio y cerró otra vez los ojos.

—¿Mi orgullo? Mi orgullo fue domado hace mucho tiempo. El orgullo no vale nada. Nada.

La palabra llevó el frío aire de las montañas hasta él, el sonido del disparo, las interminables escaramuzas entre personas a las que no preocupaban los límites dibujados por los gobiernos, ya fuera el suyo o el Régimen Británico que los sometía antes de su independencia. Elliot se había escondido en una grieta entre las rocas, al lado de Stacy, sin preocuparse. Podían salir cuando oscureciera y bajar entonces la ladera hasta un lugar

seguro. Aquello serviría para no despertar habladurías locales.

De pronto, estaba allí. Aquellas familias... Dos estúpidos ingleses y sus esposas, con sus salacots, acompañados por sus hijos y algunos sirvientes hindúes, dispuestos a explorar el camino que había seguido Alejandro Magno.

Estúpidos ingleses que pensaban que el color de su piel y su nacionalidad les salvaría. Sin embargo al atravesar el paso fueron atacados por miembros de una tribu a la que importaba muy poco su procedencia. Los nativos habían vivido en sus fortalezas talladas en la roca durante siglos, ni siquiera Alejandro Magno, uno de los más grandes generales jamás conocidos, había podido con ellos.

Recordó el terror, los gritos de las mujeres, de los niños. Stacy y él habían salido de su escondite y bajado la ladera. Les había dicho a los muy idiotas que corrieran... Fueron lentos, demasiado lentos.

Se escucharon disparos y una de las mujeres resultó alcanzada. Gracias a Dios, solo herida, pero sus gritos de horror habían retumbado en sus oídos durante demasiado tiempo.

Stacy y él habían mantenido una apresurada conversación para decidir su estrategia. Tenían que ser muy drásticos para salir con vida. El mantendría cubiertos a los miembros de la tribu con su Winchester de repetición, mientras que Stacy reunía a las familias inglesas al pie de la colina. Su amigo regresaría cuando los dejara a salvo y cubriría su retirada.

Pero Stacy no regresó. El mantuvo alejados a los miembros de la tribu durante mucho tiempo, pero estaban decididos a someter al francotirador que había en el paso. Finalmente, se le acabó la munición y le capturaron.

Le ardieron las manos cuando le arrancaron el rifle. Le despreciaron y le llamaron cobarde, luego le mancharon con la sangre de sus camaradas caídos y se pusieron a darle patadas con idea de matarle. Stacy había desaparecido y el rescate no se produciría jamás.

Se estremeció bajo los golpes, las patadas, los impactos de las varas y de la culata de su propio rifle.

Comenzó a resistirse, mojando el suelo con el agua. Fueron las manos de Juliana en sus hombros lo que le paralizó.

—Elliot...

Él abrió los ojos ante la brillante luz del sol escocés, dentro del agua tibia, con los brazos de Juliana rodeándole desde atrás.

Ella no le preguntó por qué había comenzado a pelear. No le exigió que le contara qué había recordado. Solo le abrazó sin que le importara que se le

mojaran las mangas; el fino paño azul se oscurecía con el agua.

El giró la cabeza y la besó en la mejilla, saboreando la sensación de sentir su aliento sobre la piel húmeda. Los gritos, los disparos y los aullidos enfurecidos de los hombres se desvanecieron, siendo reemplazados por el tranquilizador sonido de sus labios sobre los de ella.

Alzó la mano mojada para desabrocharle los botones del corpiño, pero sus dedos estaban demasiado resbaladizos.

—Quítate esto —pidió, tirando de un botón.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Ahora?

—Has sido tú la que ha entrado mientras estoy bañándome. —Donde él no podía alejarse de ella—. ¿Cómo pensabas que acabaríamos?

Pasó el dedo por el borde abotonado del corpiño hasta el lugar húmedo donde ella había puesto la mano. En el hombro también había una zona más oscura por culpa del agua, allí donde él había apoyado antes la cabeza.

—Estoy muy mojado, ¿verdad?

Cuando ella se desabrochó los dos primeros botones del corpiño, su erección volvió a erguirse, más dura que nunca.

—Levántate —le pidió—. Desnúdate para mí. Quiero ver cómo lo haces.

Vio que Juliana se ruborizaba, pero se levantó sin apartar la mano de los botones.

—Solo una mujer muy descarada haría tal cosa.

—Solo es descarado si el hombre para el que se desnuda no es su marido. —El entrelazó los dedos en la nuca; su sangre estaba ahora más caliente que el agua—. Pero eres descarada, muchacha. Fuiste tú la que se sentó en el regazo de un hombre, en un lugar sagrado, y le pidió que se casara contigo.

—No ocurrió exactamente así.

—Bueno, es así como yo lo recuerdo, cariño. Venga, desabróchate el vestido.

El volvió a apoyar las manos en el borde de la bañera, pero esta vez sus dedos estaban relajados y cálidos.

Ella, tras una corta vacilación, desabrochó otro botón de su corpiño. El cubrecorse que llevaba debajo poseía un escote muy profundo y atractivo. El clavó los ojos en sus dedos, algo temblorosos, mientras seguían abriendo el vestido hasta la cintura.

—Quítatelo... —pidió.

Ella se deslizó el corpiño por los hombros y lo dejó sobre el respaldo de

una silla. Tenía los brazos desnudos y el corsé se ceñía a sus pechos y cintura.

—Sigue... —ordenó él.

Juliana se puso roja y el rubor que le cubría las mejillas siguió bajando por el cuello. Lo mismo que las pecas que se esparcían por su nariz, que también continuaban por su garganta hasta los pechos, dibujando un aleatorio patrón entre sus senos. Aquel sonrojo las enfatizaba.

La vio desengancharse el cubrecorsé y llevar los brazos a la espalda para desatar los lazos. Cuando logró desprenderlos —con un suspiro de alivio— dejó a la vista la parte superior de la camisola.

—¿Me quito también la falda? —preguntó, dejando el corsé sobre el corpiño.

—Y las enaguas, y lo que sea que lleves debajo...

—El diseño del vestido hace necesario que lleve debajo un pequeño polisón. —Ella soltó la falda de la cintura y la bajó bruscamente. Luego desató y se deshizo de las enaguas, lo mismo que del polisón.

Se quedó desnuda salvo por la camisola, las medias y los zapatos. El clavó los ojos en ella cuando llevó la mano a los cierres de la camisola.

—¿Me quito esto también?

Sus recuerdos le llevaron de regreso a una época en la que había sido dolorosamente joven y regresaba a casa de permiso desde la India. Sus compañeros y él habían terminado en un club nocturno de Marsella, donde las jóvenes prostitutas les provocaban en ropa interior mientras gritaban «¿Qué nos quitamos ahora, messieurs?».

Pero aquellos breves vislumbres de pecado no habían sido ni la mitad de eróticos que Juliana, con solo la camisola, preguntando tímidamente, «¿Me quito esto también?».

—Solo los zapatos y las medias —le ordenó él. Todo su cuerpo estaba relajado menos su pene, que seguía tan rígido como un palo de mayo. Pero, después de todo, ¿qué representaba un palo de mayo?

—Oh, sí. —Juliana se deshizo de aquel práctico calzado y de las medias.

—Suficiente —dijo él cuando terminó—. Ven aquí.

Ella se acercó con cierta vacilación a la bañera. Un paso... otro...

El alargó la mano, le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia su regazo.

Ella no gritó cuando se mojó, se rio.

Su risa era preciosa para él. Y que se riera cuando estaba a su lado, era todavía mejor.

La introdujo en la bañera, sobre sus muslos, contra la tesa erección y la apresó entre sus brazos con fuerza, manteniéndola lo más cerca que podía.

Juliana se apoyó en él y decidió que ver a Elliot mojado era una imagen grandiosa. Tenía las pestañas perladas por el agua y el pelo dorado más oscuro y pegado a la cabeza. Detrás de las espesas pestañas, el gris de sus iris se veía tan claro que resultaba casi plateado y su mirada era caliente, incluso a pesar del agua cada vez más fría.

Las gotitas de agua brillaban en sus hombros y en el hueco de la base de la garganta antes de deslizarse por las líneas del tatuaje. El líquido se enredaba también en el vello que le cubría el torso, oscureciendo las hebras doradas.

El la acarició con sus grandes manos por encima de la camisola mojada, moldeando su cintura antes de subir hacia sus pechos. Ella notó que tenía los ojos rojos por la falta de sueño, pero su contacto era seguro y poderoso.

Elliot siguió subiendo las manos hasta encerrarle el rostro entre ellas para deslizar los pulgares por la mandíbula e inclinarle la cabeza hacia atrás. La besó en los labios, lamiendo el agua que los cubría con la lengua.

Ella le chupó el pómulo, disfrutando de la textura de su piel bronceada. Él le buscó la boca de nuevo, profundizando el beso para hacerlo menos juguetón.

Estaba empapada, con la camisola tan pegada al cuerpo que la tela no ocultaba nada.

Elliot deslizó las manos por su figura, ahuecándolas sobre sus pechos, y los pezones se le erizaron contra las palmas. La besó con lenta deliberación; un hombre relajado en busca de placer.

Estaba excitado, la firme dureza de su pene lo demostraba. Ella se contoneó contra él, disfrutando de su contacto.

—Atrevida muchacha —susurró Elliot.

Volvió a bajar las manos a su cintura para deslizar y quitarle la camisola. La prenda aterrizó en el suelo con un húmedo sonido.

Allí no había sitio para que Elliot le hiciera el amor. La besó de nuevo lamiendo el agua de sus labios, acariciándole la boca. Ella le acarició los hombros y la espalda resbaladiza, apretándose contra él para profundizar el beso.

Notó las manos de su marido por todas partes —en los muslos, en las nalgas, la cintura, los pechos— mientras la besaba con anhelo, frotando sus labios contra los de ella.

De pronto, él se irguió, levantándose de la bañera con ella en brazos. El

agua chorreó de nuevo desde sus cuerpos hasta la bañera y el suelo. Hizo que sus pechos desnudos se pegaran contra su torso mojado.

Siguió besándola sin dejar de estrecharla con fuerza, sosteniendo sus nalgas con un brazo mientras le devoraba la boca con avidez. La colocó para que pudiera envolverle la cintura con las piernas y su dura excitación anidó contra el interior de sus muslos cuando salió de la bañera.

18

La cama estaba a solo dos zancadas y Juliana aterrizó sobre la espalda, con suavidad. Luego Elliot la cubrió con su cuerpo, terso y mojado.

En ningún momento dejó de besarla. Le separó las piernas, arañándole la piel con sus callosas manos, y entró en ella.

Las sábanas se humedecieron con rapidez cuando comenzó a moverse en su interior sin dejar de mirarla con aquellos ojos grises, más oscuros mientras la amaba con la misma avidez con que la había besado.

Notó que él se dejaba llevar por el éxtasis con apremiantes envites al escuchar sus gemidos. Siguió amándola mientras la miraba a los ojos hasta que alcanzó la cima. Entonces la estrechó contra su cuerpo y se sumió en un sueño sin pesadillas.

Cuando Juliana se despertó y antes de aventurarse escaleras abajo, supo que la casa estaba llena otra vez de hombres del pueblo, que habían regresado para devolver el esplendor al castillo McGregor. Ella los había oído llegar mientras estaba recostada contra Elliot, ese era el motivo por el que se estaba esmerando especialmente delante del espejo para asegurarse de que su peinado fuera impecable y el vestido estuviera impoluto, sin rastro del agua que aún cubría el suelo.

Elliot la observó recostado en la cama, con las sábanas cubriéndole las caderas. La miraba con una sonrisa de medio lado que era, sin duda, pecaminosa.

—Venga ve —la animó al ver que se demoraba—. Vuelve con tus listas.

Ella, sonrió feliz y se marchó.

Mahindar, que subía las escaleras para ayudar a Elliot, se detuvo para dejarla pasar. Aquel hombre parecía saber justo en qué momento exacto le necesitaba su amo.

Ella se detuvo en el descansillo.

—Mahindar —le dijo—. Gracias por todo lo que has hecho.

El hindú parpadeó.

—Apenas he empezado, *mensahib*. Todavía queda mucho por hacer hoy.

—Me refería a Elliot. Por cuidar de él. Por ocuparte de todo. No tenías por qué haberlo hecho.

El hombre meneó la cabeza.

—El me necesitaba. Todavía me necesita. Cuando le encontramos, vagaba a muchos kilómetros de su plantación, casi deshidratado y abrasado por el sol. Le llevamos a nuestra casa; no podíamos dejarle morir.

—No todo el mundo hubiera sido tan amable.

—Me educaron para prestar ayuda al que la necesitara. Y tenía una deuda con el *sahib*. Me rescató de las manos de un hombre que me trataba de una manera humillante. —Sonrió—. Incluso le dio un puñetazo en la cara. A mi mujer le encantó eso. Pero le habríamos ayudado de todas maneras. Es un buen hombre, en el sentido más amplio de la palabra.

—Yo siempre lo he pensado. —Ella hizo una pausa—. No sabes cómo logró escapar de ese horrible lugar donde le retenían, ¿verdad?

—No, *mensahib*. Jamás me ha contado toda la historia. Solo fragmentos inconexos.

Ella se apartó para dejar pasar a dos hombres que transportaban una alfombra enrollada y les señaló adonde debían llevarla. No era ese el momento adecuado para averiguar la historia de Elliot, y además, quería que fuera él quién se la relatara.

—Gracias, Mahindar —repitió con sinceridad antes de bajar las escaleras para regresar a sus listas y anotaciones.

Juliana tuvo el placer de encontrarse con que, mientras ella había estado arriba con Elliot, Hamish había traído el correo. Incluía noticias y cartas de su familia. Tomó la correspondencia y la llevó consigo al comedor, donde se acomodó para recrearse en las novedades.

Ainsley le escribía una hermosa carta, bastante larga, donde exponía el tipo de detalles que solo ella podía escribir. Le decía que comprendía por qué su hermano y ella habían querido mantenerse alejados de todos durante un tiempo, pero que regresaría a mediados de verano para la *fête*, y lo haría acompañada de la familia Mackenzie. También la tranquilizaba con respecto a los regalos; habían devuelto todos, excepto los de aquellas personas que habían insistido en que los conservaran. Dichos presentes llegarían al castillo McGregor a lo largo de la semana por medio de un mensajero.

Terminaba la misiva agradeciéndole que se hubiera casado con su hermano y asegurándole que tendría un buen efecto sobre él.

El hermano mayor de Elliot, Sinclair, les escribía a ambos, declarando lo feliz que le hacía aquella vuelta de tuerca de los acontecimientos. Sinclair, dos años mayor que Elliot, aseguraba que trataría de asistir a la *fête* si se lo

permitían sus compromisos en Londres, no solo su trabajo en los Tribunales, sino los que representaban sus dos hijos. Al parecer eran unas fieras que estrenaban institutriz cada semana. Sinclair poseía buen corazón y parecía resistirse a la tentación de mandar a los niños al castillo; estaba seguro de que Elliot y su flamante esposa necesitaban conocerse mutuamente antes de que los terrores oficiales de la familia McBride cayeran sobre ellos. Concluía la carta confesándoles que seguramente mandaría a sus hijos a pasar una temporada con Ainsley.

Sonrió al terminar la carta. Sinclair siempre había sido un buen hombre y había amado mucho a su esposa, que falleció muy joven dejándole dos hijos.

Su padre también enviaba unas líneas comunicándole lo content que estaba al verla tan feliz. En su misiva estaba implícita la promesa de que, si se arrepentía de su decisión, podía regresar a casa sin dar explicaciones. El señor St. John incluso le ofrecía la mejor asistencia jurídica si fuera necesaria.

Quizá alguna otra persona encontraría sosiego en dicha carta, pero ella conocía a su padre muy bien: era un hombre de sentimientos profundos, pero había decidido hacía mucho tiempo que jamás molestaría a nadie con esas emociones. Era la quintaesencia del escocés calmado y severo, siempre pesimista esperando lo peor, pero aceptando en silencio lo mejor si acertaba a llegar.

La carta de Gemma era la más larga. De ella, le gustaba sobre todo el hecho de que no creyese que fuera bueno guardar secretos por el bien de nadie. Era franca y honesta, y si los demás consideraban demasiado bruscas sus opiniones, al menos siempre sabían que podían contar con su apoyo. Las mentiras piadosas no eran para Gemma St. John. Era partidaria de decir la verdad sin adornos, para bien o para mal.

Debo comunicarte lo que la gente está comentando antes de que regreses a Edimburgo. No es lo que piensa todo el mundo, pero he oído decir que tu rápida decisión para casarte con Elliot demuestra que no eres tan diferente a tu madre. El esfuerzo que has realizado a lo largo de tu vida para probar que no eras como ella no cuenta nada ante las crueles murmuraciones de lady Gascogne, la señora Bassington-Smith y otras damas como ellas.

Yo, siendo como soy, no podía pasarlo por alto. Le dije a la señora Bassington-Smith que tu madre había sido, en efecto,

una cabera loca y que todos lo sabíamos, pero que tú eras tan diferente de ella como una flor lo es del queso. Añadí que habías demostrado ser muy inteligente al aceptar la oportuna propuesta del señor McBride y tener ahora un marido y un hogar propios, y que todo había acabado de la mejor manera posible.

Bueno, se calló, como puedes suponer, pero no la hice cambiar de opinión. Uno no puede tener en consideración lo que dice la gente tan desagradable como ella, lo sé, pero he pensado que sería mejor advertirte. Sin embargo, tienes varios defensores —entre los que me incluyo— que aseguran que has tenido suerte al escapar fortuitamente del señor Barclay. En lo que respecta a las opiniones sobre el señor McBride, todos le consideran un buen hombre, y nadie puede negar que proviene de una familia absolutamente respetable.

Por supuesto, añaden, es una pena que esté loco...

Juliana terminó la carta sintiéndose inquieta y reconfortada a un tiempo. Imaginó a la hermosa señora Bassington-Smith, esposa de un juez del Tribunal Supremo, con sus perfectos bucles negros declarando sobre el abanico que ella no era mejor que su madre.

Su temperamento bulló en su interior. Realmente a nadie debería importar por qué se había casado con Elliot ni cómo estaban pasándolo. La señora Bassington-Smith no estaba en las listas de invitados para la fiesta del verano, y se prometió a sí misma que no la añadiría a ninguna otra lista en el futuro.

Y Elliot no estaba loco. No de verdad. Había perdido un poco el rumbo con las terribles circunstancias que se vio obligado a resistir, pero estaba tratando de recuperarse.

Aplastó la creciente irritación para responder a las cartas, y apaciguó su temperamento escribiendo primero a las personas por las que más cariño sentía. Se puso en contacto también con los comerciantes de Aberdeen y Edimburgo, para encargarles materiales para la casa, la *fête* y el baile.

Elliot le había dicho que, por medio de Mahindar, podía comprar cualquier cosa que quisiera o necesitara; que no había límite económico. Ella, acostumbrada a la frugalidad y eficiencia adquiridas desde la infancia, siempre intentaba adquirirlo todo al mejor precio posible.

Cuando terminó de responder su correspondencia y le ordenó a Hamish que

la llevara al pueblo ya era hora de almorzar. Comió de manera informal con Priti. A la niña le habían enseñado buenos modales y la observó cuando sostenía el tenedor y la cuchara correctamente, comiendo solo el pan con los dedos.

Se le hinchó el corazón mientras la miraba. ¿Quién podría no amar a aquella criatura, con su lustroso pelo negro y su atractiva sonrisa, que hablaba en aquella encantadora mezcla de punjabi e inglés? Sus ojos eran muy oscuros y profundos, pero se parecía a Elliot. Se convertiría en una preciosa mujer cuando creciera y se prometió velar por ella a cada paso del camino.

Tras el almuerzo, Channan llegó para llevarse a Priti de vuelta a la cocina. La cría accedió de buena gana, pues deseaba jugar de nuevo, no solo con la cabra, sino también con su nueva amiga, la setter que no parecía tener muchas ganas de regresar a casa del señor McPherson.

Priti se subió a su regazo y la besó en la mejilla mientras ella la abrazaba. Se alegraba de que Elliot la hubiera traído desde la India, un lugar en el que podía no estar a salvo.

La niña le dio otro pegajoso beso antes de bajarse y tomar la mano de Channan para alejarse con ella.

No habían pasado ni treinta segundos cuando Mahindar entró en el comedor con una expresión de pesar.

—*Mensahib*, tiene visita.

—¿Visita? —Se levantó limpiándose con un pañuelo el lugar donde Priti había depositado su beso con sabor a miel—. Santo Cielo, ¿a quién se le ocurrirá venir de visita cuando todo está hecho un lío?

Mahindar le presentó la bandejita de plata que sostenía entre sus enormes manos. Ahí había dos tarjetas de visita en las que estaban escritos los nombres de la señora Terrell y el de la señora Dalrymple.

19

—¡Oh, Dios! —rezó Juliana con fervor—. Recuerdo claramente haberles dicho que la casa no se encontraba preparada para recibir visitas, que no lo estaría hasta el día de la *fête*. ¿Dónde voy a recibirlas?

—No se preocupe, *mensahib*, la salita que dijo que quería para estar se encuentra perfectamente limpia y en condiciones. Puedo llevar allí un té con pastas. La señorita Rossmoran le ha enseñado a Channan cómo hacer las pastas.

—Excelente idea, Mahindar, eres fabuloso. Sí, llévalas allí y diles que enseguida estoy con ellas.

El hindú desapareció con silenciosa rapidez.

Ella se miró en el espejo. No se podía considerar que estuviera preparada para recibir a nadie con aquel vestido de popelina marrón sin adornos, sin embargo la costurera que frecuentaba en Edimburgo siempre había conseguido que su ropa fuera elegante aunque resultara inapropiada para la ocasión.

«Tendrán que aguantarse», pensó irritada mientras atravesaba los caóticos pasillos del castillo hasta la salita.

La señora Terrell y la señora Dalrymple se levantaron cuando entró. La recorrieron con la vista de arriba abajo antes de mirarse entre ellas con expresiones inescrutables.

—Les pido disculpas por el polvo y el ruido —dijo secamente con la cara ruborizada—. Como pueden ver, estamos con obras. Las dos mujeres se sentaron entre frases huecas con las que le expresaban que, por supuesto, no esperaban nada especial y que la salita era preciosa con aquella vista tan maravillosa. Sin duda estaría espléndida cuando acabaran. Mahindar entró con la bandeja del té mientras charlaban; el juego que Ainsley le había regalado y una bandeja con tres capas de pastas diminutas.

Ella sirvió el té.

—Me pregunto por qué su marido ha traído consigo sirvientes hindúes —comentó la señora Dalrymple mientras cogía la taza que le ofrecía y tomaba una pasta de la bandeja que sostenía Mahindar—. En la India no quedaba más remedio que soportarlos, |por supuesto, pero prefiero a los sirvientes escoceses. Los hindúes son demasiado sigilosos y la mayoría ladrones en potencia. Resulta muy inquietante.

Ella miró a Mahindar, que mantenía la cara inexpresiva.

—Mahindar y su familia no son ladrones —los defendió ella con firmeza—. Son buena gente.

—Acuérdese de mis palabras, no son de fiar —aseguró la señora Dalrymple, haciendo un gesto con la mano en la que sostenía una pasta—. No sé en qué estaría pensando el señor McBride. Los nativos piensan que es de salvajes comer chuletas, ¿se imagina, señora Terrell? Ni siquiera comen carne.

—Mahindar no es un nativo cualquiera —aclaró ella—. Es *sij*.

La señora Dalrymple se estremeció.

—Peor me lo pone. Los *sij*s son seres sedientos de sangre.

—Mahindar jamás se ha mostrado sediento de sangre —repuso ella—. Es más, habla un inglés perfecto —informó a la señora Dalrymple con una mirada de advertencia.

La mujer no prestó atención a sus palabras, pues estaba ocupada mordiéndole la pasta. Masticó durante un momento antes de que su cara adquiriera una expresión peculiar y comenzara a toser.

—¡Qué Dios me ayude! ¡Nos ha envenenado!

Mahindar abrió los ojos como platos. La señora Terrell, que estaba mirando por la ventana sin prestarles atención, giró bruscamente la cabeza. Ella tendió a la señora Dalrymple una servilleta e intentó no estremecerse cuando la mujer escupió allí la pasta masticada.

—Veneno... —jadeó—. Debe llamar al oficial de policía de inmediato.

—Tonterías. —Ella misma tomó una pasta de la bandeja y le dio un buen mordisco. Su boca se vio inundada por inesperados sabores que reconoció al momento—. Canela, cardamomo y un poco de pimienta negra, eso es todo. Me encanta. Por favor, Mahindar, ofrécele mis cumplidos a tu mujer. —Sonrió, intentando transmitir al hindú telepáticamente que si no quería volverse loco, mejor sería que huyera de la salita en ese momento.

El hombre realizó una reverencia.

—Gracias, *mensahib*. —Con su dignidad intacta, se dio la vuelta y se marchó.

—¿Entiende lo que quiero decir sobre que se mueven sigilosamente? —comentó la señora Dalrymple—. ¿A quién se le ocurre añadir pimienta a las pastas? ¡Qué ignorancia! Es evidente que incluso cocinar es demasiado para ellos.

—Señora Dalrymple... —intervino con sequedad, ya sin molestarse en mantener a raya su temperamento—. Si ha venido aquí a insultar a mis sirvientes y a desacreditar mi comida, debo pedirle que se marche.

—Sabe de sobra a qué he venido —replicó la mujer.

La señora Terrell asintió con la cabeza.

—Hemos venido a advertirla otra vez, querida señora McBride.

La señora Terrell tenía aproximadamente treinta y cinco años, pero podría haber tenido cincuenta, cara redonda y el pelo veteadado de gris. Parecía el tipo de mujer que moriría antes de rebajarse a teñírselo. Su ropa estaba bien confeccionada y con telas caras, pero resultaban casi dolorosamente sencillas. Todo su ser gritaba: «Mi marido tiene dinero, pero yo soy frugal y jamás le avergonzaré. A diferencia de otras esposas que se ponen vestidos de popelina para recibir a las visitas».

—¿Advertirme otra vez? —repitió—. Por favor, explíqueme que quiere decir.

—La señora Dalrymple ha enviado un telegrama a Scotland Yard para que abran una investigación. El asesinato es un asunto muy serio, señora McBride.

—En efecto, lo es —replicó en tono gélido—. Tan serio que se debe probar sin ningún tipo de duda. No es una acusación que hacer a la ligera...

—Yo no la hago a la ligera —comentó la señora Dalrymple—. Archibald era un buen muchacho; casi un hijo para mi marido. —Parpadeó con sus transparentes ojos azules aunque ella no logró percibir ninguna lágrima—. El señor Stacy nos comentó un día que iba a visitar la plantación de su marido, quería comprobar cómo se encontraba después de la dura prueba pasada, y lo siguiente que supimos de él fue que estaba muerto. Un testigo los vio juntos, y luego el señor Stacy desapareció.

—¿De qué testigo se trata? —preguntó ella—. Me gustaría hablar con él.

La señora Dalrymple le lanzó una mirada ladina.

—Prefiero mantener su nombre en secreto. Nos han aconsejado que procedamos así.

Ella sintió un gélido estremecimiento al notar su tono de confianza.

—Haga lo que considere oportuno, señora Dalrymple. Sin embargo el señor McBride está convencido de que el señor Stacy todavía está vivo.

La señora Dalrymple se movió bruscamente al escucharla y derramó un poco de té en el platito.

—¿Que todavía está vivo? Entonces, ¿se ha puesto en contacto con él?

Juliana vaciló.

—Todavía no.

—¿Lo ve? —se jactó la señora Dalrymple—. Su marido le ha asegurado que dejó al señor Stacy vivo en la India, y mi marido y vamos a demostrar que

no fue así.

—Está obcecada, mi querida señora McBride —comentó la señora Terrell.

Ella se mantuvo inmóvil mientras la furia ardía en su interior. La noche anterior, mientras yacía sola en la cama, había decidido creer a Elliot. Sí, era posible que algunas veces se comportara como un lunático, pero eso no significaba que estuviera equivocada.

Lo que ella temía mientras estaba allí, enfrentándose a la señora Dalrymple, era que Elliot estuviera equivocado y que quienquiera que estuviera en el bosque no fuera el señor Stacy.

Pero no podía ser, había sopesado todas las opciones en su mente antes de llegar a una conclusión: seguiría confiando en Elliot. No iba a comportarse como su madre, que había desacreditado a su padre ante todo el mundo cada vez que le surgía la oportunidad. Su madre fue una mujer hermosa, pero irremediamente malcriada por su familia, por lo que jamás encajó en el tranquilo decoro de la familia St. John.

Tomó aliento para decir a la señora Dalrymple lo peor que podía decir una anfitriona, cuando el propio Elliot entró en la estancia.

Ella casi se atragantó con el té. Elliot vestía un *kilt* raído, unas botas gastadas y una camisa de lino cubierta de polvo y yeso porque había estado ayudando al carpintero a hacer un derribo y tirar los escombros. El pelo estaba tan manchado como la cara y en sus ojos grises brillaba una luz salvaje.

—Juliana —dijo con un marcado acento de las Highlands que apenas ella misma comprendió—. He escuchado que tenías compañía, ¿se trata de estas señoras?

Ella se aclaró la voz.

—La señora Terrell, nuestra vecina, y la señora Dalrymple, una amiga suya de Glasgow.

—*Och*, sí —repuso él antes de soltar una retahíla de palabras que sonó algo así como *Gae nae leaver duegran doch blochen*. Es decir, un galimatías sin sentido.

—En efecto —repuso ella, fingiendo haber comprendido cada palabra.

—¿Qué le ocurre, mujer? —preguntó Elliot a la señora Dalrymple—. ¿No comprende el gaélico?

—Aprendí hace mucho tiempo a hablar en perfecto inglés —explicó la mujer—. Es lo que entiende todo el mundo, señor McBride.

—Entonces, todo el mundo es tonto. —Elliot largó otro discurso del que ella no entendió ni palabra. Suaves consonantes y largas vocales que no

pertenecían a ningún idioma que ella conociera, ni tampoco se parecían al dialecto Punjabi que hablaban Mahindar y su familia. Sin embargo, siguió tomando el té como si no estuviera ocurriendo nada fuera de lo común.

Elliot había dejado la puerta abierta. En el pasillo resonaba la voz de Komal en aquella lengua ininteligible y los gritos de McGregor.

—¡Devuélvemelas, loca! Un hombre tiene derecho a tener un par de botellas escondidas debajo de su cama. Es solo malta. ¿No me comprendes? *Och*, habéis dejado entrar a la cabra.

Se escuchó un balido seguido del ruido de pezuñas contra las losas de piedras, acompañadas por el olor penetrante a cabra asustada y la voz risueña de Priti que la perseguía por el pasillo.

—Tenía razón —aseguró la señora Dalrymple—, esta es una casa de locos. Juliana se levantó.

—Entonces no le molestará marcharse. Gracias por la advertencia, señoras, mi marido y yo la tendremos en consideración.

—Hará mucho más que eso. —La señora Dalrymple dejó la taza de té sobre la mesa con un brusco movimiento y se puso en pie airadamente. La señora Terrell la imitó más despacio—. Mi marido se pondrá en contacto con usted, señor McBride.

Elliot asintió con la cabeza sin añadir ni una palabra, como si no le importara nada lo que pudiera ocurrir. McGregor entró en ese momento en la salita con una botella de whisky en cada mano, mientras Komal le perseguía intentando arrebatárselas.

—Muchacha, dile a esta mujer que me deje en paz. Oh...

—McGregor se detuvo y clavó los ojos en las conmocionadas caras de las visitas—. Anda, la señora lengua afilada... Observo que ya se marcha, ¿verdad? Pues vayan ustedes con Dios.

Mientras él se inclinaba ante ellas, Komal le arrebató una de las botellas y la alzó en gesto de triunfo. Luego se cubrió la cara con el velo y se dio la vuelta para desfilas hacia la salida con la cabeza bien alta.

—Vámonos, Prunella —ordenó la señora Dalrymple—, ya han hecho sus camas y deberán dormir en ellas. —Miró la colorida espalda de Komal. Tendrá que llevarlos con una correa, es la única manera de que aprendan a comportarse.

McGregor se movió con ferocidad.

—Como se le ocurra ponerle un solo dedo encima, le dispararé a quemarropa. Todavía soy el laird del castillo, no lo olvide.

Juliana se apresuró a colocarse delante del señor McGregor, que agitaba la botella de manera peligrosa.

—Será mejor que se vayan —dijo a la señora Terrell, casi empujándolas al pasillo—. Solo Dios sabe lo que puede hacer cuando está furioso.

La señora Dalrymple corrió hacia la puerta principal, atravesando entre dos obreros que entraban con sendos bloques de piedra.

—¡Fuera de aquí, por Dios! —espetó la señora Dalrymple a los trabajadores—. Deberían estar usando la puerta de atrás.

Ella se apresuró a seguirla. Se escuchó un balido y un grito, y la dulce voz de Priti amonestando a su mascota.

Corrió hasta que encontró a la señora Terrell, que miraba con preocupación cómo la señora Dalrymple trataba de arrebatar algo que a la cabra no le apetecía soltar. El animal había atrapado el chal de seda de la mujer cuando pasó corriendo a su lado, y ahora masticaba con fruición la tela que la señora Dalrymple se empeñaba en sacar de su boca.

—No, no —gemía Priti, agitando el dedo ante la cabeza del animal—. Cabra mala.

—¡Cría infiel! —La señora Dalrymple alzó la mano para abofetear a la niña.

Ella sintió que la atravesaba un relámpago de furia y apresó la muñeca de la mujer con fuerza inusitada.

—No se atreva a golpearla. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer tal cosa?

La señora Dalrymple intentó liberarse de su agarre, pero ella era demasiado fuerte para que lo consiguiera. La cabra, ya fuera por repugnancia o por otras razones que solo ella sabía, escupió el chal.

Lo recogió y se lo tendió.

—No vuelva nunca a esta casa.

Esperaba que la señora Dalrymple exclamara que el chal estaba arruinado o que pidiera que se lo pagaran, pero se limitó a lanzarle una mirada furiosa y se dio la vuelta. Sus ojos, sin embargo, contenían un astuto destello que se sobreponía a la cólera o al miedo, como si aquella mujer supiera algo que ella ignoraba.

No le gustó nada aquella mirada, pero estaba demasiado enfadada para preocuparse por ello.

—Señora Terrell —dijo a su vecina con la voz deliberadamente calmada—. Mucho me temo que mientras la señora Dalrymple sea su invitada, no será bien recibida en esta casa.

La mujer permaneció tranquila.

—Lamento mucho escuchar esto, señora McBride. —Se ajustó los guantes—. Las señoras del valle me consideran la líder social; todas seguirán mi ejemplo y no la recibirán. Se ha arruinado usted misma.

Se dio la vuelta, teniendo cuidado de no dejar el borde de su chal al alcance de la cabra, y siguió a su amiga hasta el portón, donde las esperaba un landó.

—¡Oh! ¿De veras? —dijo al aire—. Bueno, ya lo veremos. —Bajó la mirada a la cabra, que todavía masticaba el trozo de chal que había logrado arrancar, y le dio una palmadita en la cabeza—. Buena cabra —la felicitó. Entonces tomó a Priti de la mano y la condujo de regreso a casa.

Se encontró a McGregor en el amplio vestíbulo. Había enlazado su brazo con el de una sonriente Komal y bailoteaba hacia el pasillo. Ella todavía sostenía una de las botellas de whisky y el señor McGregor la otra, que se pasaba de una mano a la otra mientras bailaba.

Elliot se reía.

—No tiene gracia —aseguró ella con sombría determinación—. Esa mujer es odiosa, Elliot. Me ha dicho que está investigándote. Quiere meterte en prisión.

—No me pueden arrestar por el asesinato de alguien que todavía está vivo.

—Me gustaría que el señor Stacy nos facilitara las cosas y se dejara ver, pero está resultando demasiado obstinado.

Él se encogió de hombros.

—Hará lo que le parezca. Incluso puede regresar al lugar del que vino sin llegar a mostrarse nunca.

—Eso no sería útil.

Elliot miró a McGregor, que había dejado de bailar y daba palmaditas a Komal en el hombro.

—No te preocupes, muchacha —decía el anciano—, jamás permitiré que esa bruja te haga daño.

Komal le sonreía con sinceridad, incluso con agrado. McGregor se puso de un rojo intenso y comenzó a tartamudear, lo que dio pie para que Komal le arrebatara la segunda botella de whisky y corriera hacia la cocina.

—¡Ingrata! —McGregor salió pitando tras ella con Priti a la zaga. Se escucharon voces airadas en dos idiomas distintos en el pasillo que llevaba a la cocina.

—Pobre diablo —comentó ella, sin contener la sonrisa.

Se volvió hacia Elliot. Él había apoyado las caderas en el respaldo del sofá tipo imperio y el *kilt* le dibujaba los muslos.

Incluso aunque nunca le contara aquellas cuestiones tan importantes para él, ella podría disfrutar mirándole. Y tocándole. El húmedo calor que habían disfrutado en la bañera no la había abandonado todavía.

—Ahora en serio, debemos hacer algo con respecto a los Dalrymple —aseguró—. Podrían ser peligrosos para ti.

El encogió los hombros.

—La señora Dalrymple no es escocesa, por mucho que reclame lo contrario. No comprendió ni una palabra de lo que dije.

—Mi querido Elliot, yo tampoco.

Él sonrió.

—En cualquier caso, no pueden juzgarme por un asesinato si no hay cuerpo, tumba o pistas.

—Pueden hacerlo si él continúa desaparecido. Harán caso a las sospechas y a nada más.

—Lo bueno de la ley británica es que los crímenes hay que demostrarlos. —Se quedó inmóvil—. Pero la señora Dalrymple no se equivoca, muchacha, soy un asesino.

—No lo eres —aseguró ella—. Si el señor Stacy está vivo, no lo eres.

—Lo está. —Elliot apretó el borde del sofá con las manos, y los nudillos se le pusieron blancos a pesar de lo bronceada que tenía la piel—. No me refiero a él. Hablo de otros hombres.

—Te refieres al ejército. En las batallas.

Él volvió a hacer una pausa, como si estuviera enfrentándose a pensamientos que no le gustaban.

—No. Me refiero a cuando estuve prisionero. Mis captores me enseñaron a matar con mis propias manos y luego me obligaron a hacerlo para ellos.

20

Elliot observó que Juliana clavaba los ojos en él con sorpresa, y eso estaba bien; su expresión indicaba que no quería creer los horrores que le estaba contando. Sus ojos azules estaban muy abiertos. Con todo lo que estaba revelándole, iba a hacer pedazos su inocencia, y lo odiaba.

Él alzó las manos y se las miró. Eran callosas y arrugadas, las puntas de sus dedos estaban llenas de cicatrices allí donde habían sido cortadas y sus uñas estaban demasiado enteras para haber sido arrancadas antes de que volvieran a crecer.

—Me enseñaron a rodear la garganta de un hombre con las manos —explicó—, y a buscar la tráquea con los pulgares hasta aplastarla. A apretar con los dedos las órbitas oculares y clavarlos dentro de los pómulos. Un hombre pelea con fuerza por su vida cuando está a punto de morir...

Observó la mano que Juliana se llevó a la garganta, delgada y elegante con un dulce velo de pecas.

—No tienes que contarme nada si no quieres —dijo ella.

—Les ayudé a matar a los miembros de las tribus rivales. Me convirtieron en un monstruo y se reían cuando sus enemigos morían bajo mis manos.

—Oh, Elliot...

Al menos no lo dijo con la altivez y superioridad de la que habrían hecho gala la señora Dalrymple o la señora Terrell, como si solo se tratara de paganos y sus vidas no importaran. Eran hombres con un hogar, una existencia, hijos y esposas que llorarían al ver que no regresaban.

—Cuando terminaba, volvían a encerrarme.

Ella se acercó a él con pasos lentos sin apartar la mirada de su cara. Cubrió sus manos con las de ella, las levantó y apretó los labios contra los nudillos llenos de cicatrices para besarlos.

—Sé que no tuviste otra alternativa —le justificó ella—. Te habrían matado si no lo hubieras hecho.

—Debería haberme negado. Haber obedecido sus órdenes me convierte en un cobarde a todos los efectos. Tendría que haberme resistido, incluso aunque me mataran, antes que convertirme en un asesino.

Una cálida lágrima de Juliana le mojó el dorso de la mano.

—No tuviste alternativa —repitió ella en un susurro.

Ahora no parecían reales aquellas batallas veloces y silenciosas en medio

de la noche, cuando le ataban con una cadena y le obligaban a defender el campamento del ataque de sus rivales. En la negra frialdad había luchado contra hombres que intentaban acuchillarles, impulsado tan solo por el miedo y la obsesiva necesidad de seguir vivo. Había luchado contra ellos porque se había negado a darse por vencido y morir.

—Tenía que vivir —confesó—. Tenía que seguir vivo a costa de lo que fuera... —se soltó de sus manos y le colocó un mechón errante detrás de la oreja— para verte otra vez.

Ella le contempló con los labios separados.

—Eso era lo que me mantenía con vida cada minuto del día y de la noche; verte otra vez. Escuchar tu voz. Tocarte... —Le pasó el dedo por la mejilla—. Admiraban mi resistencia. Me consideraban un demonio, un muerto viviente, porque no me rendía y porque no me dejaba morir, pero no podía rendirme hasta que te viera de nuevo.

Más lágrimas resbalaron por las mejillas de Juliana y él le secó una con el dedo.

—No comprendí lo que significabas para mí —continuó—, hasta que corrí peligro de no volver a ver tu cara otra vez, de no disfrutar de tu dulce sonrisa. Entonces lo supe; eres mi mujer, Juliana. Siempre lo has sido.

—Pero volviste a casa. —Ella dio un paso atrás, se sacó un pañuelo de la manga y se secó las lágrimas—. Volviste a casa y ni siquiera fuiste a verme.

—No quería hablar contigo hasta que estuviera curado, era un hombre arruinado. Me di cuenta de que jamás me curaría hasta que regresara a la India y me enfrentara a lo que me había ocurrido, en el mismo lugar que había sucedido. Además, Priti estaba allí y no tenía intención de dejar que se criara sin padre. Volví y lo dejé todo resuelto. Luego regresé a Escocia para siempre.

—Pero, mientras tanto podría haberme casado con Grant —susurró Juliana. La vio sorber por la nariz y sonarse antes de volver a guardar el pañuelo en el bolsillo—. Acepté su proposición porque pensaba que no volverías nunca. Podrías haber llegado demasiado tarde.

La diversión que le causaron sus palabras hizo que el tembloroso horror desapareciera de su mente.

—Eso no hubiera ocurrido. Le pedí a Ainsley que te vigilara y me contara todo lo que hacías.

—Pero... —Ella parecía desconcertada—. ¿Cómo tuvo tiempo Ainsley de ser tu espía?

—Mi hermana posee muchos recursos y es muy astuta. Cuando no podía ser

ella la que hablara contigo, se lo encargaba a otra persona. Me informó de todo. No sabía mis razones, pero le pedí que no te dijera nada, que confiara en mí. Y, bendita sea, así lo hizo. Supe cuándo ibas a casarte con Grant Barclay, y cuánto tiempo te quedaba exactamente para regresar a Escocia y tomarte; sabía que jamás cambiarías la fecha de la boda, eres de las que programa hasta el último minuto de su tiempo y sigue el plan al pie de la letra.

Una fiera indignación estaba haciendo desaparecer el desconcierto de Juliana.

—Incluso así, podías haber hablado conmigo. Cuando te capturaron, cuando pensamos que estabas muerto... Fueron los meses más horribles de mi vida. No hay nada peor. Lloré de alivio durante todo el día cuando Ainsley me envió un telegrama diciéndome que te habían encontrado y estabas bien. Pero tú nunca escribiste, jamás me visitaste, nunca me hablaste... Ni siquiera me mandaste un mensaje.

—Sé que lo hice todo mal —aseguró él—. Como dice Ainsley, después de todo solo soy un hombre. Si actué así fue porque no quería darte la oportunidad de decir que no.

—Entonces, ¿acudiste a mi boda para secuestrarme ante el altar?

—Soy un highlander. Robamos a nuestras mujeres, ¿no lo sabías?

—Eres horrible.

—Siempre lo he sido. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Y tú lo sabes bien.

Ella se apretó las manos contra las mejillas.

—Elliot, ¿qué voy a hacer contigo?

El no pudo permanecer alejado de ella durante más tiempo. Le tomó las manos y la estrechó contra su cuerpo, cerrando los brazos a su alrededor. Apoyó la mejilla en su fragante pelo y dejó que su calor penetrara en sus huesos.

Juliana se relajó con un suspiro y él cerró los ojos para concentrarse en el calor que ella emitía, en la suavidad de su cuerpo bajo la tesa tela del vestido.

—Elliot... —susurró ella después de un rato.

Él no respondió, la besó en el pelo.

—¿Qué vamos a hacer con los Dalrymple?

Pobre Juliana. Se preocupaba por cosas triviales. Él le inclinó la cabeza hacia atrás y la besó brevemente en los labios.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos.

—¿Quién?

—El amigo de un amigo. —Volvió a besarla y saboreó el té en sus labios, así como la canela y la pimienta de la pasta que había tomado.

La oscuridad del pasado se esfumó otra vez. Seguía acechándole, dispuesta a fluir y a atraparlo en su red en cualquier momento, pero ahora, tras la puerta cerrada mientras desabrochaba el vestido de Juliana, había logrado mantenerla a raya.

Acabó sentado en el sillón del escritorio con ella a horcajadas sobre su regazo, donde hicieron el amor muy despacio, abrazados.

En aquel tranquilo éxtasis, comenzó a creer que llegaría un día en el que estaría bien. Quizá llevase mucho tiempo y tal vez los recuerdos nunca llegaran a desvanecerse, pero sobreviviría. Lo único que necesitaba era hacer el amor con Juliana, y jamás volvería a tener miedo.

Los trabajos en la casa continuaron a lo largo de la tarde y hasta altas horas de la noche. Elliot envió a Hamish al pueblo para mandar un telegrama a Londres, luego tomó el rifle y salió en busca de Stacy.

La setter de pelaje rojizo le siguió; el animal no mostraba señal de querer regresar con McPherson. No quería que la perra resultara dañada, pero conocía a Stacy; tenía debilidad por los animales y no haría daño a ninguno por herir a alguien que le hubiera enfadado. Si quería verle a él muerto, se concentraría en eso.

Sin embargo, no encontró señal de Stacy aquel día. Quizá se había dado por vencido y se había retirado.

Había mantenido los oídos alerta a cualquier noticia sobre un desconocido que se moviera por la zona, pero no oyó que ningún extraño hubiera llegado allí en los últimos tiempos, salvo él mismo. Había considerado la posibilidad de que Stacy intentara introducirse en la casa fingiendo ser uno de los trabajadores, pero McGregor y Hamish conocían a cada hombre en kilómetros a la redonda, y Mahindar reconocería a Stacy. Estaba seguro de que no era ninguno de los individuos que realizaban trabajos para él.

Cuando todo el mundo se fue a su casa para cenar y dormir, él cerró las puertas del castillo con una de aquellas llaves gigantescas y las bloqueó con tablones. Después se dejó caer pesadamente en la cama y durmió rodeando a Juliana con los brazos.

A primera hora de la mañana, McGregor le despertó para que le acompañara a pescar.

Tomó el rifle además de la caña. Utilizaría aquella oportunidad para realizar otra búsqueda.

McGregor lo llevó al río que había al Oeste, para lo que atravesaron los desfiladeros hasta llegar a unos remansos más lentos; las corrientes más plácidas que había en las tierras de— los McPherson. El propio McPherson estaba allí.

La setter que le había seguido de nuevo, meneó la cola y olisqueó al laird vecino antes de regresar junto a él.

—Parece que me he quedado con tu perra —comentó—. O que ella se quedó conmigo. No sé muy bien cómo ha sido.

—Puedo compartirla —repuso McPherson con su voz atronadora—. Si le gustas, ¿por qué no? Necesitas un animal así en esa enorme casa tuya.

La setter le siguió hasta un lugar a la sombra donde él lanzó el sedal. Desde allí se podía ver el río y las colinas sobre las que un francotirador podría sentarse con un rifle similar al suyo. La perra saltó intentando atrapar algunas mariposas antes de tumbarse para ver cómo pescaba, con los ojos entrecerrados.

La paz que se respiraba en el valle era perfecta. El río llenaba algunas piscinas naturales donde los peces saltaban fuera del agua antes de volver a caer para nadar obedientemente hacia los cebos. McPherson y McGregor pescaron varias piezas con rapidez, pero él no consiguió ninguna.

No le importó. Había decidido hacía mucho tiempo que lo mejor de la pesca era esperar con el agua fría hasta las rodillas y observar los remolinos de uno en uno, las ramas flotar, las sombras que bailaban y se movían... Pescar significaba apoyar a un amigo en silencio sin que fuera necesario decir nada.

No vio señales ni presintió estar siendo observado desde el bosque. Stacy no estaba allí; quizá se había dado por vencido y se había ido. O quizá él estaba equivocado y su antiguo amigo no había estado ahí nunca.

Sin embargo, sabía que había estado.

—¿Quién diantres es ese? —La voz de McPherson resonó por encima del sonido del agua y el chapoteo de los peces.

El laird se hacía sombra en los ojos con la mano para observar a un hombre que bajaba la ladera hacia ellos. El visitante llevaba puesta una levita,

pantalones y chistera; una vestimenta más adecuada para pasear por un parque de ciudad que por la salvaje campiña escocesa.

¡Santo Dios! —exclamó McGregor—. Es ese idiota de Dull Pimple. ¿Es que no nos ha dado la lata lo suficiente?

—Yo no le he invitado aseguró McPherson.

—¿No pensarás que lo he hecho yo? ¡Eh, usted! —gritó ahuecando las manos alrededor de la boca como una bocina en dirección al visitante—. ¡Largo! Nos espanta la pesca.

Ignorando a McGregor, el señor Dalrymple siguió bajando la colina y rodeó un grupo de árboles para dirigirse directamente a Elliot.

—¿Señor McBride? —preguntó el hombre—. Me alegro de verle. George Dalrymple —se presentó—. El chico me ha dicho que podría encontrarle aquí.

«Hamish». Bien, el muchacho no debía saber nada.

—Tengo que hablar con usted —aseguró el recién llegado.

Aquel hombre podía tener un apellido escocés, pero parecía que se había esforzado mucho para hacer desaparecer cualquier huella de ello de su ser. Contuvo la tentación de hablarle en gaélico, pero se dejó llevar e hizo más profundo el acento escocés en su tono.

—¿Quiere hablar ahora?

—Sí, y creo que los dos sabemos sobre qué.

—Pues no se me ocurre nada.

McGregor y McPherson observaban la otra orilla del río hombro con hombro, y él les indicó que se quedaran donde estaban. Todavía no había decidido si enviaba a Dalrymple a casa o le empujaba para que cayera al agua.

El hombre le brindó una sonrisa compungida.

—Mi mujer me dijo que parecía un hombre muy simple. Y, por cierto, debe disculparla por su conducta de ayer, pero está... más bien enfadada. Ambos sentíamos un profundo cariño por el señor Stacy, ya me entiende.

—El jamás les mencionó —afirmó—, así que el aprecio no debía ser recíproco.

—Intimamos con él cuando usted... estaba alejado. Entonces Stacy estaba muy preocupado por usted. —A pesar de la sonrisa que se extendía por su cara, la mirada de Dalrymple era dura—. Ya sabemos que asegura no recordar nada sobre la muerte de Archibald, pero estamos dispuestos a decirle a la policía que fue usted quien le mató.

—Tiene razón, no recuerdo nada.

—No obstante hemos averiguado lo que ocurrió. Como mi mujer le dijo a la suya, hemos puesto en marcha una investigación.

Elliot lanzó otra vez el sedal al agua con un perfecto golpe de muñeca, pero los peces no se acercaron.

—Muy amable de su parte —aseguró.

—Le entiendo, desde luego, estimado colega. No estaba bien de la cabeza en ese momento. Se rumorea que todavía no lo está, aunque parece mucho mejor.

—Gracias.

—Y todo este asunto debe resultar estremecedor para su mujer, que por lo que he oído pertenece a una de las familias más respetables de Edimburgo.

—En efecto.

—Sé que le gustaría ahorrarle cualquier desasosiego innecesario.

El apartó la mirada del hilo que subía y bajaba en el agua y clavó los ojos en Dalrymple. La pálida cara del hombre estaba perlada de sudor por culpa del sol; sus rasgos parecían demasiado perfectos y delicados para ese clima. Si había estado en la India como aseguraba, el tiempo había borrado cualquier efecto que los rayos solares hubieran supuesto para su piel.

—Entiendo lo que quiere decir —repuso él—. Me interesa.

Dalrymple sonrió.

—Los dos somos hombres de mundo, señor McBride. Hemos padecido privaciones y disfrutado de riquezas, nos hemos movido entre los extremos, ¿verdad?

—Sí.

—Sé que... reunió... un montón de riqueza por sí mismo. La suficiente para adquirir una propiedad en las Highlands.

—Sí. —A él no le gustó la insinuación de que había ganado su fortuna por otra causa que no fuera el duro trabajo, pero lo dejó pasar. No valía la pena molestarse.

Si desea considerarme un ser común y corriente, así sea.

Dalrymple lanzó una mirada al otro lado del río, donde McPherson y McGregor hablaban en voz baja—. Está un poco mal de la cabeza y su mujer es una criatura muy hermosa y respetable. Tengo la certeza de que después de que me entregue una cantidad acordada de antemano, podremos no aportar detalles significativos a la investigación sobre la muerte del señor Stacy, o incluso conseguir que sea detenida.

21

Elliot miró a Dalrymple durante un instante, antes de recoger el sedal y volver a lanzarlo al río otra vez.

—No —se limitó a decir.

El otro hombre parpadeó.

—¿Perdón?

—He dicho que no. No le daré ni un penique.

Dalrymple parpadeó un par de veces, como si le sorprendiera que no le hubiera rogado que cogiera todo su dinero y le dejara en paz. El hombre se humedeció los labios.

—Señor McBride, está en una posición precaria. Ha matado a un hombre y ha escapado hasta aquí en busca de seguridad. Además, ha secuestrado a su hija para traerla con usted. Es posible que esté de acuerdo en que el señor Stacy es un hombre duro y seguramente su hija habría muerto de hambre en la India, pero dudo que quiera que se sepa esta historia.

—Priti no es hija suya —explicó con serenidad—. Es hija mía.

Dalrymple le miró fijamente.

—¿De veras? Bien, ¡Santo Dios, hombre!, si es así, creo que deberíamos ponernos de acuerdo. Si su mujer o su familia se enteran de esto, no solo se verán conmocionados y alterados, sino que incluso podrían llevarle a juicio. ¿No lo sabía?

—Mi mujer ya lo sabe todo. Se lo he contado yo.

—¿Se lo ha contado? Oh...

Él siguió pescando. A su lado, Dalrymple carraspeó, comenzó a hablar y se interrumpió. Volvió a carraspear.

—Bien, déjeme regresar a mi propósito original —dijo después de una larga pausa—. Usted asesinó al señor Stacy y si no quiere ir al cadalso, llegará a un acuerdo conmigo.

—Stacy no está muerto.

—¿Perdón? —El hombre parpadeó otra vez.

—Lo que he dicho. Archie Stacy no está muerto. Está vivo y coleando.

Dalrymple sonrió.

—Oh, en eso no estoy de acuerdo con usted. Tengo en mi poder su certificado de defunción.

Sacó una hoja de papel del bolsillo interior de la levita, la abrió y la

sostuvo ante sus ojos con la finalidad de que pudiera ver el sello oficial.

¡Bang!

Las aves que estaban posadas en los árboles circundantes remontaron el vuelo. Unas gotas de sangre caliente salpicaron su camisa y bajó la mirada con desconcierto al patrón escarlata que cubría la tela blanca. No sintió dolor y escuchó a Dalrymple gritar. El certificado de defunción comenzó a planear sobre el viento y revoloteó alegremente hasta el río.

El observó todo eso en un alarmante segundo. Luego se arrojó al suelo con la caña, buscando las sombras, y tomó el rifle.

Dalrymple permaneció en el mismo lugar, sujetándose la mano derecha y gritando. McGregor y McPherson se habían ocultado también entre las sombras. Solo Dalrymple estaba demasiado ocupado con su dolor como para apartarse de la línea de fuego.

Él se dirigió hacia los árboles moviéndose con silenciosa rapidez hacia el punto de donde había salido el disparo. Subió corriendo la colina mientras el aire húmedo le mojaba la piel.

Si no tenía en cuenta los altos árboles escoceses que había a su alrededor, el panorama le resultaba muy familiar. Luchó contra su mente, que le quería llevar de regreso al pasado, y siguió corriendo.

Salió del bosquecillo en una zona despejada donde el suelo era roca viva. Desde aquel lugar tenía una vista perfecta del río, las aguas las remansadas y el lugar exacto donde había estado Dalrymple.

Sacó el rifle de su funda y acercó el ojo a la mira. Dalrymple ofrecía un blanco perfecto iluminado por la luz del sol, con sus labios moviéndose en un gesto de dolor. El hombre había estado frente a él. Desde ese ángulo de la colina los dos ofrecían su perfil.

Stacy no había disparado a Dalrymple por equivocación. Su viejo amigo era un francotirador de primera; uno de los mejores. Allí soplaba el viento con fuerza, pero Stacy lo habría tenido en cuenta.

Había disparado al otro hombre, no a él. Un solo disparo. Un casquillo brillaba en la base de la roca.

Recogió el cartucho usado y lo metió en el *sporrán* mientras escudriñaba la colina a su alrededor. No vio huellas de la huida de un hombre, no había movimientos en la vegetación cercana que mostraran la dirección que podría haber tomado. La hierba en torno a la roca estaba plana... toda. Stacy debía haberla pisoteado antes de disparar para tratar de cubrir las huellas de su retirada.

Se colgó el rifle a la espalda y ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Stacy!

La palabra resonó en las colinas. Los hombres de abajo alzaron la vista hacia él.

El eco acabó apagándose y se hizo de nuevo el silencio. Si Stacy hubiera estado allí, había dejado de existir en la débil niebla que se deslizaba desde los picos más elevados.

Se bajó de la roca y fue en su busca.

Juliana se pasó la mañana ocupada, organizando la *fête* de verano y comprobando que los hombres trabajaban en las áreas más importantes de la casa.

Mantuvo una especial vigilancia sobre Priti porque Elliot estaba pescando con McGregor cuando los trabajadores llegaron. Se fijó en el momento en que la niña salió corriendo de la casa para jugar con la cabra y salió tras ella, agradeciendo sentir el sol de la mañana en la cara.

Se relajó en cuanto encontró a Priti en el huerto cercano a la cocina, la niña estaba hablando con la cabra, que estaba atada con una cuerda para alejarla de las alubias rojas, y la alimentaba con tortas de harina de avena.

Disfrutó observando a la cría. Priti era amable, pero aún así tenía la misma determinación que su padre. Se había adaptado pronto a su nuevo hogar y le gustaba recorrer el castillo McGregor. Disfrutaba siguiendo a Hamish, y le tiraba con fuerza del *kilt* cada vez que requería su atención.

Aquel momento de paz se vio interrumpido cuando un hombre entró en el huerto. Iba vestido como el resto de los trabajadores —*kilt.*, botas y camisa—, y llevaba la cara cubierta con una barba entre dorada y rojiza bastante poblada.

En el mismo momento en que lo vio supo que no era como los demás hombres. Había algo en él, algo que ella no podía definir, que le hacía diferente.

El individuo la recorrió con la mirada brevemente antes de clavar los ojos en Priti.

Ella se quedó paralizada. Su instinto le pidió que llamara a Hamish a gritos, pero contuvo el impulso; temía lo que podía ocurrir si sobresaltaba al hombre. Pero él no hizo nada, solo miró a la niña.

Por fin, se volvió lentamente hacia ella, buscó su mirada con ojos

penetrantes y, por fin, se dio la vuelta para alejarse sin prisa.

Ella dio un paso adelante.

—¿Señor Stacy?

El hombre no respondió. Ella le siguió y se detuvo a su espalda, pero él siguió andando por el camino hasta la salida del huerto. Atravesó el portón, se internó en el bosque y desapareció de su vista.

Ella corrió hacia el punto por el que había desaparecido, pero por mucho que miró a su alrededor, no pudo decir en qué dirección se había ido.

Todavía estaba en el camino cuando aparecieron el señor McGregor y el señor McPherson desde el río. Los dos hombres parecían inquietos y sin aliento.

—¿Se han cruzado con un hombre? —preguntó mirando inquisitiva sus caras—. ¿Qué ha ocurrido?

—Se trata de McBride —resolló McGregor—. Tu marido, muchacha, se ha vuelto loco en las colinas.

—No, no se volvió loco —le corrigió McPherson—. Desapareció en busca de alguien. Creo que fue un furtivo; alguien que hizo un disparo accidental.

—¿Un disparo? —Se llevó la mano a la garganta—. ¿Elliot está herido?

—No, no, muchacha —se apresuró a tranquilizarla McPherson.

—El disparo lo recibió Dalrymple. —McGregor soltó una risita—. En la mano. Fue una imagen gloriosa. El tipo se puso a dar saltitos gritando como un loco.

—¿Está bien? —preguntó ella, alarmada.

Fue McPherson quien respondió, puesto que McGregor parecía presa de un ataque de risa.

—Tu corazón es demasiado compasivo, muchacha. Dalrymple está bien. La bala solo le rozó, es un afortunado bastardo. Mi ama de llaves está ocupándose de él; es una buena enfermera. Él, sin embargo, no hace más que quejarse, incluso quiere entablar una demanda contra mí. —Se rio.

—¿Qué le ha pasado a Elliot? ¿Dónde está?

—Persiguiendo al furtivo —repuso McGregor—. Corrí tras él, le grité para que se olvidara de perseguir a ese hijo de su madre, pero ya no le alcancé. No dijo nada, subió a una roca y desapareció.

—Necesitamos encontrarle. Me refiero a Elliot. Bueno, en realidad a los dos.

—No se preocupe, muchacha —dijo McPherson—. Conozco cada rincón

de estas tierras y su marido solo ha salido en pos de un furtivo. Seguramente no sea más que un muchacho recién llegado de las tierras bajas, donde apenas hay caza. No me importa que cacen en las colinas un par de liebres.

—No se trata de un furtivo —aseguró ella—. El hombre que Elliot persigue es peligroso. Yo le he visto.

Los dos amigos se detuvieron en seco.

—¿A quién ha visto? —preguntó McPherson.

—A un hombre que Elliot conoció en la India.

McPherson y McGregor intercambiaron una mirada.

—Muchacha dijo McGregor—, odio decirte esto, pero tu marido actúa de manera un poco extraña. Debemos reconocerlo, en esas colinas no hay nadie peligroso. Solo estamos nosotros, y él.

—Pero yo le vi. Priti, cariño, has visto a un hombre, ¿verdad?

La niña alzó la mirada después de alimentar a la cabra con una buena col. Asintió con la cabeza y volvió a concentrarse en el animal, que resultaba mucho más interesante.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó McPherson en el mismo tono que se utiliza con alguien al que solo llevas la corriente.

—De highlander —repuso ella impaciente—. Con un *kilt* y botas, parecía uno de los obreros. Pero tema algo diferente; igual que Elliot.

Eso es lo que la había sorprendido. Mientras que los hombres de las Highlands tenían la piel dorada después de trabajar al aire libre bajo el sol del verano, el señor Stacy estaba profundamente bronceado, casi quemado; como Elliot. Los dos habían vivido durante demasiado tiempo en un país donde los rayos del sol eran más fuertes que los del norte de Escocia.

—Tenemos que encontrarle —repitió ella.

Notó que los dos ancianos continuaban mirándola con escepticismo.

—De acuerdo, buscaré a alguien que sí quiera ayudarme —gritó exasperada al ver que no se movían—. ¡Hamish!

Regresó corriendo a la casa. Allí todavía había muchos hombres del pueblo que se sentirían felices de conseguir un pago extra por volver más tarde a casa.

Corrió hasta la parte superior de la escalera y lanzó un grito poderoso.

—¡Caballeros! ¡Muchachos! ¡Alto!

Uno por uno dejaron de martillar y golpear, mirando a su alrededor con curiosidad para ver lo que el ama estaba diciendo. Hamish salió de improviso de una de las habitaciones de la primera planta, con un martillo en la mano.

Ella les indicó con rapidez lo que quería que hicieran.

—Habrá una pinta más de cerveza para el hombre que en cuentre a mi marido.

Los hombres dejaron caer las herramientas y se esparcieron por la casa, subiendo escaleras o desapareciendo por los pasillos. Los más ansiosos por competir salieron por la puerta bajo el brillo del sol y el viento.

Ella supo que lo mismo que McGregor y McPherson no estaban particularmente preocupados por Elliot, pero... ¿por qué renunciar a la posibilidad de conseguir cerveza gratis? Bajó las escaleras tras ellos, teniendo que coger a Priti en brazos cuando quiso perseguirlos.

—No, Priti, tú tienes que quedarte conmigo.

La niña la miró decepcionada antes de rodearle el cuello con los brazos y besarla en la mejilla.

Mahindar apareció en ese momento, seguido por las tres mujeres, y se acercó a ella.

—Es usted una mujer inteligente, *mensahib*. El *sahib* no correrá peligro ahora si más de treinta hombres están buscándole por las colinas.

—¿Lo crees de verdad, Mahindar? ¿El señor Stacy le ha seguido hasta aquí?

El hindú pareció preocupado.

—No lo sé. El *sahib* ha tenido visiones como esta con anterioridad. Estaba seguro de que era perseguido, de que le querían cazar. Cuando regresó a casa estaba muy mal.

—¿Qué aspecto tiene el señor Stacy? ¿Es algo pelirrojo? ¿Con el pelo entre dorado y rojo?

—Sí —repuso Mahindar con cautela—. Pero también lo tiene así casi cada hombre de los que trabaja aquí.

No le faltaba razón. Que un escocés estuviera bronceado como si hubiera estado en la India no quería decir que fuera el señor Stacy. Muchos caballeros ingleses o escoceses habían formado parte del protectorado que los británicos mantenían en la India... ya fuera como miembros del ejército, del servicio civil del Gobierno o como civiles que intentaran ganarse la vida.

No obstante, ella había tomado una decisión sobre qué creer y se mantendría fiel a ella.

Llevó a Priti al interior, con Mahindar y su familia, y esperó los resultados de la búsqueda.

Los hombres regresaron a la puesta del sol acompañados de Elliot. Hamish

se declaró ganador de la ración de cerveza y, naturalmente, todos los demás lo pusieron en duda. Todos, menos Elliot.

Juliana jamás había visto a su marido furioso con anterioridad. Cuando eran jóvenes, él había sido un muchacho sonriente y encantador y, desde que se casaron, se había mostrado siempre tranquilo, seductor o silencioso, ensimismado en sí mismo.

Pero en ese momento sus ojos grises centelleaban con ferocidad. Se acercó a ella en cuando se deshizo de sus rescatadores, la tomó del brazo y la arrastró hasta el comedor, donde cerró con un portazo para eludir ojos indiscretos. La setter que se había convertido en su sombra rascó el exterior de la puerta entre lloriqueos.

Lo vio sacar las balas del rifle, descargándolo en medio de un fiero silencio.

—Lo siento —dijo antes de que él pudiera hablar—. Estaba preocupada por ti. El señor McGregor y el señor McPherson me dijeron que habías salido corriendo colina arriba detrás de un hombre que, por lo que parece, le gusta disparar a la gente.

Elliot cerró el rifle de golpe y lo depositó sobre la mesa.

—Cada uno de los hombres que enviaste en mi busca podría haber muerto. Podría haber sido Hamish. Podría haber sido McGregor. ¿Y si yo mismo hubiera disparado contra uno de ellos por equivocación? ¿Y si lo hubiera hecho Stacy?

—Di por supuesto que todos harían tanto ruido que os percataríais de su presencia mucho antes de que los vieseis. El señor Stacy escaparía y tú te desesperarías, pero regresarías a casa con ellos... que es lo que has hecho.

—¡Maldita sea, Juliana! ¿Qué es lo que crees que quería decir cuando te advertí de que Stacy es condenadamente peligroso? Podía haberle disparado a cualquiera, a todos y cada uno de los tontos que enviaste tras de mí, que habrían caído como chinches sin siquiera saber por qué. Es uno de los mejores francotiradores que conozco. ¡Le entrené yo mismo!

Ella alzó la barbilla.

—Sigo manteniendo mi teoría de que el señor Stacy elegiría esconderse. Y estaba en lo cierto.

—Pero el tema es que podrías no haberlo estado, cariño. McGregor insiste en que se trató del disparo perdido de un furtivo. No es cierto, ningún furtivo usa balas como esta. —Metió la mano en el *sporrán* y dejó caer algo metálico encima de la mesa—. Esto es un casquillo de un rifle de importación como el

mío, no de una escopeta común.

Para ella toda la metralla era igual, pero asintió con la cabeza.

—¿De verdad?

—Los hombres que enviaste me rodearon y me obligaron a regresar con ellos como si fueran mis niñeras.

—Eso no fue culpa mía —se disculpó ella, que seguía estudiando el casquillo—. Lo siento, pero prefiero que te obligaran a volver a casa, furioso conmigo, a que te trajeran en parihuelas, herido o muerto.

El silencio la hizo alzar la cabeza. El mostraba una expresión desolada; la cólera había dado paso a un profundo cansancio.

—No me crees, ¿verdad? Crees que estoy loco, igual que lo piensan ellos. McPherson está a punto de encerrarme en una habitación acolchada.

—No, yo...

Lo vio apretar los labios.

—No me mientas, Juliana.

—No te estoy mintiendo. Te creo. Ahora eres tú quien tiene que creerme a mí.

Él se quedó inmóvil, todavía con expresión sombría.

—No fue una decisión fácil —explicó ella—. Eso es importante que lo creas, porque a pesar de todas las indicaciones que me mostraban mis observaciones, he llegado a la conclusión de que no estás loco. Por lo menos, no por esto.

A Elliot le brillaron los ojos.

—No se te habrá ocurrido hacer una fiesta, ¿verdad?

—Solo mentalmente.

—¿A qué le refieres con «no por esto»?

—Lo sabes perfectamente. Cada vez que hablas conmigo sobre el señor Stacy pareces muy cabal. ¿De verdad que le disparó al señor Dalrymple?

—Sí, en la mano. Un disparo magnífico. —Le vio meter la mano en el bolsillo—. Pero creo que estaba ansioso por hacer desaparecer esto.

Dejó caer una hoja de papel sobre la mesa. El papel estaba húmedo y la tinta borrosa e ilegible.

—¿Qué es esto?

—Un certificado de defunción. O eso dice Dalrymple. Tiene que ser falso, pero ahora será muy difícil de saber.

Ella lo tocó.

—¿El señor Dalrymple lo tenía?

—Ese hombre no es más que un mezquino chantajista. Quiere que le pague para no demostrar que mató a Stacy. Juega la baza de que soy un loco que no recuerda nada de lo que hace.

—Bueno, ¡qué disparate! El señor Stacy está vivo. Yo lo vi.

—¿Cómo?

—Lo he visto en el huerto. —Le narró el encuentro y sus conclusiones de que el hombre que vio había estado en la India.

—¡Maldito sea!

—No puedes estar en todas partes a la vez —razonó ella—. Además, no me hizo nada. Miró a Priti, luego se alejó corriendo cuando le llamé por su nombre.

—¡Por todos los fuegos del infierno! —exclamó Elliot con sentimiento. Añadió algunas maldiciones más que un caballero no debería usar nunca delante de damas, y otras más en idiomas que ella no conocía.

—No me hizo nada. Solo me miró, luego observó a Priti, pero no hizo ni dijo nada.

—Hijo de... —Más maldiciones. Elliot se acercó a ella—. No quiero que vuelvas a acercarte a él. No salgas de la casa. Cancela el baile hasta que dé con él.

—No es un baile, es una *fête* veraniega —le corrigió ella—. Será la próxima semana y no, no pienso cancelarlo.

—Solo hasta que dé con él.

—Elliot... —llamó su atención con paciencia, aunque sentir su cálido cuerpo tan cerca la distraía. Ya han llegado los suministros. La casa, o al menos los espacios públicos de la misma, están listos. He enviado todas las invitaciones y recibido las respuestas. Los habitantes del pueblo están entusiasmados con la *fête*. No puedo cancelarlo todo ahora.

—Solo quiero decir que la pospongas —explicó él, apretando los dientes.

—No puedo. Acabo de terminar de enviar todas las cartas con las explicaciones pertinentes a los invitados a la boda, contándoles las razones del cambio de circunstancias y disculpándome por haber organizado mi matrimonio con un hombre pero haberlo llevado a cabo con otro diferente. Por eso me niego a permitir que un escocés loco, y me refiero al señor Stacy, no a ti, haga que tenga que enviar más notas explicativas. Lo siento, pero el primer acontecimiento como anfitriona en mi casa no va a ser aplazado. No, ni hablar. No permitiré que el señor Stacy me obligue a hacer tal cosa. No le dejaré.

—Santo Dios. ¿Quieres decir que una maldita *fête* es más importante que

protegerse de un francotirador que se esconde en el bosque?

Ella abrió los ojos como platos.

—Sí. De hecho, es lo más importante de nuestras vidas. Si permitimos que caballeros como el señor Stacy, y añado también al señor Dalrymple, dicten los actos más cruciales de nuestra existencia y la dirección en la que queremos enfocar nuestro matrimonio, ¿en qué lugar nos pondría eso?

«¿Cómo consigues hacerme bailar en la palma de tu mano, Juliana McBride?», se preguntó Elliot.

Los ojos de su esposa centelleaban con obstinada determinación, y sus labios temblaban tras aquella declaración.

«Te amo con cada aliento de mi cuerpo».

Le acarició la mejilla con suavidad antes de inclinarse para besar aquellos tiernos labios que llevaba todo el día deseando saborear.

—Entonces tendré que encontrarle antes —concluyó él con la boca sobre la de ella—. Y esta vez no mandes a todo el pueblo a buscarme.

La determinación de Juliana se convirtió en preocupación en un latido. Ver en ella aquella emoción estremeció su corazón.

—Ten cuidado.

—Siempre, cariño. —La besó otra vez antes de soltarla con renuencia para recuperar su rifle.

«Juliana me cree», canturreaba su corazón mientras salía de la estancia para encontrarse con que todos, incluida la perra, estaban reunidos en el pasillo, frente a la puerta del comedor. Intentaron fingir que estaban ocupados en algo cuando salió, pero él atravesó velozmente entre ellos, sin verlos.

«Juliana me cree».

El resto del mundo pensaba que estaba loco y sin remedio, pero ella había decidido confiar en él. Juliana acababa de hacerle el regalo más hermoso que le hubieran hecho nunca.

El día de la *fête* de verano amaneció prometedor. El clima era benigno, el cielo estaba azul y solo se veía salpicado por algunas nubes blancas que flotaban sobre las cimas más altas.

Juliana brindó al día una breve mirada, aliviada de que la lluvia se hubiera detenido. Las dos noches anteriores habían sufrido fuertes tormentas con vientos casi huracanados y salvajes relámpagos. Hamish estaba convencido de que había vuelto a ver a un fantasma y se negaba a salir de la cocina, pese a que ella intentó disuadirlo por todos los medios.

Elliot había seguido buscando al señor Stacy. Había salido a recorrer las colinas incluso a pesar del mal clima, pero jamás encontró huellas de su presa.

El señor Stacy se había escondido muy bien o había abandonado el área.

Ella sabía que Stacy no iba a asomar la cabeza, y también lo sabía Elliot. Aquel hombre había acudido allí por una razón y si poseía el carácter que su marido aseguraba, no desaparecería mientras no lograra su propósito.

El hecho de que la casa comenzara a llenarse de invitados también podía estar jugando un papel en la ausencia de Stacy. El primero en llegar fue Sinclair McBride y sus dos hijos, Andrew y Catriona. el niño tenía seis años y congenió enseguida con Priti y su cabra, mientras que Catriona que ya había cumplido unos dignos ocho años, prefirió sentarse en la salita y hojear sus figurines de moda.

Juliana sospechó que eran niños solitarios, aunque pronto supo por qué Sinclair se refería a ellos como «ingobernables terrores». El día de su llegada, Andrew logró llevar a la cabra al piso superior sin que nadie se diera cuenta y la escondió en la diminuta habitación que ocupaba Komal. Los chillidos y la reprimenda duraron horas, mientras la cabra balaba salvajemente, feliz de escapar. Durante todo aquel tiempo, Caitriona permaneció sentada con admirable serenidad en la salida, sosteniendo una muñeca rubia al tiempo que pasaba las páginas de la revista, sin interesarse por el revuelo... Sin mostrar interés por nada.

Los siguientes en llegar fueron Ainsley, Cameron y su bebé, Gavina. El resto de los Mackenzie les siguieron poco después; lord Ian, su esposa Beth y sus hijos llegaron acompañados de Daniel Mackenzie, el hijo ya adulto de Cam.

Un caballero llamado Fellows apareció silenciosamente un día más tarde, para su sorpresa. Le había invitado, por supuesto, pero él le había respondido con rapidez que no estaba seguro de si podría realizar el viaje desde Londres y que no contara con su presencia.

—Me alegra que haya podido asistir a pesar de todo, señor Fellows — comentó ella tras recibirle en el vestíbulo—. ¿Ha podido escapar de su trabajo?

—No —repuso él brevemente en el tono seco que, por lo que ella averiguó después, era el que acostumbraba a usar—. Realmente no.

Lloyd Fellows, detective en Scotland Yard, era hermanastro de los Mackenzie y compartía su aspecto: pelo oscuro con matices rojizos y ojos dorados. Su postura, sus gestos calmados y la manera en que inclinaba la cabeza para escucharla, le hacían recordar a lord Cameron.

Por lo que había escuchado, el señor Fellows era un buen detective,

aunque solo había coincidido con él en una ocasión, en la boda de Hart Mackenzie, y solo durante un breve saludo.

—Bueno, sea como sea, estoy encantada de que haya dispuesto de tiempo para asistir al primer acontecimiento que ofrecemos como anfitriones — aseguró ella.

—Me temo que no estoy aquí por placer, señora McBride. He venido en respuesta al telegrama que me envió su marido.

—¿Elliot le ha enviado un telegrama?

Resultó evidente al instante que el señor Fellows no tenía intención de explicarle el contenido del telegrama. Miró a su alrededor y observó el suelo de piedra recién restaurado así como los paneles reparados y barnizados.

—Había escuchado que el castillo McGregor era una auténtica ruina. Me alegra constatar que los rumores se equivocaban.

—Hemos realizado un enorme trabajo de rehabilitación desde que llegamos. Ahora, si quiere hablar con mi marido, creo que le encontrará en el río, con lord Ian. Están pescando; es un pasatiempo en el que ambos encuentran mucho placer.

—Gracias. —Fellows realizó una pequeña reverencia—. Me acercaré hasta allí.

Se alejó sin añadir nada más.

Sí, muy educado, pensó ella, pero poseía una dureza que indicaba que tenía que recordarse a sí mismo que debía mostrarse educado.

Cuando Fellows desapareció de su vista, ella se concentró en los demás invitados y en los preparativos del acontecimiento.

Elliot decidió que lord Ian Mackenzie era uno de los hombres más refrescantes que había conocido nunca.

Al único miembro de la familia Mackenzie que había tratado extensamente era a Cameron, el marido de su hermana. Pero Cam y él eran demasiado diferentes para forjar una amistad instantánea. Podían hablar de caballos, pero su cuñado criaba campeones, caballos lujosos y valiosos, mientras que él prefería hacerlo sobre bestias útiles en los campos de trabajo.

Los dos habían dado la vuelta al mundo, aunque Cam se había alojado en los hoteles más renombrados y elegantes y él lo había hecho para ganarse la vida a duras penas con la paga de militar, conviviendo con reptiles y enormes insectos en casuchas inmundas.

Sin embargo, era fácil estar con Ian Mackenzie. Para empezar era un hombre que no consideraba necesario hablar.

Además, Ian sabía realmente en qué consistía pescar. Un tipo permanecía de pie sobre la roca y lanzaba el hilo, luego esperaba en silencio. Podía prestar apoyo en un momento puntual a un pescador cercano antes de regresar a su propia tarea cuando lo hubiera hecho.

Todas las demás personas que Elliot conocía querían charlar. Incluso McPherson y McGregor, aunque ambos tenían buena intención, esperaban que aportara su granito de arena a las conversaciones y le miraban con desconcertada paciencia cuando no lo hacía.

Ian, por su parte, se dedicaba a pescar. Y mantenía la boca cerrada.

No se habían dicho ni palabra el uno al otro desde que le encontró examinando las cañas de pescar en el vestíbulo de servicio en la parte de atrás del castillo McGregor. Cuando le preguntó si pescaba, se limitó a asentir con la cabeza y a pasar los dedos por una de las cañas particularmente buena. Entonces le invitó a acompañarle.

Habían cogido las cañas y los rejonos para dirigirse al río, donde permanecían callados e inmóviles desde entonces. Dejó a un lado cualquier pensamiento sobre Stacy y la ingente cantidad de personas que estaban a punto de alojarse en su casa. No existía nada más que el caer tranquilo de los cebos en el agua, el zumbido apenas perceptible de las moscas y las ondas de los peces que se aproximaban al anzuelo.

Él había pescado dos piezas e Ian tres cuando una oscura figura, vestida con indumentaria apropiada para las sucias calles de Londres y no para las Highlands, hizo su aparición bajando por el camino que conducía a la orilla del río.

—Señor McBride. —El hombre le tendió la mano. Él se pasó la palma por el *kilt*, húmeda tras haber sacado los peces del río, y se la estrechó. El tipo saludó a Ian con la cabeza, que le reconoció con una mirada antes de volver a concentrarse en la pesca—. Soy el inspector Fellows.

—Lo había deducido —repuso él.

—He investigado el asunto que usted me pidió —informó Fellows—. Puedo informarle aquí o podemos... —Señaló en dirección al castillo McGregor, del que solo eran visibles las almenas de la parte superior por encima de las copas de los árboles.

—Prefiero que lo haga aquí —dijo él—. Si regresamos a casa seremos reclutados para realizar alguna tarea.

El inspector recibió sus palabras con media sonrisa.

—Ian no dirá nada —aseguró él, lanzando otra mirada de soslayo al Mackenzie, que parecía mucho más interesado en el río que en su conversación.

—Archibald Stacy —comenzó Fellows—. Se alistó en 1874 y fue a la India con su regimiento. Era oficial.

—*Mmm*, es dos años menor que yo —comentó Elliot—. Cuando ocurrió eso yo era teniente. Ya sabía disparar y poseía una puntería magnífica. Me ordenaron que le enseñara a ser francotirador. Aprendió con rapidez.

—Abandonó el regimiento cuatro años después, decidido a integrarse en la vida civil en la India, pero eso usted ya lo sabe.

—No tuve problemas en echar una mano a un viejo amigo.

La expresión de Fellows no cambió. Era un hombre cumpliendo con su trabajo; un experto en valorar datos comprobables. Pero él notó en sus ojos color avellana cierto brillo de curiosidad que le llevarían a establecer más conexiones que alguien que solo tomara nota escrita de los hechos.

—El señor Stacy falleció en Lahore, tras un terremoto que acabó con bastantes vidas —continuó Fellows—, antes de que usted regresara a Escocia.

—Desapareció antes —comentó él—. Cuando regresé a mi plantación en octubre, después de escapar, Stacy ya se había marchado. O eso me ha dicho mi criado. En mi mente hay grandes lagunas temporales.

—Resulta interesante que Stacy viajara a Lahore —meditó Fellows—. Su plantación estaba cerca de Pathankot, en el estado nativo de Chamba. Eso queda más al Este, ¿verdad? Lo miré en un mapa —añadió el hombre en aquel tono seco cuando notó su sorpresa. Para muchos ingleses la India era un lugar y nada más. Un sitio al que viajar. No conocían las enormes diferencias que había en clima, vegetación, fauna y costumbres con Inglaterra. Los británicos seguían escandalizándose por los cambios que veían cuando se trasladaban a zonas como Bengala o al norte de Punjab.

—Si está preguntándome qué le llevó a Lahore —dijo él—, no tengo ni idea. Poseía intereses comerciales en Rawalpindi, pero por lo que yo sé, no en Lahore. Como ya le he comentado, mi mente no estaba muy coherente cuando regresé y, además, llevaba desaparecido casi un año.

Fellows aceptó aquellos datos con un movimiento de cabeza y él le agradeció que no mostrara señales de simpatía ante la lacónica declaración del tiempo que había pasado en cautividad.—Por supuesto hubo una investigación oficial cuando echaron de menos a Stacy tras el terremoto —

continuó informando el inspector—. La pusieron en marcha las autoridades británicas locales. Él había sido visto en varias ocasiones antes del seísmo, pero no después. Todos los cuerpos recobrados fueron trasladados a un edificio, pero estaban demasiado maltratados para poder ser identificados, y son muchos los testigos que le sitúan en esa área aquel día. Expidieron un certificado de defunción y cerraron el caso.

—¿La investigación fue muy exhaustiva?

Fellows encogió los hombros.

—Por el informe que leí, y las respuestas a mis telegramas, diría que no. Pero no puedo culparles... La situación debía de ser caótica. Sin embargo, Stacy jamás regresó ni anunció que hubiera sobrevivido.

—Es posible que un hombre quiera hacerse pasar por muerto —comentó Ian sin apartar la vista del agua—. Así todo el mundo pensará que lo está.

Fellows miró a Ian sorprendido.

—¿Lo dices por experiencia?

Ian tiró del sedal y volvió a lanzarlo al agua. El chasquido al sumergirse fue el único sonido que se escuchó mientras esperaban su respuesta. Él llegó a pensar que no respondería.

—Un hombre en el manicomio hizo que le declararan loco para evitar que le matara su tío, que quería su herencia.

—Entonces, su tío consiguió la herencia —adujo Fellows—. Si ese hombre fue declarado loco, el dinero que poseía pasó a manos de su tío en cuanto lo encerraron en el asilo.

—No le importó. Lo único que quería era seguir vivo.

—Pues hay otras maneras de conseguirlo —aseguró Fellows—. Es posible que el señor Stacy hiciera algo similar; que utilizara como ventaja la confusión posterior al terremoto y desapareciera del mapa. Si conocía el área y sabía cómo confundirse con el entorno, nadie se habría dado cuenta. Redactarían un informe declarándole oficialmente desaparecido o muerto. Fin del problema.

—Aunque no sé por qué Stacy querría ser considerado muerto —dijo él pensativamente mientras sostenía la caña con una mano y desenredaba un nudo del sedal con la otra—. Ni por qué ha venido aquí a espiarme.

—No sé la respuesta a eso. ¿Le gustaría escuchar más?

Fellows sonaba paciente, pero él sabía que ensamblar la información que había recabado le había llevado a aquel hombre mucho tiempo y problemas.

—Sí. Gracias por esto.

—Es mi trabajo. Y su hermana puede llegar a ser... muy persuasiva cuando

quiere algo. Un hombre que dijo llamarse señor Stacy, y cuya descripción coincide con la de él, alquiló un cuarto de huéspedes en Londres hace algunos meses. Jamás dio problemas a la propietaria, pero un día se fue y no regresó, dejando allí sus pertenencias. Pero había pagado algunos meses por adelantado, así que la mujer no se ha preocupado.

—¿Algún testigo de que dejara Londres? ¿De que viajara a Escocia?

—Claro que no. Los detectives solo encuentran maleteros serviciales, de esos que recuerdan a los pasajeros de cada tren que comunica Londres con el resto del país, en las novelas.

—En otras palabras —concluyó él—, Stacy se ha ocultado.

—¿Va a esperar a que destruya la *fête* de su mujer antes de darle caza otra vez? —preguntó Fellows—. Parece esa clase de hombre.

—Estoy seguro de que su intención es esa. Con tantos desconocidos vagando por los alrededores, todo el mundo le dará la bienvenida. Es la oportunidad perfecta.

—Supongo que no es posible convencer a su mujer para que la suspenda, ¿verdad?

Él se permitió esbozar una sonrisa.

—Mi mujer está decidida.

Desde el agua, Ian se rio. Fue una risa cariñosa, aunque no alzó la mirada de su sedal.

—Mi Beth también es así. —El cariño no podía ser más evidente en su voz.

Fellows y él observaron a Ian hasta que desapareció de su vista, con el *kilt* moviéndose al compás de sus pasos, en busca de otro lugar para seguir pescando.

—Es un hombre diferente desde que se casó —confesó Fellows en voz baja.

El podría decir lo mismo sobre sí mismo. En las dos semanas que llevaba casado, la opresión que dominaba su cuerpo había comenzado a desaparecer. Todavía tenía pesadillas, pero cuando despertaba se encontraba con la mano tranquilizadora de Juliana, con su voz, con sus besos...

Fellows pasó una mano por delante de su cara.

—¿Todavía está aquí conmigo, McBride?

Elliot respiró hondo y se esforzó por no apartar de golpe la mano del hombre, como si fuera un tigre irritado.

—Estaba pensando en mi esposa.

—Mmm... —Fellows arqueó las cejas y pareció irse muy lejos, como si también él estuviera pensando en alguien—. ¿Quiere saber lo que he averiguado sobre el señor Dalrymple?

—Sí. ¿Qué ha averiguado?

—Nada. Nada en absoluto. No encontré pruebas de que un tal George Dalrymple, casado con Emily, existiera.

—Entonces, ¿quién puñetas es?

—¿Quién sabe? Si está intentando chantajearle, es que es un ladrón o un timador profesional. Semejante tipo de personajes suele esconderse detrás de nombres falsos.

—Dalrymple consiguió de alguna manera una copia del certificado de defunción de Stacy, pero este le disparó antes de que pudiera dármelo. —Se preguntó si Stacy no había querido que él viera el documento o, simplemente, estaba molesto con Dalrymple. A fin de cuentas, solo le había disparado a la mano—. Los Dalrymple se han concentrado en sí mismos desde el suceso, les he vigilado.

—Sin embargo les haré una visita —comentó Fellows—. Es posible que le reconozca; tengo buena memoria.

Ian se rio de nuevo desde donde estaba, en un banco de arena sobre el río. Parecía una risa irónica.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó él a Fellows.

—Eso es todo lo que he descubierto hasta ahora.

—Es mucho. —Comenzó a enrollar el sedal—. Se lo agradezco.

El detective le observó con sorpresa.

—¿Va a regresar al castillo? ¿Y qué me dice de esas tareas que van a endosarle?

—Hace poco tiempo que me he casado —explicó—, pero es suficiente para saber lo importante que es tener contenta a mi esposa.

Fellows asintió con la cabeza, arqueando las cejas, y la risa de Ian les acompañó de nuevo.

El inspector comenzó a caminar a su ritmo mientras él apoyaba la caña en el hombro, de camino a casa. Ian se quedó pescando en silencio y haciendo caso omiso a su marcha.

Los alrededores del castillo estaban llenos de gente cuando Elliot y el inspector regresaron. Hamish, que había dejado de ocultarse al desaparecer

las tormentas, estaba ocupado yendo de un lado a otro y complaciendo a todo el mundo. Él le había aleccionado para que le buscara lo más rápido posible si veía en la Jete a alguien que no conocía.

—No hay nadie fuera de lo normal —aseguró el chico cuando se acercó a él—. Ningún desconocido que no haya visto antes.

—Muy bien, muchacho. Mantén los ojos abiertos.

—Sí, señor. La señora McBride le está buscando. Está un poco... molesta.

Tendió al chico la caña de pescar y siguió el dedo con el que Hamish le indicaba la dirección en la que se hallaba su esposa. Ella parecía superada por las circunstancias. Algunos mechones de pelo se le habían soltado y sus faldas giraban formando remolinos mientras ella apuntaba, explicaba, dirigía y discutía en todas direcciones.

El la observó durante un momento disfrutando de la imagen de sus mejillas ruborizadas y sus ojos brillantes. Es posible que Hamish considerara que estaba molesta, pero él solo veía a una mujer haciendo lo que más amaba.

—Oh, aquí estás, Elliot. —Salió a su encuentro cuando se aproximó. Necesito que te encargues de la venta de los artículos donados. La señora Rossmoran no se encuentra bien.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, preocupado, antes de arquear las cejas—. ¿Le pediste a la señora Rossmoran que se encargara de vender los artículos donados?

La mirada de su esposa le dijo que estaba siendo demasiado simple.

—No, pero debía hacerlo. Ahora, Fiona deberá quedarse en casa para ocuparse de su abuela. Dice que se encuentra mal... ¡ja! A la señora Rossmoran no le gustan las *fêtes* y no quería quedarse sola mientras Fiona nos ayudaba. De todas maneras, esa chica debía ser la adivina y ahora tendré que ocupar su papel, pero necesito que alguien vigile mientras tanto la mesa con los objetos donados. No te preocupes, es muy sencillo. Te pones detrás de la mesa, guardas el dinero que te entreguen y no permitas que nadie se vaya sin pagar. —Juliana comenzó a caminar hacia la casa antes de mirarle por encima del hombro—. E intenta vender las cosas. El dinero que se consiga está destinado para reparar el tejado de la iglesia. Sabes ser fascinante; hechízalos con tus encantos. —Y se marchó.

Estar parado detrás de la mesa de artículos donados proporcionó a Elliot una buena vista de los alrededores y de la gente que había en ellos. Juliana y sus reclutas habían transformado aquel espacio llano junto al castillo en una feria con puestos, toldos, mesas, ponis, niños, hombres, mujeres, perros y una cabra.

La mesa que él atendía había sido dispuesta en una pequeña ladera en uno de los extremos, y desde allí podía vigilar a toda persona que se paseara por los alrededores, que comprara té y bollos auténticamente escoceses, que participara en los juegos o a cualquiera que quisiera perderse entre las sombras. Vio que Hamish señalaba una de esas sombras, hablándole a Nandita con su voz fuerte y vibrante, explicándole despacio en qué consistía una *fête*.

La tienda de la adivina, con su brillante cubierta de tela roja, estaba a unos metros a la derecha de la mesa donde él estaba. La gente formaba una fila en el exterior de la tienda y entraban a cuentagotas para que Juliana les leyera la buena fortuna por un penique.

Aquella tienda le estaba sugiriendo ideas maravillosas. Le gustaría colarse dentro, cerrar las cortinas para dejar al mundo fuera, y quedarse a solas con su esposa.

Notó algo húmedo en la palma de la mano. Bajó la mirada y se encontró al setter, que meneaba la cola mientras le observaba con una esperanzada sonrisa.—No tengo bollos —le dijo—. Lo siento.

Le acarició la cabeza. McPherson era muy generoso al ofrecerle aquella perra, o al menos al dejar que viviera con ellos un tiempo. Había decidido llamarla *Rosie*.

—¿Cuánto cuesta el cerdito? —preguntó una voz infantil.

Bajó la mirada hacia una niña con el pelo tan brillante y rojizo como *Rosie* que le miraba fijamente, con los ojos muy abiertos. Él debía resultarle enorme.

¿Qué estaría viendo? Un gigante con el pelo muy corto, rasgos duros y ojos fríos como el hielo del invierno. Sin duda no podía resultar agradable para un niño. Priti no sentía miedo de él, pero estaba acostumbrada a verlo, y su hija era demasiado valiente para su bien.

El rodeó la mesa y se agachó para poner los ojos al nivel de los de ella. Los gigantes no resultaban tan aterradores cuando se les miraba de frente.

Tomó el cerdito de porcelana de la mesa.

—¿Te refieres a este? Para ti no cuesta nada. Considéralo un regalo de la señora McBride.

La niña meneó la cabeza con decisión.

—No, mi mamá me ha dicho que tengo que pagar por él. El dinero es para el tejado de la iglesia.

Él reconoció el carácter de los highlanders en sus ojos; era posible que tuviera miedo del enorme Elliot McBride, pero tendría su cerdito y contribuiría a la reparación de la iglesia, y no había más que hablar.

—¿Cuánto dinero quieres gastar? —le preguntó.

La chica abrió un puño y mostró dos monedas sobre una palma sucia. Él cogió una.

—Un cuarto de penique por un cerdito. Es el precio perfecto.

Dejó la figura en las manos de la cría que, satisfecha, le brindó una enorme sonrisa, se dio la vuelta y corrió a toda velocidad junto a su madre.

—Sin duda tienes mano —comentó una voz masculina.

Él se puso en pie y se enfrentó a la amplia sonrisa del hijastro de su hermana, Daniel Mackenzie.

Daniel tenía dieciocho años, pero poseía una espalda ancha y era tan alto como su padre, aunque todavía no se había convertido en un hombre tan macizo como lord Cameron. El cuerpo del chico era todavía algo larguirucho, pero al cabo de unos años sería fiel reflejo del de su cuñado.

—Acostumbraba a tener mano —le corrigió. Recolocó algunas cosas sobre el tapete para ocupar el hueco donde había estado el cerdito.

—Yo diría que no la has perdido. ¿Te han reclutado para la causa?

—Me lo han ordenado. Donde hay patrón, no manda marinero.

—Ningún patrón puede competir con nuestras mujeres, ¿verdad?

—Yo, desde luego, no he conocido a ninguno que pudiera.

La sonrisa de Daniel se extendió de oreja a oreja. Se parecía a su padre, sí, pero no tenía en sus ojos color whisky aquella oscuridad que habían tenido los de Cameron tiempo atrás; una oscuridad que solo Ainsley había sido capaz de ahuyentar. Sin embargo, aquellas sombras aparecían a veces en Cam, nunca en Daniel.

Daniel era joven y todavía no había sido tocado por la tragedia. A su edad, él había sido igual de inocente.

El joven examinó la colección de plumillas, servilletas y extrañas figuras de porcelana; el reloj que ya no funcionaba, libros sin cubierta y el resto de artículos que las gentes del pueblo habían encontrado en sus desvanes y con

las que colaboraron para la causa.

Daniel alzó el reloj y lo estudió con ojos críticos.

—Algunas cosas no funcionan.

—Mi esposa aceptó todo lo que enviaron.

—Sin embargo, me quedaré con esto. —Daniel observó el mecanismo del reloj—. Siempre necesito piezas de recambio.

—¿Montas relojes?

—Monto todo lo que se me ocurre. Soy inventor. Ya tengo una patente en curso sobre un nuevo sistema de poleas para el tranvía.

Una mente despierta. La suya a los dieciocho años había estado llena de imágenes alcanzando la gloria con su regimiento, conquistando una nación, recibiendo alabanzas de mujeres hermosas cuando terminara.

—Cinco chelines por esto —ofreció Daniel, metiendo la mano en el bolsillo y dejando las monedas en la mesa. El muchacho encogió los hombros al ver su mirada de sorpresa por la cifra—. Me han dicho que es para reparar el tejado de la iglesia.

—Muchas gracias —dijo con seriedad—. Mi mujer te lo agradecerá. Y el tejado de la iglesia también.

Daniel se rio entre dientes y le estudió con la misma minuciosidad que había estudiado el reloj.

—¿Qué tal va la vida de casado? Ainsley me ha dicho que se siente aliviada de saber que alguien cuida de ti.

—¿De veras? A mi hermana le gusta actuar como si fuera mi niñera.

—Sí, es cierto. Ahora se esmera en ser una madre para mí. Y se le da bien... Me gusta llamarla mamá delante de la gente; le irrita mucho.

Ainsley solo era once años mayor que Daniel. Se encontró compartiendo la broma con él.

Volvió a lanzar una mirada a la tienda de la adivina, donde los muchachos del pueblo esperaban a que los recibiera su preciosa Juliana. Ella les recorrería la palma con la punta de los dedos... La sonrisa desapareció de su rostro.

—Daniel —le pidió—, ayúdame a vender estos artículos.

El chico siguió su mirada hasta la tienda.

—Sí, la señora McBride está ahí dentro. Me ha prometido toda clase de riquezas y mujeres hermosas. También tiene mano.

—Vamos a vender todo lo que contiene esta condenada mesa —aseguró él—. El párroco se morirá de gusto. —Y él podría entrar en la tienda de la

adivina y echar a patadas a los jóvenes del pueblo.

—Juliana nos cubriría de besos —aseguró Daniel—. A mí solo en las mejillas, por supuesto; como una buena tía.

—Cierra el pico y ponte a vender —gruñó él.

Daniel se colocó detrás de la mesa, a su lado. Durante la hora siguiente, los dos estuvieron deshaciéndose de los objetos y, como los más avezados vendedores ambulantes de Covent Garden, adularon a todo aquel que se acercó para que hiciera una compra. A Daniel se le daba bien y él perdió la rigidez que sentía al tratar con la gente desde que estuvo encarcelado. Recordó lo que era ser un joven descarado.

—¿Un limpiaplumas de encaje, querida señora? —ofreció Daniel, sosteniendo en alto una labor para enseñársela a una mujer que llevaba una cesta—. Mejor todavía, ¿dos? ¿Tres? Estoy seguro de que tiene en casa más de una pluma.

—¿Un jarrón de cristal, muchacho? —le dijo él a un joven que se acercó—. Es para meter flores para tu mujer. Está en perfecto estado. Si lo llenas de flores silvestres, se pondrá a hacerte galletas como una posesa.

La mesa se volvió popular enseguida, y los aldeanos acudieron atraídos por el escandaloso estilo de ambos. En particular acudieron mujeres, que se sonrojaron al escuchar los provocativos flirteos de Daniel.

Los artículos comenzaron a desaparecer y la caja del dinero a llenarse. Cuando solo quedaron los últimos artículos, decidieron subastarlos. Vendieron un viejo sombrero por treinta chelines, un florero de porcelana lleno de grietas por veinte y una pareja de paños para los respaldos de los sofás, deformados por el uso, por una guinea. Daniel se frotó las manos al terminar.

—¡Ya hemos acabado la mercancía, señoras, muchas gracias! El párroco se lo agradece.

—Sí, muy bien hecho, querido hermano. —Ainsley salió de la multitud con su hija, Gavina, en brazos y le besó en la mejilla—. Juliana se sentirá encantada.

—Mucho antes de lo que esperaba. —Daniel se rio, satisfecho.

El cerró la tapa de la caja de monedas y se la ofreció a su hermana.

—Los aldeanos han sido muy generosos.

¿Cómo no iban a serlo, con dos atractivos highlanders en *kilt* rogando a todas las mujeres presentes que les dieran sus monedas? Imposible resistirse. Además, podríais haberos quedado los artículos que, sin duda, volverán a donar el año que viene.

—Och —protestó Daniel—. Es posible que entonces esté en América.

—Si yo estoy aquí, muchacho, tú también —le advirtió él dándole una palmada en el hombro, antes de alejarse en dirección a la tienda de la adivina.

En esos momentos no había nadie esperando fuera; todos habían dejado su dinero en la mesa de objetos donados y todavía no habían regresado con la adivina.

Alzó el lateral, entró y... se encontró a Archibald Stacy sentado en una silla frente a su esposa.

Juliana observó cómo el marido cariñoso que acababa de entrar en la tienda para perder el tiempo con ella se convertía en un frío bloque de hielo. Su sonrisa desapareció, su mirada se volvió penetrante y cualquier resto de calidez murió.

No preguntó cómo era posible que Stacy estuviera allí; Elliot deduciría que se había colado por la parte de atrás mientras ella estaba ocupada despidiendo en la puerta a otro campesino.

Ella había regresado al interior de la tienda después de haber acompañado a una jovencita que se mostró encantada de saber que un joven del pueblo la pretendía, algo no demasiado difícil porque era conocida de Hamish, y... se encontró a Stacy sentado ante la mesa.

—¿Me puede decir la buena ventura, señora McBride? —había dicho tendiéndole la mano con la palma hacia arriba.

Ahora, sin embargo, se dirigió a su marido.

—¿Vas a dispararme, McBride? Si es así, hazlo de una vez. Estoy demasiado viejo para esto.

—No llevo ningún arma encima —dijo Elliot con la voz fría. Un tono gélido que ella no había escuchado antes en sus labios—. Pero no la necesito.

—No, te convirtieron en un salvaje, ¿verdad?

Los dos hombres se miraron en silencio mientras Stacy se levantaba del asiento.

Era tan alto como Elliot, pero el pelo dorado le rozaba los hombros y lucía una barba corta, algo rizada. Sus ojos eran azul claro, pero no miraba con suavidad; eran muy fríos, como los de Elliot. Le habían roto la nariz al menos una vez, y aunque todavía conservaba todos los dedos de la mano izquierda, el meñique mostraba un ángulo extraño.

Stacy miraba fijamente a Elliot, que le vigilaba a su vez.

—Ha estado contándome cosas muy interesantes —intervino ella.

—No he venido a matarte —aseguró Stacy.

Elliot no respondió a ninguno de ellos. Se mantuvo rígido, con las manos a los costados y los ojos clavados en su antiguo amigo.

—He venido a hablar contigo —continuó Stacy.

Por fin, Elliot habló en un tono gélido.

—¿De veras? Pues por cómo te has comportado has fingido muy bien que querías matarme.

—No, solo he estado observándote. Intentando decidir cómo acercarme, porque sabía que, en el mismo minuto que me mostrara ante ti, intentarías acabar conmigo.

—Dame una razón para que no lo haga.

—No tengo ninguna.

Ella les observó con las manos entrelazadas sobre el tapete. Quería intervenir de alguna manera, balbucear que todo iría bien si se sentaban y hablaban de todo con sinceridad, pero sospechaba que eran hombres muy peligrosos y, en esos momentos, era más prudente guardar silencio. Necesitaba descubrir cuál era ahora la situación y ya ofrecería sus consejos más tarde.

—Como toques a Priti... —gruñó Elliot.

—No he venido por la niña, sé que es tuya.

En los ojos de Stacy apareció un inmenso pesar. Ella se dio cuenta de que él había esperado que Priti fuera suya, pero sabía que no era así. Cuando le atrapó mirando a la niña en el huerto, debía haber visto el evidente parecido con Elliot, dándose cuenta de que no le pertenecía.

Entonces, ¿a qué has venido? —exigió Elliot.

—A reconciliarme contigo... —confesó Stacy—. O al menos .a internarlo. Y para pedirte... Rogarte... que me ayudes.

—Me dejaste allí para que muriera. —La voz de Elliot era baja pero clara. Stacy frunció los rasgos en expresión de angustia.

—Lo sé. Jamás lograré explicarte cuánto me arrepiento de ello.

—Jamás lograré explicarte cuánto me arrepiento yo.

Stacy se quedó inmóvil.

Juliana vio miedo y culpabilidad en sus ojos, pero apretó los labios, que se convirtieron en una delgada línea detrás de la barba.

—Juliana —dijo Elliot—, ¿puedes decirle a este hombre la buenaventura?

Ella guardó silencio. La furia de su marido la envolvía como una húmeda noche de verano. Fuera de la tienda, los niños jugaban entre gritos, los hombres reían, las mujeres se llamaban unas a otras y los perros ladraban. La vida continuaba en todos sus aspectos. Dentro, había una burbuja de cólera, antigua y reciente, y miedo.

Ella se había vestido como una gitana de feria, con velos de seda que le había prestado Channan y brazaletes de Nandita. También había colocado una colorida tela de seda sobre una mesa desvencijada, sobre la que había dejado un tazón de latón, para que la gente fuera dejando caer sus peniques.

Stacy la miró antes de clavar los ojos en Elliot. Ella observó que su marido no se movía y, que sin apartar la vista de él, Stacy le tendía la mano muy despacio, apoyando el dorso sobre la de ella.—Dile que morirá a manos de una persona a la que agravió —le ordenó Elliot.

—Elliot... —dijo ella.

—¡Díselo!

Ella se puso en pie bruscamente, haciendo tintinear los brazaletes.

—Elliot, creo que debes escuchar lo que tiene que decir.

—Me dijo que los pondría a salvo y que regresaría a ayudarme. Si lo hubiera hecho, habríamos escapado los dos. Solo no tenía ninguna posibilidad. —Elliot se apretó la sien con un dedo—. Por su culpa, vivo en la oscuridad. Las sombras me acechan todos los días, no me dejan huir. Por su culpa...

—Créeme, no sabía lo que te harían —confesó Stacy.

—No sabes lo que me hicieron. Cuando gritaba a causa del hambre, me cortaban trocitos de carne y me obligaban a comerlos. Pensaban que era divertido. También consideraban que era divertido meterme en un hueco diminuto durante días y días, para que durmiera encima de mi propia mierda.

—Lo siento —dijo Stacy con la voz neutra.

A Elliot le brillaron los ojos intensamente, pero mantuvo un tono monocorde.

—Dicen que encontraste la muerte en Lahore.

—Lo sé. Casi me mataron a golpes. Mientras yacía medio muerto en un callejón, leí en un periódico que estaba en la lista de bajas por el terremoto. Opté por no dar señales de vida, y permitir que fuera oficial.

Elliot deslizó la mirada por la cara de su antiguo amigo, estudiando la nariz rota y los dedos torcidos.

—¿Quién te hizo eso?

—Los hermanos de Jaya.

«Jaya —repitió ella para sus adentros—. La madre de Priti».

—Es decir que en Lahore— Stacy asintió con la cabeza.

Sí, me escondía de los hermanos de Jaya. Vinieron a mi plantación con unos mercenarios después de que ella murió; querían matar al que, según ellos, la profanó. Escapé. Elegí Lahore porque tenía pocos motivos para ir a esa ciudad, pero me encontraron igual y sus matones me dieron una paliza mortal antes de dejarme tirado en la calle para morir. Supuse que cuando vieran mi nombre en la lista de fallecidos, imaginarían que encontraron mi cuerpo y me amontonaron con las demás víctimas del seísmo. Cuando me recuperé, abandoné el Punjab y jamás regresé. Tuve que abandonar todo lo que tenía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Elliot—, ¿Cómo te atreves a pedir mi ayuda?

—Dieron conmigo. Los hermanos de Jaya son condenadamente insistentes; nunca ofendas a un príncipe indio. Descubrieron que había trabajado en un barco y que todavía estaba vivo, saben adonde fui. Me marché con destino a Inglaterra. Es allí donde leí sobre tu matrimonio y me enteré de que habías comprado esta casa. He venido a pedirte que me ayudes a esconderme.

—Pero, ¿por qué tiene que esconderse? —le preguntó ella—. No es posible que vayan a seguirle desde la India.

Stacy le brindó una sonrisa irónica.

—Le sorprendería lo que son capaces de hacer, señora McBride. Jaya procedía de un pequeño estado nativo; uno de esos principados hindúes que viven al margen de la India británica —explicó él al notar su mirada desconcertada—. Su familia está relacionada con el propio príncipe. Jaya era una rebelde que huyó de allí, y eso la arruinó para siempre. Cuando me casé con ella conseguí protegerla con la ley británica, pero su familia jamás la

perdonó, ni tampoco a mí; el bastardo que la arruinó. Decidieron vengarla una vez muerta. También me culparon de su muerte. Además, lo cierto es que ni siquiera tienen que seguirme hasta aquí, pueden permitirse el lujo de contratar mercenarios que hagan el trabajo sucio.

—Así que has guiado a unos mercenarios hasta mi familia — concluyó Elliot con voz helada.

—No necesariamente. Logré despistarlos en Edimburgo. Pido que me acojas aquí hasta que pueda decidir qué hacer. Puedes decirles a tus amigos que soy un primo lejano de Ullapool o cualquier otro lugar.

—No.

La palabra fue tan dura y helada como los ojos de Elliot. Ella se levantó otra vez y apoyó los dedos en la mesa.

—Elliot...

—No. —La mirada acerada de Elliot se clavó en ella—. No pienso poner en peligro a mi mujer, a mi hija, a mi familia o mis amigos, por acoger en mi casa al hombre que me destrozó la vida.

—No puedo culparte —dijo Stacy, apretando los puños—. No, no puedo reprochártelo en absoluto.

—Levántate y lárgate. Quiero que mañana por la mañana estés muy lejos de aquí. No te ocultes en mi bosque, ni debajo de mi casa, ni más allá del río. Te proporcionaré comida, agua y dinero; botas, caballos y un pasaje en barco; lo que quieras. Cruza el océano hasta Alemania, escóndete en las Orcadas... Me da igual. Pero aléjate de mí y de los míos.

Ella tuvo que retorcer las manos para no discutir. Tenía una opinión propia ante aquella situación, pero sabía que si la soltaba ahora, él no la escucharía.

—Juliana, vuelve a casa —ordenó Elliot.

—¿A casa? No puedo... La *fête*...

—¿Cómo has entrado aquí, Stacy? ¿Por la lona trasera? Pues saldremos por ahí.

Elliot agarró a Stacy y le empujó hacia el fondo de la tienda. Mientras el otro hombre salía, él la miró a ella. Sus ojos eran tan tempestuosos como una tormenta de invierno.

—Quédate aquí si no quieres ir a casa. No te muevas hasta que vuelva.

Su marido siguió a Stacy al exterior y la pared de tela cayó otra vez en medio de un opresivo silencio.

Ella se dejó caer de nuevo en la silla, casi sin aliento. No sabía que hacer. ¿Quedarse allí? ¿Salir tras ellos? ¿Intentar hablar con Elliot? ¿Qué podía

decirle?

No tenía listas ni asientos contables que la ayudaran a manejar este asunto. Después de que hubiera logrado sobreponerse al miedo que le provocó que el señor Stacy apareciera de improvviso, se le había ocurrido que aquello era bueno; que Elliot y él hablarían, que se reconciliarían, que se harían amigos otra vez... Lo ocurrido entre ellos a causa de la madre de Priti había sucedido muchos años antes; ella misma lo había dejado en el pasado, ya no era necesario que estuvieran enfadados el uno con el otro.

Pero entonces Elliot dejó caer que el señor Stacy había sido el responsable de su captura. ¡Santo Dios! Si eso era cierto, ella misma mataría a aquel hombre.

¿Cómo era posible que no hubiera ayudado a Elliot? Aunque no hubiera sabido exactamente lo que le harían los miembros de aquella tribu, Stacy se habría hecho una idea general. Sabía que los indígenas podían matarle en el acto.

Pero también había descubierto que el señor Stacy tenía tantos remordimientos que había vuelto para buscarle y pedirle perdón. O al menos, eso había dicho.

Algo estaba claro como el cristal, Elliot estaba muy furioso y no era posible predecir lo que haría. Ella compartía cama con él y sabía que su poder de seducción era increíble, pero no podía adivinar cómo iba a comportarse ahora.

Tomó una decisión. Se levantó y se dirigió a la entrada de la tienda, alzó el alerón y se topó con una joven que trataba de levantarlo desde el otro lado.

—Señora McBride, ¿puede decirme la buenaventura? —La chica estaba flanqueada por algunas amigas sonrientes—. ¿Puede leernos la mano a todas? Queremos conseguir maridos altos y guapos.

Ella se las arregló para esbozar una sonrisa con la que enmascarar su preocupación y su furia.

—Mucho me temo que no será posible. Me duele mucho la cabeza. La tienda de la adivina va a cerrar durante un rato.

—De acuerdo. Hemos visto que el señor McBride entraba para verla. No es de extrañar que parezca usted tan cansada.

—Yo les diré la fortuna. —La voz de contralto de Channan arrancó algunas risitas a las jóvenes—. Adelante, sé leer el futuro.

La mujer de Mahindar le hizo un gesto con su mano bronceada, se envolvió en sus velos de seda y entró en la tienda. Ella se lo agradeció para sus

adentros y corrió hacia la casa.

Encontró a Mahindar en el prado, enseñando a los niños cómo lanzar las bolas para derribar las botellas.

—¿Dónde está Priti? —preguntó.

—Con su cuñada, lady Mackenzie —repuso el hindú.

Juliana miró hacia donde él señalaba y vio que Priti admiraba al bebé de Ainsley. Las altas figuras de Cameron y Daniel Mackenzie hacían guardia detrás de ellas.

—Mahindar, por favor, dile a lady Mackenzie que quiero que lord Cameron o el señor Daniel estén con Priti en todo momento. Asegúrales que puede correr peligro.

—¿Peligro? —El hindú abrió mucho los ojos—. ¿Qué clase de peligro?

—No lo sé, y también es posible que no pase nada, pero díselo.

—Enseguida, *mensahib*. —El hombre dejó caer la pelota que sostenía y avanzó por encima de la hierba hacia la familia Mackenzie.

Ella alzó los velos que cubrían su vestido y se dirigió a la casa lo más rápido que pudo. Se encontró a Komal en la cocina, picando verdura. El fuego de la cocina estaba encendido bajo una enorme olla de barro.

—¿Dónde está el señor McBride?

Komal todavía no dominaba el inglés, pero entendió la esencia de la pregunta porque señaló con el cuchillo la puerta que daba salida al huerto mientras añadía algo en Punjabi. Ella asintió con la cabeza y corrió hacia aquel punto.

Cuando llegó al portón, vio que Elliot regresaba por el camino con el rifle al hombro. Su marido se detuvo durante un segundo al verla, luego siguió avanzando.

—Recuerdo haberte dicho que permanecieras en la tienda —dijo él.

—Bueno, no podía hacer tal cosa, ¿de acuerdo? ¿Qué le has hecho al señor Stacy?

—Lo que dije que haría. Darle comida y dinero para que siga su camino.

—¿No podemos ayudarlo de otra manera? Parecía muy arrepentido.

—No. —La palabra fue tan ruda como cuando la dijo en la tienda de la adivina—. Ha dejado que sus problemas le sigan hasta aquí. No permitiré que os ocurra nada a ti ni a Priti, ni a Mahindar o McGregor... A nadie. Si eso quiere decir que tengo que arrojar a Stacy a los lobos, lo haré.

—Es posible que sea demasiado tarde, ¿sabes? Ya hemos dicho a los Dalrymple que Stacy está vivo. Aunque no puedo imaginarme a esas personas

como asesinos en potencia, podrían haber transmitido esa información a más gente.

—Es posible. Fellows me dijo que Dalrymple es un nombre falso.

—¿De veras? ¿Entiendes lo que puede pasar?

—Yo me encargaré de los Dalrymple.

—La cosa es que quien esté buscando al señor Stacy ya podría estar aquí.

—Entonces lo mejor es que le haya dicho que siga su camino. —Tomó el rifle que apoyaba en el hombro mientras entraban en la cocina y lo abrió para descargarlo—. ¿Dónde está Priti?

—Le pedí a Mahindar que les dijera a Cam y a Daniel que no la perdieran de vista.

—Bien. —La miró con aprobación—. Tiene que estar con ellos o conmigo en todo momento. —Guardó el arma en su lugar, cerró el armario y atravesó la cocina como si su intención fuera regresar a la *fête*.

Ella se interpuso ante él.

—Elliot...

Él se detuvo, impaciente.

—Ya está hecho, cariño. Punto final.

Detrás de él, Komal seguía picando la verdura en trozos diminutos, con la mirada baja. Sintió una profunda admiración por la mujer, que le dio valor para alzar la barbilla.

—Quiero que me cuentes todo lo que te ocurrió, Elliot. Qué te hicieron cuando te capturaron y cómo conseguiste huir. Necesito saberlo todo. Por favor.

Elliot sabía que Juliana no tenía ni idea de lo hermosa que estaba con aquel velo color añil sobre su pelo rojo, con las sedas azules y doradas cayendo sobre sus hombros. El tono hacía deslucir el azul de sus ojos, que ahora parecían más grandes en la cara pálida.

—No quiero...

La frase «No quiero hablar sobre ello» llegó con facilidad a sus labios. Tan fácilmente como siempre que la soltaba cuando su familia, Mahindar o sus amigos hacían preguntas bienintencionadas.

Pero Juliana ya había oído lo que le escupió a Stacy, la angustia enconada que retenía en su interior. Se había detenido antes de decir lo peor... Que lo habían usado como animal de carga y las distintas torturas que habían

experimentado con él únicamente para observar los resultados.

Quizá podría reprimir las peores partes. No quería observar cómo cambiaban los ojos de Juliana cuando fuera consciente de todo aquel horror. No quería confirmarle que el muchacho que le había sonreído en su baile de presentación estaba muerto y enterrado. Juliana había propuesto que se casara con ella al joven que la besó en su baile de presentación, no al hombre arruinado que la había arrastrado al altar.

Pero le contaría una parte. Merecía conocer mejor al desconocido con quien se había casado y saber por qué se había visto obligado a echar fuera a Stacy; a ignorar su súplica de ayuda.

Dirigió a su esposa una apremiante inclinación de cabeza, la cogió de la mano y la guió hasta las escaleras que llevaban a su dormitorio, donde cerró la puerta con llave una vez entraron.

Elliot se lo contó.

Comenzó hablándole de cómo y cuándo conocieron a Jaya y del hecho de que, al principio, la relación había sido casi un *ménage a trois*. Stacy y él eran jóvenes y les resultó excitante ser amantes de la misma mujer, pero Jaya prefirió a Stacy desde el principio. Sin embargo, al ver que este tardaba en admitir sus sentimientos, se inclinó por él.

Hasta que un día que Stacy regresaba de un viaje de negocios, ella le dio un ultimátum: o se casaba con ella o se quedaría definitivamente con el tercero en discordia. Fue entonces cuando Stacy se dio cuenta de que la amaba y comenzó a odiarle, pensando que había intentado robársela. Él se hizo a un lado y permitió que Jaya se fuera con su amigo.

Creyó que con aquel gesto ponía punto final al asunto. Poco después, Stacy y él partieron hacia el norte, a Rawalpindi, en la frontera con Afganistán, para reunirse con un comerciante que recorría el Hindú Kush hasta Samarcanda. A partir de ese momento, contó a Juliana lo ocurrido en el ataque a las familias inglesas y cómo planearon rescatarlas, y la manera en que, finalmente, Stacy le había abandonado a su suerte.

Luego se concentró en sí mismo. En todas aquellas situaciones que tanto había intentado olvidar; las palizas, la noche que le habían inmovilizado las manos sobre una mesa para arrancarle las uñas una a una; cómo le habían golpeado con barras metálicas hasta que no pudo reprimir los gritos... Algunas veces lo sacaban de la profunda celda de los túneles y hablaban con él. Les comprendía un poco; su dialecto era parecido a los que había aprendido en el norte de Punjab. Le consideraban un espía británico y siempre le preguntaban cuándo llegarían los soldados. No le creyeron cuando les aseguraba que no sabía nada ni le importaba.

Ellos alternaban las torturas con inanición, a veces le alimentaban, a veces no. El desvelo inducido le había llevado a desear que le mataran de una vez. Según le decían sus captores, esperaban que muriera de un momento a otro. Incluso llegaron a enseñarle el hoyo al que arrojarían su cuerpo, donde le encontrarían los animales salvajes y le despedazarían. Amenazaron con tirarle dentro antes de que estuviera muerto.

Relató todo aquello en tono monótono, horror tras horror, cerrando los ojos mientras seguía moviendo los labios. Llegó un punto en el que no veía la

estancia, no escuchaba las risas que llegaban desde fuera, no percibía el sólido suelo bajo los pies.

No se dio cuenta de que las palabras se habían detenido y reinaba el silencio. Solo permaneció con los ojos cerrados, sintiendo los párpados demasiado pesados para abrirlos.

Entonces el olor a jabón de rosas que Juliana solía usar inundó sus fosas nasales y notó el roce de su piel. Una leve calidez recorrió su cuerpo, aunque todavía no fue capaz de elevar los párpados ni de abrazarla.

—Jamás les hablé de ti —aseguró con los labios rígidos—. Me interrogaron y torturaron, pero no dije tu nombre ni una sola vez. Eras mía. Mi secreto. Lo único que jamás lograrían arrebatarme.

Ella le pasó los dedos por el brazo bajo la floja manga de la camisa.

—No me siento digna de eso.

—Tú eras la luz, la vida. Eres calor y yo estoy condenadamente frío.

Elliot abrió los ojos. Juliana estaba a un suspiro de él, envolviéndolo con su fresco perfume, con su calor. Era la vida, era su hogar.

—¿Cómo lograste escapar de ellos? —preguntó con un leve temblor en la voz.

—Me habían enseñado a matar. Cuando les ayudé a deshacerse de algunos enemigos, el jefe comenzó a tratarme mejor. Fue entonces cuando uno de los hombres sintió celos de mí, mató a otro y me echó la culpa.

—Oh. —Juliana le puso las manos sobre el torso, y él notó difusos puntos de calor a través de la camisa.

—Supe que irían a por mí en ese momento y me oculté en la oscuridad. Pero no me temían suficiente y enviaron a un solo hombre a buscarme. Tuve que matarle antes de que hiciera ruido. Luego me puse su ropa, entré sigilosamente en el túnel donde guardaban las armas y tomé mi Winchester junto con la munición que quedaba.

»Alguien me vio. Le disparé y corrí. Desaparecí en las colinas lo más rápido que pude y jamás miré atrás. Apenas recuerdo esa carrera, pero sí sé que me persiguieron.

Esbozó una sonrisa.

—Pero soy muy bueno. Siempre lo he sido. Los esquivé como un animal acosado; dejé rastros falsos, crucé ríos y recé para no pisar una cobra y que todo terminara. Tenía que regresar a casa, me refiero a Escocia. Tenía que...

—Le apartó el pelo de la cara—. Tenía que llegar a casa para estar contigo.

Vio que ella comenzaba a llorar.

—Y mientras tanto, yo estaba aterrorizada. Y así seguí durante cada minuto de esos diez meses. Pensaba en ti todos los días, a cada hora.

—Creo que lo intuía. Te podía ver claramente, incluso en la oscuridad más profunda.

—¿Cómo lograste regresar a la plantación?

—No tengo la menor idea, cariño. En algún momento crucé la frontera y regresé al Punjab. Vagué por los campos. Imagino que simplemente seguí el camino a mi casa. Mahindar dice que me encontró bastante cerca de la plantación; gateaba y apenas veía por culpa de las infecciones. Pero supo que era yo.

Mahindar se dejó caer de rodillas a su lado y lo abrazó a pesar de la suciedad y de que apestaba como una sabandija. Lo abrazó con fuerza, estrechándolo contra su cuerpo. Había llorado mientras se mecía con él en brazos; «Le he encontrado, *Sahib*. Le he encontrado», repetía.

Él recordaba vagamente la cocina de su casa en la plantación. A Komal y Channan llorando y exclamando sin cesar. Se precipitaron en busca de agua, comida, ropa... y una navaja para deshacerse del pelo enredado, de la barba. Se acordaba que le habían mostrado a Priti, que no tenía todavía dos meses, mientras le explicaban que Jaya había muerto y Stacy había abandonado a la niña y se había marchado solo, Dios sabía adonde, dejando a Priti con Mahindar.

Las semanas entre ese momento y su primer regreso a Escocia eran un borrón. No abandonó el estupor, seguro de que estaba soñando.

Un día, en casa de Patrick, en Edimburgo, se dio cuenta de que no podía quedarse para siempre en ese dormitorio. Fue entonces cuando pensó un plan para volver a la vida.

Juliana descansó la cabeza sobre su pecho mientras le acariciaba con suavidad por encima de la camisa. Él apoyó la suya en el velo que le cubría el pelo. Ella era todo lo que él no era: entera y hermosa, amable y sensible. Una vez fue encantador como ella había dicho ese mismo día, pero también arrogante y confiado, seguro de que podía conquistar el mundo. Aprendió demasiado tarde que era tan débil como aquellos estúpidos ingleses que se internaban demasiado en las colinas afganas, gente que él había despreciado mientras les ayudaba a ponerse a salvo.

—No soy el mismo hombre que era —dijo finalmente—. Algunas veces, doy gracias a Dios por ello. La mayor parte de mí desapareció en esas grutas en las que estuve preso. No estoy seguro de quién es el tipo que salió de allí.

—Eres Elliot —afirmó ella—. Mi Elliot.

—No el que tú pensabas, ¿verdad?

Ella alzó la cabeza para mirarlo con los ojos todavía llenos de lágrimas.

—Eres demasiado duro contigo mismo. Eres, exactamente, el Elliot que quiero.

—Creí que si venía aquí, a esta casa, y me casaba contigo, mejoraría. — Pero ahora sabía la verdad— Jamás me pondré bien.

—Lo harás —dijo ella con convicción—. Sé que lo harás.

Él no acompañó su confianza. Contarle toda la historia le había dejado agotado, y ya no quedaba ninguna esperanza para el futuro. Quizá al día siguiente pudiera volver a tener un poco, pero esa noche...

Esa noche tenía que ser el amo del castillo y mostrar a docenas de personas lo que había hecho en su casa. Esa noche, bailarían con su esposa y le mostraría al mundo qué mujer había atrapado.

Alzó la barbilla de su esposa y la besó.

Juliana se puso de puntillas para salir a su encuentro, buscándole, necesítándolo. Todo lo que Elliot le había contado daba vueltas en el interior de su mente como un caos negro. ¿Cómo podía un hombre resistir tanto? ¿Cómo podía regresar a la paz, a los días llenos de rutina? Se escapaba a su comprensión.

Si pudiera borrar todo, lo haría. Lo besó en los labios al tiempo que recorría sus anchos hombros con los dedos. Le maravillaba que a un hombre tan fuerte pudiera ocurrirle algo así. Había regresado y recobrado la salud en el tiempo que le llevó poner en orden sus asuntos. No podía imaginarlo débil.

Solo un hombre tan fuerte como Elliot podía haber sobrevivido a una prueba tan extremadamente dura. Los diez meses que permaneció prisionero podían haberle robado la juventud, pero no habían quebrantado su espíritu; al menos no por completo.

Le buscó con un ansia que no comprendía. Le hervía la sangre en las venas y era por él; no por el placer que él le ofrecía, sino por el que ella quería darle a él. Necesitaba sanarle. Lo necesitaba.

Ella saboreó la desesperación de Elliot, su dolor y su hambre, cuando los besos se hicieron más profundos. Había estado solo en la oscuridad durante demasiado tiempo.

Él le quitó el velo de seda de la cabeza y el que llevaba a modo de chal. La tela resbaló hasta el suelo, rozándole los brazos a su paso.

La desnudó capa a capa, besando cada trozo de piel que dejaba al

descubierto mientras le arrancaba el vestido, las enaguas, el corsé... Le rozó el cuello con los labios, los hombros, el interior de las muñecas, los pechos y el vientre cuando se arrodilló para aflojarle los calzones. Al quitárselos por completo, se inclinó hacia ella y la besó en la unión de las piernas.

Él se puso en pie para continuar reconociéndola, y ella sintió una vaga decepción que fue barrida por los velos de seda cuando la acarició con ellos. Ella esperaba que él la llevara a la cama, pero en lugar de eso deslizó la seda por sus nalgas desnudas y su espalda.

La fría tela susurraba contra su carne, poniéndole la piel de gallina. Elliot le pasó la seda bajo los pechos mientras clavaba los ojos en ellos para percibir cómo sus pezones se endurecían hasta convertirse en puntos apretados.

La hizo retroceder hasta que cayó sobre el colchón, boca arriba. Allí, continuó deslizando la seda por su piel, jugueteando con sus pezones, su vientre, el vello que crecía entre sus piernas.

Luego llevó la gasa a sus labios y la besó antes de extenderla sobre su cuerpo mientras él se despojaba de su ropa.

La camisa y las botas desaparecieron con rapidez, y ella le observó extasiada cuando se acercó a la cama cubierto solo por el *kilt*. Le vio desabrocharlo y quitárselo para lanzarlo sobre la cama, donde se mezcló con la seda.

Él se inclinó otra vez en busca de sus labios. Ella trató de abrazarle, pero la eludió para besarla en la garganta mientras le apresaba las manos y se las inmovilizaba por encima de la cabeza, para que no le molestaran mientras pasaba la boca por su cuerpo. Le lamió un pezón y luego lo succionó mientras lo repasaba con dientes y labios. Hizo lo mismo con el otro pecho, tomándose más tiempo. Se recreó mordisqueando, tirando de él antes de soltarlo para lamerlo otra vez.

Elliot siguió bajando para besarla entre las piernas otra vez, pero cuando ella arqueó las caderas, pidiéndole en silencio que continuara, él se alejó y, para su sorpresa, le dio la vuelta. La puso a cuatro patas y ella hundió los dedos en la seda y la lana que cubrían el colchón, mientras él se ponía detrás de ella y le separaba las rodillas con la mano, para poder abrirla y avivar su necesidad.

Ella sintió su dureza contra su entrada, fuerte y sedosa, rozándola con cuidado. Se tensó, insegura, y soltó un jadeo ahogado cuando él se sumergió en su interior.

No sintió dolor, sino un placer imposible. Elliot dilató su cuerpo con su gruesa y larga erección, provocando una sensación increíble. Ella gritó, ya presa del éxtasis cada vez más cercano, y él todavía no había comenzado a moverse.

Elliot permaneció quieto durante un momento en su interior, dejando que se acostumbrara a su plenitud, a la intensa impresión que provocaba la posición, antes de empezar a moverse despacio, retirándose y volviendo a entrar una y otra vez.

Cualquier pensamiento coherente la abandonó. Se sintió flotar mientras Elliot seguía penetrándola con feroz velocidad, impactando los muslos contra sus nalgas mientras le clavaba los dedos en las caderas para sujetarla. Ella sentía la suavidad de la seda en las rodillas, el roce de la lana del *kilt*.

Y había más sensaciones. El sudor que le resbalaba por la espalda, el intenso calor que él desprendía contra sus piernas, los gemidos... No eran palabras coherentes, solo sonidos de un hombre en busca de éxtasis.

Notó que le picaba la garganta y se dio cuenta de que también estaba gritando. Se impulsó hacia atrás, deseándole.

—¡Por favor, por favor...! ¡Por favor! —se escuchó rogarle.

Él se movió todavía más rápido hasta que ella pensó que moriría. Elliot tenía que detenerse... pero ella esperaba que nunca lo hiciera.

Sus cuerpos estaban resbaladizos por la transpiración cuando los gemidos de Elliot se intensificaron. La cama rechinó con cada duro envite, y ella jadeó con estremecidas boqueadas.

Aquella manera de hacer el amor no era lenta, suave o refinada. Era una pasión cruda y brutal.

—Dios, Juliana... —Por última vez Elliot embistió hasta el fondo mientras desgranaba hermosas y musicales palabras que ella no comprendió.

Luego se convulsionó una vez más, con dureza.

Juliana cayó desplomada sobre la cama con las rodillas ardiendo. El se retiró de su interior y rodó a un lado antes de estrecharla con fuerza contra su cuerpo.

Elliot le apartó el pelo de la cara ruborizada y la besó en la mejilla. Ella sintió que el corazón de su marido latía con fuerza contra su espalda y que sus piernas, enredadas con las de ella, estaban muy calientes.

La brisa que entraba por la ventana rozó sus cuerpos y los sonidos de la *fête* flotaron hasta ellos.

Ella se adormeció; hacer el amor la había agotado. No había sentido nunca

nada tan intenso, ninguna satisfacción tan rápida.

—¿Qué fue lo que me dijiste? —le preguntó—. ¿Qué significan esas palabras? —Había usado el mismo lenguaje con el que habló a la señora Dalrymple.

—Och, muchacha —la reprendió intensificando su acento escocés—. ¿Es que no conoces la lengua de tus antepasados? Es gaélico.

—¿De veras? —Solo le habían enseñado inglés. La habían enviado a una escuela inglesa donde se relacionó con personas a las que jamás se les ocurriría hablar otra cosa que inglés, el idioma de la riqueza y el éxito.

—Sí, lo es.

Ella le acarició el brazo que tenía doblado sobre su estómago, dibujando el tatuaje.

—¿Cómo es que lo conoces?

—Sé muchos idiomas: gaélico, francés, alemán, urdu, hindi, punjabi. Nunca supe qué necesitaría en el futuro.

—¿Qué me has dicho?

El la besó en la sien; sus labios estaban calientes y secos, hablaban de intimidad prolongada.

—Que eres muy hermosa. Que me calientas como ninguna otra cosa. *An toir th dhomh pòg?*

Ella sonrió.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Quieres besarme?

La sonrisa se hizo más grande.

—Sí.

Ella giró la cabeza en la almohada, feliz al ver que él entrecerraba los ojos, relajado como un animal sosegado. Él la besó con suavidad, con los labios separados, con afectuosa intimidad.

—*Tha gaol agam ort* —susurró.

Ella le acarició la mejilla.

¿Y eso?

Él cerró su callosa mano sobre la de ella y se llevó sus dedos a los labios.

—Algún día te lo diré —prometió.

El baile de verano estaba saliendo perfecto cuando el señor McGregor insistió en hacer la danza de las espadas.

Los invitados habían llegado de puntos tan lejanos como Edimburgo e incluían a Gemma y al resto del clan Mackenzie, incluso al formidable duque de Kilmorgan y su flamante esposa, lady Eleanor. No todos se alojaban en la casa porque eran pocas las habitaciones de invitados que estaban habitables todavía, pero McPherson se había ofrecido a alojar a la mayoría en su gigantesco castillo.

El baile era una auténtica fiesta de las Highlands, con todos los escoceses presentes vestidos con *kilt*. Habían llegado gaiteros y violinistas desde Highforth y otros pueblos cercanos. Los habitantes del pueblo se ofrecieron para ayudar a Mahindar y a su familia en la cocina y trajeron consigo comida y bebida. Muchos participaban en el baile que se desarrollaba en el césped, bajo el largo crepúsculo.

Elliot tenía mucho mejor aspecto cuando por fin bajó, vestido con el *kilt* y el tartán sobre el hombro. A diferencia de los hermanos Mackenzie, no llevaba chaqueta y parecía un auténtico highlander de los tiempos antiguos.

Los invitados llegaban a oleadas, ansiosos por saludar a los McBride y por dar la bienvenida a Elliot como parte del clan McGregor. El baile no tardó en dar comienzo.

Lo que más gustaba a Juliana de los encuentros en las Highlands era que nadie tenía que ser presionado para bailar y pasar un buen rato. Se formaban parejas, grupos y las danzas daban inicio.

Como recién casados, Elliot y ella lideraron el primer *reel*. Solo habían bailado una vez juntos, durante su fiesta de presentación en Edimburgo, donde giraron al compás de un majestuoso vals de Strauss. Ahora, Elliot hizo alarde de su gracia. La guio por los pasos del *reel* sin saltarse ninguno, haciéndola dar vueltas y vueltas sin cesar para volver a cogerla sin perder el ritmo.

Los invitados rieron, aplaudieron y bañaron a su alrededor. Daniel Mackenzie fue el más entusiasta; su juventud le hacía brincar más alto y giraba a sus parejas con más brío que sus tíos, que parecían absortos en sus esposas. El único que no bailaba era Ian Mackenzie, que prefería sentarse con su esposa y sus hijos, o sostener las diminutas manos de su hijo cuando el niño quería moverse al son de la música.

Mac Mackenzie se unió a los exuberantes movimientos de su sobrino Daniel mientras su esposa, Isabella, se reía de él con ojos centellantes y el pelo brillante. El duque, Hart, mostraba una estampa más tranquila, pero la mirada que le brindaba a Eleanor estaba tan llena de amor que a Juliana se le llenaron los ojos de lágrimas.

Quería poseer con Elliot lo que tenían los hermanos Mackenzie con sus esposas: plena confianza, mudo entendimiento y amor. Disfrutaban estando juntos y mirándose. Y a pesar de ello, ninguno perdía su esencia única y personal, manteniendo sus aficiones y divertimentos. Pero juntos, cada una de esas parejas, parecía más fuerte que la suma de sus partes.

Quizá, con el tiempo, Elliot y ella llegaran a disfrutar de algo parecido.

El salón de baile, todavía un poco vacío sin cortinas en las ventanas o cuadros colgando en las paredes, vibraba lleno de energía. La música lo inundaba como un velo sonoro sobre el que resonaba la risa de los bailarines. McPherson bailaba con todas las señoras haciendo gala de un entusiasmo hermano del de Daniel.

—¡Id a por las espadas! —gritó McGregor, eufórico gracias al whisky ingerido.

Hamish fue a buscar las armas apropiadas, una claymore tradicional y una funda curva que depositó formando una cruz perfecta en una esquina del salón. Elliot se apartó de sus hermanos y de Gemma para atravesar la estancia hacia ella. Antes de que lograra llegar, McGregor le indicó a los gaiteros que se pusieran a tocar.

El anciano comenzó los pasos con bastante energía. Conocía los movimientos y si no brincaba demasiado alto lograba caer en los cuadrantes que formaban la hoja y la funda cruzadas. Pero los violinistas apuraron los acordes y los gaiteros les siguieron, incrementando la cadencia cada vez más.

McGregor rugió mientras intentaba continuar, golpeando el suelo con los pies, esquivando las armas, saltando tan alto que el sombrero tradicional escocés se tambaleó sobre su cabeza. Los invitados aplaudían con entusiasmo.

De pronto, pisó mal, la claymore se movió y le fallaron las piernas. McGregor cayó de culo con un gruñido.

Ella corrió hacia él, pero Elliot se le adelantó para ayudarlo. El anciano permitió que le echara una mano para levantarse, pero luego empujó a su sobrino.

—Déjame, Elliot. Estoy bien.

Pero permitió que ella le guiara hacia la salida del salón y, cuando llegó al vestíbulo, comenzó a cojear.

—Maldita espada. Cuando yo era joven, eran tan pesadas que no se movían.

Komal apareció de entre las sombras y sostuvo a McGregor por el otro brazo. Al instante, comenzó a regañarle en una mezcla de punjabi y las pocas

palabras que había aprendido en inglés.

Ella le soltó. A McGregor no pareció importarle tener que apoyarse en Komal para seguir el pasillo hacia la cocina.

Ella regresó junto a Elliot, que observaba desde la puerta, y este la rodeó con un brazo para regresar juntos a la luz y el caos de la estancia.

Allí había comenzado una discusión sobre quién debería intentar retomar la danza de las espadas.

—Elliot —decía Patrick, el hermano mayor de su marido—. El era quien la bailaba siempre, y lo hacía muy bien.

—Eso fue hace más de doce años —repuso él, pero la multitud se unió a la causa.

—¡Venga, McBride! —le animó Mac Mackenzie, y Daniel le secundó. Comenzaron los aplausos y los gritos, animándole.

—De acuerdo... —Elliot extendió las manos, indicando que dejaran de abuchearle—. Toca lentamente —le pidió al gaitero.

El hombre sopló para inflar el fuelle, llenando la estancia de sonido. Cuando todos los músicos estuvieron lisios, Elliot hizo una reverencia y empezó.

Elliot no había realizado aquel baile desde hacía años, pero lo recordó sin esfuerzo. Saltó a la izquierda, luego a la derecha, al tiempo que subía el brazo para no perder el equilibrio. Tanteó los cuatro cuadrantes que formaban la espada y la funda curva, trazando la primera cruz. Luego brincó a la derecha más alto, y a la izquierda, haciendo que se balanceara el *kilt*. Una vez trazada otra cruz, movió el pie, punta y talón, pisada, y otra vez a saltar. Delante y atrás, atrás y delante, fuera y dentro.

Los asistentes batían palmas y los hombres gritaron eufóricos. Elliot se relajó, descansando en el colchón que suponía la melodía mientras seguía moviendo los pies.

La mente era algo extraño. Hacía años que no hacía aquello y todavía lo recordaba; pasos aprendidos en su descuidada juventud. Todo su pasado estaba allí, esperando que él fuera de nuevo a su encuentro.

El gaitero y el violinista apuraron el ritmo y él los acompañó. Hubo aplausos y gritos de ánimo.

Al cabo de un rato los músicos aceleraron otra vez. El gritó en protesta, aunque siguió saltando sobre las espadas entre risas y jadeos.

—¡Basta!

Juliana le sostuvo cuando retrocedió... ¡qué maravillosa sensación era

rendirse a su suavidad! Daniel ocupó su lugar, con instrucciones de demostrar lo que podía hacer.

El chico hizo una reverencia, guiñó un ojo a las damas y empezó. Comenzó el baile igual que él, dibujando la cruz en el suelo, saltando sobre la hoja y la vaina curva, con los pies balanceándose en el aire una y otra vez. Cuando la música aceleró, también lo hizo Daniel, y él se unió a la multitud en sus gritos de apoyo.

—Daniel lo hace muy bien —le dijo Juliana al oído al ver que Daniel movía los pies en aquella complicada giga mientras el gaitero tocaba tan rápido como podía.

—Tiene dieciocho años —se justificó él—. Yo tengo treinta.

—Bueno, tú lo hiciste todavía mejor.

La miró con una astuta sonrisa llena de intenciones y la besó. Los que los vieron los vitorearon. En ese mismo momento, Daniel dio por finalizado el baile, hizo una venia y lanzó su amplia sonrisa a cada señorita de la estancia.

—Va a romper tantos corazones como tú —aseguró Juliana, acariciándole el brazo.

—Para mí solo había una muchacha —confesó él. La besó en la comisura de los labios, y los invitados, que les observaban con avidez, volvieron a aplaudir entusiasmados.

Elliot pensó en lo que había dicho mucho más tarde, por la noche, cuando los asistentes al baile ya habían regresado al castillo McPherson o al pueblo, e incluso había convencido a Mahindar para que se fuera a la cama.

Juliana le sonreía somnolienta mientras le hacía el amor, pero su deseo por ella era demasiado grande. Aquella necesidad erótica que le envolvía hacía desaparecer de su mente cualquier otro pensamiento. No existía nada más que el placer, la estrechez del cuerpo de su esposa, su aroma, el calor que generaba la unión de sus cuerpos.

«Solo ha habido una muchacha para mí», repitió para sus adentros cuando se retiró de su interior y cayó junto a ella en la cama, donde se acurrucó para dormir.

Solo conocía a otra mujer que se adaptara tan bien a las circunstancias; su hermana Ainsley, e incluso ella pensaba que él debería estar encerrado en una habitación tranquila mientras era alimentado con papillas de avena. Juliana había aceptado todo lo que él le había contado con la cabeza alta, sin

protestar, asimilando sus palabras sin una queja. Era fuerte, hermosa, y suya. Se durmió.

Cuando ya estaba a punto de amanecer, despertó otra vez. La noche era tranquila, las ranas guardaban silencio y la habitación estaba oscura.

Apartó las sábanas, Juliana estaba acurrucada contra él y el calor que emitía era todo lo que él necesitaba aquella noche veraniega.

Ella era luz... y vida. Él había seguido un largo camino y todavía le quedaba mucho que recorrer, pero cuando estaba envuelto en Juliana, la oscuridad desaparecía. Las sombras se disolvían.

Y había mandado a Stacy a aquella oscuridad...

«Me abandonó a la tortura, al terror y la inanición. Puso a Juliana en peligro al venir aquí; se merece lo que el destino le depare», repuso la furia.

El había sido su maestro, su amigo, se había entristecido con él... Stacy nunca volvió a ser el mismo después de que su primera esposa enfermara y muriera. La enfermedad podía venir con rapidez en la India, luego llegaban la infección y, a continuación, una muerte veloz.

Se acordó de la noche en que la esposa de Stacy exhaló su último suspiro. Stacy, entonces apenas un muchacho de veintitrés años, se había abrazado a él llorando.

La pena había vuelto salvaje a su amigo, pero no tenía un enemigo contra el que luchar. Él le enseñó cómo canalizar aquella cólera para afinar sus habilidades. Le había enseñado a llevar una plantación, algo de lo que se habría sentido muy orgullosa la joven señora Stacy.

Habían pasado juntos muchas noches amistosas, emborrachándose con cualquier bebida alcohólica que cayera en sus manos, o sentados en el porche, en la oscuridad. Hablaban o permanecían en silencio según fuera su estado de ánimo. Eran amigos que intuían lo que el otro pensaba, incluso antes de decirlo en voz alta.

Y entonces, llegó Jaya y lo cambió todo.

Aquella mujer no había entendido lo que él sabía en ese momento. Stacy y él habían sido jóvenes, estúpidos y arrogantes, y se habían dejado llevar por ella.

Ahora, Stacy estaba ahí fuera, en la noche, perseguido por personas que querían matarle.

Soltó un largo suspiro.

—Och, ¡maldición! —susurró. Se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

26

Elliot se puso las botas en el pasillo y caminó con suavidad hasta el final del mismo, donde golpeó una puerta con el puño.

Fellows abrió al instante; parecía como si no hubiera estado durmiendo, a pesar de que llevaba puesta la camisa de dormir.

—¿Le apetece acompañarme a dar caza a un hombre, inspector? —preguntó.

El hombre asintió con la cabeza sin decir nada. Cerró la puerta y cuando la abrió otra vez, estaba vestido y él regresaba de la cocina con el Winchester. Salieron en silencio por la puerta trasera después de que moviera el portón con cuidado para que no chirriara.

Una vez que estuvieron en camino, hacia el rugido del río, Fellows habló por fin.

—¿A quién estamos buscando?

—A Stacy. Y a los asesinos a sueldo que quieren matarle.

—Cuando podamos hablar, va a contarme por qué sabe eso y yo no.

—El propio Stacy me lo contó —confesó—, antes de que yo lo enviase a la muerte.

Fellows le lanzó una penetrante mirada con aquellos ojos suyos color avellana, pero no dijo nada. Apuraron el paso; fue él quien guió al inspector a lo largo del río, hacia la casa de la señora Rossmoran.

Una luz del interior de la casita le dijo que la señora Rossmoran o su nieta estaban despiertas. Aquella mujer era de las que no desperdiciaría velas o queroseno en una casa dormida.

Llamó a la puerta no demasiado fuerte; no quería que la anciana se alarmara. Fue Flamish quien les abrió con cara de pocos amigos.

—¿En qué estaba pensando? —preguntó el chico con un gruñido—. Ha enviado aquí a ese hombre.

—Entonces, ¿estaba aquí? —El miró a su alrededor; Fiona le observaba con incertidumbre y la señora Rossmoran estaba sentada cerca de la cocina apagada, con expresión neutra.

—Ya se ha marchado —señaló la anciana—. Imagino que buscan a mi huésped. Sí, estaba aquí, pero ya no está.

Él había pensado mucho en ese asunto cuando se preguntó en qué lugar podía haberse escondido Stacy sin morir de hambre. Pescar o cazar

furtivamente dejaba señales, y él no había encontrado ni una huella.

Elliot pasó el rifle a Fellows y se sentó enfrente de la señora Rossmoran.

—¿Por qué no me dijo que estaba aquí?

—Porque no me preguntó y él me rogó que no se lo dijera. Le preocupaba que usted le matara o le arrestara. Esa es la razón de que se haya marchado. Parecía un hombre amable, y usted, Elliot McBride, está un poco loco.

—Eso es cierto. —Intercambió una mirada con Fellows—. Señora Rossmoran, me gustaría que usted y Fiona se alojen durante unos días en el castillo McGregor. Allí estarán seguras.

—No, joven. McGregor y yo jamás estaremos de acuerdo en nada. Su esposa era mi hermana, ya lo sabe.

Él no lo sabía.

—Entonces, en el de McPherson. Stacy corre un gran peligro y no quiero que las personas que le persiguen le hagan daño a usted.

La anciana plantó su bastón.

—Esta es mi casa. Si esas personas vienen aquí mientras no estoy, podrían emprenderla contra mi morada. Este lugar es todo lo que tengo.

Fiona los observó con inquietud desde la cocina.

—Por favor, abuela...

—Hamish enviará a hombres fuertes para protegerla mientras usted no está. —Tomó la mano de la mujer entre las suyas—. Por favor, necesito saber que están a salvo.

La señora Rossmoran le observó con sagaces ojos azules.

—De acuerdo, muchacho, iré con McPherson. Pero el hombre que venga a vigilar mi casa, deberá mantener las manos alejadas del barril de azúcar. No crece en los árboles, ya sabe.

—Por favor, tía... —comenzó Hamish.

La señora Rossmoran agitó el bastón ante sus narices.

—Cierra el pico y ayúdame a levantarme. Ve a buscar mis chales, Fiona. No creo que McPherson tenga suficientes mantas en la cama.

El esperó junto a la puerta a que ellas abandonaran la casa mientras Fellows husmeaba los terrenos que la rodeaban. Cuando Hamish salió, él le puso un brazo sobre los hombros.

—Sé por qué no me dijo nada tu tía, hace lo que le da la gana, pero... ¿por qué no me lo dijiste tú?

—No lo sabía. —Hamish miró con rabia hacia la casa. Su cólera era tan evidente que le creyó—. Se lo habría dicho. Mi tía puede ser muy obstinada.

De eso no le cabía duda. El inspector Fellows regresó, afirmando que no había encontrado nada extraño en las proximidades; ninguna señal de cazadores o extraños. Enviaron a las mujeres con Hamish al castillo de McPherson y continuaron camino por el bosque.

Juliana se despertó pronto y se encontró sola. No se alarmó; Elliot se levantaba a menudo antes que ella para trabajar con los obreros que reparaban la casa.

Se aseó y bajó las escaleras. La maciza lámpara de araña todavía colgaba en su lugar. Habían intentado arreglar el mecanismo para bajarla y reemplazar las velas, pero estaba oxidado. Había decidido que apresurarse a ello antes de la fiesta podía acabar siendo un desastre, así que había encargado a uno de los hombres que limpiara y aceitara lo que pudiera subido a una escaleta de mano.

Cuando llegó al vestíbulo, escuchó un golpe en la puerta principal.

Una dama jamás abría la puerta de su casa; era labor de un lacayo, o incluso de una criada si no había lacayos disponibles.

Pero ni Hamish ni Mahindar estaban a la vista. Las mujeres de la familia del hindú no tenían permiso para hacerlo porque, según le había contado el propio Mahindar, si él les dejaba hacerlo significaba que no las había protegido de los extraños.

Se acercó a la puerta dejando a un lado las formalidades. Uno no podía andarse con tonterías cuando no había sirvientes disponibles. Podía tratarse simplemente de uno de los invitados que regresara del castillo McPherson.

Sin embargo, antes de que llegara a la entrada, Mahindar se le adelantó en un revuelo de telas y suave ruido de pasos.

—*Mensahib*—dijo, horrorizado—. No. Déjeme a mí.

Ella retrocedió para permitir que la adelantara. Cuando abrió la puerta, apareció la última persona que ella quería ver: la señora Dalrymple.

—Buenos días, querida —la escuchó decir—. Es necesario que hablemos, si a usted no le importa.

Cualquier rastro de educación o protocolo había desaparecido, y ya no tenía aquellos aires de superioridad. Aunque la señora Dalrymple llevaba un correcto vestido de algodón gris, ya no parecía la estirada mujer de clase media que había dicho despreciar todas las costumbres hindúes cuando vivía en la India.

Su cara redonda la hacía parecer una mujer inofensiva, de edad madura,

que estuviera a punto de acudir al mercado con una cesta en el brazo. También había desaparecido su impecable acento, y parecía que acabara de salir de los barrios bajos de Glasgow.

—Adelante —la invitó.

Mahindar la miró con pesar, pero ella quería escuchar lo que tenía que decir aquella mujer. Condujo a la señora Dalrymple a la salita y ordenó al hindú que les llevara el té.

—No me quedaré mucho —aseguró la mujer, sentándose en el mismo lugar que había ocupado la semana anterior—. He venido a hacerle una advertencia. Solo una——añadió con rapidez al ver que ella fruncía el ceño. Muchacha, ya sé que han desconfiado de nosotros. Mi marido encontró el certificado de defunción del señor Stacy cuando trabajaba para el servicio civil del gobierno en Labore y también escuchó que su esposo había aparecido tras meses de cautividad y que se creía que se había vuelto loco; así que George robó el certificado. Cuando regresamos a Glasgow, hizo algunas preguntas y se enteró de que Elliot McBride había comprado esta propiedad en Highforth. No habíamos oído hablar del lugar, pero él decidió que viniéramos de todas maneras. Pensó que si su marido había perdido la cabeza, tal vez podríamos conseguir que usted o su familia creyeran que había sido él quien asesinó a Stacy y sacarles algún dinero.

—Pero la señora Terrell los presentó como sus amigos ——adujo ella, conteniendo la cólera con dificultad—. ¿La conocían?

—La señora Terrell... —La mujer hizo un gesto con la mano—. Es una simple. La convencí de que su madre y la mía habían sido amigas. Mientras trabajaba en la oficina de correos resultó fácil robar cartas de damas de la zona. Fue así como conseguí que nos invitaran a su casa.

—Bien, lamento haberles decepcionado —repuso ella con rigidez—. Pero ni yo ni mi marido estamos dispuestos a pagar a unos chantajistas.

La señora Dalrymple la miró con reproche.

—Oh, no me gusta esa palabra, querida, suena sucia. El señor Dalrymple y yo solo proporcionamos un servicio. Le sorprendería saber las cosas que la gente quiere ocultar; mujeres ricas que roban en las casas a las que van de visita, maridos correctos que no lo son en realidad, banqueros y abogados con las manos demasiado largas... Logran evadir toda responsabilidad de robo, adulterio, malversación y... ahora que lo pienso, asesinato. La Ley no les juzga, pero a cambio nos pagan. Es lo justo... Después de todo, han cometido un crimen.

Ella se contuvo para no señalar que hacer chantaje también era un crimen. En todo caso, los Dalrymple, si es que ese era su nombre real, jamás llevarían las pruebas a la policía.

—¿Para qué ha venido a visitarme? —preguntó impaciente.

—Bueno, primero quería disculparme. No sabíamos que el señor Stacy estaba vivo, ni que su marido fuera inocente. Nos alegramos de saberlo. «Emily, me dijo el señor Dalrymple, estoy muy contento de haber estado equivocado con respecto al señor McBride. Es un buen hombre de las Highlands».

—¿Qué advertencia quería hacerme? —preguntó ella con voz dura.

—Al apropiarnos del certificado de defunción, hicimos ciertas preguntas sobre el señor Stacy y el señor McBride y mucho nos tememos que sin querer hemos alertado a algunos hombres no muy buenos sobre su localización. Sin embargo, quiero que sepa que ni el señor Dalrymple ni yo tenemos nada que ver con ellos. Es posible que pidamos a la gente que nos den... digamos, una retribución... por agravios pasados, pero jamás hacemos daño a nadie. Sé que hay un oficial de Scotland Yard alojado en el castillo, pero si le ocurre algo a su marido o al señor Stacy, no será culpa nuestra. Por eso quiero advertirla, ponerla en alerta. Me he dado cuenta de que es usted una dama dulce y respetable; usted y su esposo deben tener cuidado.

Demasiado tarde para ello. Hamish estaba entrando como una estampida por la puerta trasera en ese momento, bramando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Mahindar! ¡Señora! ¡Señor McGregor! ¡El señor McBride se ha ido al bosque a cazar a unos criminales!

—¿Ve? —La señora Dalrymple se levantó—. Bueno, he cumplido con mi deber. No tiene nada que ver conmigo... Recuérdelo, señora. Ya me marchó.

—No —dijo ella. La agudeza de su voz hizo que la señora Dalrymple diera un respingo. Le hizo señas para que volviera a sentarse—. Acomódese de nuevo, porque va a contarme cada detalle que sepa sobre esos hombres. Además, se quedará aquí hasta que mi marido y el señor Stacy regresen sanos y salvos. Hamish, corre al castillo McPherson y cuéntale todo esto.

—Vengo de allí. Él está a punto de llegar y le acompañan todos los Mackenzie.

—Bien. Despierta a todos los hombres de esta casa y diles que vengan a hablar conmigo. Vamos a encontrar a mi marido, a estos asesinos y a poner punto final a todo esto de una vez.

Hamish abrió los ojos como platos.

—Sí, señora —repuso antes de desaparecer para obedecer sus órdenes.

Elliot y Fellows se movieron con silenciosa rapidez en el interior del bosque, siguiendo el rastro que habían encontrado. Su habilidad como rastreador había vuelto a él, igual que los pasos de la danza de espadas la noche anterior. El inspector Fellows llevaba años cazando criminales en las calles de Londres y seguía sus movimientos con prudencia y velocidad.

Las señales les llevaron hacia el norte a través de las colinas, encaminándoles en su descenso al siguiente valle. El océano quedaba al este y la tierra se extendía en una llanura, bordeada de granjas, a un lado, y de la orilla del mar, al otro.

Si él no se equivocaba, Stacy les había llevado hasta allí a propósito y luego habría vuelto sobre sus pasos. El sol comenzaba a surgir por encima del mar, por donde asomaba una enorme pelota de luz.

El sabía exactamente adonde se dirigía Stacy y sintió una punzada de temor, pero indicó a Fellows que le siguiera de regreso a las colinas.

Los árboles volvieron a aparecer, ocultando de su vista las tierras cultivadas y las casas de campo, escondiendo cualquier indicio de civilización. Los pasos que comunicaban Afganistán y Punjab también era así; tierras salvajes que ocultaban de la vista todo lo que no fueran desfiladeros a ambos lados.

Sin embargo, estas rutas salían de montañas sombrías a valles fluviales de asombrosa belleza. El se había quedado aturdido por el paradisíaco paisaje que existía fuera de los túneles donde había estado sepultado, cuando se escabulló de regreso a casa como un animal herido. La maldad no debería existir en medio de tanta hermosura.

Allí también había hecho frío. El solo había tenido vagas nociones de las estaciones mientras estuvo cautivo, pero recordaba muy bien las semanas de viento gélido.

Ahora el verano suavizaba la brisa, pero bajo los árboles se concentraba una fría niebla. La sensación de alerta mientras ras treaba era, sin embargo, la misma. Tranquila cautela, el sudor resbalando por su espalda, la respiración entrecortada mientras recorría largos trechos sin agotarse.

El hecho de que estuviera recorriendo los húmedos bosques de Escocia en lugar de montañas secas y frías daba igual. Cada roca y cada árbol podían

ocultar un peligro, eran un obstáculo a ser estudiado y observado, todo ello lo más rápida y exhaustivamente que fuera posible.

Se acercó a la entrada de los túneles más cercanos al límite de las colinas. Sabía que Stacy había cubierto sus huellas y que era muy probable que estuviera allí ahora.

Informó a Fellows en susurros de lo que pretendía hacer y se acercó lentamente al primer túnel. La entrada estaba casi oculta, cubierta por hojas, maleza y una rama caída de un árbol.

Pero él había explorado toda la zona cercana a su propiedad durante las últimas semanas, tomando nota de cada posible entrada al castillo McGregor. Sabía que no se equivocaba.

Era la primera señal que encontraba de que alguien hubiera entrado en el túnel. La maleza había crecido alrededor, pero era evidente que alguien había traspasado la exuberancia natural y la había reemplazado con cuidado.

Movió las ramas tan quedamente como pudo mientras Fellows hacía guardia. Cuando consiguió hacer hueco, se introdujo con un rápido movimiento y se quedó en cuclillas junto a la abertura, para que no le vieran a contraluz desde el interior.

Fellows entendió su artimaña y le imitó. Esperaron a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad antes de seguir camino.

Mientras se internaban en las húmedas cavernas, sintió que las sombras que acechaban en su mente se agazapaban en una esquina, esperando la oportunidad de saltar al ataque.

Los latidos de su corazón se aceleraron y el sudor que le cubría la espalda comenzó a deslizarse por su columna vertebral. Sentía la piel pegajosa y fría y el pulso le martilleaba en las sienes y resonaba en su cabeza.

«Ahora no».

Antes tenía que encontrar a Stacy. Tenía que dar con él y conseguir que los hombres que le perseguían fueran arrestados. Lo que fuera que se interpusiera entre él y Stacy tendrían que hablarlo, pero antes era necesario salvarlo.

Todavía no había tenido la posibilidad de explorar cada rincón del laberinto que formaban los túneles. El techo de esa parte era muy bajo y tanto Fellows como él tenían que caminar inclinados. Allí abajo el rifle no servía para nada; las duras paredes de roca devolverían cualquier disparo, pero tenía un cuchillo y el inspector iba armado con una pistola, una buena Webley.

Sabía que los hombres estaban allí debajo, con ellos. No había encontrado ninguna señal, igual que tampoco había visto señal alguna de Stacy en el

bosque, pero lo sabía.

La oscuridad que acechaba en su mente se rio de él. Estaba allí y no importaba lo horrible que fuera la situación. En cualquier momento podía perder la conciencia, tener un repentino mareo de esos que le robaban el aliento, y en su mente solo quedaría aquel sombrío y salvaje pánico.

Se detuvo para luchar contra ello. Si aquellos asesinos estaban debajo de su casa, eso quería decir que todos los ocupantes de la misma corrían peligro. Había intentado tapiar todas las entradas al viejo castillo, pero fue antes de saber que unos asesinos profesionales estaban allí para matar a Stacy. Estos podían haber despejado las entradas mientras Stacy se ocultaba en la casa de la señora Rossmoran y él ayudaba a Juliana con la *fête*.

Pensar que Juliana corría peligro, lo mismo que Priti, le ayudó a ignorar la burlona voz de su interior. Jamás permitiría que les hicieran daño. Nunca.

Escuchó un leve sonido en uno de los túneles. Se detuvo y echó la mano hacia atrás, para detener a Fellows en la oscuridad.

Volvió a escuchar el ruido. Era un paso, solo uno. Posiblemente estaban extraviados. Le indicó al inspector que se quedara quieto y casi se arrastró por el suelo.

Empuñó el rifle y lo movió por delante, para tantear el terreno.

Los vio, o al menos vio el parpadeo de sus linternas; tenían cuidado de que la luz no les enfocara.

Percibió también un destello de movimiento un poco más adelante, que podía ser Stacy. Él mismo había enseñado a Stacy el truco de moverse con el fin de provocar que el enemigo quedara al descubierto, y lo habían puesto en práctica cuando rescataron a aquella familia inglesa en las montañas afganas.

Stacy los estaba llevando a un paso estrecho, preparando la emboscada. El problema era que Stacy estaba solo. En teoría un solo hombre podía emboscar a un pelotón si poseía la ventaja necesaria, pero en la práctica, el pelotón tenía siempre las de ganar.

Miró otra vez a su alrededor con atención. Si Fellows y él se movían a un lado, podrían desarmar a los hombres y Stacy estaría a salvo. Entonces él podría regresar a su casa y disfrutar de unas gachas con avena preparadas por Hamish o de unas lentejas con especias cocinadas por Mahindar, según quien ocupara antes la cocina.

Comenzaba a retroceder para contarle su plan a Fellows, cuando alguien gritó en lo más profundo de los túneles. Los dos asesinos avanzaron al instante y se perdieron en el pasaje que conducía a la sala de calderas.

El maldijo para sus adentros mientras regresaba con rapidez junto al inspector.

—El idiota de Stacy está intentando conducirles a una trampa —susurró en voz baja mientras guiaba al policía—. Pero va a conseguir que le maten.

—Entonces tenemos que impedirlo —dijo el inspector.

Guió a Fellows por el túnel que llevaba a la estancia más grande, pero el hombre se rezagó un poco.

Imágenes de su última noche en las cavernas inundaron su mente. La desesperada carrera por los túneles, el malestar en el estómago cuando tuvo que gatear por la grieta que daba acceso a la caverna con el rifle en las manos. De un momento a otro le detendrían o dispararían, le estrangularían o golpearían. Si le atrapaban no volvería a tener otra oportunidad de escapar.

Había avanzado a rastras sobre su estómago como un animal y corrido como un conejo asustado. A cada instante esperaba que una bala le hiriera en la espalda y detuviera su vida en medio del dolor.

Jadeó con rapidez. Si no se tranquilizaba, si no lograba calmarse, tendría un ataque de pánico y mataría a Stacy.

Vio el destello de un disparo. Escuchó gritos. Sus pensamientos se difuminaron y corrió.

Stacy. ¿Estaría vivo o muerto?

Hubo más tiros y luego... silencio.

Siguió adelante con Fellows pisándole los talones. Los dos continuaron avanzando en silencio hacia el lugar de donde habían partido los disparos.

Otro destello de revólveres. Los ruidos de un golpe resonaron en los túneles impidiendo que escucharan nada más. Fellows se puso las manos en las orejas, pero él, con el rifle entre las manos, no tenía esa posibilidad. Le pitaron los oídos y el humo le ahogó.

Las andanadas de balas cesaron y él se adelantó un poco más.

Por fin, vio a su viejo amigo al final del pasaje, detrás de una caja de madera, con una linterna en el suelo para anunciar su posición. Dos hombres surgieron de las sombras, alzaron los revólveres y comenzaron a disparar sobre Stacy.

La luz se extinguió en la negrura. Elliot, intuyó más que vio que Stacy alzaba el arma y, apuntando con extraña precisión al destello de un revolver, disparaba al corazón del hombre que intentaba asesinarle.

Fue un disparo soberbio, con solo la diminuta chispa del destello del arma para guiarle. El problema era que el disparo del otro hombre había hecho blanco en Stacy, que gruñó antes de quedarse inmóvil.

El no podía ver ni oír. Entró sigilosamente en el final del túnel, poniéndose de nuevo el inservible rifle al hombro, mientras intentaba permanecer en completo silencio.

De golpe, se vio empujado contra la pared por un cuerpo que olía a sudor, sangre y humo; el segundo asesino que estaba huyendo por otro túnel.

Notó la preocupación del otro hombre en sus apresurados pasos, en su creciente temor. El asesino no sabía dónde estaba y su amigo había muerto. Estaba solo. En la oscuridad. Bajo tierra.

Le dejó ir por el momento. Volvió a concentrarse en la caja de madera y en la linterna, sacó algunos fósforos del bolsillo, encendió uno y prendió la llama.

Stacy se apoyaba contra la pared y sangraba por un costado. El otro hombre yacía cuan largo era a su lado, boca abajo, quieto.

Vio que Stacy alzaba la mirada hacia él con resignación.

Lo siento, viejo amigo. Lo siento mucho.—Cállate —repuso él—. ¿O estás intentando morir como un héroe?

—Es la mejor manera.

—No seas idiota. Quédate quieto.

Fellows entró en el círculo de luz agitando la cabeza.

—Le he oído e intentado seguirle, pero lo perdí.

—No importa —aseguró él—. Usted no conoce demasiado bien el lugar. Quédese con Stacy, yo le daré caza.

Se dio la vuelta y arrebató la pistola al asesino caído mientras Fellows asentía con la cabeza. El corazón le martilleaba en el pecho y notaba la piel caliente.

—McBride... —le llamó Stacy.

Él le miró por encima del hombro. Su amigo tenía una expresión contenida y un reguero de sangre le resbalaba por las comisuras de los labios.

—Trae a ese bastardo.

Y eso intentaría hacer.

Cuando quería, Elliot podía moverse como el humo, como un fantasma en la noche. Siguió el rastro del otro hombre en la oscuridad, silenciosamente.

Los pasos del asesino indicaban que se movía con velocidad, aunque se detenía vacilante de vez en cuando. Luego volvía a desplazarse más deprisa.

Pero ese era su territorio y, allí, él era el amo. Había aprendido en los túneles de su prisión, cuando se escondía allí abajo durante días enteros. Cada vez que sus captores le encontraban, le ganaban; sin embargo, eludirlos le había proporcionado cierta sensación de triunfo. Había conseguido que ellos tuvieran que darle caza; había dado la vuelta a las tornas y eso les había enfurecido.

Aquel hombre desconocido estaba tratando de matar a Stacy por profanar a la hermana de un príncipe hindú. Daba igual que el príncipe en cuestión la hubiera mantenido encerrada, que jamás la dejara asomarse a una ventana... Pero Jaya, tan terca como sus hermanos, había escapado. Una mujer dotada de inteligencia, que sabía conversar sobre cualquier tema, tendría que haberse que dado en su lujosa casa esperando que sus parientes la casaran con un tipo rico de edad avanzada, para incrementar su poder.

No podía evitar pensar que a Juliana le habría gustado Jaya si las circunstancias hubieran sido otras y no estuviera indignada con ella.

El hombre había bajado el ritmo, inseguro. Daba un paso lento y luego otro. El lo siguió, dejando que sus propios pasos sonaran de vez en cuando con la única finalidad de conseguir que el otro hombre huyera de él.

Recorrieron otro túnel, también con el techo bajo. Al final, resplandecía una luz trémula y el hombre se apresuró hacia ella.

La luz no era del sol. Se filtraba por las grietas que rodeaban la trampilla que conducía a la sala de calderas. Su presa se detuvo un instante antes de subir por la escalera de mano empotrada en el muro de piedra.

Stacy o ellos debían conocer aquella entrada y haber traspasado la trampilla, porque el hombre la empujó y trepó a través de ella sin vacilar. Corrió tras él, gritando.

El asesino se dio la vuelta y disparó una vez, pero era algo que ya esperaba y siguió avanzando. La bala silbó, rozándole, y produjo un sonido metálico en la pared mientras su presa trepaba a la casa lo más rápido que podía. Le siguió.

El hombre atravesó precipitadamente la sala de calderas y los sótanos

principales, hasta la cocina. Escuchó gritos que le pusieron un nudo en la garganta mientras corría tras él. La familia de Mahindar estaba allí... con Priti.

Se apresuró tras los pasos del asesino. El llevaba una pistola, pero el hombre decidió que utilizar a Channan y a Nandita como escudos era una buena idea. Komal, por su parte, tomó un largo cuchillo y le atacó.

El hombre dejó caer a Nandita que, gritando, encontró a Hamish en su camino, cuando el muchacho entraba en la cocina.

Pero el asesino siguió huyendo. Atravesó la puerta hacia la parte noble de la casa... Donde estaba Juliana. Sola.

Allí, en el vestíbulo. Mirando al hombre que había surgido de la cocina con los ojos muy abiertos y asustados. Priti no estaba a la vista; tampoco la había visto con los sirvientes. ¿Estaría a salvo?

El asesino recorrió el vestíbulo hacia las escaleras. Elliot se detuvo, alzó la pistola y apuntó.

—¡Señor McGregor! —gritó Juliana—. ¡Ahora!

Un rugido ensordecedor inundó el vestíbulo cuando McGregor apareció en la galería del primer piso apuntando con su escopeta al techo. Vacío los dos disparos del cargador, desprendiendo una gran cantidad de yeso y piedra alrededor de la lámpara de araña, que se balanceó, chirrió, y se desprendió del techo con una oleada de cascotes y metal oxidado.

El asesino gritó. Lanzó la pistola a un lado y dio un salto para rodar por el suelo, intentando esquivar la monstruosa lámpara que caía sobre él.

No pudo moverse lo suficientemente rápido y la araña de luz le atrapó con un rugido de metal quebrado. Juliana escapó por la puerta principal protegiéndose la cara. El hombre se las había arreglado para evitar el peso en el torso, pero tenía las piernas apesadas. Luchó con denuedo antes de rendirse, con la cara pálida. Estaba derrotado.

Elliot soltó el aire. Siguió apuntando al hombre con la pistola mientras rodeaba los destrozos y se arrodillaba junto a él.

Era un tipo normal y corriente, de pelo y ojos oscuros, vestido con tal sencillez que nadie le habría mirado dos veces. Abrió la boca y le lanzó una diatriba de insultos en acento nativo del East End, cockney puro.

El relajó la mano con la que sostenía el arma —le dolió abrir los dedos—, y se la tendió a Mahindar, que le había seguido precipitadamente al vestíbulo acompañado de toda su familia y de Hamish. Él les dio la espalda y se alejó del oscuro caos reinante en la casa en dirección a la luz... Hacia Juliana.

Juliana temblaba como un flan cuando Elliot llegó hasta ella y la tomó en

brazos. Ella le estrechó con fuerza; él olía al acre humo de las pistolas y al aire húmedo y malsano de los sótanos. La tensa manera en que la apretó contra su cuerpo durante un buen rato fue la única indicación de lo mucho que le había costado perseguir al señor Stacy y a sus asesinos en la oscuridad.

Notó que su marido respiraba hondo y soltaba otra vez el aire.

—Tengo que volver abajo —le dijo él—. Han herido a Stacy. Un disparo. Fellows está con él, pero no sabrán salir de allí.

—Sí, por supuesto. Ve.

Elliot apoyó la frente en la de ella y volvió a suspirar. La besó antes de soltarla y se alejó con grandes zancadas, llamando a Mahindar y a Hamish para que le ayudaran.

Ella le observó marcharse con ellos, con las rodillas débiles por el alivio y el corazón todavía acelerado. Elliot estaba bien; había luchado y ganado contra mucho más que esos asesinos.

Pero ahora había muchas cosas de las que ocuparse y se apresuró hacia el interior de la casa. Tenía que preparar un dormitorio en el que ocuparse del herido señor Stacy y enviar en busca de un médico o un cirujano, por no hablar de lo que debía hacer con el asesino que estaba atrapado en el vestíbulo.

Entró en la casa y miró la montaña que formaba la desplomada lámpara de araña, inmóvil sobre el suelo. La gigantesca rueda había formado un pequeño surco en la losa. Cameron y Daniel Mackenzie, ayudados por algunos trabajadores, estaban tratando de alzarla para liberar a aquel pobre hombre.

En cuanto levantaron el anillo lo suficiente, Cam sujetó al individuo por debajo de los brazos y le arrastró fuera. El hombre gemía; tenía las piernas ensangrentadas y la cara macilenta.

—Tendréis que llevarlo a la salita —le pidió ella—, a la espera de que llegue el señor Fellows. Por favor, quedaos dentro y no permitáis que salga la señora Dalrympie.

—De acuerdo —repuso Daniel con buen ánimo.

Ella rodeó los cristales de la araña y al peligroso criminal para continuar camino hacia la cocina. Tenía que ayudar a Channan y a su familia a preparar una habitación para el señor Stacy. Priti había sido llevada al castillo McPherson después de que Hamish anunciara a gritos que Elliot había salido a cazar a los asesinos, y permanecía allí bajo los cuidados de Gemma y el resto de las mujeres Mackenzie.

El señor McCregor va se había instalado en la cocina y mostraba la escopeta vai la a komal con aire altanero.

—Fue un disparo soberbio —decía en voz alta—. ¡*Bang!* Y la enorme lámpara cayó con un estrépito bestial. ¡*Boom!*

Komal le escuchaba sonriente. Tomó el arma de sus manos y se aseguró de que estuviera descargada. Luego le dio una palmada en el hombro.

—¡Viejo estúpido! —dijo claramente en inglés.

El anciano se rio entre dientes.

—Sin duda, le gusto.

Juliana reclutó a Channan y a Nandita para que la acompañaran arriba a hacer habitable una de las habitaciones. No mucho después, Elliot regresó con Hamish y Mahindar, transportando una improvisada camilla formada por una enorme pieza de pizarra plana en la que reposaba el señor Stacy con el torso manchado de sangre. Fellows, con la cara sucia, se alejó del festivo recibimiento para entrar en la salita, donde se enfrentaría al asesino y a la señora Dalrymple.

—Billy Wesley —dijo Fellows algo después, pareciendo más jovial que en ningún momento anterior—. Llevo buscándote mucho tiempo.

Ella se alejó y pasó las siguientes horas en la habitación atendiendo al señor Stacy. El médico del pueblo, que ejercía su profesión en un lugar donde había heridas de balas todos los otoños, cuando la gente salía a disparar sin ton ni son, sabía muy bien qué hacer. Elliot le ayudó en la delicada operación de extraerle la bala del costado y vendarle.

Supuso que siendo una dama, como era, no debería de estar cuidando a un hombre desnudo, pero el señor Stacy estaba demasiado mal para andarse con tonterías y alguien debía enjugar la sangre que salía a borbotones.

Elliot cerró los bordes de la herida mientras el médico le cosía. Stacy había ingerido un poco de láudano para el dolor, aunque no había querido tomar demasiado.

—Casi está —dijo Elliot a su amigo para animarle—. No flaquees ahora, hombre. Te he visto peor.

—Cuando alguien te esté cosiendo, te diré lo mismo. —Stacy se tensaba cada vez que el médico daba una puntada en su piel. Perdone, señora McBride, estoy poniéndole las sábanas perdidas de sangre.

—Tengo otras —le tranquilizó ella al tiempo que le pasaba un paño por la frente—. Lo único que mantendrá alejada la infección es descanso y mantener limpio el vendaje. Por lo que me han dicho, a Mahindar se le da muy bien.

—Sí, señora —repuso el herido—. McBride, tenías razón, esta mujer se haría un sitio en el ejército.

Elliot ni siquiera levantó la mirada.

—Sí, sin duda.

Antes de que ella pudiera responder indignada, Stacy perdió su mirada de diversión.

—Jamás debería haber venido aquí. Mira lo que he provocado...

—Ahorra saliva para curarte —espetó Elliot.

—Me aseguraré de que esto no vuelva a ocurrir. Satisfaré el honor de los hermanos de Jaya para que ni tú ni tu familia acabéis heridos.

—Juliana, busca un vendaje para taponarle la boca. Fellows se ocupará de los hermanos de Jaya cuando regrese a Londres.

Stacy se mantuvo en silencio a partir de entonces, pero fue sobre todo porque el láudano comenzó a hacer más efecto y la operación quirúrgica ya había terminado.

El caos siguió durante la mayor parte del día, pero los invitados comenzaron a emprender el camino de regreso a sus casas, primero en tren a Aberdeen, desde donde se separarían sus caminos. Ainsley y su familia, así como Gemma, fueron los últimos en partir.

Ainsley la abrazó en el umbral mientras su marido, su hija y Daniel la esperaban en el landó.

—Sea lo que sea lo que has hecho, gracias —dijo su cuñada, besándola en la mejilla—. El cambio que ha experimentado Elliot es notable.

—¿Lo crees de verdad? —Ainsley no había visto a Elliot en uno de sus días malos, ni siquiera en una de sus horas malas, desde su llegada. Su marido había rescatado al señor Stacy y superado la frenética actividad del día sin flaquear.

—Sí, confía en mí. —Volvieron a besarse y Ainsley le dio una palmada en la mejilla antes de desaparecer.

Ella se despidió con la mano, y se dirigió a Gemma para despedirse por última vez.

Su madrastra la hizo sentarse con ella durante un momento en la salita, ya vacía de asesinos y chantajistas.

—Bien, Juliana... Como se suele decir, has hecho tu cama, ¿todavía quieres dormir en ella?

Notó que se ruborizaba al pensar en lo que Elliot y ella solían hacer a menudo en la cama.

—Creo que sí.

La seria mirada de Gemma se suavizó.

—No te mantengas alejada durante mucho tiempo, querida. Tu padre y yo te echamos de menos... ¡Dios!, no sabes cómo te añora él. Comenta todos los días cómo acostumbrabas a estar de aquí para allá, cargando orgullosa las llaves de ama. Cómo te asegurabas de que le sirvieran el té a las seis en punto, si tenía a su alcance los libros que necesitaba, o el tintero siempre lleno. Ahora nos ocupamos de ello el ama de llaves y yo, por supuesto, pero para él era especial cuando lo hacías tú. Le gustaba que te preocuparas por él.

A ella se le empañaron los ojos. Su padre no era un hombre hablador y ella ni siquiera era consciente de que él había notado que hacía todo eso por él. Ella siempre había defendido que la mejor señal de que una casa marchaba era que la mano que la dirigía fuera invisible, pero le había dolido con frecuencia que su padre nunca dijera una palabra al respecto.

—No lo sabía.

La mano de Gemma estaba caliente contra la de ella.

—Lo sé, querida. Tu padre jamás ha sabido abrir su corazón. Tu pobre madre lo pasó muy mal por ello, así que su matrimonio estaba condenado desde el principio. Yo soy un poco más sagaz que ella y sé que es un hombre de sentimientos profundos. Le contraría mucho haber fracasado con tu madre; sabe que resultó difícil para ti. Te echa de menos, de verdad.

—Gracias. —Notaba una opresión en el pecho. Su padre jamás le había mostrado afecto, pero ella siempre supo que estaba allí, oculto, aunque nunca había estado segura de cuánto. Tengo la seguridad de que Elliot y yo regresaríamos pronto a Edimburgo.

Ainsley nos ha invitado a su casa y también a los entrenamientos que lord Cameron comenzará en marzo.

Gemma la miró con sabiduría.

—¿De verdad, querida? Me ha dado la impresión de que tu marido todavía no está preparado para compartirte con los demás. Ainsley y Rona me pusieron al tanto de su visita y cómo él las despidió sin más. Lo cierto es que lo encontraron muy divertido; un recién casado que quería estar a solas con su esposa... Supongo que había algo más, pero sirvió para explicar su visita relámpago. El señor McBride parece ahora muy feliz al ver que nos marchamos.

—No. Es que está preocupado por el señor Stacy.

—Bah... El sirviente hindú me ha dicho que el señor Stacy va a mudarse al castillo de McPherson para pasar allí el resto de su convalecencia. Añadiría que es lo más conveniente, aquella casa es más confortable que esta.

—Solo porque todavía no he tenido tiempo para hacer el lugar más habitable. Las habitaciones que preparé han resultado espléndidas.

—Qué rápida saltas a defenderte —sonrió Gemma—. Lo he dicho sin ánimo de criticar. Ainsley me contó las condiciones en las que se encontraba el castillo en su anterior visita; sé que has conseguido un gran logro. A menudo digo que no hay general mejor que tú... O quizá servirías mejor para sargento mayor. Estoy segura de que has intimidado a todos para conseguir que la casa esté habitable.

—No me ha quedado más remedio. Tenías que haber visto cómo estaba.

—Pero, ¿no te das cuenta de lo que haces, Juliana? Trazas planes, diriges a todos... Esa necesidad de ser una mujer mejor que tu madre es admirable, lo comprendo, pero deberías dejar de obsesionarte; el señor McBride necesita una esposa, no un sargento.

Ella se irritó.

—Gemma, no puedes decirme que esta casa no necesita dedicación.

—Por supuesto que sí, pero un marido no es una casa. No intentes acercarte a él de la misma manera. Confía en mí, no funcionará. Y no, no abras tanto los ojos ni me mires tan inocentemente, sabes de sobra a qué me refiero. Para ti el desorden es un pecado digno de la excomuniación y piensas que si puedes ordenar la vida de McBride, él estará bien. Pero está mal y debes aceptarlo. Quizá no me hayas comentado nada, pero me he dado cuenta. Hiciste lo mismo con tu padre, pero las personas no son cosas, en especial los hombres como McBride. No vas a poder manejarlo todo como tú quieres. Tienes que comprenderlo y ayudarlo, cariño, no arreglarlo.

Juliana permaneció callada, con las manos entrelazadas sobre su regazo. ¿Era eso lo que había intentado hacer? Gemma era una mujer muy sabia... Siempre lo había sido.

¿Había pretendido derribar y reconstruir a Elliot para que fuera como ella recordaba? ¿Cómo ella creía que debía ser? ¿De manera que pudiera comprenderle mejor?

—¡Oh, Gemma! —Le picaron los ojos—. No sé lo que estoy haciendo. No sé cómo amar a un hombre. Solo sé hacer listas.

Gemma suavizó la expresión.

—Cariño, tu otro defecto es ser demasiado dura contigo misma. Creíste que necesitabas ser la hija perfecta... y ahora tratas de ser la esposa perfecta. El señor McBride y tú sois dos desconocidos tratando de conoceros a fondo. El proceso es lento. A mí me llevó veinte años llegar a conocer a tu padre, y diez de ellos he estado casada con él. —Gemma le puso la caliente mano en la rodilla—. Además, el señor McBride no parece haberse tomado demasiado mal que estés tratando de organizarle la vida. Se le ve mucho mejor, y mira qué poco tiempo ha pasado desde la boda.

Ainsley le había dicho casi lo mismo. A ella se le escapó una risita.

—Dudo mucho que sea gracias a mí. Elliot no escucha nunca una palabra de lo que digo.

—Quieres decir que no se apresura a obedecerte tras un saludo marcial, como hace Hamish se burló Gemma, o incluso Mahindar, que se muere por complacerte. Tu marido va a lo suyo, pero te hace caso. No me cabe duda de que siempre está pendiente de ti. —Su sonrisa se hizo más picara—. ¿Puedo confirmar que en menos de un año tu padre ostentará el título de abuelito feliz?

Ella se sonrojó.

—Es demasiado pronto para saberlo.

—Pero por el rubor que ha cubierto tus mejillas, puedo deducir que el señor McBride y tú ponéis un gran empeño para que la respuesta sea afirmativa. —Gemma se puso en pie con un frufú de popelina—. Te dejo con tus asuntos, hija, y esperaré ansiosa el anuncio.

Ella se levantó también y la abrazó. Gemma se dejó hacer y la estrechó a su vez, complacida.

—Gracias por venir —le dijo con sinceridad—. Lamento que hayamos

pasado tan poco tiempo juntas.

—Pero no nos ha quedado más remedio... Con tantos planes, la casa a medio preparar, gente que se dispara y lámparas de araña estrellándose contra el suelo no nos ha quedado un momento para nosotras mismas. —La besó en la mejilla— La próxima vez, cariño.

Salió de la estancia con el brazo enlazado al de su madrastra y la acompañó al landó que Hamish había traído de regreso desde la estación, seguramente a la precipitada velocidad usual.

Se despidió de Gemma con la mano durante mucho tiempo, mientras parpadeaba para contener las lágrimas. Luego regresó a casa; tenía mucho en lo que pensar.

Elliot pensó que Juliana le sorprendía cada vez que la miraba. El día había sido una locura; despedir a los invitados, trasladar a Stacy hasta el castillo McPherson y poner en orden la casa, al menos hasta donde podía ponerse en orden aquella construcción que ni era casa ni era castillo.

El inspector Fellows había partido llevando consigo a los culpables. A los Dalrymple los dejaría en la prisión más próxima, donde se someterían a una vista por el cargo de chantaje, y el asesino seguiría camino con él hasta Edimburgo. También se había encargado, junto con McPherson, de los preparativos para recuperar el cuerpo del otro hombre caído en los túneles para que fuera devuelto a su familia, en Londres.

Y Juliana había echado una mano en cada cuestión, dando consejos y apuntando cosas en su cuaderno. Tranquila, eficiente, fría y... preciosa.

Ahora estaba sentada frente a él en la otra cabecera de la mesa. La casa estaba por fin vacía. Ella se había puesto un vestido de gala de raso azul que dejaba sus hombros al descubierto, con un camafeo como único adorno en el escote. Llevaba el pelo recogido con sencillez, con algunos rizos sueltos enmarcando su rostro.

El cuaderno de apuntes reposaba junto a su mano, con el lápiz Faber encima, para poder completar aquellas malditas listas mientras iban ocurriéndosele cosas. Observó el leve movimiento de sus rizos una de las veces que inclinó la cabeza para escribir y la luz de la vela arrancó brillantes destellos.

Dejó resbalar la mirada más abajo, al valle en sombras entre sus pechos. Juliana se había puesto aquel vestido varias veces desde el día que se casaron

y a él le encantaba. El raso se ceñía a su cuerpo y el atrevido escote dejaba asomar los senos, tentando a la vista. Le compraría una docena de vestidos como aquel y se aseguraría de que no se pusiera otra prenda.

El tomó la copa de vino.

—¿Qué estás escribiendo?

Ella alzó la cabeza y detuvo el lápiz sobre el papel.

—¿Mmm? Todo lo que nos queda por hacer, por supuesto. Debemos reemplazar la lámpara de araña. ¡Vaya monstruosidad! Me alegro de que se haya caído; así podremos poner algo de mejor gusto en su lugar. También la alfombra de la salita, que pensaba que estaba en buen estado, pero cuando movimos un sillón para cambiar la decoración para el baile, encontré que había un agujero enorme en la esquina. Siempre me había preguntado por qué estaba ese sillón en un lugar tan extraño...

Él se levantó de su asiento. Rodeó la mesa y le arrancó el cuaderno, apoderándose también del lápiz.

—Elliot, ¿qué estás haciendo?

Lanzó el libro y el lápiz al otro extremo de la mesa. Solo en el último momento había decidido no ser demasiado malo y no arrojarlos al fuego.

Arrastró una silla hasta la esquina de la mesa y, separando las rodillas para esquivar la pata, se acercó lo máximo posible a su esposa. Entonces le cogió la mano, la puso encima del mantel y deslizó la punta de un dedo por una de las líneas de la palma.

—Voy a decirte la buena ventura.

Notó que ella se estremecía y que clavaba los ojos en él.

Dibujó otra línea.

—Veo a una joven con un vestido azul. Está en un dormitorio, con las velas encendidas y la cama abierta.

—¿De veras? —Ella se humedeció los labios—. ¡Qué interesante!

—Un hombre la besa.

—Cada vez se pone más interesante. ¿Quién es ese hombre?

La pícaro mirada que ella le lanzó le puso duro al instante.

—Es un escocés loco, deteriorado por los elementos, que ha recorrido el mundo sin pausa. Tiene el pelo demasiado corto y los ojos incoloros, pero te ama.

—Me ama... —jadeó ella—. Y sus ojos no son incoloros. Son grises, como cielos tempestuosos. Son del color más bonito del mundo. ¿Me ama?

—Te ama. —Él se inclinó hacia ella para estudiar con detenimiento sus

labios rojos y la humedad que los hacía brillar. La boca de Juliana parecía llamarle. Era un lugar caliente, una fuente de deseo.

Rozó uno de aquellos exuberantes labios con los suyos...

Y la oscuridad se apoderó de él. Fue algo instantáneo. Un momento antes estaba inclinándose para besar a su esposa, conmovido por su calor y su belleza, pletórico de felicidad y, al siguiente, estaba de regreso en las cavernas que ocultaban en sus entrañas las escarpadas montañas. Acababa de despertar de un sueño.

Sintió la fría oscuridad, la dura piedra bajo los pies; tenía el pelo largo, la barba le picaba; llevaba la ropa muy sucia y plagada de sabandijas.

—¡No!

Clavó los ojos en sus propias manos bajo la luz trémula y las vio agrietadas, secas, tan callosas que apenas podía sentir nada bajo la punta de los dedos.

—¡No! —repitió angustiado.

Se abrazó a sí mismo, intentando recuperar su sueño. Estaba allí, justo al otro lado de las imágenes... la luz de las velas en el pelo de Juliana, sus ojos azules, tan azules como su vestido.

No podía alcanzarla. Ella no era real; nada lo había sido. La oscuridad se burló de él, se rio a su costa por haber pensado que todo estaba bien.

—Juliana... —dijo una voz. La reconoció; pertenecía a uno de sus captores, al más cruel de todos, al que algunas veces se había divertido arrancándole pedazos de piel con un cuchillo aserrado—. La mujer que amas... —pronunció en burdo punjabi, un dialecto que los dos comprendían.

«No, Juliana no. No podrán llegar a Juliana».

—Así que la amas —repitió el hombre, pasando el filo del cuchillo por el interior de su muñeca—. Dilo en voz alta.

—La amo —susurró con angustia.

—Grítalo. Díselo a todo el mundo.

¡No! Ella era su secreto. Si sabían algo de Juliana, la amenazarían; se burlarían de ella, profanarían su memoria... Se la quitarían. Él sabía que ella estaba a salvo en Escocia, en la rígida casa que su padre poseía en Edimburgo, con su familia, sus amigos, sus miles de listas, su risa...

Si conseguían obligarle a hablar de ella, a contarles cada pequeño secreto que su memoria guardaba sobre ella, volverían sus palabras contra él. Describirían lo que harían con ella, lo que les gustaría hacerle hasta que cada pensamiento relacionado con Juliana se viera ensuciado por el horror.

Y luego no le quedaría nada. Nada se interpondría entre él y la oscuridad. Juliana era la luz. No podía permitir que le robaran la luz.

—¡No!

—Dilo.

—¡La amo! Se pasó las manos por la cara— —. No me la quites.

«¡No me la quites!».

El hombre sonrió de oreja a oreja mostrando sus dientes torcidos y amarillentos.

—Ella jamás te amaré. Eres una ruina, un fracasado... Un poco de tierra bajo mis pies. Te hemos destrozado. Juliana jamás te querrá así.

La voz burlona, el cuchillo, la sonrisa, escuchar el nombre de su amada en aquellos labios le llevó al frenesí. Acabarían golpeándole por ello, pero no podía detenerse.

—¡Te mataré! —Se agachó de repente y se lanzó contra su captor. Estiró las manos hacia la garganta del hombre, los dedos le hormigueaban; sabían qué hacer. Se regocijó cuando sintió al tipo en su poder. Cuando vio que abría los ojos oscuros como platos.

—¡*Sahib!* —El hombre intentaba jadear—. Soy Mahindar.

«Embustero».

Mahindar era pura bondad y esta bestia es el mal reencarnado. No escucharía el nombre de Juliana saliendo de sus labios. Si él llegaba a oírlo no podría volver a decirlo.

—¡Elliot!

La voz provenía del sueño, le reclamaba desde la parte trasera de su mente. El sueño al que quería regresar, en el que dormía en paz, del que nunca querría volver a despertarse.

Pero tenía que seguir sin dormir. Debía huir. Tenía que llegar a casa... A ella.

Le agarraron otras manos, intentando quebrar su agarre letal. Eran manos firmes, no tan grandes como las suyas, delgadas como las de una mujer, pero fuertes, y le tocaban con tanta suavidad que las reconoció en lo más profundo de su corazón.

—Elliot —la escuchó decir con voz musical.

La oscuridad se iluminó. La luz se abalanzó sobre él, girando en puntos deslumbrantes, y luego se llenó de caras y voces. Unos ojos azules; la mirada asustada de un muchacho escocés. La cara bronceada de una mujer decidida, los ojos del hombre que le había ayudado en cada paso, la celeste belleza de

los iris de Juliana. Ella era la única que no intentaba alejarse, la única que le tocaba y preguntaba.

El resto, de la realidad cayó sobre él y el frenesí se detuvo. Estaba en el comedor de su casa; Mahindar tenía la espalda sobre la mesa y sus manos le rodeaban la garganta.

Se apartó de él con rapidez. Al instante sintió náuseas y, a continuación, la bilis se precipitó hacia su garganta.

Juliana trató de abrazarle. Le rodeó con los brazos y él se estremeció. Quería estrecharla, sostenerla, pero estaba a punto de vomitar.

—No... —dijo con voz ronca.

Rompió el abrazo y la apartó. Mahindar se puso en pie tosiendo, ayudado por Channan, que revoloteaba con inquietud a su alrededor.

—Estoy bien, *sahib* —aseguró el hindú, aunque apenas era capaz de hablar—. Estaré bien.

El no. Vio magulladuras en la garganta de Mahindar y tosió de una manera patética.

«¡Maldita sea!». Se alejó de ellos y recorrió la estancia a grandes zancadas, consciente de que Hamish se apartaba de su camino.

¡Santo Dios! Les daba miedo, y no era de extrañar. Podría haber matado a Mahindar si no le hubieran arrancado de su estupor.

¿Y si hubiera sido la elegante garganta de Juliana la que hubiera estado debajo de sus manos? ¿Y si hubiera sido la de Priti? ¿En qué clase de monstruo se había convertido?

Escuchó que Juliana le llamaba, pero él no se detuvo sino que se dirigió a la noche. Al frío crepúsculo y la brumosa lluvia que había comenzado a caer.

Juliana quería partir en busca de su marido. Mahindar, ayudado por Channan, se derrumbó pesadamente en la silla que acababa de desocupar Elliot.

—No, *mensahib* —dijo el hindú—. Ya se lo dije. Cuando se pone así, es mejor dejarle marchar.

La noche era más oscura de lo usual. Tras haber cesado de llover, las nubes volvían a descargar. Ella vio a Elliot a través de la ventana abierta del comedor. Su alta figura estaba a punto de desaparecer tragada por la niebla. Él caminaba con rapidez, con la cabeza inclinada. La setter de pelaje rojizo, Rosie, salió trotando del huerto y le siguió, pero él no dio señales de reconocer al animal; continuó adelante hasta que le tragó la oscuridad.

—No —dijo—. No lo permitiré. No, no me detengas, Mahindar. No puedo

dejarle solo.

Las protestas de Mahindar se perdieron en el aire mientras ella se apresuraba hacia la puerta. Se dio cuenta de que Channan no había intentado detenerla; de hecho le lanzó una mirada con la que parecía decirle que la apoyaba.

Salió corriendo bajo la lluvia. A mitad de camino se percató de que no se había parado a tomar un chal o unas botas, y el barro le manchaba el bajo del vestido y los escaarpines.

¿Acaso importaba? Alzó las faldas mojadas y continuó adelante.

El agua tocaba su cabeza y sus hombros desnudos. Aunque no era lo suficientemente fuerte como para ser considerada una llovizna, si lo era para mojar.

Elliot caminaba muy rápido y ella tuvo que correr, jadeante, con el corsé robándole el aliento.

Él no se dirigía hacia las colinas como ella había esperado, sino que había tomado un sendero estrecho, paralelo al río, que parecía llevar al puente de madera que Hamish había atravesado la primera noche, cuando les llevó al castillo desde la estación.

Al menos, pensaba que era allí por donde Elliot caminaba. Pronto le perdió entre la espesa neblina que tragó también al camino y a los árboles. Incluso el pelo claro de Elliot y su ondulante *kilt* habían desaparecido de su vista.

Percibió un destello rojo; la perra se dirigía hacia ella moviendo la cola. Rosie trazó círculos a su alrededor antes de volver a avanzar hacia delante.

Ella tenía el corazón acelerado. Podía ver lo bastante bien como para mantenerse en el camino, pero se hacía de noche con rapidez. Pronto estaría andando a tientas en la negrura, y el borde del estrecho sendero caía en picado en la oscuridad.

El eco sordo de las patas de Rosie en el puente de madera le dio nuevos bríos. El puente cruzaba a gran altura sobre el agua; el río discurría rápido por debajo en medio de un gran estruendo.

Vio la forma de Elliot en la niebla, frente a la barandilla. El *kilt* era una mancha en la oscuridad. Se levantó las faldas lo máximo que pudo a pesar de lo mucho que pesaban, mojadas como estaban, y corrió los últimos metros.

—¡Elliot!

Él no pareció oírla. Mantuvo la cara vuelta hacia el río, con la mano en la barandilla, mientras Juliana se lanzaba hacia él. La madera resonó bajo la fina suela de los escarpines.

El vestido estaba arruinado. Channan renegaría con un gesto de cabeza, pero a ella no le importaba. Pensaba destrozar la prenda... no quería volver a ponérsela. No quería recordar el momento en el que su encantador marido fue vencido en el comedor por un terror tan enorme que le impulsó a huir de ella. Sin que ella pudiera evitarlo, él había escapado.

—Elliot —jadeó.

El alzó la mirada. Su expresión era tan desolada que a ella se le rompió el corazón.

Temió que él volviera a alejarse de ella, pero siguió agarrado a la barandilla mientras meneaba la cabeza.

—Juliana, no puedo hacerlo.

Su voz estaba entrecortada, era áspera por la desesperación. Ella recorrió los pasos finales y cerró los dedos en torno a su tensa muñeca.

—Claro que puedes. Yo te ayudaré.

—Has visto lo que he hecho. No es la primera vez. Hago daño a la gente. A gente inocente. Y no puedo evitarlo.

—Pero te detienes. —Le acarició la muñeca. —Lo haces. Te detienes a tiempo. ¿Has llegado a lastimar a alguien de verdad durante tus ataques?

Él apartó la vista y cerró aquellos invernales ojos durante un momento.

—No, pero he estado cerca. Ya has visto lo que he estado a punto de hacer al pobre Mahindar esta noche.

—Pero siempre te detienes, Elliot. Algo en tu interior te dice que debes hacerlo.

—Me detengo porque alguien, como Mahindar, me obliga. O me detienes tú.

Ella negó con la cabeza.

—Tonterías. No podríamos detenerte si tú no nos lo permitieras. Eres mucho más fuerte; más fuerte que cualquiera de nosotros. Si cesas los ataques es porque tú lo eliges.

Cuando él le miró otra vez, sus ojos ardían con ferocidad.

—¿Y si no puedo recuperar la cordura a tiempo? Santo Dios, ¿y si intento dañar a Priti? La adoro... es la chispa que me arranca de la negrura. Es la razón por la que por fin me levanté de la cama después de escapar. Necesitaba hacerme cargo de ella, igual que necesito ocuparme de ti. —Soltó la vieja barandilla de hierro y le acarició la garganta con el dorso de los dedos—. ¿Y si intento hacerte daño a ti?

—Soy dura —dijo ella—. No soy una frágil muñeca de porcelana. Mi madre acostumbraba a meterse conmigo porque era una niña robusta. Sé que una dama debe ser frágil y endeble, pero no son más que tonterías. Jamás lograría llevar a cabo mi trabajo si fuera endeble.

Había esperado hacerle sonreír, pero Elliot siguió mirándola con desolación.

—No eres tan resistente, muchacha —deslizó los dedos de arriba abajo por su garganta mientras volvía a agitar la cabeza—. Si te hiciera daño, me mataría.

—¿En qué...? ¿En qué pensabas cuando atacaste a Mahindar? ¿Qué estabas pensando?

—¿Qué demonios estaba haciendo él allí dentro?

—Yo le llamé. —Ella tragó saliva y sintió las puntas de sus dedos en la piel trazando un camino de fuego—. Cuando te recostase en la silla, blanco como el papel, le llamé a gritos. Estaba preocupada por ti. —Puso la mano sobre la de él, deteniendo sus caricias—. ¿En qué estabas pensando?

El cerró los dedos en torno a los de ella y pareció darse cuenta en ese momento que ella estaba empapada. La soltó, se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. La prenda retenía el calor de su cuerpo y la envolvió con su calidez y su aroma.

—Estaba soñando que había vuelto a la prisión, a las cavernas. Pero me hacían decir tu nombre. Que había soltado sin querer que existías, que había dicho mi secreto e iba a perderte. —Él le rodeó los hombros sobre la chaqueta—. Te alejaban de mí. No podré conseguirlo si me quedo sin ti.

—Pero estoy aquí. —Buscó los ojos angustiados de Elliot, aunque él tenía el ceño fruncido como si contuviera en su interior toda la furia del mundo—. Estoy aquí, Elliot. Siempre he estado aquí para ti y siempre lo estaré.

Él le clavó los dedos en el hombro con más fuerza. Respiraba con intensidad y la fina lluvia le mojaba la cara.

—Siempre estaré aquí —repitió—. Siempre.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Él tiene razón, soy una ruina.

Ella no sabía quién era él, pero conocía la respuesta.

—Porque te amo. Te amo mi querido Elliot. Te he amado desde ese día que me metiste una rana en el bolsillo y me besaste para que no me diera cuenta de lo que estabas haciendo. —Giró la cabeza y besó la mano apoyada en su hombro—. Te amo, Elliot McBride.

Cuando volvió a mirarle, se lo encontró observándola con ardor. La mirada salvaje que había lucido en el comedor estaba allí de nuevo, pero notó que seguía en el presente, que no había regresado al pasado.

Un ronco grito se ahogó en su garganta cuando la estrechó contra él, envolviéndola con sus brazos para apretarla con todas sus fuerzas. Notó que él se estremecía sin parar por los sollozos que le atravesaban.

Ella lo abrazó, apretando la mejilla contra él. Elliot la meció entre sus brazos mientras sus lágrimas se mezclaban con la lluvia que mojaba su cara.

—No me ames —declaró—. No lo hagas.

—No es cuestión de que lo haga o no —susurró ella. La niebla comenzaba a disolverse y la lluvia caía con más fuerza—. Te amo porque te amo. No puedo evitarlo.

Su abrazo casi la aplastó cuando comenzó a agitarse contra ella.

—No dejes de hacerlo. Nunca dejes de amarme, Juliana.

—Nunca lo haré.

Él levantó la cabeza de su cuello. Tenía las mejillas llenas de lágrimas, los ojos rojos y la cara retorcida en una mueca de dolor y esperanza.

—Te amo con todas mis fuerzas —confesó él con la voz quebrada.

Ella notó que también se le llenaban los ojos de lágrimas. Acarició las de él y le besó en los labios.

Elliot la abrazó lleno de pasión mientras reclamaba su boca en un beso brutal. Sus labios se fundieron, calientes, abiertos, húmedos.

«Nunca dejes de amarme...».

Nunca. Jamás. Gemma le había dicho que no debía intentar repararle. Ahora la entendía.

No tenía que ser la cuidadora de Elliot, sino su amiga y su guía. Su amante. Su ancla cuando le azotara la tormenta de miedo, el oído que le escuchara cuando necesitara hablar, quien le proporcionara un refugio seguro cuando se alejara.

Le amaba y el beso voló en alas de su mutuo amor.

Ladró un perro. Rosie corrió hacia ellos con el pelaje mojado y se sacudió con todas sus fuerzas. Ella interrumpió el beso para reírse.

—Este vestido está definitivamente inservible —afirmó por encima del viento que había hecho aparición.

Elliot alzó la cabeza y miró detrás de ella, haciendo que se diera la vuelta. En el camino se veían linternas, puntos de luz en la oscuridad. Todos estaban allí: Hamish, Mahindar, Channan, Nandita con Priti en brazos, Komal, McGregor... Incluso la cabra, a la que no parecía gustar la lluvia.

Las luces brillaron en la oscuridad y cayeron sobre ellos, que se abrazaban con el puente. El señor McGregor detuvo la procesión y alzó la linterna sobre su cabeza.

—Bien —gritó con una inmensa sonrisa en su cara barbuda—. Parece que el chico está bien.

—Mahindar... —comenzó a decir Elliot. Respiró hondo para decir más, pero se detuvo y soltó el aire que había tomado. Solo miró a aquel hombre que llevaba tanto tiempo a su lado.

—Regrese a casa, *sahib* —pidió Mahindar, alzando su linterna—. Regrese a casa con la *mensahib*. Allí hace calor.

Ella entrelazó los dedos en la nuca de Elliot y le dio otro beso largo, notando como el cuerpo de su marido se calentaba en respuesta.

—Vámonos a casa —dijo ella.

La mirada de Elliot fue tan ardiente que ella encogió los dedos de los pies. Se acurrucó en la chaqueta, le tomó de la mano y le llevó de regreso a la casa, donde la luz y el calor les dieron la bienvenida.

—Vuelve a decirlo. —Elliot notó la ferocidad que contenía su voz, pero no podía evitarla—. Dilo otra vez.

Tenían los cuerpos empapados, pero ahora era de sudor, no de lluvia. Fuera, soplaban el viento y una tormenta veraniega rugía como si quisiera ahuyentar a la niebla. Una vez solos, en el dormitorio, él se había quitado la ropa mojada, que aterrizó en el suelo junto a la de ella. La cama se mecía ahora con sus movimientos mientras la amaba con la misma furia de la tormenta.

—¡Te amo! —gimió ella.

La oscuridad se arremolinó en su mente, pero era la oscura calidez del clímax. El grito de Juliana fue más tenso y él apenas lograba contenerse.

—¡Otra vez!

—¡Te amo! —Ella abrió los ojos y su risa le envolvió—. Te amo, Elliot

McBride.

—Te amo —declaró él con fiereza—. Te amo, Juliana. Mi muchacha, mi dulce muchacha. Santo Dios...Se derramó en su interior, en su hogar. Sus caderas se mecieron contra las de ella, su esencia se mezcló con la de Juliana en la más profunda unión.

El viento azotó la casa con fuerza mientras volvía a penetrarla una última vez, enterrándose hasta el fondo. Gimió de nuevo y solo vio fuego.

Ella deslizó las manos por su cuerpo, tocándolo por todas partes con la expresión relajada por el calor de la pasión. Estaba despeinada, con los rizos cayendo en todas las direcciones, y su cuerpo desnudo era el mejor lugar en el que estar.

—Dilo otra vez —pidió, besándola en los labios hinchados.

Ella sonrió, ahora con languidez, y le rozó la base del cuello con la punta de los dedos.

—Te amo.

¿Cuándo sonaba mejor? ¿Cuándo ella estaba explotando de pasión o cuando las pronunciaba en la dulzura posterior? ¿O quizá cuando se las susurraba al oído llorando mientras le abrazaba?

Se lo haría repetir de todas las formas, en cada habitación de la casa, en los campos, en el landó, en el tren cuando regresaran finalmente a Edimburgo. Le pediría que le dijera que le amaba en cualquier lugar al que viajaran durante el resto de sus vidas. Quería oírsele decir en todas partes para decidir dónde sonaba mejor.

—Te amo, esposa —dijo con voz blanda—. *Tha gaol agam ort.*

Ella le brindó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Eso quiere decir «te amo»?

—Sí.

—Entonces..., *Tha gaol agam ort.* ¿Lo he dicho bien?

Escucharla decir aquellas palabras en hermoso gaélico mientras estaba debajo de su cuerpo era, sin duda, lo mejor.

—Muy bien. *Tha gaol agam oti fhéin.* También te amo. —La besó en el nacimiento del pelo—. Gracias.

Mmm... ¿Por qué? ¿Por permitir que me enseñes gaélico?

—Por todo.

Juliana sabía lo que quería decir. Él agradecía no tener que darle explicaciones continuamente que ella le entendiera.

Ella le besó la punta de la nariz mientras le brindaba su más hermosa y

afectuosa sonrisa.

—En ese caso, esposo mío... De nada.

Cuatro semanas después...

Elliot encontró a Juliana en la salita. Era un día de julio tan cálido como la brisa que entraba por la ventana. Ella ofrecía una elegante y hermosa estampa, con un vestido verde pastel cerrado hasta la garganta y el pelo recogido en un moño casual del que caían algunos rizos.

Como siempre, Juliana tenía un cuaderno de apuntes a su lado y un montón de cartas en una segunda mesa. Tinta, papel y secante permanecían alineados ante ella, a la espera de ser utilizados con sus prácticas palabras.

El entró y cerró la puerta.

—Buenas tardes, Juliana.

Ella terminó de anotar algo en el cuaderno y le miró. Le repasó de arriba abajo —botas, *kilt*, chaqueta sobre la camisa blanca— antes de brindarle una bella sonrisa.

—Buenas tardes.

—Nos vamos de picnic —dijo él.

—¡Oh, qué buena idea! —Ella volvió a inclinarse para seguir apuntando—. ¿Con quién vas? ¿Con Priti? ¿Con el tío McGregor y el señor McPherson? ¿Con...?

—Contigo.

Ella arqueó las cejas y detuvo la pluma.

—¿Connmigo? ¿Cuándo?

—Ahora mismo. —Ella le miró con desconcierto.

—¿Ahora? ¿En este momento? Si acabo de empezar a responder la correspondencia.

—En este momento. Ahora. Deja la pluma.

—Pero tengo que terminar esto...

Él se aproximó a ella. Antes de que llegara y pudiera arrebatársela de la mano, ella la soltó y se puso en pie.

—De acuerdo —se rindió ella—. Pero, ¿puedo preguntar por qué?

—¿Por qué nos vamos de picnic? —El encogió los hombros—. ¿Por qué no?

Ella lanzó una mirada a los papeles diseminados sobre la mesa.

—Todavía tengo mucho trabajo pendiente, Elliot. Quizá si tuviera una

secretaria podría salir cada vez que quisiera...

Él tomó sus manos y la separó del escritorio.

—No vas a salir cuando tengas una secretaria, lo harás ahora. Voy a secuestrarte, a apartarte de tus papeles, listas y planes. Voy a seducirte por completo, Juliana, y voy a hacerlo ahora.

Supo que ella se había rendido cuando observó el brillo de deseo en sus ojos. Allí estaba la chispa de travesura que siempre había percibido en ella, incluso cuando eran niños y le deslizó una rana en el bolsillo de su delantal. Entonces Juliana no gritó, ni se alejó, asustada a toda velocidad. Se limitó a meter la mano en el bolsillo para dejar al pobre animalito en la hierba. Luego se dio la vuelta mirándole por encima del hombro.

Ella todavía poseía aquel aire pícaro, pero su frenético temor a que el mundo la condenara si no llevaba a cabo lo previsto le impedía disfrutar como debiera.

Quería enseñarle a hacerlo y que volviera a recrearse en esa parte de sí misma otra vez.

—De acuerdo, un picnic. —La vio girarse para tirar del cordón de la campana—. Le diré a Mahindar que nos preparen una cesta con comida. Estoy segura de que estará encantado.

—No. —Él se interpuso en su camino—. Nada de cestas. Ya veremos lo que nos encontramos en el camino. Sin planes, sin preparación... Sin listas.

Ella separó los labios.

—Oh...

—Date la vuelta. —La tomó por los hombros y la obligó a girar lentamente sobre sí misma—. Saldremos por la ventana. Elige una dirección e iremos hacia allá.

Ella vaciló, parecía dispuesta a discutir otra vez. Él se inclinó y le mordisqueó la oreja.

—Vamos... —la animó.

Juliana se acercó a la ventana. Tardó un momento en saltar y correr al camino que rodeaba la casa. Una vez allí, se detuvo, mirando a su alrededor, intentando decidir en qué dirección encaminarse.

El la siguió, la tomó por el codo y la arrastró por una senda rodeada de matorrales bastante crecidos.

—Por aquí.

—Pensaba que era yo quien elegía la dirección.

—Estabas dudando cuál sería el mejor camino a seguir. Eso hace que

mentalmente estás valorando los pros y los contras. ¿Verdad?

—Mmm... Sí.

—Pues así vamos en una dirección aleatoria. Venga.

No podían caminar uno junto a otro debido a lo estrecho del sendero, pero a él no le importó. Le gustaba ir detrás de Juliana, donde podía observar el contoneo del pequeño polisón.

El paso conducía al camino del río y al ya familiar puente peatonal que cruzaba hasta la casa de la señora Rossmoran.

Cuando doblaron una curva, divisó un movimiento. Vaciló —el cauteloso cazador asomó en su mente—, pero al instante reconoció el gastado *kilt* McIver que a Hamish le gustaba llevar y los coloridos velos de Nandita. Los dos jóvenes estaban entre las sombras, muy cerca uno del otro.

Los observó durante un momento. Su inocencia le recordó el primer baile que había compartido con Juliana. Luego se dio la vuelta y se apresuró a seguir a su esposa.

El río rugió bajo sus pies cuando atravesaron juntos el puente peatonal, con la misma intensidad que la noche que él se había detenido para mirar las aguas por encima de la barandilla con desesperada impotencia.

Aquella noche no había pensado en poner fin a su vida, aunque sabía que Mahindar estaba seguro de lo contrario, pero el interminable sonido de las aguas le había capturado, obligándole a mirar hacia las profundidades del río, mientras combatía sus demonios personales en la oscuridad.

La señora Rossmoran y Fiona estaban en casa.

—¿Bannocks? —repuso Fiona a su pregunta—. Sí, los he horneado esta mañana. Y ayer cociné torta de mantequilla dulce.

Fiona se dirigió a la cocina mientras la señora Rossmoran los miraba de manera penetrante desde la silla que ocupaba.

—Entonces, ¿ha decidido volver a vivir, joven Elliot?

El rodeó la cintura de Juliana con un brazo.

—Sí.

—Hamish comenta que está mucho mejor —dijo la señora Rossmoran—. Que actúa con normalidad y lleva un tiempo sin intentar estrangular a nadie. Fia elegido una buena esposa. —La anciana miró a Juliana con aprobación—. Lo dije desde el principio. Y cuando haya algunos crios correteando por los pasillos, todavía irán mejor las cosas. El que me preocupa ahora es Hamish; está encandilado con esa joven hindú que llegó con su criado. La trajo el otro día de visita. Resulta una chica muy dulce cuando logra sobreponerse a la

timidez, y también está mejorando su inglés. Pobrecita, lo pasó realmente mal en la India. —Suspiró—. Lo que no entiendo es por qué alguien quiere vivir en un lugar distinto a Escocia...

Fiona se acercó con un paquete y se lo tendió sonriente al tiempo que guiñaba un ojo a Juliana.

—Venga, váyanse.

Fue él quien se hizo cargo de los bannocks y la torta y guió a Juliana lejos de allí.

—¿Crees que está encinta? —escucharon que preguntaba la señora Rossmoran a Fiona mientras ellos se dirigían hacia el camino que corría paralelo al río—. Me ha dado la impresión de que sí. La próxima primavera habrá un nuevo McBride, acuérdate de mis palabras.

Elliot tomó a su esposa de la mano y tiró de ella hacia delante.

Había mentado cuando dijo que la idea del picnic era totalmente espontánea y que no la había pensado de antemano; lo cierto es que tenía una idea en mente.

Había dado con aquel lugar mientras exploraba sus tierras en busca de Stacy. Su antiguo amigo todavía seguía alojado en el castillo McPherson, aunque ya estaba en vías de recuperación. Los dos habían comenzado a reparar su relación, hablando de los viejos tiempos y de los nuevos, planeando lo que haría Stacy cuando se recuperara. En Londres, Fellows había encontrado la manera de mantener a raya a los hermanos de Jaya. El hermanastro del inspector, el duque de Kilmorgan, tenía una gran influencia política y había logrado que el embajador hablara con el príncipe, que decidió que no era nada bueno que los miembros de su familia se dedicaran a atentar contra los británicos. Después de eso, los hermanos de Jaya habían regresado a su casa y allí seguían. Stacy podía volver a empezar de nuevo sin esconderse. Había dicho que se quedaría en Escocia, que intentaría encontrar allí su sitio.

Descubrió con sorpresa que hablar con Stacy le ayudaba. Aprendía a recordar el pasado sin luchar contra él, sin temer que terminara venciéndole. Quizá algún día sus recuerdos estarían lo suficientemente lejos como para no resultar amenazadores. Sabía que le llevaría mucho tiempo alcanzar la paz, pero contaba con todo lo necesario para conseguirlo.

El lugar que había encontrado y que tanto le gustó era un prado escondido, rodeado de altos y gruesos árboles. Llevaba varios días sin llover, así que la hierba no estaba húmeda aunque mostraba un profundo tono verde. El brezo

floreecía por toda la superficie, salpicándola de puntos color púrpura que se intercalaba con diminutos brotes blancos y dorados que hacían que toda el área pareciera centellear.

Cuando apartó la última rama para que Juliana saliera del camino al prado, ella contuvo el aliento llena de deleite.

—¡Es precioso! —Corrió hacia delante y giró, riéndose—. Esto no fue un picnic improvisado, Elliot McBride. Me has traído aquí a propósito.

—Sí, lo reconozco. —Caminó con decisión hasta la base de un árbol y tomó un montón de mantas que le había pedido a Hamish que dejara allí.

—Manipulador —dijo ella, sin dejar de reírse.

—Solo un poco. Estoy tratando de demostrarte que puedes dejar a un lado tus quehaceres y pasar un buen rato de vez en cuando. El mundo no se va a detener si lo haces.

Juliana le observó extender las manos con los brazos en jarras.

—Oh, bien... Sé que puedo ser un poco obsesiva con mis listas, pero me gusta.

—No voy a exigirte que lo hagas todos los días. —Él se estiró sobre la manta—. Solo de vez en cuando.

Ella se tendió con cuidado a su lado, se inclinó y lo besó en los labios.

—Creo que no me importaría. —Miró las provisiones—. Hay comida, pero no bebida.

—Podemos traer agua del río —sugirió él—. O esperar a que venga Hamish con las jarras de agua y el vino que le pedí. —Él le deslizó la mano por el corpiño hasta detener la palma sobre su abdomen—. Le he dicho que no se le ocurra venir antes de una hora.

A ella se le sonrojaron las mejillas.

—Me parece una idea excelente.

—He traído algo. —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar la cajita que Mahindar le había entregado esa mañana y la abrió.

En el interior, sobre un lecho de terciopelo, había dos anillos. Uno era un aro ancho, de oro; el otro era más estrecho, con incrustaciones de zafiros.

Ella contuvo el aliento.

—¿Son los nuestros?

—El día de nuestra boda le pedí a Mahindar que los encargara. Acaban de llegar. —Sacó la alianza más pequeña y alzó la mano izquierda de Juliana para deslizarla en su dedo anular—. Con este anillo, yo te desposo.

Ella estudió la joya con una mirada feliz. A continuación cogió el aro

masculino y lo colocó el dedo correspondiente.

—Con este anillo, yo te desposo.

El no pudo contener la sonrisa de felicidad. La banda pesaba fría en su dedo pero encajaba perfectamente. Era el lugar adonde pertenecía.

Volvió a tomar la mano de Juliana y besó el anillo. Luego apretó sus manos entrelazadas contra su vientre.

—¿Tiene razón la señora Rossmoran? —preguntó—. ¿Estás encinta?

Ella se quedó inmóvil y, durante un instante, a él se le congeló el corazón por la preocupación. Luego, Juliana sonrió.

—Lo estoy.

—¡Santo Dios! —Él se quedó sin respiración.

Trató de decir algo: «Voy a ser padre otra vez», «¡Me haces muy feliz!», «¿Crees que será niño o niña?». Pero solo pudo ponerse boca arriba y mirar fijamente el cielo, hacia el brillo del sol.

Priti había nacido mientras él estaba preso. No supo de su existencia hasta que Mahindar se lo anunció, provocando una fría profusión de alegría y preguntas. Esta sería la primera vez que se convertiría en padre conscientemente, junto a la madre de su hijo. Sería testigo de cómo crecería el vientre de Juliana y estaría allí cuando naciera el bebé.

Era demasiado intenso para asimilarlo sin más.

Ella bloqueó el brillo del sol con los rizos que se le habían soltado del moño.

—Elliot, ¿estás bien?

—Sí. —Sonó calmado, pero en su interior se había desatado un clamoroso caos de ruido, alegría, aplausos y silbidos; los sonidos que se escuchaban en la India un día de fiesta—. Estoy bien. Jamás he estado mejor.

La rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza, antes de tenderla sobre la manta con cuidado.

—No podría estar mejor.

Besó aquella hermosa sonrisa, los hoyuelos en las comisuras de sus labios, la punta de su lengua.

La oscuridad de su interior no se había manifestado últimamente, y ahora asomó sus garras como si se tratara de una telaraña. El se concentró en el pequeño que crecía en el vientre de Juliana y cualquier rastro de oscuridad desapareció.

Mientras estaba encerrado en las cavernas, pensar en Juliana le había proporcionado la libertad que necesitaba para mantenerse con vida. No habían

logrado ocupar todos los rincones de su mente, como tampoco habían logrado mantenerle cautivo. Ella había sido su secreto; un conocimiento que nadie poseía.

Aquel niño en su interior era otro secreto que jamás lograrían robarle.

Estaba en casa, con su esposa, con su familia. Todo era suyo, y era real.

La oscuridad murió con un gemido, y se aferró a Juliana, libre por fin, del dolor y las sombras.

Agradecimientos

Muchísimas gracias, como de costumbre, a mi editora, Kate Seaver, por su ayuda y paciencia en el peregrinaje que resultó la escritura de este libro. También a Katherine, la mejor ayudante editorial que existe en el mundo; a Erin, mi fantástica publicista, que siempre está al pie del cañón mostrando su entusiasta apoyo. Y a mi marido, que soporta los altibajos, regocijos y desesperaciones que supone estar con una escritora, tolerando tener la casa sucia y cenar cualquier cosa con tal de vivir conmigo. ¡Te amo, cariño!

Y, como siempre, un agradecimiento especial a mis lectores... ¡sois los mejores!